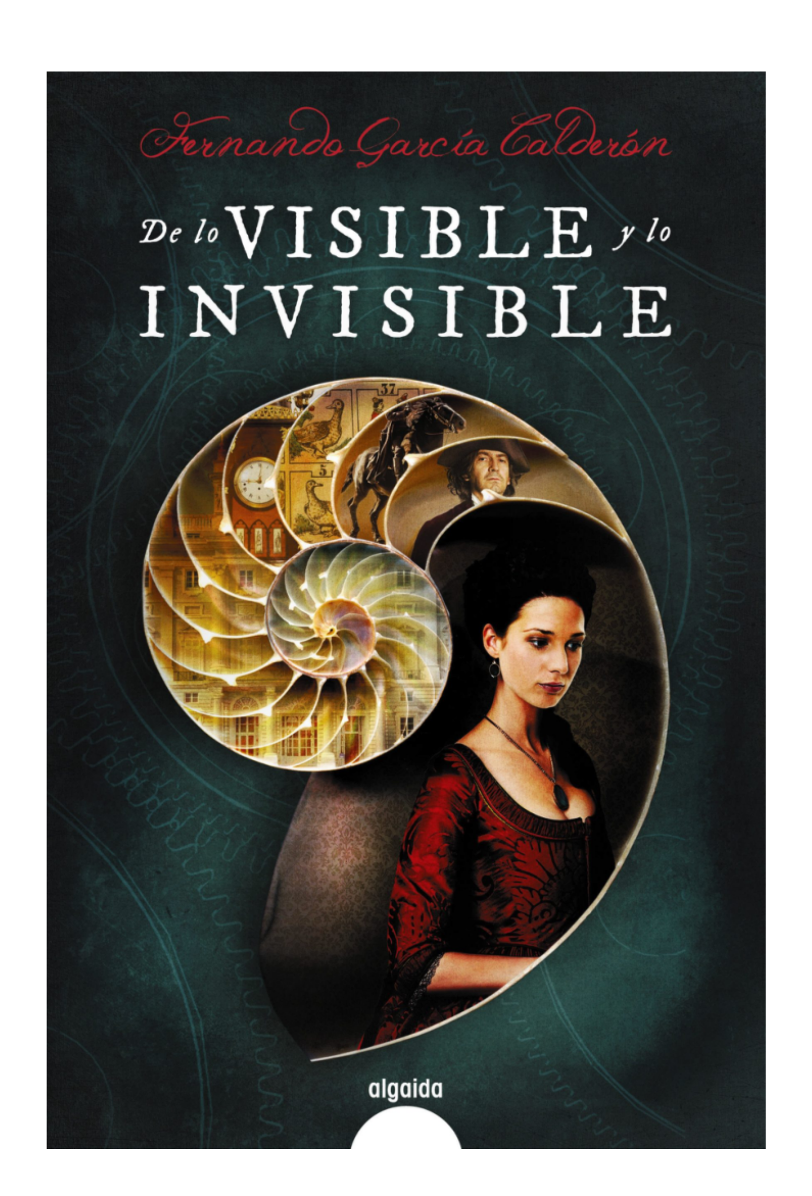

Fernando García Calderón
De lo VISIBLE y lo INVISIBLE
algaida

Fernando García Calderón

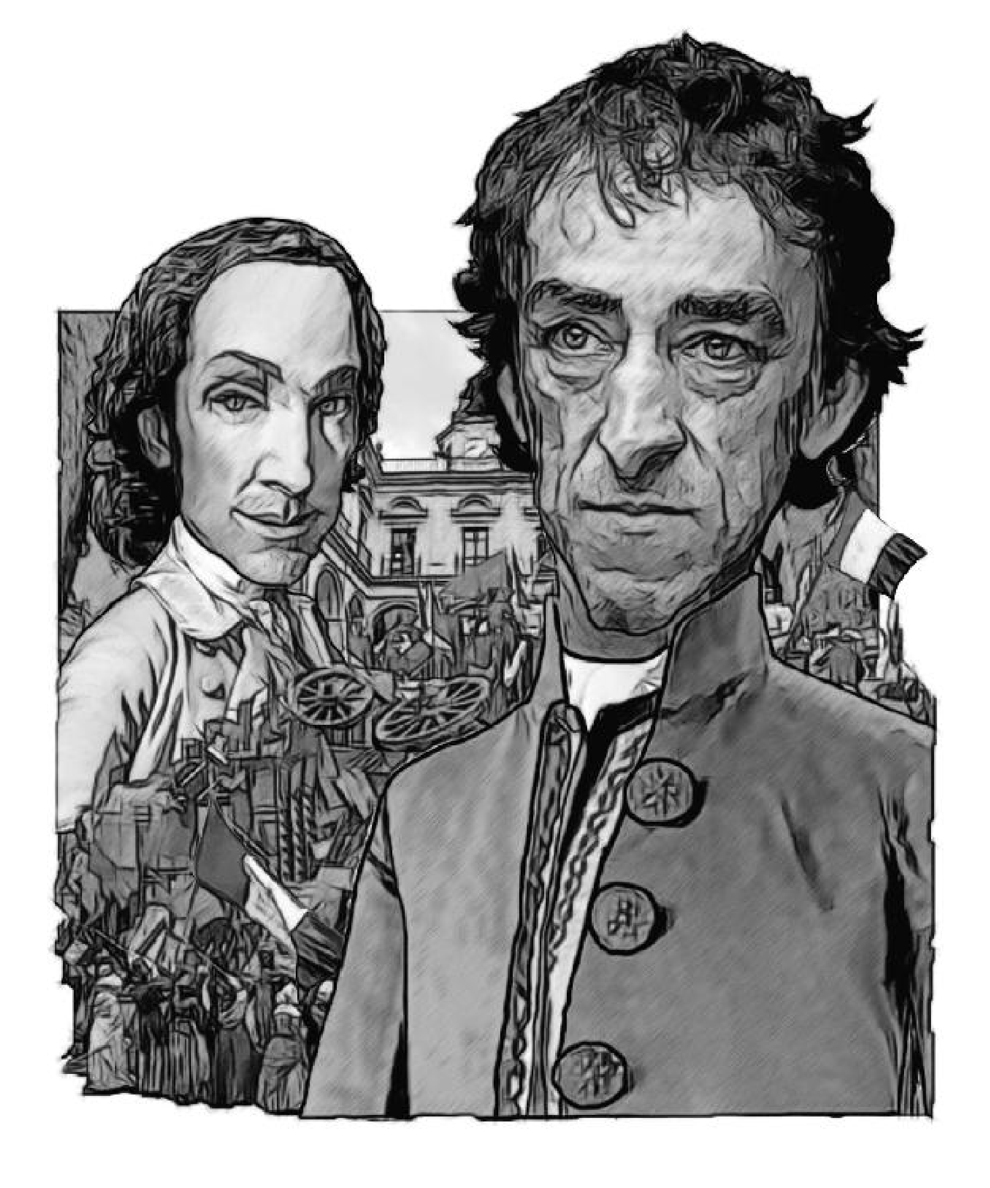
De lo VISIBLE *y lo* INVISIBLE

algaida

Índice

Tú dirás (como si lo oyera), luego que agarres en tu mano este papel, que en Torres no es virtud, humildad ni entretenimiento escribir su vida, sino desvergüenza pura, truhanada sólida y filosofía insolente de un picarón que ha hecho negocio en burlarse de sí mismo y gracia estar haciendo zumba y gresca de todas las gentes del mundo. Y yo diré que tienes razón, como soy cristiano.

DIEGO DE TORRES VILLARROEL



CUANDO LOS MIL CONTARÁS

Si la Providencia me obligara a referir uno solo de los atributos de tan ilustre personaje, no pondría el acento en sus dotes para el baile o el hurto, la sacristanía, la lidia, la medicina, la predicción de los astros, la matemática, la lengua y la deslengua. Ninguno de esos artificios pesaron más que otros en su larga vida y su breve muerte, por mucho que mentecatos y doctos se empeñen en recordar gestas dignas de romance y meteduras de pie forzado. Hablaría, vive Dios, de su fe en sí mismo… y en mí.

Tan honrado y denostado prohombre no era otro que don Diego de Torres Villarroel, y aquella rara laudatoria no había salido de mis labios, sino del corazón ancho y fiel de un recio italiano. Niccolò Furio Hermes d'Amodeo, dijo llamarse, y su parlamento venía a corroborar el acierto de dejar Sevilla y acudir al galope a la Salamanca de mis desengaños juveniles. Defensor de la razón como siempre he sido, aún me costaba sacudirme la perplejidad que me había causado su visita nocturna. De contener siquiera una pizca de verdad, estaría llamada a remover la esencia misma de mi credo. ¿Cómo eludir semejante desafío?

A mis años, unas cuantas jornadas y menos de un centenar de leguas bastaron para agitar mi mundo con las nuevas de una revolución en la vecina Francia y el hallazgo de lo invisible que el catedrático y astrólogo Torres había mantenido oculto hasta el instante de su muerte y, más allá, hasta mi indagación en el palacio de Monterrey, cuatro lustros más tarde. Un alzamiento popular en pos de la justicia y un oscuro enigma enlazados en mis entendederas desde el día que leí una décima del Gran Piscator de Salamanca, como mi mentor se hacía llamar cuando dejaba la toga de enseñante y tomaba la de mago, mudando en uno de los muchos mesías de un vulgo tan aficionado a los almanaques como lo fuera a los romances de ciego.

Fechado en Madrid, a 13 de noviembre de 1755, el «Pronóstico y diario de cuartos de luna, y juicio de los acontecimientos naturales y políticos de la Europa, para este año de 1756» incluía la más audaz de las predicciones. Aquellos versos no pasarán a la posteridad por su calidad literaria, sino por el prodigio que encierran.

Cuando los mil contarás
con los trescientos doblados
y cincuenta duplicados
con los nueve dieces más,
entonces, tú lo verás,
mísera Francia, te espera
tu calamidad postrera
con tu Rey y tu Delfín
y tendrá entonces su fin
tu mayor gloria primera.

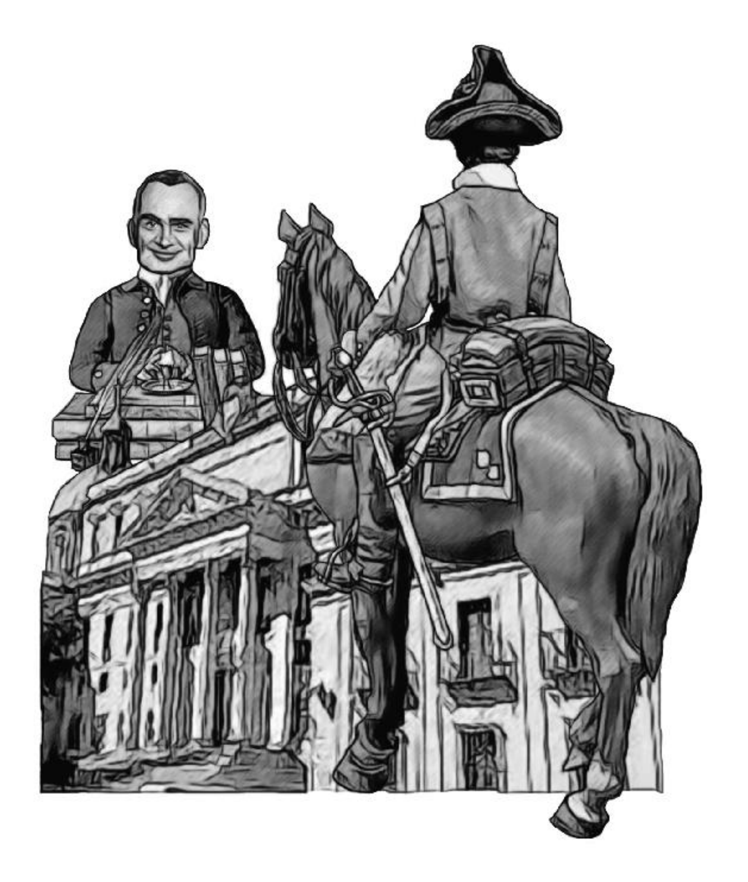
Mil. Trescientos doblados que hacen seiscientos. Cincuenta duplicados que llevan a cien. Y nueve dieces más, noventa.

1000 + 600 + 100 + 90: 1790.

La calamidad habría de cernirse sobre el monarca y su heredero, poniendo término a la gloria del país de los eminentes impulsores del conocimiento y los deplorables gabachos. Torres había adivinado, con tres décadas de antelación, lo que pudo leerse en el *Mercurio de España* que abría la última de nuestro sacrosanto siglo. Luis José Javier Francisco, segundo hijo y primer varón de Luis XVI, falleció a la edad de siete años, sumiendo a su padre en un dolor al que seguirían, sin tregua, los levantamientos de julio. Había afinado tanto en su buena data que lo acontecido en la primavera y verano de 1789 se extendió como una bendita peste por toda Europa apenas unos meses después, coincidiendo con la cifra resultante de la aritmética misteriosa del Piscator.

Don Diego de Torres Villarroel, tanto tiempo después de recibir cristiana losa en el convento de los Capuchinos, insufló en mí el diabólico trastorno de la duda, peor si cabe que el mal fantasma que vino a ocupar mi cuerpo en tierras del virreinato del Perú. Sin él, nada de lo mucho cierto que aquí se ha de contar habría llegado hasta mis sentidos y mi pluma.

Si la duda ensombrece la razón



I

Serán muchas las aguas en mi vida

El ocaso de un febrero de frío puñal había traído hasta mi celda la desesperanza de mi querida Lima y la ilusión de ese París ilustrado que jamás visitaré. Desde mi atalaya divisaba una Sevilla más lánguida, difuminada por los vahos que, como ánimas en pena, flotan sobre las aguas del río. Mi espíritu cansado solía acomodarse en su estela, sabedor de que las arenas del tiempo, más pronto que tarde, arrastrarían mi carne mortal hasta su lecho. Y, sin embargo, no era tristeza el sentimiento que mi corazón removía con su latido. Hay momentos, en nuestro ordinario devenir, que la Providencia nos da a entender que algo se avecina, que, sea ángel o diablo, una fuerza invisible está a punto de toparse con nosotros, derribándonos hasta caer de bruces o elevándonos al cielo que perfila un nuevo horizonte. Así lo percibí cuando el crepúsculo vino a enmarcar la entrega de dos misivas de dispar tamaño.

La carta de fray Cristóbal del Castillo era menuda y llevaba por fecha 24 de noviembre, festividad de santa Flora. Su primera cuartilla venía a decir, con manifiesto pesar, que los dueños de plantaciones e ingenios de Caracas, La Habana y Lima se habían dirigido a la oficialidad negándose a admitir, sin siquiera haberlo tenido entre sus manos, el llamado Código Negro. «Quod natura non dat, Salmantica non praestat», como reza el dicho de mis mocedades. Flaca confianza depositamos en una instrucción destinada a educar a los esclavos y atenuar el bárbaro trato que reciben, cuando deberíamos estar hablando de su pura y llana libertad. Después, y con menor concisión de la que le era frecuente, fray Cristóbal resumía las detenciones de varios amigos a causa de la puesta y rechazo de unos pasquines. Habían sido señalados por sus contactos con Santacruz y Espejo, el pujante médico de Quito con justas ideas libertarias. Lima se había vuelto una plaza con ojos en cada esquina y rincón, tan distinta a la villa alegre que conocí y disfruté en mi corta estancia en tan lejanas tierras. La despedida fue triste, como triste era el cierre de la carta. Fray Cristóbal luchaba contra unas fiebres tercianas de final incierto.

Cogí a continuación, con no poco recelo, el sobre lacrado que

provenía de Cádiz. Carecía de remite, pero no tardé en descubrir quién era el amable hombre de letras que me ofrecía un ejemplar iluminado del *Mercurio de España*. No suelo leer la prensa, puesto que la censura de sus páginas me deja siempre con los pies fríos y la cabeza caliente. Esta vez estaba obligado a hacerlo. Mi estimado don Luis Cañas y Murillo firmaba una breve nota en la que me rogaba encarecidamente que fijase mi atención en los renglones subrayados de las páginas trece a la dieciséis. Enseguida constaté su importancia, quedando prendado de aquellos papeles y su mensaje entre líneas. «Bien quisiéramos correr un velo sobre la situación en que se ha hallado la Francia desde el mes de julio del año que acaba de expirar», comenzaba la parte dedicada a nuestros vecinos en el discurso preliminar sobre el estado político de Europa durante el pasado 1789. Leí en voz alta, con ganas.

—Hablaremos solamente de los síntomas principales que en dicha época ha padecido el Reino, esperando del discernimiento de nuestros lectores que no pretendan encontrar aquí una relación circunstanciada de los progresos de la revolución acaecida en aquella Monarquía, ni de las causas que la produjeron…

Me detuve, sorprendido. «Los progresos de la revolución». Muy intenso debía haber sido el terremoto para que una gaceta amordazada se hiciera eco con tanto desagrado como intensidad. Instintivamente, giré la hoja y busqué la portada. No cabía duda. En letras destacadas, de mayor a menor relevancia conforme se avanzaba en ella, figuraban Mercurio, de España y enero de 1790. Proseguí la lectura, saltando los párrafos insustanciales para regodearme en lo marcado en tinta roja por don Luis.

—Meditaba el mismo Soberano corregir los abusos con la dulzura propia de su carácter y con el pulso y madurez que exigía lo arduo del asunto, apoyando las primeras deliberaciones de los Estados. Pero el pueblo, cuyo ímpetu tumultuoso no conoce freno, equivocó la voz de la libertad civil que su Monarca quería consolidarle y la confundió con una libertad absoluta que nunca ha existido ni puede existir entre los hombres juntos en sociedad. Instigado con sugestiones de oradores fogosos, no queriendo someterse a las disposiciones de la Providencia, atropelló las leyes de la obediencia y del decoro, abusó de la clemencia del Monarca y corrió a las armas. En breve, París vio teñidas con sangre las primeras páginas de la Constitución que se intentaba establecer. Desde entonces, el Reino ha sido expuesto a las calamidades de la anarquía, rotos progresivamente los vínculos del orden y la subordinación, suspensa o sin actividad la justicia, destruida la armonía social y alterada la mutua confianza, brotando

cada día nuevas inquietudes y nuevos y abominables atentados. Los caudillos de la revolución…

Allí estaba, ante mis ojos, el triunfo de la razón y la igualdad frente a los distingos que Iglesia y Reinado habían impuesto en la cristiandad y sus regiones limítrofes. Sólo había que interpretar correctamente aquella caligrafía cifrada. Deliberaciones de los Estados, Constitución, caudillos de la revolución, libertad absoluta… Como absoluta fue la servidumbre a la que sometió a su pueblo el rey ungido por la gracia de Dios. El ser humano lo sería de verdad, algún día no tan lejano. No pude contener las lágrimas.

Con la emoción de las nuevas, no alcancé el estado de reposo que mis males demandaban. El camastro parecía un nido de pulgas que atacasen mi piel y mis nervios, provocando una duermevela agitada, de la que escapaba entre visiones y falsos recuerdos de juventud en la Salamanca de mis ancestros. No sería más allá de medianoche cuando el sueño hecho espantajo me enfrentó a una de las clases particulares del insigne don Diego de Torres Villarroel, con el que mis discusiones en materias que nada debían a la matemática o la astrología eran sonoras y sonadas. Tradición frente a progreso, y viceversa. Más templado que de costumbre, apoyó su mano en mi hombro y soltó uno de sus acertijos.

—Serán muchas las aguas en tu vida, Tadeo, y muchos los anhelos que no verán puerto. Aprende a mantenerte a flote y, como ahora conmigo, no cejes cuando una lima, sorda y ávida, desgaste tus choquezuelas. Al final de tus días escritos tendrás cumplida recompensa.

Hay frases que se clavan en lo más profundo de la memoria para aflorar hasta en un sueño. Recordé aquellas palabras tan vivamente que acabé despertando. Años habían pasado desde la última ocasión en que vinieron a mi mente y, en la lucidez que concede la inconsciencia, comprendí que ni una sola de ellas era errada hasta el mismo día de hoy. No precisé de la inspiración divina para levantarme con inusitado vigor y acudir a uno de los estantes menos consultados desde mi llegada a la Universidad de Sevilla. Allí, apretados entre obras de Antonio Hugo de Omerique y Gottfried Wilhelm Leibniz, se refugiaban algunos de los almanaques del Gran Piscator de Salamanca, comprados en tierras americanas a viajeros provenientes de Sevilla y Cádiz. No fue difícil hallar lo que buscaba. Leí para mis adentros, con temor a comprobar lo insoslayable, aquella décima que resumía el episodio más relevante de la Europa de este largo siglo que se acerca a su fin.

Me encontré con un reto que nunca se me había planteado. Jamás

pensé que aquel hombre, que vi más como charlatán, filósofo y esteta que como adalid de la ciencia, estuviese en posesión de habilidades que sugerían artes adivinatorias y otras sustancias de lo oculto. Ante mis ojos estaba la prueba de cuanto había negado, defensor empedernido de la razón y sus ideas. El destino de Francia y mis propios avatares, tan desiguales en la balanza de la historia, habían salido de su boca décadas antes de poder ser verificados.

No es difícil imaginar qué llegó a desvelarme. Confieso mi debilidad, pues no era más que compasión por el porvenir propio. Si don Diego acertó al decir que serían muchas las aguas en mi vida, tantas como las del océano que nos separa de América y los mares que de ella navegué, si tiró de su socarrona gracia para avisarme de que contraería en Lima el mal fantasma que llaman quebrantahuesos, qué significado había de alcanzar esa enigmática sentencia que proclamaba que, al final de mis días, tendría contada recompensa.

Siempre di por sentado que el libre albedrío, y no la palma de la mano, marca nuestra biografía. Cierto es que todas las cosas predichas ocurrieron, pero no lo es menos que fueron impulsadas por mi voluntad. Como fue la voluntad del pueblo francés la que agitó los aires de Versalles, convirtiendo la brisa en vendaval y tormenta. ¿Debo esperar acaso que una recompensa orille mis ansias de conocimiento cuando la extremaunción esté al caer? ¿O se refería don Diego a ese más allá donde los justos reciben lo que aquí les negaron sus semejantes? No eran cuestiones baladíes. Con todo, la desazón que me invadió en el silencio nocturno, hasta erizarme, nada debía al Paraíso. Cómo creer, pregunté a mi sombra, en la infalibilidad del Piscator que había novelado su vida y milagros, jactándose de las hazañas más mezquinas, de las astucias más infames, de la mentira y de la media verdad, de su don para el engaño, de su gracia para el disimulo y la seducción de las almas de cántaro. De ser, en suma, caballero en la cárcel y truhán en palacio.

Nacido de la estirpe del apóstol Tomás, asumí que no había garantía en la predicción a mí dedicada ni manera de asegurarla. Sólo cabía, me dije impulsado por la intuición más primitiva, dirigir mis pasos hacia el verdadero enigma que encerraría don Diego: ¿qué alquimia acertó a dominar para adquirir la clarividencia que tanto ansío? Percibí, en el borboteo de la sangre en mis sienes, que mi corazón se rebelaba contra el sino y mi osamenta.

Alcé la vista hacia el horizonte que ignoraba la salida de un Sol deslucido, flaco como yo, me calcé las botas venciendo el dolor de mis zancas, tomé capa, sombrero, hato y brújula, saludé a cuantos me observaban como si fuese un resucitado y partí a picar espuelas rumbo


a la Salamanca de mi desamor. No habría mal, meteoro ni justicia que me detuviesen en este empeño.

II

SALAMANCA POR DESTINO

Hubo un tiempo, lo hay, en que ponerse en camino exigía arrojo y preparación. Se viajaba por necesidad, rara vez imperiosa. Y, para acallar el gusano del estómago que avisa del peligro, se armaba uno de ropajes, instrumentos y jaculatorias, buscando la compañía y protección de los herederos de la legua. Arrieros, dueños de carretas y cosarios se disputaban las venas del reino con los bandoleros que crecían entre la maleza como arbustos de temporada.

Sabedor de que la rueda precisa de poco menos de cuatro horas para negociar una legua seca, resolví tomar el caballo que compré en la feria de Carmona y que sólo montaba para despejar mi cabeza de los ruidos del claustro galopando extramuros. No iban a demorarme los miedos ancestrales a la soledad o lo desconocido. A ojo de buen cubero, necesitaría una semana para alcanzar mis antiguos lares, tan vivos en la añoranza como odiados. Algún estudiante, al ver mi capa ondear sin detenerme en el saludo, se ofreció a servirme de escudero. La juventud, ansiosa de aventura, rara vez antepone las matemáticas a un viaje, por largo que sea. Mi planta de Quijote no reclamaba un Sancho en la misión que me había encomendado el afán de descubrimiento, tan fantasioso que costaría explicarlo a quien haya oído hablar de mis convicciones. Llevaba en mis alforjas, entre otras bagatelas, la reciente *Guía general de postas y travesías* de Espinalt, una brújula y mi flamante catalejos. A la larga, sólo usé esto último, adecuado para descubrir bultos sospechosos en lontananza. Nunca perdí el norte, pues las sendas por las que transité dispusieron para mí huellas de rueda o de pezuña.

Comencé a trote vivo, dirigiendo mis pasos hacia la poblada Alcalá del Río. Un breve refrigerio en una fuente y una caricia al caballo bastaron para proseguir la marcha, rumbo a Castilblanco de los Arroyos. Llegué entrada la noche, tan exhausto que no me importó que la venta fuese el mayor nido de pulgas de toda Andalucía y que las riñas por causa de la baraja no cesasen hasta el aúllo del lobo. A la mañana siguiente, con el alba, pude percatarme de los estragos de la cabalgada en mis posaderas y en mis riñones. Apenas lograba tenerme

en pie. Tampoco el alazán me dedicó su mejor gesto al ver que me disponía a ensillarlo.

La segunda jornada debía llevarme hasta Santa Olalla, la Ponciana que sirvió de encrucijada a los explotadores de las antiguas minas de Almadén y Zufre. No lo conseguí. El cansancio nos derrotó cuando ya se divisaba el castillo, verdadero coloso, vigía del occidente lusitano. Busqué refugio al pie de una peña apartada del camino, rodeada de buena hierba que serviría de pasto a Voltaire. Fue entonces, mientras recogía maderas secas para una fogata y sacaba un papel de la alforja, cuando empecé a hablarle al noble animal. Una costumbre que se adquiere en el lapso que dura un parpadeo y no se pierde así como así. Lo llamé Voltaire porque Voltaire representaba, para mí, el triunfo de la razón sobre el dogma y la costumbre. Y seguro que, viéndolo comportarse, el insigne aprobaría el bautizo del caballo. Sin embargo, rechazo el veneno que salía de su lengua francesa con cada una de sus frecuentes críticas. Especialmente al mentar a mi inspirador Leibniz. Voltaire sostuvo que, en la vasta obra del sabio que me empujó al estudio de las matemáticas, no había nada útil que fuera original, ni nada original que no fuera absurdo y risible. Este otro Voltaire relinchó con gusto al observar que la hora del descanso se avecinaba.

Muy de mañana, nos despertaron los ruidos de unos viandantes. Una galera, atiborrada de enseres, avanzaba con parsimonia. Detrás, a pocos pasos, una familia la seguía con buen humor. Se mudaban de localidad. Aquella casa ambulante renqueaba, clavando las ruedas en los barrizales de la ruta para desagrado de las cuatro mulas de tiro. Unos cuantos chiquillos asomaban sus cabecitas mocosas y despeinadas por los bordes de las esteras raídas que cubrían los costados, riendo como si hubiesen desayunado copiosamente. El más avezado trepó por uno de los arcos hasta el techo, provocando la regañina de los suyos a voz en grito.

Atravesamos Santa Olalla al galope, para detenernos a media jornada. El río Cala, como supe al alcanzar Monasterio, nos brindó bebida y aseo. Sus aguas, poco profundas, fluían nerviosas. Buscaban el océano, para acabar entregándose, incumplidas, al seductor Guadalquivir. Me supo a gloria sentir su frialdad en las sienes y los brazos. Por un momento vino a mi mente una de las zambullidas en el limeño río Chillón, recorriendo su cauce hasta desembocar en ese océano que alguien, torpemente, llamó Pacífico. La Niña Aura permitía, con pícaro descaro, que contemplase su cuerpo pegado a la tela mojada, tiritando. Soplaba entonces la brisa que erizaba el vello de mi nuca, precursora de pasiones que no siempre acerté a domar. Y daba igual que el día amaneciese pleno de sol o con nubarrones de

tormenta, la Niña Aura traía la brisa en el canal de sus pechos, en la eminencia de sus caderas, en la cima del monte de Venus.

Voltaire agradeció la tarde de asueto junto a aquella ribera de matorral bajo. Mi pierna derecha, en cambio, dijo aquí estoy yo. Sentí cómo la carcoma corroía la madera de su rodilla, perdido el giro de la rótula. He visto goznes de puertas desvencijadas crujir menos. Saqué mi brebaje de yerbasanta y di un trago tan precipitado que me atraganté. Voltaire acompañó mi tos con un chasquido de sus belfos que pareció una risa.

Durante la noche, estrellada, gastamos saliva en una conversación desigual, en la que yo lucía una verborrea impropia de mí y él meneaba la cabeza en señal de complacencia. Recordé mis tiempos de estudiante, tan aplicado como seguro de lo que el mañana me depararía. Mis memorias hubieran sido muy distintas de lo que Torres Villarroel escribió de sí mismo, regodeándose en su condición de alumno que acudía ignorante a las conferencias, bufón, holgazán y perdulario afanado en huir del aula y malgastar el ingenio abusando de los nuevos aspirantes.

La tisana alivió mi queja y tuve un sueño reparador, apenas interrumpido por el cátedro Torres. Vino a aplaudir mi precipitado viaje, transmitiéndome su confianza. Predicciones y acertijos salpicaron los velos de aquella fantasía, otorgándole la llave de mis amoríos. Salamanca, las Californias, San Juan, Santa Ana de Coro, Santiago de Guayaquil, Lima, Sevilla... Tan listo para unas cosas y tan lerdo cuando de criollas se trataba. Entre nubes acabó señalando un portón curvo, de remaches dorados. A vuelo de pájaro, resultaba ser la tapa de un enorme arcón que, abierto por sentencia cabalística, dejaba divisar una suerte de averno en su muy distante fondo.

No sería hasta Fuente de Cantos, al finalizar la cuarta jornada, cuando nos alojásemos en una de las postas del camino. Aquello era una babel de acentos y oficios, repleta de gente ansiosa de llegar a su destino y contar, entre risas, las penurias de la ruta. Es difícil imaginar un sitio más sucio y maloliente que aquella sala donde se arracimaban con recelo, por unas horas, esforzados varones que movían mercaderías de un punto a otro de la patria y algún salteador disfrazado. Pronto tuve a mi alrededor admiradores de Voltaire que quisieron guiar mis pasos hasta Salamanca. Decliné la generosa oferta para centrarme en mi jarra de vino y en la asadura que me había tocado en suerte. Dicen que lo que no entra por los ojos no lo has de catar. Media cuchara bastó para comprobar que aquel plato de hoja de lata no mentía, siendo la pitanza a la vez grasienta para la lengua, insípida al paladar y ausente de sustancia. Ni siquiera la hogaza

merecía tal nombre.

—Ha de saber nuestro amigo que se adentra en tierras de malvivir —volvió a la carga uno de los rufianes. Siempre desconfié de quien me llamó amigo sin haber sido presentado—. Y muchos arriesgarían el pellejo por hacerse con un caballo de esa planta —sonrió, ostentoso, dejando a la vista una dentadura acreedora de un poema de Quevedo. Me quitó la poca gana de comer que guardaban mis tripas.

—A su edad, le conviene la compañía —añadió el compinche.

—Me conviene más echarme en ese jergón de la esquina y olvidarme de dónde estoy —aparté la capa para dejar a la luz mi puñal, grande en apariencia y ligereza. Era la forma más contundente de desestimar la edad y la compañía.

Dormí con un ojo abierto, irritado por el humo del enorme brasero que presidía la estancia. Pero no todo fue purgatorio. El alba me trajo la escucha de un consejo tan atinado que lo convertí en ley esa misma mañana, tras corroborármelo el mozo de cuadra.

—Esteban —el mayor de los correos se dirigía al más joven—, déjate de carreras y hazme caso. Esa yegua tuya no verá el Guadalquivir si sigues llevándola al galope. ¿Y para qué? Para hacerte dos horas de trecho y pararte otras dos. Ve al paso. Te comerás tus buenas diez y doce leguas casi sin parar.

—No soporto el aburrimiento. En cuanto pienso en la criadita que me aguarda, se me agita la sangre y la espuela —se justificaba el inexperto.

—Entonces deja la yegua aquí y coge el caballo tordo que hay en el establo antes de que te lo quite cualquiera de éstos.

La partida reprodujo la dispersión bíblica tras la confusión de las lenguas. Los mejor vestidos habían optado por alquilar una mula y su mulero. Por cuarenta reales al día, sacaban sus siete leguas, alimento y vino, pagaban al macho de paso y compensaban a la dócil bestia. Otros, afables, se pegaban como una lapa a los arrieros. Los menos, casi siempre profesionales de la carreta, se gobernaban el camino solos.

Puse en práctica la enseñanza. Voltaire, un poco inquieto al principio, pronto se acomodó al ritmo, parsimonioso y seguro. Me percaté de que, hasta ese momento, había recorrido veintitantas leguas y no había visto ni llano ni repecho, ni cultivo ni maleza; la parada del río Cala y nada más. Lo cierto es que resultaba agradable, con el fresco matinal castigándome las orejas, apreciar los cambios de color del terreno, las figuras lejanas de las encinas y las esporádicas casas que saludaban al atrevido jinete, espoleado por los chillidos de las recuas de críos. Almendralejo me recibió con la indiferencia de los

que no necesitan novedades forasteras para atarear sus vidas. Villa Realenga, rezaban los libros. Villa de las siete ermitas, la motejaban los pueblos cercanos. Me consta que de aquí partió Martín Casillas, el alarife que puso manos a la obra y edificó una catedral en la Guadalajara de Nueva Galicia.

Cruzamos el arroyo Caganchas y, en la esquina de las calles Real y Palacio, justo a la entrada de la Casa de la Encomienda, desmonté para preguntar por un figón en el que premiar el trabajo de Voltaire y la sufrida espera de mis tripas. Las gentes hablaban de mieses y de tercianas, que en el comer y el morir se les va la vida a los que compiten con los elementos. Me recomendaron uno de la calle de los Silos, aledaña a la ermita de Santiago, en la salida hacia Mérida. Tomé unas sopas de antruejo que, como me juraron por las brasas avernas, supieron a gloria. Trozos de carne de cerdo, pan y huevos flotaban en un caldo hirviente, tan espeso que parecía impenetrable para la cuchara. Las sopas de carnestolendas, las llamaban en mi región.

—Estas ollas tan pobladas han curado más males que Barroso —médico viejo de la localidad, que en paz dejó a los lugareños con su descanso—. Y, como se maliciaba mi abuelo, quien las prueba no arría bandera —rio, con gesto de pecado, el figonero.

El trecho hasta Mérida se hizo corto con la panza repleta y un humor de serafín. La calma beneficiaba a Voltaire y me permitía repasar teoremas y hasta regresar, en vuelos del descuido, a la universidad que me vio crecer en inteligencia y talla. Casi sin sentirlo, cubrimos las once leguas que marcan el umbral de la hombría entre los andariegos. El último trecho, enfrascado en el revuelo que causó el hacedor de almanaques con su muy atinada predicción del motín de Esquilache. ¿Cuántas veces, me pregunto, hay que tirar los dados en 1765 para acertar con algo que ha de suceder meses más tarde? No hay matemática que ayude en ese cálculo, ni probabilidad que no escape de toda lógica. Y, sin embargo, cuanto más cerca estaba de la Helmantiké del historiador Polibio de Megalópolis, tierra de adivinación para el sabio griego, más descabellado me parecía otorgar tal virtud al insigne don Diego de Torres.

No podría afirmar que Mérida, en aquellas fechas, fuese una población digna de encomio. Corta en habitantes, con el doble de viudas que de viudos, vino a sucederme entre sus calles lo que me vaticinaron para el camino. Andaba por las traseras de la iglesia de Santa Clara cuando, de la umbría, tres figuras siniestras me salieron al paso. Sabían que era forastero recién llegado y sabían que nadie se asomaría en mi defensa. De modo que, tras varios gritos de auxilio, opté por recordar los rudimentos de la esgrima que aprendí en la Lima

de mis amores gracias a la generosidad de don Garci Maraver de Silva, descendiente de los Portocarrero. Desenvainé el puñal y, capa en mano, fui reculando hasta toparme con el carro de paja que había llamado mi atención. Tomé la horca que asomaba entre dos teleras, mediana de estatura y peso, le arranqué las púas y actué como si hubiese hallado mi Tizona. No han sido muchas las peleas en que me he visto envuelto, jamás por voluntad propia. Afortunadamente, la destreza con la navaja de aquellos marranos estaba lejos de igualar la mía con el sable de madera. Dosifiqué mi impulso, reduciendo el ataque a un mandoble en el costillar, otro en el hombro y un último empujón seco en la boca del estómago, rematado con un buen palo en la corva. Los tres recibieron su ración, poniendo pies en polvorosa entre lamentos y amenazas, que más parecían aquellos ruidos lengua de Satán que de la tierra extremeña.

El orgullo me libró del dolor primero, reservándolo para la cama. Menguó el ardor y el quebranto se aposentó en mi espalda y mis rodillas, sin alivio por más tisana que bebí durante la noche. Y eso que, estando la villa en el camino real de Madrid a Lisboa, las posadas ganaban en presencia a la mayoría de las de la región. A cambio, esta Mérida, más pequeña que Almendralejo, Plasencia y Trujillo, mitad de Jerez de los Caballeros y Don Benito, cuarta de Badajoz, era nido de indeseables.

III

La sombra de un arcón

Salir de Mérida y caernos el diluvio fue todo uno. Como si los hados me advirtiesen de una mala jugada del destino en la que mi yo racional no podía ni debía creer. Planeaba alcanzar Cáceres antes de rendir pleitesía a mis cansados huesos, pero el suelo que pisaba Voltaire iba perdiendo consistencia a medida que nos alejábamos de la Emérita romana, dificultando el avance. Al atravesar un vado, resbaló y fui a caer de bruces en el agua. Confieso que me preocupó más el estado del caballo que el mío. Pensé que se había roto una pata, con lo que habría de dar por interrumpido el viaje. Por fortuna, pudimos continuar. Atenuamos el paso hasta que amainó la tormenta y, a eso de la hora del ángelus, nos detuvimos a comer nuestras respectivas raciones. En mi caso, unos chorizos que levantaban el ánimo del afligido y que dejaron recuerdo para la tarde entera por los efluvios que escapaban de la boca de mi estómago.

Tras seis días de polvo, agua y barro, lo abrupto de algunos trechos se me hizo cuesta arriba. No esperé al crepúsculo para poner pie a tierra y buscar refugio junto a un árbol de ramas nutridas. Extrañamente, se repitió el sueño del arcón. Esta vez era de menor tamaño, más cofre que arca, y guardaba unos dibujos desvergonzados que tenían a Torres Villarroel por figura principal, rodeado de jóvenes de mancebía que, entre risas y alboroto, pagaban prenda por lo que a todas luces eran unas adivinanzas. Curiosa costumbre de una época en que ambos escapábamos del palacio de Monterrey por el portillón de las cuadras. Él, disfrazado de liante don Juan; yo, de Calisto enamorado. Sabía cómo alborotar el gallinero, multiplicando los meretricios con un solo estipendio. Me detuve en las leyendas de las estampas, escritas de su puño. Las recordaba de aquel tiempo ambiguo, al amparo de un Torres que de día mutaba hasta comportarse como el más limpio de corazón y el mayor enseñante del catecismo del colegial.

—Aplícate con prudencia ante las cinco Anas o no escaparás de los lodos que anegan las barcas del puente —cómo iban a acertar aquellas muchachas disolutas lo que a mí mismo me costó la juventud y media

ancianidad entender.

Anatema, solía exclamar don Diego cuando le exponía, siempre en privado por ser materia delicada, mis dudas sobre los mundos posibles descritos en el *Ensayo de Teodicea* del gran Leibniz. Anatema, susurraba en mi oído cuando escuchaba farfullar a los profetas de la medicina escéptica, con sus modernos postulados. Las cinco Anas, durante años, fueron para mí las claves de un consejo: anacoreta, anacronismo, analogía, anaquel y anatema.

Compórtate como el anacoreta,
que huye del ruido mundanal para aplicarse en la reflexión.
No te confundas de tiempo,
pues el anacronismo transforma al matemático en nigromante.
Busca la analogía que explique tus reservas,
ahorrándote el verbo crudo.
Respeta los libros que están en el anaquel llenos de polvo,
los clásicos, los más sabios.
Renuncia al anatema o te arrastrará por el lodo movedizo
que impide tomar la barca o alcanzar el puente de la salvación.

Mi imaginación, frondosa, venía a jugar con dichos y máximas que don Diego empleaba con frecuencia, amasando un aprendizaje para polluelos que él mismo desdeñaba ejerciendo de halcón. Pero nada más lejos de la realidad. La probabilidad, de la que tan devoto he sido, me había traicionado. Ahora, con la nitidez del lucero, comprendía que el acertijo no era tal, sino la más osada de las predicciones a mí referidas. Tres Anas formaban la tríada de ríos que dan nombre al arrabal trianero de Sevilla. Las dos restantes eran Ana Benegas, joven que me sorbió el capital a mi llegada a Andalucía, y la iglesia de Santa Ana, testigo silencioso de la mayor afrenta que una pareja dispar en edad y vigor pueda cometer en santos lugares. A punto estuve de ser mofa del vecindario y juguete de la justicia.

Mentiría si no admito que no volví a pegar ojo. El alba me trajo la resaca de la holganza, con una jaqueca de mil demonios y un aliento tan deplorable que Voltaire dio media vuelta al olerlo. Empezaba a rescatar los síntomas de pasadas obsesiones, que siempre acababan pesándome más en la inteligencia que en el cuerpo.

Había estado en Cáceres en mis años de estudiante y me hubiera agradado visitar la villa, pero las ganas de avistar Salamanca y el conocimiento de que habría de cruzar el Tajo pesaron más. Cinco leguas más tarde, apenas recorridas tres desde el Casar, nos enfrentamos al río. A Voltaire no le convenció la idea de entrar en la barcaza. Era grande, estable, pero las lluvias habían agitado las aguas

y aquello se movía más de lo que un cuadrúpedo ilustrado consideraba asumible. Con todo, costó menos calmarlo a él que al impaciente barquero y su nervioso pasaje.

A partir de entonces, cabalgamos por parajes afines. Rebasamos Plasencia y entramos en tierras salmantinas por Montemayor, para seguir la calzada romana de la Plata. Vista Aldea Tejada, ya me consideré en casa. Había perdido la cuenta de las jornadas que habían transformado a jinete y caballo en un todo uno, como los guerreros de Hernán Cortés que tanto miedo provocaron en los indígenas durante la batalla de Centla, por lo que mis ansias por poner el pie en el Colegio Viejo de mi Salamanca crecían a cada minuto. Sin embargo, tras atravesar el puente romano y entrar por la Puerta del Río, don Diego seguía en mi cabeza, girando en ella sin detenerse por no hallar esquina ni paredón. En lugar de seguir tieso, torcí a la siniestra, me adentré en la calle de Libreros que viera nacer al Piscator, ignoré la Clerecía y puse término a mi viaje en el palacio de Monterrey. La claridad aún permitía distinguir mis facciones empolvadas por los caminos cuando golpeé la aldaba del portón.

Damián y Águeda me recibieron como al hijo que nunca tendrían, como el primer día que pisé aquel edificio imponente y se hicieron cargo de mí, asumiendo el papel de hermanos mayores. Corría el año 1742 y no pasaba por sus cabezas contraer la fiebre del casamiento. Ella era una criada de carita de rosa, un par de años mayor que yo, huérfana de padre, siempre atenta a los encargos de la dueña y a los infantes que pasaban por la casa. Él le llevaba uno y ya tenía planta de buen mozo de caballos. Había transcurrido tanto tiempo desde nuestra despedida que los tres pintábamos canas y disimulábamos arrugas. Aun así, ambos me reconocieron sin titubear. Me proporcionaron aseo y condumio, sentándose a escuchar el relato de mis andanzas mientras engullía como el estudiante que andaba a la sopa que fui. Entonces comía de las sobras de los amos, que no era poco comer.

No les sorprendió que justificase mi venida desde el claustro sevillano nombrando al secretario Torres Villarroel, que había entregado su alma hacía ya cuatro lustros. Habían asistido a más de una de nuestras discusiones y siempre lo tuvieron por hombre de conocimiento, íntegro, carente de los vicios que manchan la juventud y arruinan la vejez. Nunca nos vieron salir a escondidas, disfrazados de sombra, huyendo de la luna. Puse las matemáticas por excusa y les pedí que me hablaran de su herencia.

—Como te figurarás, Martintín —así solía llamarme Damián—, no hubo gran reparto de bienes a su muerte. Supongo que te interesarán los escritos que se conservan arriba, en la biblioteca.

—¡Justamente! —exclamé con una desmesura poco aconsejable.

—En estas fechas, no hay señores en palacio. De modo que la estancia es toda tuya. Aguarda, que cojo las llaves y te acompaño.

La biblioteca era una de las muchas cosas que no habían cambiado durante mi ausencia. De hecho, podría decirse —exagerando menos de lo que se piensa— que hacía veinte años que nadie ejercitaba su mente entre aquellas vitrinas. Había joyas de la filosofía y la literatura, tan antiguas como el propio recinto, pero nada de ciencias ni de pensamiento moderno. Los papeles de Torres Villarroel se conservaban en un cajón, a salvo de ratones y humedades. Mis ojos, iluminados en un principio, pronto se rindieron a aquel maremágnum de números, más propios del empleado doméstico que fue para la casa de Alba que del alquimista clarividente que yo deseaba hallar en él. Las únicas predicciones que allí brillaban tenían que ver con el consumo trimestral de vino y de cecina.

—¿Y eso de ahí arriba es cuanto dejó? —mi decepción era patente al retornar a las cocinas.

—Entre doncellas y criadas, mayordomos, lacayos, guardarropas, cocineros y despenseros, entonces trabajaban diecisiete personas en esta casa. Las horas del día si contamos a los mozos de cuadra, a Águeda y a mí —el secretario Damián impostaba la voz—. ¿Acaso crees que, si hubiera algo de valor en las pertenencias de don Diego, no habría tentado a alguno de los muchos que en este tiempo han pasado por aquí?

—Recuerda que no hablo de alhajas, Damián. Son manuscritos lo que busco.

—¿Nada de tu interés? —Águeda doblaba ropa seca, canturreaba y pegaba la oreja, sumando tareas como sólo ella sabía. Meneé la cabeza para ahorrarme la contestación—. ¿Le has enseñado el arcón, alma de Dios? —Águeda se dirigió a Damián sin mirarlo.

—Ah, sí, el arcón. ¿Y qué te hace suponer que el arcón merecería más respeto? —replicó éste. Ni que decir tiene que la sola mención de la palabra me agitó las vísceras al recordar los sueños que habían alterado mis recientes noches.

—¿La ignorancia del prójimo? —Águeda mostró la agudeza que recordaba en ella.

—Pues agarra ese candil y vamos al desván, que se tarda menos en verlo que en discutirlo.

Si la biblioteca acumulaba el polvo de la desidia, el desván se rebozaba en el del olvido. Nunca lleves al desván lo que quieras tocar de nuevo, repetía la viuda de Zárate, recta dueña del palacio en mis años mozos. Se supone que era la puerta hacia un menos allá que,

indefectiblemente, reclamaba el diezmo de la transparencia, volviendo invisibles cuantos objetos accedían a él. Aquel entarimado enorme, soportado por vigas centenarias, contenía los restos de tantos naufragios vitales como barcos hundidos contabilizan los piratas que rondan La Española. No fue tarea sencilla encontrar el arcón que había cobijado la vida de don Diego y en el que ahora reposaban las reliquias de su muerte. El éxito se debió más a la casualidad, gracias a mi torpeza para caminar entre obstáculos con poca luz, que al orden que allí brillaba por su ausencia. Caí sentado sobre él. Cualquiera diría que el que lo puso en tal recoveco se manejó con la intención de convertirlo en anonimato, refugio de posaderas abatidas. Había una señal en la pared que rezaba «Aquí ha de estar». Debajo se distinguían una te floreada y una uve de trazo irregular. Y, a juzgar por las letras, juraría que habían sido grabadas por el mismo Torres.

Alumbrándome con el candil, comprobé que el arcón carecía de candado. Era la mejor forma de impedir que forzaran su cerradura sin necesidad. En apariencia, sólo contenía un hábito, alguna muda y los útiles para el sacerdocio, que tardíamente ejerció. Ningún manuscrito. Unas Sagradas Escrituras, una cajita con un anillo roñoso de latón y el símbolo de la extinta orden de los jesuitas, carentes de valor en su tiempo y en el mío, un espejo ovalado, un puntero, unas plumas y un volumen con obras del políglota Raimundo Lulio, hombre de todas las ciencias y pensamientos. Nada más.

Palpé hasta tocar la madera de la base y me pareció que estaba cuajada de arañazos. Lo saqué todo para estimar su altura sobre el suelo. Era de varios dedos. Resultaba obvio que algo había debajo y que debía estar protegido por el secreto de un doble fondo. La tabla tenía talladas numerosas líneas que, junto con unos resaltos estratégicamente situados, formaban un polígono de nueve lados inscrito en tres circunferencias concéntricas. Tantas rayas como posibles segmentos entre los vértices completaban un trabajo de virtuoso. Aquella figura me resultaba familiar, sin por ello acudir a mi mente en aquel instante. En el centro, por avatar de los cruces, lo que parecía un pentáculo que saltaba a la vista acababa en otro eneágono, esta vez irregular.

Puse el dedo índice sobre cada una de las curvas, sin descubrir nada. Luego brinqué de vértice en vértice, de raya en raya. Golpeé con el nudillo en el centro. Cansado, me senté en el suelo. Con tan buena fortuna que vine a posar las nalgas sobre el libro de Lulio, abierto por aquella figura. La única diferencia es que ésta estaba ilustrada por letras mayúsculas y palabras. Había leído sobre su *Ars Magna*, quizá en Leibniz, pero jamás me había animado a estudiarlo. Revisé las

grafías, ordené mentalmente los vocablos y decidí apostar por lo más simple. Letra D, de Diego. Apreté, rasqué con las uñas, recorrí su contorno, sin éxito. Debajo, en el segundo círculo, me pareció leer «DURATIO». Había un resalto donde debía estar la D. Empujé con el pulgar y todo el bloque central se elevó hacia mí, dejando un agujero por el que se vislumbraba un pasador. Ingenioso artefacto para levantar la tapa, al estilo de algunos secreteres. Dentro, a buen recaudo, reposaba un manuscrito que, junto, sumaba más de una cuarta de grueso: *Enseñanza, magisterio y epifanía del terco Diego de Torres Villarroel*.

IV

ACASO LA SALUD SEA COMO LA HACIENDA

Un inesperado temblor vino a agitar mis manos al coger aquel legajo. Algo en mi interior, la lógica he de suponer, venía a susurrarme que me hallaba ante un documento poco común, de valor incalculable. Don Diego había publicado su vida a trozos, exponiendo sus vergüenzas al regocijo de los lectores menos doctos. Y, sin embargo, había guardado con celo un segundo relato, tan secreto que se ocultaba en un arcón, tras un resorte que tenía por clave el concepto de perpetuidad, podría decirse. Hojeé el texto y concluí que debía salir del palacio cuanto antes, no fuese que la aparición de alguno de sus nobles viniese a arrancar de mi mano lo que a todas luces era una confesión sin igual.

Águeda y Damián habían insistido en que me quedara a pasar la noche. Les rogué que comprendieran mi desazón. Los recuerdos de aquellas estancias habían permanecido en mí a pesar de la lejanía, evitando que mi dolor menguara. Águeda posó su mano sobre la mía para consolarme. Damián carraspeó al no saber qué decir. Amables siempre, enviaron un recadero a la Hospedería a informar de mi llegada, con lo que sólo hube de despedirme de ellos con la efusividad que otorga la gratitud, prometiéndoles volver a visitarlos antes de mi partida. Marché hacia el Colegio Viejo. Enfilé la calle de la Compañía con buen paso, sonoro en exceso para mi gusto, pues los cascos de Voltaire no pasaban desapercibidos a aquellas horas. Entre la iglesia de San Benito y la casa de las trescientas conchas, feudo de los Maldonado, me pareció distinguir una sombra acechante. Un alguacil de la universidad, pensé. Giré la cabeza sin observar nada. En cambio, sí percibí con nitidez un susurro que procedía de los sótanos, la famosa cárcel del estudio que jamás visité. Y no por ganas de algunos envidiosos que pululaban por los colegios mayores y menores como liendres por la cabeza del bibliotecario que apodaban Mohíno. Mi posición, protegido por los Alba, levantaba ronchas.

La nueva fachada del Colegio Viejo me arrebató, borrando de mi mente la suspicacia. El antiguo edificio había sucumbido a los ecos del terremoto de Lisboa y en verdad habían construido ostentación donde

antes había humildad. Aquel pórtico de cuatro columnas espigadas, rematadas por un frontón al más puro estilo de los griegos, y aquella escalinata representaban otro tiempo y otro estilo. Salamanca estaba cambiando. La plaza Mayor era buena prueba de ello.

Alcancé la Hospedería aneja, comprobando que mis credenciales universitarias de Sevilla y mi pasado salmantino me abrían las puertas de par en par. Accedí a mi celda por una escalera de caracol. Me habían asignado una tranquila, pequeña pero aseada, con una vista imperturbable. Reunía cuanto un estudiante pudiese desear. La mesa tenía esa piel ajada que dejan los enemistados con los libros cuando el aburrimiento los aturde. La vela conservaba sus buenos tres cuartos de una cera que olía a ofrenda de la iglesia de San Sebastián. La silla crujía, descuadrada. A la alacena le faltaba la llave. La habían encalado con prisa, como delataban los churretes del anaquel vacío. El jergón, en cambio, había sido mullido a conciencia, vistiéndolo con sábanas blancas que olían a alguna hierba aromática que no acerté a identificar. Vertí agua en la jofaina, me refresqué la cara como ya hiciera en Monterrey y bebí. No había tiempo que perder, la lectura me aguardaba.

Pronto pude percatarme de que, en efecto, el contenido del manuscrito era una suerte de rectificación o adenda de lo publicado con el pomposo título de *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras del doctor don Diego de Torres Villarroel, catedrático de prima de Matemáticas en la Universidad de Salamanca, escrita por él mismo*. En un rápido vistazo, se apreciaba que lo esotérico ganaba valor y renglones. La camaradería con un compañero de viaje que jamás oí mencionar era el sostén de numerosas peripecias. Un italiano de peculiar ralea, portador de cuantas virtudes y defectos pueda imaginar el lector de uno de los libros de caballerías de don Quijote o de la picaresca del Buscón.

Acababa de retornar a la primera hoja para enfrentarme, ahora sí, al texto sin la precipitación de la ansiedad, cuando unos nudillos llamaron a la puerta. Acudí con la convicción de que debía responder que todo estaba en orden y que la estancia resultaba acogedora. Me topé, sin embargo, con un caballero que podría ser de mi misma edad, algo corto de talla, vestido todo de negro.

—¿Don Martín Tadeo de Salvatierra?

—¿Quién pregunta? —respondí sin madurar la respuesta, reconociendo mi identidad en aquella desafortunada omisión.

—Arrastro tantos nombres como motes, pero puede llamarme, si le place, Niccolò Furio Hermes d’Amodeo. Resumiendo, Amodeo. O Asmodeo, como me puso un físico de boca de fraile y lengua de

escorpión.

Ésas eran las seis o siete letras que, juntas, cuajaban la confesión de don Diego. Mi reacción, lo admito, no fue templada. Me resultaba tan inverosímil que aquello sucediese que pensé que no era más que una broma de escolares. No disimulé mi enojo, provocando el suyo.

—¿Qué prueba he de ofrecerle para que me crea, señor mío? —alzó la voz.

—Demuéstreme que es quien dice ser.

Lo dejé pasar. No me movió la confianza, sino las ganas de acallarlo. Mi primera noche de hospedaje no podía acabar en escándalo. Se sentó en la silla, indicándome que hiciese lo propio en la cama, y comenzó un relato en el que ensalzaba la fe en sí mismo del más ilustre del linaje de los Torres de Soria y la confianza que había recibido de éste en muchos años de alianza y amistad.

—Podría decirse —añadió con complacencia, al ver que sus palabras calaban en mi ánimo— que conozco a don Diego desde ese siempre que el ser humano reserva para su propia y efímera existencia. Lo vi travesear arriba y abajo por la calle del gremio de libreros, apedreando niños y gatos, trepando por las paredes como una araña sin red, ocultándose del llamado de su santa madre. Uno de esos atrapamoscas que se entretienen con cualquiera travesura y que, ahondando en su propio ingenio, acaban cometiendo desmanes dignos de encierro. De la piel del diablo, murmuraban los cristianos del vecindario que era, y ambos quedábamos complacidos con tan risible epíteto. Tropezamos en más de una ocasión, sin que tales encuentros sirviesen para formalizar el saludo.

»Habríamos de abandonar las tierras salmantinas —prosiguió—, adentrándonos en la Portugal de la próspera Lamego de los vinos fortificados, para que nuestras manos y nuestros corazones vinieran a estrecharse. Andaba el joven Torres por el pedregoso camino que acerca a la veintena y aleja de la familia cuando, tras cruzar el río Côa, se le arrimó un ermitaño con ganas de cháchara. Acabaron recorriendo juntos las no pocas leguas que distaban de la parroquia de Mondim da Beira y, como los bienes del mozo se reducían a una camisa limpia, doce reales y un pan mordido, aceptó con gusto la oferta de pasar la noche en la modesta ermita que cuidaba con primor y escasos medios el curioso espiritualista.

»Pronto el hijo de don Pedro de Torres, del que en aquellas fechas renegaba, y doña Manuela Villarroel sintió afecto por aquel hombre de bien que, más allá de dogmas y reliquias, hacía del pensamiento y la curación la cuna de su conducta. Juan del Valle provenía de Barcelona, donde había alcanzado el rango de administrador de rentas

reales, y sabía de las lisonjas e inquinas de los viles, del ruido mundanal y de ciertas prácticas que estaban reservadas a los atentos a las musarañas del éter y el tiempo. Ahí precisamente confluimos Torres, Valle y un servidor, generando un vínculo que no habría de romperse ni con el desgaste de los años ni con las discrepancias que desatan el conocimiento o la personalidad.

»Sucedió con el ocaso, en la digestión de una cena que, para Juan, nunca era copiosa. El hábito lo conducía a encerrarse antes de besar la cama, buscando en sus libros y su entendimiento remedios que sanaran los males de las gentes de aquella poblada parroquia. Había desplegado el arsenal de cazos y retortas, había ordenado los polvos coloridos de nombres extravagantes y se afanaba en encender el fuego. Metódico hasta el delirio, repetía a diario la rociada de una materia amarillenta obtenida de esporos de licopodio y a la que él, con exageración premeditada, denominaba azufre vegetal. Sabedor de sus costumbres, solía dejarme ver cuando comenzaban sus letanías y mezclas, llenando la estancia de un humo denso que excitaba la garganta y los ojos. Aquella noche no fui el único. Quizá el efluvio que se extendía, caprichoso, atrajese al joven Diego. Lo cierto es que, tras un par de imprecaciones y otras tantas preces, nos encontramos los tres carraspeando y departiendo como osados alquimistas que acorralasen la escurridiza sierpe que llaman panacea.

»Obsesionado con producir el mayor catálogo de pomadas y emplastos sanadores, el bueno de Juan hubo de admitir en más de una ocasión la utilidad de mis ideas —aquí hinchó el pecho—. Yo decía emplear la experiencia aprehendida en mis andanzas por los reinos de la bota italiana, firme de convicciones gracias a los físicos a los que había ayudado. No había judío reputado que yo no citase ni médico del papa con el que no hubiese tenido trato. Juan se mostraba huraño ante lo que entendía ciencia infusa, pero acababa rindiéndose a la eficacia de las probaturas que, como alternativa a sus propios hallazgos, le proponía. Jamás le gustaron la apariencia de mi cuerpo rechoncho y la risa socarrona que, así lo aseguraría andado el tiempo, brotaba del istmo de mis fauces. Más hombres ha enajenado el mercurio que la sacrosanta Inquisición.

»Diego, por su parte, poseía un vasto conocimiento sobre todo y nada. Había leído cuanto desfilaba por la librería que regentase su padre durante años y en su cráneo se acumulaban informaciones dispersas que escapaban de sus labios a la menor oportunidad. Pude apreciar, sin embargo, la inclinación de las personas de bien hacia ese charlatán de rara apariencia —había afecto, a pesar de lo que expresaba, en el tono de aquel Niccolò Furio Hermes d’Amodeo que

había mudado de caballero greco en simpático relator de chismes—. Era una de sus virtudes, y el ermitaño se percató enseguida. A cambio, con el paso de los almanaques constaté que causaba el efecto contrario en los torcidos y retorcidos, que no tardaban en malencararse con el altercador de una Salamanca poco acostumbrada a la libertad de pensamiento, palabra y obra.

»Siendo más cercano a estos últimos que a los beatos, empleé una sencilla artimaña para convertirme en su escudero por tierras portuguesas. Acabábamos de salir de aquel remedo venial del infierno y la tos no nos dejaba articular palabra. Con los ojos enrojecidos y el rostro congestionado, ambos concluimos que había merecido la pena la sesión de tan singular química. Calmados tras beber un trago de agua bendecida por el vino, tiré de la labia de su admirado Quevedo para sacar ventaja, acertando con una sentencia que Diego había convertido en lema capital.

»No ignora el pobre, y tampoco el rico nuevo, que la salud es como la hacienda, que se goza gastándola. Y, si no se gasta, no se goza.

V

Don Diego de Torres Villarroel

Don Diego de Torres Villarroel vino al mundo en el mismo giro de la Tierra alrededor del Sol que trajo la edición del diccionario de la Academia Francesa, el nacimiento de Voltaire, la controversia sobre los muros de la iglesia sevillana del Salvador y el sitio de Barcelona, durante la prolija guerra de los Nueve Años. Corría la hoja 1694 del calendario gregoriano que parieron hombres de ciencia de la Universidad de Salamanca y toda mi atención era para la salud del insigne Marcello Malpighi, que pocos meses después abandonaría este valle de lágrimas, y para mi añorado palacio del Quirinal. Salamanca no era Roma, y aquella ruidosa criatura de piel cetrina, que daría con sus esponjosos huesos en la humilde cuna destinada a los dieciocho hijos del pertinaz Pedro y la paciente Manuela, no podía competir con la grandeza del creador de la histología, médico del papa Inocencio y amigo del que tanto debí aprender.

Amodeo quiso mostrarme su vasto conocimiento de la vida y carácter de don Diego, provocando mi perplejidad. Tras un discurso de duraría hasta el canto del gallo, no quedaba la menor sospecha. Aquel hombre de anchas espaldas, más cuadrado que redondo, se sabía las obras y milagros del cátedro como el mejor actor declama a Lope o a Calderón. Pocos teólogos de hoy en día serían capaces de recitar el Génesis o el Apocalipsis con la solvencia y dominio que empleaba él. Añadía detalles más que creíbles no sólo a las andanzas oficiales de nuestro Torres, sino también a esas otras, más oscuras, que constituían el manuscrito que acababa de encontrar en el compartimento secreto del arcón. No hubo pregunta que no supiera contestar, ni trampa alguna que no desmontara. Finalmente, rendido a la evidencia, entré en el meollo del asunto.

—¿Qué clase de alineación de astros nos lleva a reunirnos en esta humilde alcoba, señor D'Amodeo? ¿Qué pretende usted de mí?

—Nada de lo que rumia, buen pensador —lo cierto es que me maliciaba que lo que el sujeto quería no era precisamente mi amistad—. No necesito papeles ni dineros. No necesito halagos ni ostentación. Me conformo con saldar la única deuda que me resta —compuso un

gesto tan serio que de necios habría sido mantener la idea de que se burlaba de mí.

—¿Qué deuda ha de unirlo a este enseñante de matemáticas sin fortuna ni nombre si hasta el mismo día de hoy no nos habíamos visto?

—La esencia de las cosas, don Martín, no se expone a la vista. Se percibe por los sentidos más sutiles. Y los míos no han dudado un instante al saber que era un aventajado Salvatierra el descubridor del tesoro del arcón de don Diego.

—Mucho deben fiarse Águeda y Damián de quien habla para permitirle recorrer los aposentos de Monterrey y manejarse en el desván.

—¡Cómo no habían de hacerlo, si fui yo quien grabó en la madera del arcón el dibujo de Lulio y puso en él semejante montón de papeles! —elevó el tono, para bajarlo de inmediato—. Pero baste por esta noche, que ya es de día. Reflexione sobre lo oído y saque sus propias conclusiones. Volverá a saber de mí.

Mis súplicas no sirvieron de nada. Me dejó solo y descompuesto, como el rondador que no consigue que su dueña vuelva a asomarse. En el tintero quedaban las cuestiones mayores, las que se cocían a fuego lento en la marmita del cráneo. Si en 1694 el tal Amodeo se movía por Roma como el santo Pedro por su casa, ¿qué edad habría de tener? No hacía falta maestro para sumar noventa años de este siglo, seis del anterior y sus buenos diecisiete o dieciocho que debieron llevarlo a la ciudad papal. Total, ciento catorce. En ese caso, bien podría ser verdad que el llamado Amodeo mereciese el nombre de Asmodeo, demonio que la Biblia menciona en el libro de Tobías. Digamos entonces que Amodeo exagera, como el amigo íntimo de Torres que asegura haber sido. En esta vida todo se pega, menos la sabiduría.

Quedaba la gran interrogante. ¿Qué sacaba semejante individuo de aquel alarde de información? Pocos panegíricos alcanzan el nivel de la biografía y, mucho menos, la superan con creces. Amodeo había indagado de tal modo en los escritos de Torres Villarroel, fuesen oficiales o apócrifos, que hubiera podido reemplazarlo en cualquier momento de cualquiera de las épocas que le tocó disfrutar o padecer.

Apenas dormí un par de horas. Curiosamente, al despertar, me encontraba fresco como una lechuga y con ganas de deshacer alguno de los enigmas que, como una madeja, se habían ido enredando en las últimas horas. No fue complicado acceder, estando donde estaba, a los catorce tomos de las obras completas de Torres, recopiladas por él mismo en 1752, poco antes de mi partida hacia las Américas. Con la

ayuda de un estudiante y una carretilla, trasladé aquel tesoro de la biblioteca a mis aposentos. Pusimos sobre la mesa dos montones de siete y, una vez solo, saqué de debajo del jergón los papeles secretos. Pasé la mañana y la tarde, con apenas un refrigerio por descanso, gastando rayos de sol. Llegó la hora de la vela e hice acopio de unas cuantas, sabedor de que el combate contra las letras alcanzaría la épica de memorables batallas contra los números. Si no hallaba nada reseñable, al menos me situaría a la altura de Niccolò Furio Hermes d'Amodeo y podría negociar o rebatir sus argumentos, llegado el caso.

Había tanta distancia entre el Torres público y el Torres secreto que parecieran dos personas en lugar de una. Costaba comprender tamaña diferencia. Un hecho destacado en los papeles del arcón adquiría el matiz de la anécdota en la biografía oficial. Si había tristeza en unos, broma y chiste se perfilaban en la otra. Y, sobre todo, los estudios más sorprendentes de los primeros no figuraban por ninguna parte en la segunda. Como el mismo Amodeo. Poco a poco, con paciencia de Job, fui encontrando sombras que se materializarían en huellas. A eso de la medianoche, cuando algunas almas se exponen a la última derrota, se hizo la luz en mi entendimiento. Torres se había pasado media vida representando un teatro de burlas y escarnios. Se reía de sí mismo cuando se ponía serio y se ponía serio cuando denostaba a los demás entre chanzas. Hacía imitación del pícaro cuando se sentía cátedro y viceversa. De esa forma, era como uno de esos magos que llaman la atención de la corte con sus rápidos movimientos de manos, sus humos de la invisibilidad y sus juegos de espejos, causando prodigios que las gentes, desde el rey al villano, aplauden a rabiar. Interpretaba uno y mil papeles de comediante, sabedor de que es más efectiva una mentira bien tramada que una verdad a voz en grito. De modo que, como el teorema que se resuelve por la lógica de la *reductio ad absurdum,* bastaría con aplicarse en la busca de lo contrario de lo que Torres aparentemente expresa para reducir a la verdad el absurdo de sus postulados.

Con este nuevo método y los ojos prestos a cazar los gamos que saltasen de las páginas, leí en voz alta unos párrafos de la introducción a su *Vida* publicada, la biblia sobre la que se sustentan los muy abundantes escritos de Torres. Allí estaba el meollo de tan sagaz cabeza.

—Por lo mismo que ha tardado mi muerte, ya no puede tardar. Y quiero, antes de morirme, desvanecer con mis confesiones y verdades los enredos y las mentiras que me han abultado los críticos y los embusteros. La pobreza, la mocedad, lo desentonado de mi aprehensión, lo ridículo de mi estudio, mis almanaques, mis coplas y

mis enemigos me han hecho hombre de novela, un estudiantón extravagante y un escolar entre brujo y astrólogo, con visos de diablo y perspectivas de hechicero.

Donde renegaba de la hechicería, de la verdad inmaterial, ahora quería leer que asomaba lo sustancial. Sus estudios, sus almanaques, sus coplas..., alquimia pura que jugaba con el diablo, la astrología y el éter. El Piscator de Salamanca no era el farsante que pretendía ser, sino el fruto hecho personaje de un escritor de fina pluma que huía del estigma que los iletrados plantaban en la frente del sabio. La Inquisición nunca encontraría el camino para conducirlo al juicio de Dios. De eso se encargaba él.

—Paso entre los que me conocen y me ignoran, me abominan y me saludan, por un Guzmán de Alfarache, un Gregorio Guadaña y un Lázaro de Tormes. Y ni soy éste, ni aquél, ni el otro; y por vida mía que se ha de saber quién soy.

Que traducido venía a decir a las claras que ocultaría con celo la verdad de su naturaleza y condición, porque vive mejor el que agrada al pueblo sin molestar al poderoso que el que abre de un tajo la sandía de lo cierto, marcando la senda que lleva a la clarividencia y, por qué no, a las mazmorras de una de las muchas cárceles del Santo Oficio. Jamás nadie sabría quién es Diego de Torres. A lo más que se llegaría es a revelar el engaño, la mentira, el embuste y el disparate, palabras tan afines al eminente. Ahora se explicaba que su matemática fuese la de Tolomeo, Peuerbach y Argoli, echando pestes de ese Newton que ensalzaba en sus papeles íntimos. Mi viaje desde Sevilla, si la razón acompañaba mi tesis, no habría sido en balde.

Tras la centena de apertura, venían a sonar dos nombres por derecho. Uno era el ya familiar de Amodeo. El otro, para mi reflexión, no respondía a un gran médico, matemático o astrólogo, sino a todos en uno: Raimundo Lulio. Sólo que vivió en el siglo XIII y murió en el XIV. ¿Qué podía Lulio enseñar a Torres Villarroel? Algo había, sin duda, cuando en el arcón guardaba su *Ars Generalis Ultima,* modelo del artefacto de apertura de la base. Imaginé que debería leer con cuidado extremo cada párrafo y cada renglón de aquel manuscrito para sacarle el jugo a tan rara fruta. No convenía, sin embargo, espaciar mi inquietud. Empezaría por Amodeo, puesto que uno que remedaba a éste se encontraba en Salamanca y Lulio, en cambio, reposaba en un osario de Tánger, no quedando de él más que la risa lúgubre de la calavera.

Retomando los pasajes primeros de su *Vida* vine a comparar el fragmento en que se aproxima a Coímbra, volviendo a poner de manifiesto las diferencias ya proclamadas. En *El ermitaño y Torres,*

escrito en 1726, refiere la compañía de un amigo que el mismo ermitaño conoce y que acabó, como yo, corriendo su fortuna en el alivio de los desesperados de España, que son las Indias. Torres se haría pasar por estudiante médico; el amigo, por maestro de otra habilidad, que también ejercitaba él. Uno acreditó la experiencia del otro, haciendo valer el engaño. Ese camarada de la falacia no podía ser otro que Amodeo y así se corrobora, con pelos y señales, en los papeles del arcón. Sin embargo, la aventura es cambiada en su *Vida,* borrando al acompañante.

Era la primera de sus muchas formas de mentir por omisión, que también se peca al callar. Ahora, sabiendo de mi tendencia a la dispersión y lo intrincado, tenía ante mí la más difícil de las labores: superar la curiosidad para centrarme en la razón de mi viaje de Sevilla a Salamanca. Mi único objetivo debía ser averiguar qué suerte de método empleaba Torres para convertirse en el verdadero Piscator que acierta en sus predicciones, desafiando las leyes de la lógica y la nueva doctrina de la probabilidad. Este manojo de huesos debía seguir soportando su estigma. Me iba la vida en ello.

VI

Al alba cabalga

El instinto de sobrevivir debió empujarme a propinar una patada al ataúd cuando el gallo, de perfil como una veleta, apenas había afinado la garganta. Me libré de la losa de mantas y me apliqué en el aseo. Renovador a todas luces, pues el agua de la palangana había comenzado su silenciosa muda en hielo. Mis manos enrojecieron al instante. Me desprendí de las legañas, guardé en la alforja los espejuelos y recité con voz recia uno de los apotegmas más valientes del Gran Capitán.

—Más quiero buscar la muerte dando tres pasos adelante que vivir un siglo dando uno solo hacia atrás.

Voltaire me recibió con un relincho poco amistoso. Llevaba muchas horas entregado a la holganza del borrico y no mostró interés por salir de paseo con la fresca. Tras los primeros tirones de las riendas, comprendió que no se trataba de plantar los cascos en la legua de compromiso, destinada a estirar las patas y mi pensamiento. Atravesamos el puente y torcimos hacia la siniestra, despreciando el agüero adverso. En aquel momento, ni el mismo Torres habría de apartarme de mi objetivo. Tenía un método infalible, aprendido de zagal. Construía frases con palabras que contuviesen una misma y única vocal, divertido con la tonta sonoridad que se creaba. Al alba cabalga, se me ocurrió, recordando los tiempos en que mi preocupación se reducía a comer y aprender. Al alba cabalga galana la cara algara. Aquellas combinaciones me llevaron a las matemáticas. Me aficioné a asignar a cada letra una cifra, de modo que sumando todas obtenía un número. Con el dominio de las tablas y las operaciones, llegué a jugar a la inversa, escogiendo un número y buscando una frase que, mediante sumas, restas, multiplicaciones o divisiones, desembocase en la cuantía deseada. Fue tan apasionante que aún estoy liado con eso de cuadrar la bóveda celeste en una fórmula.

Tirando hacia el sureste como la flecha que rasga el aire, alcanzamos antes de lo esperado la antigua Calvarrasa de Genescal. El cielo, de repente, se encapotó. La tristeza del anuncio de lluvia me

encogió el alma. Entrando en Terradillos cayeron las primeras gotas. Saliendo de allí, era como si me hubiese echado el agua de la palangana de la Hospedería por la cabeza. La lluvia más heladora que la imaginación de un calenturiento sea capaz se precipitó sobre nosotros. La constatación de que Alba se hallaba a un tiro de piedra alivió, sin embargo, la sensación de que el resfrío se apoderaría de mis huesos.

Nuevamente el río Tormes me daba la bienvenida. Yo había recorrido el camino más corto. Él, acostumbrado a la ley de los flujos, que buscan su acomodo en el terreno, se había alejado de mí para reaparecer aguas arriba. Las cinco leguas que separaban Alba de Salamanca habían parecido media. Ahora se avecinaba lo difícil. El breve trecho hasta el convento se me haría media eternidad.

Para los salvaterranos de mis años mozos, Alba era la hermana mayor a la que se iba siguiendo el curso del río. Más de una vez proyectamos un desembarco de nuestra armada de galeones diminutos, construidos con cuatro maderas y lustrosos mascarones de proa, en la villa de los pudientes. Los duques de Alba y su fortaleza, la santa Teresa y su convento, todo era lustre aquí. Nosotros apenas teníamos una muralla carente de valor y el castillo de la mora encantada, cuya leyenda hablaba de la hacendosa y esforzada Laila, que fue hechizada por un brujo. Laila fue condenada a vivir en el fondo del río hasta la noche de festividad por san Juan, en que el conjuro se debilitaba y podía salir a la superficie, a buscar un amor duradero que rompiera para siempre la atadura mágica. Los muchachos de Alba nunca creyeron aquella leyenda. Se reían de nosotros asegurando que la habíamos inventado para otorgarnos el señorío del que, por ley de Dios, carecíamos.

Los de Salvatierra envidiábamos entre dientes, a la espera de que la ocasión se presentase para entonar lo escrito por la Madre Teresa, que tuvo reticencia para fundar allí el convento porque la consideraba pequeña y era menester que la comunidad tuviese renta al no poder vivir del trabajo de sus manos. Aquella cabeza pobre del señorío de la casa Alba, emplazada en una colina de escasa altura en la margen derecha del Tormes, no pasaba de los ochocientos vecinos. Costó ponerse de acuerdo con los fundadores, pero finalmente el convento lograría una renta anual de cien mil maravedís y ciento cincuenta fanegas de trigo, más ciento cincuenta mil maravedís más en juros sobre rentas situadas en varias leguas a la redonda. El 20 de diciembre de 1570, el obispo Pedro González de Mendoza concedía la licencia. El 24 de enero del año entrante se firmaba la escritura. Las primeras monjas quedaron instaladas y el Santísimo Sacramento fue llevado en

procesión desde la iglesia de San Pedro al día siguiente. Entre aquellas monjas destacaba una salmantina de nombre Guiomar de Jesús. Y ése fue el que vino a elegir Blanca.

Un suspiro se me escapó al cruzar el puente. Recordaba los pasos que llevan al convento de la Anunciación. Había estado en su puerta en alguna oportunidad, pero nunca imaginé que me arrastraría hasta aquí el deseo de volver a ver a la mujer que más he amado.

Aún oigo la voz de Blanca, tan niña, salir a nuestro encuentro cuando llegábamos de expedición fluvial. Asumíamos los riesgos del agua, sorteando peñas y rápidos, para demostrar valentía. Blanca era la única que nos saludaba con afecto, que más de una vez nos recibieron a pedradas. Por eso cuando me encontré con ella en el palacio de Monterrey, pasados unos años, mi inclinación renació con fuerza. Era la misma cara de niña en un cuerpo de mujer, con la misma sonrisa y el mismo donaire. La excepción que confirmaba la regla en las hembras de la familia Alba, grises de corazón. Aunque ella apenas conservase de la savia de los Alba el pequeño caudal que alcanza la rama de la rama del árbol.

Pronto comprendí que nuestro amor era un imposible metafísico del calado de la Santísima Trinidad. Tarde o temprano, el espíritu de tan ilustres moradores vendría a murmurar ante el patriarca que uno de sus hijos adoptivos, nadie en el linaje de Alba, de Salvatierra ni de la Salamanca universitaria, apenas un malabarista de los números, pretendía el favor de una de sus damiselas más preciadas, la bella Blanca. Blanca, con catorce años, había sido reservada para un casamiento de conveniencia con un médico de Madrid, ya mayor, afín a la familia.

Inocentes, rompimos la vigilancia de las dueñas para emprender una fuga sin más sentido que la pasión de unas cuantas noches y el dolor de los palos que me cayeron al ser atrapados no lejos de Alba de Tormes. Aun así, quise reclamar lo que me correspondía por derecho, pues ante Dios juré que habíamos contraído nupcias en la vigilia que sigue al aúllo del lobo, sin más misal que nuestro credo y nuestro amor. De poco sirvió tan débil protesta. Yo acabé en un barco, rumbo a las Américas; y ella, en el convento. Quisimos entregarnos con la pureza de un Calisto y una Melibea, para terminar escribiendo un sainete sin gracia ni epílogo moral.

Todos, salvo Torres, censuraron mi actitud, acusándome de desagradecido. Me habían costeado los estudios en Salamanca, me habían dado cobijo en su casa palacio y así les pagaba. Torres sólo me dirigió la palabra, antes de mi partida forzosa, en una ocasión. Había caído la noche y dos rufianes se apostaban en la puerta de mi cuarto, a

la espera de que se hiciese de día para conducirme hasta Oporto y embarcarme en un galeón con rumbo a la América de las Californias.

—Te envidio, Martintón. Has conseguido lo que yo nunca tuve. Todos opinan lo mismo de ti, sin la excepción del complaciente ni la alharaca del vengador. Ahora te sientes derrotado, la agonía de tu alma te nubla la mente. Pero llegará el día que sonreirás al recordar este momento. Has de vivir prodigios en tierras lejanas, disfrutar de olores, sabores y colores, descartar el matrimonio para enredarte en mancebías de mayor regocijo… Te envidio, Martintón. Y, para que no sea completo tu triunfo, te diré que no hallarás en mí el reproche. Te envidio porque yo habría actuado igual que tú a tu edad y no lo hice.

No parecía un presagio, sino una despedida aliviada por unas palabras de consuelo. Hube de esperar al reencuentro con mi amada Blanca para percatarme. Supe de su estancia en el convento por Águeda, que se apiadó de mí al percibir que mi insistencia no era fruto de la curiosidad, sino de la urgencia de cerrar viejas heridas. Siempre la imaginé casada, infeliz, aguardando a que un forastero de más allá del océano viniese a rescatarla de su amargura. Me conmovió la noticia de su encierro y me propuse visitarla. Por un instante, fantasioso, pensé en el rapto de mi hermosa sabina y en la dicha de una unión que nos compensase por el tiempo desperdiciado, hasta que la muerte trajera el último y definitivo adiós.

Pagué unas monedas a un crío redicho para que acudiese al convento a entregar una misiva a sor Guiomar, comprometiéndola con sus aspavientos si hiciese falta. No fue preciso. La monja dejó la faena para acudir al portón de acceso en cuanto leyó aquellas breves letras. Dadas las circunstancias, la superiora autorizó un encuentro en el patio, bajo la atenta mirada de otras religiosas.

—Has tardado media vida en regresar —dijo mirándome a los ojos.

—He tardado una vida entera —exclamé, refiriéndome a la mía.

Conservaba rasgos de su proverbial belleza, pero sus ojos habían perdido el brillo de antaño y el deseo de aventura, esa alegría incondicional que fuera su mejor virtud. Sus labios ya no eran gajos de la fruta prohibida que, como a Adán, me condenaría al destierro. Comprendí que había vivido el engaño de embalsamarla en el recuerdo, manteniéndola con la misma edad y las mismas facciones que un día me cautivaron. Ahora era una dama, tapada hasta las cejas por un hábito que no favorecería a ninguna hembra, de verbo afable pero carente de entusiasmo. Su historia era corta, apenas daba para unos rezos y un convento, pero guardaba un secreto que hubiese pasmado a cualquiera. También a mí.

—Has de saber que, en algún lugar de esta tierra de pecado, si Dios

no quiso llevarla hasta su corte celestial, habita la criatura que nuestro amor alumbró. Hazte perdonar velando por ella —no había rencor en sus revelaciones.

—Poco sería para lograr tu perdón —contesté, avergonzado.

—Nada he de perdonarte yo, que estoy cumplida en este instante. Levanta la cabeza y honra a quien te dio la vida y a quien la heredó de tu sangre.

Un par de lágrimas escaparon de las cuencas de sus ojos, transmitiendo toda la pena que mi vehemencia, juvenil e ignorante, había causado. Instintivamente, acerqué mi rostro al suyo, recibiendo una de aquellas gotas saladas del mar de su derrota. Mi llanto, como tantas veces en mi vida, fue postizo. Creación imperfecta de los seis agitados días de trabajo divino, jamás se me concedió la virtud de llorar.

Abandoné aquel convento sin saber nada del retoño nacido de nuestra breve pasión de descastados y de la mucho más larga pasión familiar de Blanca. Su mano apenas había rozado la mía en la despedida. La congoja me presionaba el pecho como una losa, impidiéndome respirar. No quise pedir auxilio. Me dirigí hacia Voltaire como pude, trepé hasta la silla y agité la rienda. Cruzando el puente, una ráfaga de aire vino a susurrar en mi oído la circunstancia en que la Providencia o el Diablo acababan de situarme.

La vanidad, egoísta como pocas, extrajo entonces una sonrisa de mis labios. Tenía descendencia, mas carecía del compromiso del cónyuge.

VII

NO HAY NECIO QUE NO SEA CONFIADO

Cualquier alumno de matemáticas de este tiempo negaría el estudio de un manuscrito del catedrático Diego de Torres Villarroel, astrólogo antes que hombre de números puros. De modo que podría cuestionar la cordura de mis actos con reproches tan ciertos que provocarían mi sonrojo.

—Y todo esto, ¿para qué? —preguntaría uno de esos jóvenes deseosos de aventura que dormitaban en los peldaños traseros de mi clase.

—Si este santo señor ni siquiera figura en los tratados, ni se le atribuye teorema alguno —añadiría su vecino de holganza.

—Un hombre de letras —dicho con desprecio—, creador de almanaques, engañabobos y médico que opinaba de todo sin haber ejercido jamás. Un sujeto que pasó por la cárcel, que espantó fantasmas en una casona de Madrid, que se enfrentó a la Universidad de Salamanca para colgar la toga de enseñante. Truhán recalcitrante, que más le hubiera valido entregarse sin demora al olvido del camposanto que dejar en testamento esa *Vida* de buscón, al estilo de su admirado Quevedo —remacharía el aplicado, estandarte del estudio y *rara avis* de la clase.

Pero, para desconcierto o regodeo de suspicaces, Torres volvía a acertar conmigo. Puesto que el candor de la mujer dura lo que tarda en ser expulsada del edén de la inocencia, de buena me libró el exilio en las Californias. Y tanta verdad venía a susurrarme que aquellos papeles que habían dormido el sueño de los justos en el arcón de Monterrey debían contener afirmaciones tan rotundas que la panacea, la piedra filosofal y el elixir de la eterna juventud parecieran figuraciones de alquimista bisoño. Porque, en el fondo, nada de lo narrado ahí sería gratuito, y diríase que tantas andanzas y tantos palos de ciego como describía no eran más que mojones que marcasen la dirección correcta en un camino salpicado de postas. Un camino en el que el transeúnte más repetido era ni más ni menos que el amigo llamado Niccolò Furio Hermes d’Amodeo.

Convencido de la necesidad de volver a enfrentarme a aquel que se

decía Amodeo, esperé a la criadita que fregaba los suelos con las primeras luces. Vive Dios que era una hermosura, lozana de aspecto, firme de ubres y ancha de caderas. No se levantó para contestarme, creando una situación poco corriente, en la que yo permanecía de pie, a un palmo de su rostro, con una vista de águila deseosa de posarse en sus pechos o en sus nalgas. No le sonaba tal señor. Superando el instinto de requebrarla, pregunté en la Hospedería sin encontrar razón de éste. No sólo no estaba alojado en ella, sino que nadie había visto entrar o salir un personaje de su talla e indumentaria. Nadie supo identificar al sujeto que yo describía, por más empeño y detalles que puse en mis descripciones. Ni en las celdas, ni en las aulas.

Decidido a resolver el enigma, me encaminé al palacio de Monterrey. Damián andaba fuera, negociando unas balas de paja para las caballerizas. No dudó a la hora de negar que hombre semejante, de acento levemente italiano y estatura más bien justa, hubiese pisado los salones de la casa y, mucho menos, hubiese tenido roce con el arcón de don Diego. Mi insistencia no cambió su testimonio.

Al despedirme, se apoderó de mí una de esas iluminaciones que hacen que te lleves la mano a la frente y exclames el nombre de Dios en vano: aquel farsante me la había jugado. Pero ¿con qué propósito? ¿Qué podía pretender de mí? No tardé en responderme: el hurto del manuscrito. Tal vez el verdadero Amodeo, ya anciano, le hablase en alguna ocasión de las rarezas de su contenido y llegase a pensar que adquiriría valor en ese mercado de sombras que es la compra y venta de libros, frecuentado por algunos de los nobles que en su día ensalzaron a Torres como erudito, adivino y cazador de los muchos fantasmas que florecían en los palacios de una España siempre a caballo entre el credo y la superstición, entre el más allá y el menos acá. Y, suponiendo que no lo moviese una bolsa de buenos escudos, quizá fuese la pasión por atesorar semejante joya. Nada más peligroso que un coleccionista sin escrúpulos.

Mi mente siguió ganando velocidad, al tiempo que mis piernas la perdían. Puesto que Monterrey le estaba vedado, la única forma de lograr el botín era cargarse de paciencia y aguardar a que alguien de la casa de Alba, instigado por él mismo o por propia decisión, lo sacase de su reposo. Mira por dónde sería yo el cómplice involuntario en la tropelía. Instintivamente, aceleré el paso. No había mejor forma de hacerse con aquellos papeles que propiciar mi salida de la Hospedería y, con la impunidad que concede el bullicio estudiantil, registrar la celda que me había tocado en suerte.

—¡Diablo! —exclamé antes de correr calle abajo, acudiendo a subsanar mi torpeza.

Entré como el rayo. Choqué con dos animados conversadores, pedí disculpas tras escuchar improperios olvidados a mi edad y alargué la zancada para atenuar el ruido de mis suelas sin menguar la prisa.

—Ya empezaba a impacientarme —escuché, sobresaltado, mientras abría la puerta.

Amodeo estaba sentado en el jergón, en aparente calma. No me molesté en hacerme el ofendido por la intromisión. Tampoco pronuncié la clásica pregunta sobre cómo se las había ingeniado para meterse en mi aposento. Hubiera sido una pérdida miserable de prestigio.

—El hombre centenario nos visita de nuevo —reconozco que no improvisaba. Había preparado esa pulla para mostrarme desdeñoso en una hipotética aparición, prometida por otra parte.

—No se esfuerce, buen matemático, que de números andamos sobrados los dos —contestó con desparpajo—. Y no malgaste su tiempo, que de eso no puede presumir en mi presencia.

—Aprecio entre sus virtudes la de leer el pensamiento.

—Nada meritorio cuando se lleva escrito en la frente.

Amodeo no había venido a robar el manuscrito. No lo necesitaba. Se sabía lo que encerraba como si hubiese salido de su propia pluma y sus bienes, en la jerigonza que empleaba, daban para una bula papal, la compra de un ducado y la conquista del virreinato del Perú. Tampoco coleccionaba libros. Por ocupar demasiado sitio y, para un viajero de su calaña, estorbar más que una esposa. Había venido a hacerme una oferta irrechazable.

—Irrechazable si, en lugar de dedicarse a comparar lo publicado en aquella célebre colecta pública en la que participó hasta el rey con lo que esconde debajo de este jergón, admite como artículo de fe lo que ahí se cuenta y abandona el loco ejercicio de demostrar y demostrarse que, donde entonces don Diego mentía, ahora dice la verdad. Y viceversa.

El poder de deducción de Amodeo no tenía límite. Le había bastado con ver aquella montonera de libros y examinar por qué hojas habían pasado mis dedos para descubrir el afán que me movía. Mi teoría había quedado al descubierto en menos que canta un gallo.

—Los tomos que vieron la luz en 1752 eran fruto de un mismo propósito, sostenido a lo largo de toda su vida pública: embaucar al crédulo, tratándolo con afecto, y marear al avispado, burlándose de él —repliqué con firmeza, sin que hiciese amago de refutarme—. Daba igual el tema y el destino de tal o cual documento. Siempre estuvo en combate, bregando para que la inaudita verdad quedara sepultada por capas de apariencia. Que no es oro cuanto reluce, como bien supieron

los alquimistas.

—Sin embargo, mi buen matemático y pesquisidor, tal menester carecería de sentido cuando de un texto inédito, escrito antes de rendir cuentas ante Dios, se trata. ¿No cree?

Había atinado con el martillo, hundiendo el clavo en la viga maestra. Acababa de oír la conclusión que me negaba a pronunciar, eludiendo el salto al vacío que suponía abandonar mis convicciones para adentrarme en las aguas turbias de una laguna estigia. Llegado este instante, dudé entre arrojarme en brazos de aquel tipo que jugaba el mismo ajedrez y la misma verborrea que Torres o seguir resistiéndome hasta arrancar de él la verdad de su nombre y de su relación con el catedrático. No hay necio que no sea confiado, dice el refrán, y tan astuto personaje debía saberlo. Me acorraló con sus preguntas e insinuaciones, no tardando en percatarse de la realidad.

—Mucho venir desde Sevilla y mucho estudio de la esencia que preserva la obra de su maestro, pero lo único que sabe de él como la palma de su temblorosa mano son las páginas de esos almanaques que tanto llaman su atención —no escatimó desprecio ni en las cuerdas vocales ni en los músculos de su rostro, retándome—. Pobre Martintón.

Había aguardado al momento oportuno para sacar el mejor naipe escondido en la manga, el que cerraba la jugada y derribaba mis defensas. Pobre Martintón. Aquel apodo era mi *quod erat demonstrandum*. El «como queríamos demostrar» de una teoría tan ambiciosa como osada. Martintón me llamaba Torres, imitando el Martintín de Damián, cuando escapábamos por las caballerizas con nocturnidad y alevosía, camino de la condenación. Nadie jamás había escuchado ese apelativo de mis labios. Ni de los suyos en mi presencia. Sólo podía conocerlo alguien que hubiese intimado con él hasta el punto de recibir el premio de su verdadera biografía.

Bien, aquel manuscrito era tan auténtico como mi entrega. El Amodeo que me visitaba pasaba por dominar los secretos de Torres y alguno de los míos, y, para completar el silogismo, sólo faltaba que de una vez por todas pusiese las cartas sobre la mesa y me aclarase qué oferta irrechazable traía.

—No me impaciente más, caballero, y suelte lo que tenga que decir.

—¿Cuántos años necesitaría para ver cumplidos sus propósitos? —su tono cambió para advertirme. No cabía la broma, ni en su pregunta ni en mi contestación.

—¿Los elevados o los más pedestres y desaforados? —ganaba tiempo inútilmente.

—Igual de elevados son a mis ojos.

—No menos de otra cincuentena —respondí con ganas, expulsando el aire que llevaba largo rato sujetando en los pulmones.

—Sea —contestó.

—¿Sea qué? ¿Acaso acabamos de negociar mi destino?

—Si no he entendido mal, el buen matemático, pesquisidor y agnóstico arribó a Salamanca con la intención de hallar un atisbo de luz en el vaticinio de Torres que le auguraba una vida larga y, al fin, recompensada.

—Al final de tus días escritos tendrás contada recompensa, fueron sus palabras —puntualicé.

—Quizá don Diego pecara por exceso, pero esta regalía es el instrumento para satisfacer la tablilla de sus deseos.

—¿Qué me ofrece, pues? —tan expectante como incrédulo.

—La vida perpetua.

No habrá tratado, tranco ni trozo que detenerme puedan



VIII

TORRES, ALQUIMISTA DEL ENGAÑO

Torres nació entre las cortaduras del papel y los rollos de pergamino de una casa breve del barrio de los libreros de la ciudad de Salamanca. Recibió las aguas del bautismo el 18 de junio de 1694, en la parroquia de San Isidoro y San Pelayo, de tanta tradición como decadencia. En sus primeros años de infantil inocencia aprendió a rechazar el oficio paterno y las guerras. El primero, por la debilidad financiera que suponía y el mucho trabajo que representaba. Las segundas, por la ruina que trajo a su familia la de Sucesión.

Resulta casi cómico que el cierre del negocio de don Pedro de Torres, padre de tantos vástagos, fuese provocado por la pobre maña del enclenque Carlos II para dejar descendencia. En 1703, don Pedro abandona el olor de la tinta para dedicarse a una intendencia militar que no le reporta beneficio económico. El niño Diego acude a la escuela y destaca por su ingenio y malas artes, ganándose apodos que lo identifican como un espécimen de la piel del diablo. Con once años comienza el obligado aprendizaje del latín. Meses después, mientras se somete a la disciplina de su admirado Juan González de Dios, una Salamanca que había tomado partido por Felipe V el Animoso sufre el acoso de tropas portuguesas e inglesas. El 3 de junio de 1706, en medio de la celebración del Corpus Christi, un emisario del general portugués António Luís de Sousa se presenta en la Puerta del Río, solicitando la rendición de la ciudad. Salamanca se entrega a un ejército de treinta mil soldados, pero no permanece pasiva. Diego vive esos días con fruición, jugando a ser patriota con trastadas de las suyas, esta vez zahiriendo a los soldados enemigos. En los tres meses siguientes, hasta el 26 de septiembre, el orden no se restablecerá en una población que cambió de gobierno en dos ocasiones y que vio mermado su vecindario y sus posesiones materiales como consecuencia del combate y el saqueo. El año concluye para Diego con un balance no muy halagüeño. Ha recibido la primera tonsura por exigencia de su padre, ha visto debilitada su estampa de hijo putativo de Belcebú y el hogar familiar amenaza ruina.

No será hasta dos años después, habiendo ganado la beca de

Retórica en el Colegio Trilingüe, cuando retornará su fama, ganada a pulso por el trato vejatorio al que somete a sus compañeros. Desde entonces, y hasta su fuga, Diego sólo piensa en hacerse un nombre lejos de Salamanca. Cuando parte, sin el conocimiento de los suyos, es un muchacho de moderada educación, astuto como pocos, dispuesto a no arredrarse por nada. Presume de gran danzante, buen torero y mediano músico. Pero, sobre todo, de fino truhán. Cuenta con diecinueve estériles primaveras, mustias en pleno enero. Enero de 1714.

Tras cuatro meses de aprendizaje de la serenidad y de la curandería de humo penetrante del ermitaño de Modim da Beira, vino a acontecer el único suceso que podía alterar la plácida vida del aprendiz Torres. La tentación carnal lo abrazó con tanta fuerza que, tras dejar a la hija de unos visitantes devotos con las piernas mirando al cielo, recogió su hatillo y marchó sin despedirse. Acostumbrado a hacer de su sayo una capa, envolvió en ésta a la inocente y, en la enajenación que provoca el desafuero, fue presa de su instinto de cazador. Amodeo no dudó en acompañarlo.

Fue su remordimiento por haber arruinado la estima de aquel ermitaño lo que rescató la postiza personalidad, delirante de gresca y tararira, de Torres. Obligado a proseguir camino, eligió adentrarse en tierras portuguesas, hasta Coímbra. Amodeo, que vio materia en aquella mezcla de furor vital y ansias de aprendizaje, se pegó a él como la sombra que habría, llegado el caso, de darle cobijo. Salió de la ermita refunfuñando por la oportunidad perdida, dándose coscorrones por su mala cabeza, y llegó a la ciudad de universitario prestigio hablando de alquimia.

—¿Cómo es que tan hermosa palabra permanece lejos del vulgo, encerrada en la botica y pronunciada en un susurro? —preguntó tras comprobar, en la primera charla, que los conocimientos de Amodeo iban más allá de arrimarle unos frascos al ermitaño.

—El miedo del poderoso a que alguien sin cuna lo domine explica siempre lo inexplicable —respondió el acompañante con rotundidad. Aquella máxima se le fijó en la mente al rebelde Torres, hasta el punto de aposentarse en su ideario para los restos.

Entrando en Coímbra a pie, pronto decidieron el reparto de papeles, adoptando Torres el de médico. Hábil con el disfraz, actor de condición, le bastó el manejo de un recetario que no era más que la macedonia de diversas farmacopeas, coronada por las guindas de los prestigiosos Carlos Estevan y Juan Libaut. El resto lo puso su labia, capaz de cuentos, mentiras y chanzas. Ganó fama de físico y de bailarín, sin llegar a perder ni un solo paciente ni un solo compás. Las

mujeres lo seguían con santa admiración porque daba remedios para que creciera el pelo, se borrasen las pecas del rostro y limpiaran los dientes negros. Empleaba fórmulas carentes de riesgo y evitaba la sangría a toda costa. En conclusión, vestía como un duque, alto y garboso, al que jamás faltaba una moneda de oro en la mano.

Tras ocho meses de vida regalada, nuevamente sería la agitación de sus fluidos vitales la causa de una huida. En este lance, la tentación se disfrazó de casada caprichosa, amiga de fabricar celos en un marido distante pero más destemplado de lo habitual. La amenaza de una muerte segura hizo que, aconsejado por Amodeo, tomara las de Villadiego, orientando su brújula hacia la poblada Oporto.

Tantos eran los dineros conservados que fácil fue para ambos pasar por caballeros obsequiosos. No tardaron, sin embargo, en dejar vacía la caja de sus caudales. La encrucijada se resolvió en pelea. Torres apostaba por arrimarse a la cuadrilla de un torero; Amodeo veía en la soldadesca el camino a seguir.

—Más temo a un bicho de un quintal que a los granos de la pólvora —argumentó éste, sin convencer al tozudo salmantino, que negaba con la cabeza—. Tu afición a las cornamentas no te diploma en comedores de pasto.

—Más deberías temer mi puño que las astas de un morlaco —respondió el fogoso Torres, enojado.

El tono fue subiendo, trepador como la enredadera. Pasaron de las palabras a las manos, comprobando el desgarbado salmantino que el retaco le superaba en fuerza y maña, inmovilizándolo contra el suelo en un santiamén.

—¿Milicia o hueso roto? —preguntó Amodeo.

—Sea, Asmodeo de los infiernos —contestó sin contestar, admitiendo la derrota.

El argumento de Amodeo no era teorema de sabio. Expuso que el ejército permitía mayor libertad y holganza. Pero, en el fondo, lo que pretendía era inculcar en Torres disciplina de adulto y conocimiento de la defensa propia, que una cosa era alejarlo de la santurronería y otra, muy distinta, cargar con el fardo de un pisaverde.

Asentaron plaza en el regimiento de los Ultramarinos, en la compañía de don Félix de Sousa. Mal recuerdo le traía a Torres el apellido. Firmó como Gabriel Gilberto. Amodeo se reservó un Celso da Cunha, jugando con la repetición de la inicial. Pronto lucieron una librea verde y un aire marcial de veteranos. El miedo a los palos y el potro con que se reprendían las faltas menores hizo de Torres un soldado meticuloso y diligente. Se ganó el afecto del capitán, aprendiendo de las armas y de la táctica de la milicia. Disparaba con

rapidez y acierto. Hacía valer su talla en el entrenamiento para el combate. Hubiera podido seguir la carrera de las armas de no interponerse otra de sus distracciones. Tentaciones, diría con mayor propiedad.

Transcurridos trece meses, Amodeo dio por finalizada la enseñanza y buscó la manera de empujarlo de vuelta a Salamanca. Espíritu burlón tirando a sátiro, no se le ocurrió mejor idea que ponerle a tiro a unos toreros que habían cruzado la frontera para alegrar unas fiestas reales. Después de la discusión que habían mantenido al elegir oficio, sonaba a chanza. Torres se tragó el anzuelo. La nostalgia de un tiempo en que frecuentaba a los arriesgados de la capa y el estoque, animando las novilladas de las aldeas de su tierra natal, pudo con él.

Camuflados entre aquellos pateadores del camino, completaron la deserción abandonando Portugal. A una legua de Valdelamula, prometieron lealtad a la profesión y dijeron los más ceremoniosos adioses. Una vez solos, Amodeo insistió en quitarse de en medio, que había descuidado a otros humanos de mejor vivir. Torres no logró retenerlo. Entró en Ciudad Rodrigo, visitando la casa de don Juan de Montalvo, que le prestó ropa de estudiante y aditamentos para no pasar por el desharrapado que regresa con el rabo entre las piernas. Temeroso del trato que recibiría de su padre, Torres escribió a unos cuantos intercesores para que templasen su enojo y transmitiesen el arrepentimiento del pródigo aventurero. La acogida fue cariñosa, incluso dulce. Él, avergonzado, juró no darles más pesares y ser el hijo obediente que jamás fue.

Lo cierto es que el aprendizaje había fortalecido su entendimiento, valorando ahora lo que antes despreciaba. Tomó distancia del ocio y atemperó esos estrafalarios pensamientos que lo impulsaban a la bufonada y el enredo. Vino a jugar en su favor que los viejos compañeros de travesuras faltaban ya de Salamanca. El mismo Diego, en su *Vida* publicada y en su otra *Vida,* la que había caído en mis manos, reconoce que no era bueno, pero disimulaba sus malicias. Adquiría así las virtudes de un mozo más tolerable para las gentes de bien. Se volvió atento con los mayores y los iguales, aplicando lo aprendido en el ejército portugués. Poco a poco fue cobrando el cariño de los que antes lo aborrecían con razón.

¿Era uno más de sus engaños o en verdad se sentía impelido a comportarse como el cristiano con dolor de los pecados y propósito de enmienda? Si hemos de seguir la premisa con que me predispuse a la lectura, mentía.

IX

NO HAY MÁS VIRTUD QUE LA QUE DESTILA EL CONOCIMIENTO

En septiembre de 1715 asume que no hay otra solución para su familia que su ordenamiento como subdiácono. Tal es la asfixia de la economía en su hogar. Lo hace en las témporas de san Mateo, dando inicio a una carrera religiosa en la que cualquier tortuga, cristiana eso sí, lo habría derrotado.

Abandona el mundanal ruido, embarcándose sólo en aquellas fiestas organizadas por gente destacada de la comunidad, a la que transmitía el respeto y sosiego del instruido en el rechazo a las tentaciones. Intenta mostrar que el antiguo Diego de Torres es ahora don Diego de Torres Villarroel, aunque el título no se lo haya ganado enteramente. Y, para ganárselo, se encierra durante meses en la lectura de los autores más rancios de asignaturas tan significadas como la Filosofía Natural, la Crisopeya, la Transmutatoria, la Separatoria y la Matemática. En síntesis, mucha alquimia atada con un hilo de números. ¿Qué podía faltar en su afán por indagar en los remedios de la pobreza propia y de la salud de los demás? La Astronomía y la Astrología. La primera guiada por un tal Andrés de Argolio, que llegaría a expresar que el cerebro se rige por la Luna, que controla la parte tentativa, y por Mercurio, que se aplica en la discursiva. La segunda, con el alemán David Origano, experto en relacionar la posición de los astros con la meteorología local.

Hubo, sin embargo, un enseñante de pro que le abrió los ojos a las preguntas fundamentales de la ciencia. Torres pensó que el encuentro intelectual con el padre Manuel de Herrera, clérigo de San Cayetano, se debió a la casualidad. Pero en verdad no fue así, pues Amodeo, desde la discreta sombra, movió los hilos de su inquietud. Fueron numerosas las conversaciones, siempre pausadas, siempre originales. El padre Manuel de Herrera destacaba por ofrecer puntos de vista diferentes sobre cualquier acto natural o preternatural, dejando que la mente llegase tan lejos como las alas de la razón le permitiesen.

Animado por la interpretación del pasado y del presente, y las posibilidades que éstos ofrecían para predecir sucesos determinados

del porvenir, Torres caviló una manera de hacer dinero: la edición de almanaques. No tardó en comenzar la preparación de uno para el calendario siguiente, 1718. Un suceso vino a alterar sus planes. Desde finales del año anterior se vivía en la Universidad de Salamanca el pleito de la alternancia de cátedras en Filosofía. Eran litigantes los jesuitas, acérrimos defensores de la ocurrencia, y los dominicos, que sostenían su inutilidad. Los estatutos de la universidad mandaban que en el primer año de Artes se leyesen las súmulas del maestro Báñez; en segundo y tercer año, que se estudiaban Lógica Magna y Filosofía Natural y Moral, respectivamente, ordenaban que se aplicasen las tesis del maestro Domingo de Soto. Se exigía el cumplimiento de tales preceptos so pena pecuniaria o, incluso, de privación de la cátedra. De modo que estudiar Filosofía en Salamanca implicaba seguir la dirección y sentido de la escuela tomista. Los jesuitas se pusieron en pie de guerra y no es menester recordar que, por aquel entonces, el confesor real era el sacerdote de la orden Guillermo Daubenton.

También tomó parte en este debate don Diego de Torres, pues desde el 10 de mayo pertenecía al claustro como consiliario de la Nación de Campos. Baste decir que el consiliario se encargaba de la protección y guía de los estudiantes del territorio correspondiente. Y baste añadir que participaba en las deliberaciones del claustro. Su argumento, al expresarse en éste, fue simple y loable: qué más da la afinidad del cátedro si lo que verdaderamente importa es que sea idóneo para tal honor. Sólo que él tenía una forma de exponerlo nada discreta, irritando a propios y extraños. Tanto fue el cántaro a la fuente que terminó por romperse, siendo encarcelado durante dos meses y sufriendo pena de reclusión en el convento de San Esteban por causa de unas sátiras que, para más inri, no habían salido de su puño y letra.

Encontrarse en prisión y venirse abajo su ánimo fue todo uno. Acurrucado en su injusta desgracia, acabó en una duermevela febril. Por fortuna, poco le duró ese estado pues, como de la nada, tuvo una visión que le alegró el ánimo y que achacó al deseo. Delante de él, con la socarronería habitual, apareció un Amodeo con aspecto de conde o noble semejante.

—¿Qué, don Diego, no hemos encontrado mejor empresa para holgar que dejarse caer en ese rincón? Pues sepa, mi amigo, que abandonarse a los placeres del encierro produce afinidad y, al cabo, llegará el momento en que ya no quiera salir de este lustroso sitio.

—¿Es real el fantasma que contemplo? —respondió con una frase salida del arcón de su ingenio y de la caverna de su garganta. Había pasado una decena de días en silencio.

Amodeo era el mismo Amodeo de carne y hueso de la aventura lusitana, presto a la risa y capaz de encontrar humor en la situación más incómoda. Aburridos en un lugar más lóbrego que las celdas del regimiento de Ultramarinos, azuzaron la caída de los granos de arena del reloj de Cronos fantaseando con aquello de los almanaques. Eran tantas las ocurrencias sobre cómo fabricarlos que la cabeza se les llenó de índices, prólogos y otras menudencias de la publicación, pues ambos sabían de los textos zaragozanos del siglo anterior y del Gran Piscator Sarrabal de Milán, que se editaba en Madrid. Amodeo, además, podía aportar su italiana erudición sobre Il Gran Pescatore di Chiaravalle, el original milanés.

Así transcurrieron dos meses de calabozo, entre llantos y risas. Cuando el almanaque cansaba, entraba en escena el magnífico Francisco de Quevedo, que Amodeo podía recitar sus escritos mayores y sus versos más rimados con la precisión de un deán. Y en esas estaban cuando lo trasladaron al convento de San Esteban, dando por concluido el desánimo. Como llegó, se fue Amodeo. Despidiéndose hasta más ver con una frase que recordaba al adiós de Valdelamula. «Cuando me necesites, me tendrás».

Torres prosiguió sus estudios en tan incomparable retiro y, finalmente, las diligencias del Real Consejo desembocaron en su liberación sin pago de costas. Como compensación, se le designaría vicerrector durante un breve periodo, en pleno mes de noviembre. Y a fe que fue breve, pues concluiría el día 27 con la elección de rector. No obstante, tiempo hubo para ganarse nuevas y poderosas enemistades. El origen de todo se halló en la intervención, a instancias de la fiscalía del Real Consejo, en unas anomalías observadas en la provisión de cátedras de la Facultad de Jurisprudencia Civil y Canónica, enfrentándose sin denuesto a un sector influyente de la universidad.

A esto se une el real decreto de 22 de febrero de 1718, conocido en el claustro de la universidad el 4 de marzo, por el que entra en vigor la cacareada alternancia de cátedras. Su odio hacia los jesuitas se dispara, permaneciendo en su corazón y en su mente para los restos. Llevó mal lo que él llama conjura en su contra, reaccionando con la rebeldía de antaño. Se negó a la solicitud de los beneficios de la posición, renunció a cátedras y grados, y se propuso vivir de los trabajos emprendidos al margen de la universidad. Libre de compromisos y teniendo muy presente su injusto encarcelamiento, esta vez sí recurrió al escarnio. El acontecimiento más sonado se produce cuando la emprende con un doctor en Teología. El episodio tiene más gracia tal como lo cuenta en el manuscrito secreto que

obraba en mi poder.

—Y bien, reverendísimo, ¿es ya *lumen gloriae tota ratio agendi,* o no? —se refiere con seguridad a una vieja cuestión escolástica, relativa al modo de conocer a Dios los bienaventurados en el cielo, si exclusivamente por iluminación sobrenatural o con alguna intervención del propio intelecto—. ¿Dejaron decididas las patadas y las voces esa viejísima cuestión?

—Vaya noramala —respondió el catedrático—, ya está aquí el loco.

—Todos somos locos —aduce Torres—, unos por dentro y otros por afuera. A vuestra reverendísima le ha tocado ser loco por la parte de dentro y sólo nos diferenciamos en que vuestra reverendísima es maniático, triste y mesurado, mientras yo soy delirante de gresca.

El viejo profesor vino a reprenderle por su mala educación a voz en grito. Torres, ni corto ni perezoso, se anudó en los pulgares unas castañuelas y, sin mediar palabra, comenzó a bailar alrededor del enseñante, soltando brazos y piernas en un movimiento frenético. Se repitieron los gritos, cada vez más rabiosos e impotentes, y la respuesta del joven hasta que se aproximaron a otra de las escuelas menores, donde se refugió el acosado. Y allí quedó, escandalizándose cada vez más, mientras la acción corría de boca en boca, reavivando las opiniones sobre el niño de la piel del diablo y las sonrisas de complicidad de los alumnos y enseñantes más jóvenes.

Otra de las extravagancias de esta etapa fue la fundación del colegio del Cuerno, travesura que dio que hablar en Salamanca y fuera de ella. Los colegiales eran diez o doce mozos escogidos, ingeniosos, traviesos y dedicados a toda huelga y habilidad. Los agudos preceptos que explicaba Torres no cayeron en saco roto. Dos de aquéllos llegaron a ministros reales, otro a obispo y un cuarto aumentó la distancia, vistiendo en Japón de pérfido jesuita. Así lo asegura Torres y lo corrobora Amodeo, a pesar de que Águeda me murmurara que eso fueron fantasías de cuando era chico, que Diego lo mezclaba todo en el almirez de su sesera. Y, fuese de un modo u otro, así de alegre de cascos hubiera continuado de no haber intervenido su padre, que le hizo recapacitar sobre la congoja de la familia, ahogada por las adversidades económicas y dolida por las cosas que habían de escuchar del hijo.

Todo se desencadenó con la publicación de su primer almanaque, en línea con lo convenido con Amodeo durante la estancia carcelaria. *Ramillete de los astros,* lo tituló, viendo la luz en septiembre de aquel mismo 1718. Dedicado a doña María de los Remedios Álvarez, esposa de don Domingo de Guzmán, contaba con la llamada censura de don Manuel José de Herrera, su maestro de San Cayetano, que se alegra de

ver un almanaque ajustado al meridiano de la ciudad de Salamanca, carente hasta entonces de quien practicara la ciencia astronómica. Elogia sin reticencia a Torres, destacando lo acertado de su pronóstico y lo ajustado de las constelaciones, lunaciones y asterismos, con los provechos consecuentes para médicos, labradores y noveleros ávidos de entretenimiento. No alcanzó, a pesar de los elogios, demasiado eco y, tras recibir la arenga paterna, el futuro Piscator se graduó apresuradamente de bachiller en Artes en la pequeña Universidad de Santo Tomás de Ávila, el 2 de noviembre, accediendo en cinco días a la sustitución de la cátedra de Matemáticas, que estuvo sin maestro treinta años y sin enseñanza más de siglo y medio.

Torres reaviva el interés por la especialidad, llegando a presidir un acto de conclusiones geométricas, astronómicas y astrológicas, una auténtica rareza que dedicó al príncipe de Chalamar, duque de Jovenazo, que ejercía desde Salamanca la función de gobernador en las fronteras de Castilla. Dos años duraría tan provechosa actividad. Los mismos que duró la presencia militar en Salamanca, retirada por una real cédula que prohibía los cuarteles y el alojamiento de tropas para mayor tranquilidad en los estudios. El padre de Torres, don Pedro, perdió así su empleo al servicio de la intendencia castrense.

El mismo don Pedro insta a Diego a que progrese en la escala religiosa, pasando de subdiácono a clérigo. Solicitó las capellanías de San Isidoro y San Martín, cuyas rentas consistían principalmente en los alquileres de una casa de la calle de la Rúa. La dotación para su mantenimiento era de unos buenos seiscientos reales al año. A pesar de la tranquilidad económica que representaba, no se decidió a seguir adelante. Dudaba de su fidelidad al cargo. Aun así, y antes de cumplir la edad prescrita por el Concilio de Trento, la obediencia lo llevó a hacer oposiciones a los beneficios curados del obispado de Salamanca, que igualmente permitirían obtener renta a cambio de la cura de almas. Ambas veces fue honrado con la primera letra y por mucho tiempo se recordaron las agudas respuestas que ofreció en los exámenes.

Lo había solicitado, confiesa, por vanidad, por soberbia. Acallaba las voces de los que seguían viéndolo con las castañuelas en las manos y cumplía con su familia. Había tenido éxito, sin duda, pero se hallaba ante el precipicio y en la obligación de saltar. Un salto para el que se necesitaba valentía y, siendo hombre de convicción moral, vocación.

X

Epifanía del terco Martín

Llegado a este punto, he de admitir que la lectura del manuscrito de Torres comenzaba a alterar la percepción que tenía de él. No hablo ya de las verdades que contiene y que corrigen las mentiras intencionadas de su famosa *Vida*. Ni de su cronología bien dispuesta, tan distinta de los constantes saltos de tiempo, del todo premeditados, que emplea en el texto que publica. Desde el título, con tan rotundo examen de conciencia —*Enseñanza, magisterio y epifanía del terco Diego de Torres Villarroel*—, respira el aire de la confesión verdadera, la que se hace ante el ser supremo de cada uno, sea el de los cristianos o sea el yo exaltado que clama en lo más íntimo. Ahora adquirían sentido sus locuras. Aquellas bufonerías no eran más que el medio para perpetrar débiles venganzas, toda vez que no comulgar con las ruedas de molino de los poderosos lo situó siempre en una posición incómoda, sin asidero al que agarrarse. Si alejo de mí el ruido de los hechos, percibo la rebeldía que implica la brega en pos de la justicia en una sociedad que repudia al que no se somete, ayer igual que hoy. Torres era el caballo asilvestrado que no se dejaba domar.

Y en esas estaba, rescatando el aprecio que jamás le tuve, cuando volvió a aparecer el que decía llamarse Niccolò Furio Hermes d’Amodeo, con ese trajín que era parte sustancial de su teatrillo. Si froto la lámpara, brota el genio vestido de hidalgo venido a menos.

—Veo que se me requiere —fue su saludo.

—No recuerdo haber pronunciado su nombre. Pero, ya que se ofrece, no estaría de más hacer recuento de tanto mareo como trae consigo cada vez que se acerca —seguía sin confiar en aquel sujeto.

—Todo está en su mano. Tiene esos tomos tan poco sobados como sonoros que compendian el conocimiento y máscaras de don Diego, Dios los fulmine con un rayo. Tiene el documento que con tanta maña sacó del arcón del palacio de Monterrey y que algún día, Dios lo quiera, leerá completo y con detenimiento. Y me tiene a mí, que poco me someto al designio de Dios y de su cohorte de ángeles castrados. ¿Qué más desea?

—Entendiendo que no va a decirme ni su real nombre de pila ni su

interés en este enredo, hábleme de su ofrecimiento de la vida eterna, que la última vez se marchó dejándome con la pregunta en la boca.

—Nada dije de vida eterna, pues, como acabo de apuntar, con las cosas de arriba no me meto. Cuando sea ceniza, allá sabrá san Pedro hacia dónde lo avienta. Yo hablo de esta Tierra que nunca debió ser redonda, sino plana. Le ofrezco la posibilidad de algo mejor o peor, depende de quien lo mire. La vida perpetua.

No sé cómo, pero aquel hombrecito con pinta de gañán y mirada de lince lograba desviar mi atención de lo importante. Venía a confirmar el proverbio portugués que recomienda no discutir con un idiota porque te lleva a su terreno, donde, cargado de experiencia, acaba derrotándote. Pues allí estaba yo, discutiendo sobre las potencias del alma y la perpetuidad del cuerpo y el espíritu, que es como discutir del sexo de los ángeles que este Amodeo se había encargado de castrar. Sin sacar nada en claro y sin entrar en el meollo de la cuestión. En medio de tan estéril debate, más propio de concilio que de recua de matemáticos, se llevó el dedo índice a los labios, provocando mi silencio.

—Dígame, buen señor, ¿a qué vino tanta cabalgadura desde Sevilla a Salamanca? ¿Qué busca? —se expresó con tal firmeza que tuve la seguridad de que sabía lo que iba a responder.

—Necesito averiguar si las predicciones de don Diego fueron fruto de un método de trabajo o de la casualidad —lo dije suavemente, para que no pensara que creía en adivinaciones y místicas.

—Claro, no me diga más. Asunto de alta ciencia que relaciona con su tiempo de vida terrena o su felicidad celeste. Y, habiendo puesto su escopeta en tan grande pieza, ¿cómo es posible que pierda el tiempo en zarandajas? Déjese de distracciones, olvídese de dónde se halla Alba de Tormes y dedíquese a su objetivo, que se dispersa más que el aceite en una palangana. Lea, hombre de Dios, y luego, si encarta, pregunte —a él, se entiende.

El portazo dio con un trozo de cal de la pared en el suelo. Volvió a dejarme con más intrigas que respuestas. Tanto era su interés en mí que me había puesto vigilancia, incluso lejos de la ciudad. Pareciera que mi propia sombra fuera su informante. Una cosa sí era menester admitir. Me trataba como el Amodeo del manuscrito trataba a Torres, apareciendo y desapareciendo a voluntad. A su voluntad. Lo que podía interpretarse como un diabólico signo de confianza.

Diáfano como el agua del pozo se me antojaba el motivo de su breve visita: conducir mi atención hacia el manuscrito. Un volumen que, dividido en tres partes, había descansado cuatro lustros en los bajos del arcón y que, juntando éstas, formaba un grueso tomo de

caligrafía más desaliñada que curiosa. Si, movido por una hipotética fe en el anónimo sujeto, relacionase las dos únicas consideraciones de interés que pude discernir en su verbosidad, habría de afirmar que la clave para obtener la vida perpetua se encontraba en aquel fajo de resmas. De modo que habría de enfrentarme, qué remedio, a una transición del invierno a la primavera que más pareciera un largo otoño de hojas amarillentas, márgenes cortantes y nervios numerosos, levemente abarquilladas, sin peciolo por donde agarrarlas.

Dispuesto a llevarle la contraria, no tuve mejor ocurrencia que volver a encaminar mis pasos hacia Monterrey. Imprudente, continué con mis pensamientos dispersos sobre Amodeo y Torres mientras atravesaba las calles. Abandoné las disquisiciones sobre la veracidad y falsedad de los textos publicados por éste para centrarme en los contenidos que había de albergar el manuscrito para convertirse en escalera hacia esa vida perpetua que, en mi imaginación, equivalía poco menos que a la inmortalidad. Torres…, ¿visionario y alquimista? ¿Qué clase de bálsamo de Fierabrás había mantenido en secreto hasta su muerte? Y, lo que es peor, si su experiencia lo llevó a descubrir la fórmula de una pócima que cura al moribundo, ¿por qué no se la aplicó, evitando la incertidumbre del purgatorio?

En medio de estas cavilaciones, vine a toparme con las traseras del palacio por donde solía entrar cuando era uno de sus variopintos moradores. Águeda abrió secándose las manos con el delantal. No se sorprendió al verme. Percibí, en su beso, que algún otro sentimiento se unía al cariño. Pronto asumí que plantarme allí sin más ni más, improvisando la charla, no había sido la mejor de las ideas.

—Te esperaba antes —dijo sin dilación.

—Ando en un asunto de matemáticas —me excusé pobremente.

Le relaté el viaje a Alba de Tormes, deteniéndome en el estado de la senda, el comportamiento de los meteoros y la mansedumbre de las aguas del río. Tras el circunloquio, con la lengua ya caliente, pasé al encuentro con Blanca.

—Sor Guiomar —me corrigió.

Mi intuición no había fallado. Y la verdad es que no es tal, sino pura observación. Aprendí en tierras americanas de un maestro al que nadie jamás, desde que escarmentase en plena selva de la Amazonía, logró enredar con su labia y gestos. Relaté la conversación con sor Guiomar e hice amago de detallarle cómo la vi, pero no me lo permitió.

—Sé cómo se halla —replicó—. La visito cada año, por santa Águeda.

Un par de lágrima gemelas, gruesas como dos gotas de lluvia,

resbalaron por las arrugas de sus mejillas. Perplejo, sin saber qué añadir para consolarla, la abracé. Esperó a tomar el pañuelo y sentarse para hablar.

—Era mi niña, Martín, mi niña —se meció en la silla, encogida.

Nunca me reprochó nada, hasta ese preciso momento. Cuando partí, escoltado, fue la última moradora de Monterrey en despedirse de mí. Me besó en la frente, a modo de bendición, e introdujo en mi camisa una bolsa de terciopelo que contenía tres monedas de oro. La sutileza con que ahora se expresaba me hizo más daño que cualquier vejación de entonces. Blanca era la niña que jamás tuvo, la quería como tal, y yo se la arrebaté, condenándola al entierro en vida.

—Un sol que se apagó de repente, para no volver a brillar, dejándonos mustios a todos.

Cada una de aquellas palabras era una puñalada en mi corazón anciano. Lo peor de los errores que se fortalecen con la vanidad es que, cuando te percatas, siempre es tarde para enmendarlos. Uno necesita madurar hasta casi pudrirse para abrir los ojos a la verdad y cerrarlos a su orgullo de mentecato que se mira el ombligo. A lo largo de todos esos años de desarraigo pensé en Blanca con más frecuencia de lo deseable, pero jamás me puse en la piel de Águeda o de Damián, que tanto la querían. Ni siquiera en la de ella, pues me limitaba a pensar en mi desgracia por haber perdido su sonrisa, sus labios, su entrega sin precio ni condiciones. Mi epifanía, la epifanía del terco Martín, no admitía la comparación con las de tantos santos y beatos. Era más acíbar que gozo.

—No me dijiste que había parido una criatura —salí del atolladero como pude, sin demasiado tacto.

—No era yo quien debía darte esa noticia —su voz había abandonado el afecto, transmitiéndome frialdad.

—Blan... Sor Guiomar no mencionó si era hembra o varón.

—Ella misma no lo sabe.

—¿Y tú, lo sabes tú? —estaba obligado a indagar. A la postre, ha sido la única ocasión en que me he enfrentado a la verdad de mi imperdonable biografía.

—Yo no sé nada. Se lo arrebataron del pecho sin que alcanzara a ver si la criatura estaba entera. Apenas pudo sentir su berrinche de recién nacida, el calor de su cuerpecito —volvía el llanto—. Hace años, un día que se nos amargó el recuerdo, me aseguró que debía ser crío, por la reciedumbre de su garganta, o una niña de mucho genio, que no se dejaría pisar por ningún hombre. Si mis oídos no se equivocaron, una vez oí a la señora hablar de una buena familia de Madrid.

Me arrodillé y le pedí que me perdonase. Me besó la frente, como en la primera despedida, se puso en pie y se marchó. Fue su forma de expresarme que no regresara.

XI

AGUA ELEMENTAL Y JÍCARA DE CHOCOLATE

Diego de Torres Villarroel se describe a sí mismo como un hombre de carne sólida, alto, pelo rubio, ojos azules y pequeños, nariz abierta, dientes cabales…, bien parecido, con más catadura de alemán que de castellano o extremeño.

En poco se parece al que conocí, pero he de pensar que así era, más o menos, el día que emprende el camino de Madrid a lomos de un burro que alquila a un arriero. Dejaba aparcada la carrera eclesiástica por respeto a la verdad y a los impulsos de su vientre, con disgusto de los suyos, que veían en los hábitos la manera más fiable de asegurar el condumio. Y, con distintos argumentos, ya no descartaba yo la posibilidad de marchar a la Villa y Corte, a indagar sobre ese hijo que rebasaría con holgura los treinta años. El escozor de las últimas fechas no se aliviaría así como así. Había dejado una llaga en mi entraña.

Don Diego asegura en su *Vida* que entra en Madrid con la ropa puesta por todo pertrecho. No era cierta la afirmación, pues iba hasta las cejas de papeles y libros. La primera semana se instala en las caballerizas del mesón de la Media Luna, en el tramo de la calle de Alcalá próximo a la Puerta del Sol. Los mesones de entonces, a diferencia de las posadas, eran frecuentados por los tratantes que acudían a Madrid y, según he podido saber, eran más modestos pero daban de comer a los que en ellos pernoctaban.

Encontró un desván donde alojarse por poco dinero y se trasladó a la de la Paloma, a tiro de piedra de la calle de Toledo, no demasiado lejos de la muy transitada plaza de la Cebada. Allí montó su primer hogar madrileño, teniendo por ajuar una cama destartalada, una vela de sebo, un puchero, dos platos y un cántaro con agua. Por las noches se manejaba a oscuras, para ahorrar en lo único que podía gastar. No tenía sitio para las necesidades de su parca fisiología, por lo que Madrid entero era su letrina. Cada cuatro días lavaba la ropa en un pilón comunitario que tenía la casa y lucía limpio y altivo para que nadie pensase de él que era un muerto de hambre. Aunque cerca le anduvo la cosa, a decir del propio Torres, porque jamás aceptaba la invitación a la mesa cuando estaba de visita y pocos eran sus dineros

para comida. Celoso de preservar su imagen, se cuidaba de crear una mala impresión en aquellos que habían llegado a estimarlo. El nombre columbino de aquel modesto pasaje que casi se salía de la ciudad tenía que ver con un milagroso vuelo sobre el carruaje de Nuestra Señora de las Maravillas. Más de una noche soñó despierto que aquella paloma, desplumada y en una buena cazuela, serviría para calmar la necesidad.

El Madrid que conoce Torres en nada se parece al de hoy en día. La guerra de Sucesión concluye en 1713 y, entre idas y venidas, a Felipe V poco tiempo le había quedado en sus trece años de monarca para hacer de la capital la réplica del París que añoraba. Las reformas no llegarían hasta el final de la década, tardando en otorgar esplendor. Cuando don Diego pisa la ciudad, no pisa un vergel precisamente. Carente de alcantarillas, empedrados y bujías, con escasos monumentos, es de aspecto sucio y más bien pobretón. Pocas viviendas a disposición y casi imposibles de pagar, por lo que instalarse en la Paloma fue más consecuencia que recurso. Había tanto malentretenido que pronto entendería que las puertas a las que debía llamar se contaban con los dedos de ambas manos.

Se fue abriendo camino sin llamar la atención sobre las inclinaciones de sus tripas y de su cabeza, pues no sólo alejó de sí la tentación del yantar de gañote, sino que también hizo lo propio con las excentricidades y las opiniones que generaban recelo en las academias. Tal fue su moderación que vino a ganarse el aprecio de don Bartolomé Barbán, contador real y hombre que, por su posición y talla, aglutinaba a su alrededor gentes con una charla digna de ser atendida. Madrid, con hambre, en nada se parecía a su Salamanca natal, pero los agasajos de la servidumbre de don Bartolomé le proporcionaron el sustento preciso para dormir por la noche y levantarse con el gallo. De modo que el agua elemental del aseo primero y la jícara vespertina de chocolate centraban el interés de su cuerpo, liberando la mente del ronroneo del hambre.

Sus inquietudes económicas no habían menguado. En su mente seguía dando vueltas la idea de trabajar en la sanación de los enfermos y, más importante aún, de ese espíritu interior que llamamos existencia. Tanta era la huella que el ermitaño de Beira había dejado en su corazón y tanta era su afinidad por lo que, allá por tierras portuguesas, le había proporcionado cuanto un hombre de su condición pudiera desear. Pues bien, quiso la Providencia que afición y necesidad vinieran a coincidir en el despacho de don Agustín González, ilustre protomédico de la Casa Real. Él mismo aconsejó a Torres el aprendizaje de la medicina, que fácil habría de tenerlo con

su capacidad para el estudio y la observación.

Don Diego le tomó la palabra hasta tal punto que saltaba del camastro para acudir a diario a casa de su mentor, compartiendo con modestia el desayuno antes de apropiarse sin miramiento de los libros de la biblioteca de éste. Como la tierra tira lo suyo, comenzó por la medicina clásica del salmantino Pérez de Herrera, que fuera físico de la Corte en tiempos de Felipe II y Felipe III. Sin fe en lo que leyó, se decidió a buscar saberes de la medicina moderna que atribuye a un tal Francisco Cypeyo. Este nombre no se cita en el manuscrito secreto, por lo que debo pensar que también es invento de Torres. El auténtico aprendizaje lo obtuvo conversando con don Agustín y visitando las camas de los infortunados que acababan en el Hospital General y de la Pasión, erigido en las proximidades de la Puerta de Vallecas. En pocos meses, hábil con la memoria, ágil de magín, superó el examen del Real Protomedicato.

Lo que viene después se explica por su carácter. Lúcido casi siempre, diferencia entre lo que supone indagar en el saber a la búsqueda de verdades y lo que representa poner a prueba la conciencia a diario. En Portugal ejerció un oficio de conveniencia, y sólo se empleaba en asuntos de fácil juicio. Ahora se debía a la profesión bajo juramento, con lo que la elección de los casos resultaba imposible. Y qué problema implica esto, me pregunté al hilo de la lectura. Torres lo resume en una palabra: falibilidad. La realidad es que la medicina de entonces, como la de ahora, estaba lejana de dar remedio a los males de los enfermos. Le entró miedo y renunció a convertirse en uno de esos adocenados que profesan la medicina como si llevaran un comercio, despreciando la salud para llenar sus bolsillos.

Encontró, como no podía ser de otra manera, la forma de salir adelante. Amigo de sus amigos, practicante de ese refrán que reza que se han de tener afinidades hasta en el mismo averno, logró la aceptación de un artesano de bordados que le permitía ejercer esta habilidad en su obrador. Los gorros, chinelas y baratijas varias que brotaban de sus manos eran vendidos en una tienda portátil de la Puerta del Sol. De este modo vestía y comía, más de lo primero que de lo segundo, con lo que se aseguraba la presencia necesaria para seguir frecuentando gente de la buena sociedad.

Llegó otro verano y, con él, el infierno del que echa pestes el salmantino. Torres preparaba ya los textos para un nuevo almanaque que titularía *El embajador de Apolo y volante de Mercurio, almanaque universal para el año común de la conjunción magna 1722*. Por aquel entonces ya había quedado claro a los insignes matritenses que las

virtudes del sin par don Diego de Torres eran tantas como fuesen precisas, ganándose fama de sensato, mañoso, instruido y espiritual. Pero no de la espiritualidad de los curas, sino de los que son capaces de conocer los astros y lo invisible hasta el punto de elaborar predicciones si se tercia. Eso y el apego al paisanaje explican que fuese reclamado por la condesa de los Arcos para resolver un extraño problema doméstico. Un suceso del que, gracias a los despistes deliberados de don Diego, nadie acierta a fijar en mes y año.

Fue el párroco de la condesa, don Julián Casquero, quien acudió en su búsqueda con la consternación y la prisa propias del caso. Quiso el destino que viniera a encontrarlo en la cuesta de Atocha, apartándolo de una idea que rondaba su cabeza para hacerse con un dinero arriesgado pero imprescindible: transportar sin licencia unos talegos de tabaco, desde Burgos a Madrid, en compañía de un clérigo ventajista. No cabe duda de que la indagación de un misterioso ruido nocturno era un negocio menos comprometido, pues la brega con fantasmas nunca degeneró en desobediencia a las disposiciones reales.

El panorama que halló en la mansión de la calle Fuencarral no podía ser más propicio. Todos, señores y criados, temblaban de pavor al asumir que debían soportar otra noche el estruendo que producía vete tú a saber qué fuerza invisible escapada del más allá para protestar en el más acá. Apenas tuvo que contener la risa para ganárselos con un sermón confortador, cargado de valentía y falsos conocimientos de lo sobrenatural. Doña Josefa Figueroa Laso de la Vega se dejó encandilar por su dulce labia. Recibió, en premio, una cena de rico y una sobremesa de noble.

Llegada la hora de dormir, el espectáculo fue para desternillarse. La servidumbre movía colchones de un lado para otro, plantando hasta catorce en un salón de buenas proporciones al que fueron accediendo familiares de la condesa, ayudas de cámara e invitados, apiñados para superar el mal trago de la madrugada. El bravo Torres, fiel al papel que había de representar, se acomodó en una silla, tomando por útiles un velón de cuatro pábilos y una espada herrumbrosa. No tardó en caer rendido, con un sueño bien alimentado por la digestión, del que sólo lo sacaría el enojo altisonante del supuesto duende y el consiguiente griterío de los asustados inquilinos.

La saeta pasaba de la una cuando Torres se puso en acción. Recorrió la casa para apreciar que diversos ruidos, más o menos difusos, se acercaban o alejaban caprichosamente. No hubo desván ni azotea que no visitase, sin éxito. Fuese lo que fuese, se haría de rogar con sus juegos y molestias. Volvieron los reunidos a los improvisados camastros y volvieron a escucharse los ruidos. Y así cada cuarto de

hora hasta las tres y media de la mañana en que el duende y los mortales cayeron en el sopor de la derrota, derrotados por el cansancio o el aburrimiento.

Nadie puso en duda la eficacia del valeroso don Diego, pues bastaba su ronda para que el espantajo mudase los chirridos en silencio. La condesa le pidió que permaneciese en la casa hasta resolver el entuerto y él, benévolo siempre, aceptó el ofrecimiento haciéndose de rogar lo justo.

Transcurridos once días de vana charla y once noches de sobresaltos, vino el duende a montar en cólera, armando la de San Quintín. Comenzó por unos golpecitos descarados justo en el techo del salón donde se hacinaban los miedosos. Subió Torres sin espada, convencido ya de que nada había de humano en aquel duende burlón. Al llegar al tránsito que daba acceso a los aposentos de los criados de librea, un soplo apagó el velón que portaba y las dos lamparillas que alumbraban el corredor. A oscuras, no cabía esperar nada bueno. Y, en efecto, nada bueno ocurrió. Primero fueron cuatro los estruendos que dejaron a Torres aturdido y fuera de sí. Al punto, seis cuadros de grandes proporciones que colgaban en la estancia de debajo cayeron al suelo sin que se desprendiesen las argollas y escarpias que los sostenían —Torres pensó horas más tarde, en la calma que sigue a la tempestad, que el fantasma debía tener un gusto aceptable, pues las pinturas representaban con poca gracia la vida de los siete infantes de Lara—. El instinto lo llevó a arrastrarse hasta la escalera, huyendo de la ira del que ahora había tomado la casa. Desentendiéndose del acoso, bajó al patio a echarse agua en la cara y desprenderse del terror que se había apoderado de sus sentidos.

Al regresar a la sala, fue recibido por el grito de los que allí se abrazaban, despavoridos. Conmovía observar el sobresalto y el rostro sin color de la condesa y de don Eugenio Gerardo Lobo, apodado el Capitán Poeta por su doble profesión. A decir verdad, más parecía cordero degollado que lobo en aquel instante. Sensato, investido de la falsa calma que aconsejaba su condición de guardián, Torres informó de su convencimiento de que aquellas acciones no provenían de un ser con el que se pudiese departir, pues no se negocia con el desesperado, recomendando abandonar el edificio. La condesa así lo ordenó, y la casa entera se mudó a la calle del Pez. Sólo puso una condición al requerimiento. Que aceptase ser su invitado hasta que hallase el modo de deshacerse del molesto parásito que había invadido su antiguo hogar. Un hogar alquilado, en realidad, al conde de Moriana, que vivió con lógico enojo cuanto aconteció en una de sus propiedades, ahora maldita y, por ende, difícil de ofrecer por la renta deseada.

Don Diego no dudaría en dedicar su nuevo almanaque a la condesa, firmando una sentida loa el penúltimo día de agosto de aquel 1721 cargado de avatares. A la semana siguiente, asentado, aseado y bien comido, se acercó a la casa encantada con la intención de cumplir su cometido. Lo hizo a media tarde, aprovechando la luz del crepúsculo, sabedor de que la probabilidad de toparse con la furia era sustancialmente menor. Entró, paseó por las estancias vacías sin escuchar nada extraño y se encaminaba hacia la puerta cuando una figura se le apareció en el contraluz de un ventanal. Convertido en estatua de la misma consistencia que la bíblica mujer de Lot, aguardó el ataque.

—¡Qué, no hay abrazos para el que os salva de todas! —exclamó la silueta con voz familiar.

—¿No seréis quien me malicio? —respondió Torres.

—El mismo que viste, taconea y calza, llamado Niccolò Furio Hermes d’Amodeo a este y al otro lado del Mare Nostrum.

XII

… Y TRES DE INFIERNO

En Castilla era conocida la expresión que hoy perdura sobre el clima aborrecible de Madrid. Una rima fácil que venía a decir «Madrid, nueve meses de invierno… y tres de infierno». Torres la emplea con un doble sentido, refiriéndose a las temperaturas que le tocaron en suerte y a la compañía de Amodeo. A éste le iba más el calor que el frío, de modo que cuanto más penosos se volvían los rigores atmosféricos de septentrión menos daba la cara tan extraño personaje. Pero, con todo, lo cierto era que Torres jamás lo echaba en falta cuando de recibir ayuda se trataba. El duende de la casona de la condesa de los Arcos resultó ser, según cuenta en el manuscrito, el burlón Amodeo, que quiso apartar al joven salmantino de las compañías del clérigo que comerciaba con lo ilícito y que acabó, como luego se supo, con sus huesos en el temido presidio de San Antón de la lejana Cartagena.

—¿Y cómo se le ocurre a alguien semejante manera de disuadir? —preguntó Torres tras el obligado abrazo y las primeras explicaciones.

—Basta con encandilar a la doncella más enamoradiza y hacerse con las llaves de unas estancias ocultas que nadie visita —contestó el lince.

—Y a fe que salió bien la jugada.

—Y tanto que salió bien, no hay más que ver tu semblante al comprobar que en verdad había fantasma —rio el duende del ruido y la furia.

Dos años vivió Torres, con estratégicas ausencias, en la casa de la calle del Pez. Dos años de calma, conversaciones y aprendizaje, sin más obligación que mantener la compostura que la condesa demandaba. En todo ese tiempo, jamás supo dónde pasaba la noche el escurridizo Amodeo, que algún lío de faldas mayores se traía. Coincidían en el antiguo tabuco de la Paloma, dispuestos a ejercitar sus conversaciones más extrañas y sus experimentos. Resulta inquietante comprobar ahora que, ya en aquel mes de agosto de 1721, Torres hablaba de Raimundo Lulio, de la incidencia de los astros en el comportamiento de los hombres y de personajes de la alquimia más

tradicional como Hermes Trimegisto o el polaco Sendivogio. Resulta más inquietante pensar en la influencia que Amodeo pudo tener en mi profesor de matemáticas, anticuado en apariencia, pleno en su doble vida.

El nuevo almanaque no pasó desapercibido, pues, siendo año de conjunción magna, sabido era que la alineación de los astros para los signos de fuego traería consecuencias sobre la humanidad. Torres, sin escandalizar, describe como enfermedades para ese periodo la superabundancia de pituita, los humores pútridos, la sangre biliosa, los padecimientos de cerebro, estómago y vejiga, los menstruos excesivos en las mujeres y los tan frecuentes partos desfavorables.

También lograría una buena acogida el del año siguiente. En el camino, gracias a las relaciones cortesanas, Torres vino a tener noticia del prohombre que poseía el privilegio de la impresión de la *Gaceta de Madrid:* don Juan de Goyeneche, rico hacendado natural de Baztán. No tardaría en congeniar con su editor, Juan de Ariztia. *Juicio de los políticos acontecimientos de todo el Universo* para el año de 1723, con las lunaciones ajustadas al horizonte de Madrid, fue anunciado en la *Gaceta* el 4 de diciembre previo. Lo dedica a don Jacobo Flon y Zurbarán, del que había recibido favores para su familia, firmándolo en Colmenar de Oreja. La pequeña corte de la condesa de Arcos se trasladó ese verano al pueblo de don Vicente Guzmán, con el que acabaría contrayendo nupcias la señora. Aquí Torres deja dos perlas referidas a los filósofos y los médicos. De los primeros apunta que son una caterva de sectas que jamás saca en limpio una verdad; de los segundos sentencia que nadie que ignore la astrología puede ser un buen médico.

Torres se sentía cómodo en la mansión del Pez, entrando y saliendo cuando le venía en gana. La marcha definitiva de la condesa, ya casada, a Colmenar lo obliga a buscarse un nuevo cobijo. Lo encuentra en la propiedad de otro paisano, el marqués de Almarza, repitiendo en aprecio y comodidades. Sin más compromiso que loar las excelencias de su nuevo valedor, reparte las jornadas entre los actos de sociedad, la investigación con Amodeo y la escritura, a ratos perdidos, de versos que va dando a conocer con afán de ser notorio entre la nobleza madrileña. No hay enemigos en su horizonte cotidiano, sino gentes que lo admiran por su inteligencia y verbo. Ariztia intuye que el vistoso salmantino puede constituir su cuerno de la abundancia.

La muy particular alquimia que practica no le satisface plenamente. Lo lleva a avanzar, a trompicones, en el texto que más adelante denominaría *La suma medicina o piedra filosofal*. Centrado en los remedios curativos, se enzarza en teorías que no termina de exponer

en el manuscrito secreto. No entran en su sesera las sentencias que el misterioso Amodeo deja caer en sus agradables caminatas por la margen del río Manzanares. Gracias al trabajo de Pedro de Ribera, el paseo de la Virgen del Puerto hacía las delicias de Torres y de muchos madrileños. No acababa de acostumbrarse a la suciedad y el bullicio de las calles que rodeaban la plaza Mayor. Los aledaños de la ermita de la Virgen del Puerto, en cambio, eran un remanso de paz y armonía acotado por el puente de Segovia y la destartalada Puerta del Parque. Con todo, las charlas empezaban y finalizaban en el mismo punto, ofreciendo un bucle de difícil digestión. Torres era consciente de que no bastaba el simple raciocinio y la ardua especulación para lograr el éxito en tan oscura tarea. Sigue trabajando, con discreción, en el modesto palomero de siempre. Y, entre rato y rato, escapan de su trabajo y de su pluma las habituales predicciones. Las de 1724 son firmadas a finales de agosto del año anterior. Las consabidas aprobaciones cuentan con el reconocimiento de Pedro Enguera, que rubrica como maestro de matemáticas de los pajes y alarife de Madrid. Bajo el título de *Melodrama astrológico, teatro temporal y político,* el almanaque encontrará la férrea oposición de quienes se pegan como lapas al negocio de las predicciones y la venta a espuertas entre las gentes de a pie. Los pensadores patrios, escépticos por naturaleza, se le echan encima.

Las razones se entenderán sin necesidad de tener dominio de los números. Hasta la llegada del Piscator de Salamanca, el negocio de los almanaques se hallaba acaparado por el Gran Piscator Sarrabal de Milán, del que era beneficiario el Hospital General, que recibía cada año mil quinientos reales del editor Ariztia. Éste, cansado de pagar el arrendamiento, apoyó al Piscator salmantino en detrimento del italiano. Entre otras cosas porque, encargándose de su publicación, no recortaría sus ganancias con tributos a terceros. La Junta de Hospitales, observando que su bolsa menguaría tarde o temprano a causa del éxito del competidor, pidió del Real Consejo la prohibición de que se publicaran nuevos almanaques. Torres luchó con su lengua y su pluma para lograr del rey Luis I el levantamiento de la prohibición. La consiguió, pero el texto no recibió las licencias hasta marzo. El día 28 aparece su anuncio en la *Gaceta*.

A pesar de la tardanza en ver la luz, el almanaque triunfa porque se corre la voz por Madrid y media España de que contiene el anuncio de una muerte en la familia real. En este pasaje, el manuscrito secreto de Torres no deja lugar a la duda. Había sido una treta de Amodeo —siempre Amodeo—, que le costó el disgusto de discutir a voces con el malévolo personaje, temeroso de las consecuencias del presumible

error, y el placer de sentirse pagado por el acierto. Amodeo lo metió en algún que otro lío a lo largo de sus muchos años de amistad, pero fueron tantas las oportunidades en que obró en su favor que la deuda crecería con la madurez hasta hacerse imposible de compensar.

—Se muda el teatro en salón regio con las muertes repentinas que provienen de sofocaciones del corazón y fiebres con delirio —un vaticinio vago que llega a ser interpretado como infalible, incluido en la lunación anterior al 18 de agosto.

El rey Felipe V había abdicado en enero, cuando la dichosa frase llevaba meses en el papel. Luis I apenas tenía dieciséis años y unas ganas locas de fiesta. Murió el 31 de agosto, devolviendo de este modo la Corona a su padre y provocando la subida de don Diego de Torres a los altares profanos. Una muerte que se veía venir desde que la *Gaceta* publicase que al rey, en la noche del 21, le habían brotado viruelas y los médicos se habían aplicado en cortarle el pelo, llevarle reliquias y practicarle una sangría matinal.

Y ahí comienzan, como la cruz de la misma moneda, las cuitas y luchas del adivino. Víctima de una conspiración, se malicia el propio Torres. ¿Acaso puede un retador de la medicina oficial y amigo de las astrológicas verdades hacer que un rey contraiga el mal de la viruela? Don Diego intuye en su contra una mano de altísima cuna y su cohorte de ansiosos de poder. Todo había comenzado un año antes, cuando Jesús Guillermo Daubenton, hermano de la Compañía de Jesús y reputado intelectual en Francia y en España, traiciona el secreto de confesión de Felipe V, comunicando al duque de Orleans la intención de éste de abdicar en su primogénito Luis. Daubenton fallece, se dice que de gota, y es reemplazado por Gabriel Bermúdez, predicador insigne y educador de los infantes. Luis accede al trono. En el mentidero de San Felipe, donde libreros y ciudadanos pululan inquietos, se habló de que duraría poco y no se equivocaron. Colocaron a la cabeza del real crimen a Domingo Guerra, confesor de la madrastra Isabel de Farnesio, en connivencia con el médico parmesano Cervi, la nodriza Laura Piscatore y el marqués de Scotti. Todos del reducido círculo de confianza de la segunda esposa de Felipe V, deseosa de que su regio marido recuperase una Corona que su hijastro y la jovencita con que contrajo nupcias, Luisa Isabel, no habían sabido dignificar. Torres afirma en su manuscrito secreto que hubo envenenamiento y que el plan fue preparado con primor, hallando coartada los más directos partícipes. Si alguien puso en duda el diagnóstico, se le habló de un tabardillo que vino a agravar la dolencia. Las calenturas del almanaque quedaron de este modo doblemente justificadas. Los cirujanos que embalsamaron el cuerpo no

pudieron ni siquiera coserlo, dado el rigor de la pócima, presentando síntomas que afectaban a las manos, con riesgo para sus dedos.

—Siendo así, más acertada parece la sentencia que escribió el adivino para el día 26. En el salón regio se conferencia, se disputa sobre varias cosas de guerra y política. Origínase una discordia y un desaire cuesta la vida a alguno —bromea Amodeo con voz engolada.

Torres se siente atacado por una trama sutil, encabezada por el confesor en pie de guerra del que se malicia que sea otro jesuita a quien odiar. Peor que un bandolero e igual de impío, dice. Ya no duele que le toquen la bolsa o la vida, es que hasta su buen nombre intentan mancillar. Enojado, justifica la pataleta con revelaciones que ocultó en las obras que todos hemos leído. A Torres se le reservó el papel de agorero y provocador de la tragedia, siendo arte y parte con su almanaque y su vaticinio en la muerte del llamado Rey Liberal o el Bien Amado, como también fue conocido. Nada como la superstición patria para que semejante infundio adquiriera sentido. Algo que no prosperaría gracias a la astucia del editor Ariztia, que olió dinero donde otros querían atufar con el fario adverso.

Ariztia procedía del valle de Baztán, en Navarra. Había llegado a Madrid tras la estela de su tocayo Juan de Goyeneche, hombre de negocios que mantuvo buenas relaciones con todos los monarcas con los que le tocó lidiar, que fueron unos cuantos. Ariztia se hizo cargo de los trabajos editoriales de Goyeneche con dedicación y solvencia. Sabía nadar y guardar la ropa. Engrandeció la *Gaceta de Madrid* y mostró un saber hacer en las letras que proporcionó a su empresa sustanciosos beneficios.

—La clave —confirmó— estuvo, está y estará en el escándalo. Los lectores gustan de la polémica en torno a un tema que les resulte llamativo. Cosas de ciencia que parezcan simples y complicadas a la vez, visiones distintas de su realidad más prosaica, asuntos de la medicina, la crítica a los poderosos. Ahí reside el mejor de todos. Si alguien capaz de expresarse con finura, pero que se le entienda, se muestra cercano al pueblo, se lo ganará. Don Diego puede ser el ejemplo perfecto.

Ariztia, Amodeo y Torres cenaron en un reservado de la posada del Peine al mes del fallecimiento del rey Luis. Allí urden una estrategia que resultaría decisiva en la obra y porvenir de Torres. Había que publicar mucho y enfrentarse con la esgrima de la palabra a cuantos rivales o necios saliesen a la palestra. Torres sería el adalid de los pobres madrileños sin apellido pero con cuartos para comprar el papel impreso.

—¿Y qué hay de los pronósticos? —pregunta el futuro escritor.

—¿Qué? —replica el navarro con cara de respuesta.

—Capaces son los satanases —sin concretar quiénes— de mandarme el Santo Oficio —no se olvida de la prohibición que pesaba sobre la astrología llamada judiciaria, la que habla de que el destino del hombre está escrito en los cielos, por su negación del libre albedrío.

Comentaron brevemente si resultaba o no oportuno explicar la fábrica que escondía la gestación de los juicios y el resto de miembros y extremidades que forman el cuerpo de uno de los almanaques del ahora popular Piscator de Salamanca. Ciertamente novedoso en las formas, bordeaba peligrosamente el cantil de la ley. Si bien Torres es de natural soberbio y el impulso lo inclina a sacar pecho, el consejo de Ariztia lo hace desistir.

—Nada como la intriga para mantener el interés de unos y otros. Nada como la fama para proteger su posición —le dice.

—No conviene mostrar la verdad desnuda, sino en camisa —asiente Amodeo con una frase del célebre Quevedo.

Si una figura geométrica se miraba como una de las tentaciones de san Antón y un simple círculo era tomado como la caldera en la que hierven los pactos y comercios con el demonio, escribe Torres finalmente, cómo iban a entender esto otro.

XIII

La posada del Peine

Mudándome de camisa estaba cuando mi particular Amodeo vino a materializarse de nuevo. Se enfadó al comprobar que mis progresos eran escasos y mi excusa, pobre. Lo prolijo del relato, argumenté con menos éxito del que me hubiera gustado.

—El que está a otra cosa pierde su destino —exclamó con una furia que rozaba la mala educación.

—¿De qué otra cosa habla con tan venenosa baba? —respondí con similar enojo.

—De ese invento que se trae entre manos de volar a Madrid en busca de un hallazgo del que no conoce nombre ni género —el muy rufián me leía el pensamiento.

—Conozco que existe y su edad, y ya es bastante.

—Suponiendo que unas fiebres tercianas o cualquier otra especie de viruela no haya terminado lo que los Alba no lograron en el parto.

Tenía tanta razón que provocó mi ira. Me abalancé sobre aquel bulto redondeado, corto de talla, con toda mi fuerza. Fue como toparme con un muro, que aquel sujeto no estaba hecho de carne y osamenta, sino de puro pedernal. Hasta el punto de que no conseguí que retrocediera un ápice, quedando yo aturdido por el golpe.

—No se me escandalice, hombre de números, que no pretendo clavarle una puya —ni se inmutó por el choque—. Interesa que lea, eso es todo.

—Que lea y que me ría con este Amodeo que sabe ser duende, astrólogo y liante —contesté sacando punta al lápiz al tiempo que me acariciaba el hombro dolorido.

—Ya que se ha levantado peleón como el gallo, dígame cuál es ese plan al que dedica tantas horas para que la visita a Madrid resulte como ansía. Y no hace falta que le recuerde que quien mucho ansía acaba reclamando la ayuda de un cojuelo o diablo semejante.

Nuevamente acertaba. Había estudiado con detalle el árbol de los Alba y sus ramas, convencido de que las palabras de Águeda —una buena familia de Madrid acogió al retoño— no podían ofrecer tantas posibilidades como aparentaban. Siendo el caso que el fruto de

nuestro pecado llevaba sangre, aunque fuera poca, de los de Tormes, cualquier casa de la capital del reino no valdría a sus propósitos. Con paciencia, compuse el dibujo de los que pasaron por Monterrey, llegando a la conclusión de que la hermana del entonces duque, doña María Teresa de Silva y Álvarez de Toledo, era la madrina ideal. Doña María Teresa había contraído nupcias en Alba de Tormes con don Jacobo Fitz-James Stuart y Colón de Portugal, tercer duque de Berwick. Cuando se produce mi destierro, ambos moraban en la valenciana Liria, de la que también era duque, dando a luz a su primogénito en el mismo año de 1752. Pocos meses habrían de llevarse mi retoño y su gallardo Carlos Jenaro.

La certeza de que mi elección era, con mucho, la mejor de las opciones, me empujó al encuentro con Damián. Con Águeda no me hubiera atrevido. Sabiendo cómo enjuiciaba mis actos, daba por seguro que ni su boca ni su silencio habrían de informarme. Pero, con el bueno de Damián, la cosa era distinta. Él siempre resultó transparente a mis ojos. Y mucho debería haber cambiado para que no lograse sacar de aquel hermano mayor algún dato de mi interés. No acudí en esta ocasión a Monterrey, sino que me informé de sus hábitos diarios para abordarlo por sorpresa, haciéndome el encontradizo. La treta funcionó y vine a coincidir con él en la plazuela del Caño, mientras concertaba el precio de unas partidas de forraje. No quise interrogarlo. Mencioné, de sopetón, mi decisión de viajar a Madrid y verme con la duquesa de los de Liria. Poco aficionado a la baraja, Damián no supo disimular, mostrando con cada músculo de su rostro que aquel nombre y aquella ventolera mía serían objeto de perturbación. Justifiqué mi despedida con un abrazo y ya marchaba de regreso al Colegio Viejo cuando escuché la voz del aprecio y la prudencia.

—Cuídate, hijo, de alarmar al poderoso —exclamó—. Pero, sobre todo, cuida de que tu afán no cause dolor a quien no lo merece.

Amodeo se puso en pie y, con las manos a la espalda como un catedrático en meditación, caminó con pasos muy cortos, atravesando la alcoba. Hubiese jurado que calculaba, como un jugador de ajedrez o un matemático sin pizarrín. Finalmente se expresó sin censurarme nada ni provocar mi enojo.

—De modo que a Madrid, a buscar la humilde morada —dicho con retranca— de los Fitz, los James y los Silva, todos revueltos como un huevo estampado contra el plato.

—La humilde morada es el flamante palacio de Liria, la segunda mansión de Madrid, sólo superada por los regios aposentos.

—Donde sin duda nos recibirán con los brazos abiertos —añadió la

recia voz de mi conciencia, rimando para mayor regodeo.

—Si en verdad sois el Amodeo del que tanto cuenta don Diego de Torres, no os supondrá mayor esfuerzo idear un duende o un fantasma que nos franquee la puerta.

No hay como retar a un Amodeo, postizo o verdadero, para que la rueda se ponga en marcha, dando agua al molino. Sin decir esta boca es mía, comenzaron los preparativos de la aventura. Jamás había pisado Madrid y de poco habría de servirme la lectura del manuscrito de Torres al arribar a una ciudad que se había deshecho de su apariencia provinciana para convertirse en el faro de España, bullicioso y señorial a partes iguales, con más de ciento setenta mil habitantes censados.

En apenas un par de días nos encontramos en camino. Yo, a lomos de Voltaire; él, subido a un garañón del que hubiera jurado que no alcanzaría a mi rocín ni aunque éste cabalgase con los ojos cerrados. Nuevamente me equivoqué. Aquel equino achaparrado aguantaba, como su dueño, lo que le echasen. Se rezagaba en el llano y recuperaba, con redoblado impulso, en las cuestas. Bermejo, lo llamaba Amodeo, como si del segundo caballo del Apocalipsis de san Juan se tratase. Y a fe que el nombre hacía honor al tono de sus crines.

De haber apurado, podríamos haber completado el trayecto de Salamanca a Madrid en tres jornadas. No lo hicimos, y nos fuimos a cuatro. La primera noche la pasamos en Muñosancho, en los límites de Ávila. Mi guía eludió Fontiveros, más transitada, pero no dudó en regalarme una estrofa del santo de la villa, Juan de la Cruz. *Descubre tu presencia* —declamó con pícara intención— *y máteme tu vista y hermosura; mira que la dolencia de amor no se cura sino con la presencia y la figura*. Yo, que había recurrido a la poesía del de Fontiveros en requiebros a hermosas damiselas de mis Américas, sentí que aquella noche soñaría con indecentes conquistas. Pusimos pie a tierra delante de una casa que se abrió ante nosotros y de la que no supe quiénes eran sus dueños. Una diligente moza, joven hasta el descaro, atendió nuestras necesidades de cena y cama tras las trece leguas que habíamos metido en nuestras posaderas.

La segunda jornada, similar a la anterior en distancia, nos llevó hasta la segoviana Labajos. Un punto en el mapa de caminos del que ignoraba todo, pero que resultó contar con casi mil almas repartidas entre campesinos, jornaleros y arrieros, pastores, tejedores, panaderos, mesoneros, curas y artesanos del hierro y la carpintería. Amodeo parecía conocer la vida y milagros de todos y cada uno, especialmente de los de sotana. Fue aquí donde me preguntó, en la oscuridad de una

estancia con dos camastros, el verdadero motivo de mi prisa por llegar a Madrid y encarar mi pecado de juventud.

—Ya se sabe, agua que no mueve molino… —añadió sin acabar el refrán. La realidad es que, en mi circunstancia, no podía dejarla pasar.

Al principio eludí la pregunta con una matemática salida, escapando por la tangente del corral en que me había metido con no poca astucia. Pero, al rato, sentí el impulso de hacerle entender que sus juegos y enredos me resultaban ajenos, pueriles, porque algo más elevado tiraba de mí. Era cierto que no había leído más que un trozo del pastel secreto de Torres, pero no lo era menos que comenzaba a empacharme.

—Viajé hasta Salamanca buscando la verdad de mi destino. Si Torres no mentía, piadosamente, cuando dibujó mi futuro en una de sus parábolas, aguantaré los dolores del cuerpo y el alma hasta alcanzar mi recompensa. De lo contrario, aventaré yo mismo mis cenizas sin aguardar a la triste muerte con cristiana resignación. El último clavo caerá sobre la tapa del ataúd.

—Alma de cántaro y cuerpo de pértiga, ¿acaso no vine a usted a ofrecerle unos números en la rifa de una vida larga como un día sin pan? ¿Por qué se emperra en no creerme? —en la tiniebla más oscura, su voz se tornó cálida, amable, por vez primera.

—Y de qué ha de servirme perpetuar una vida que no merece un ochavo —exclamé con la sinceridad del inocente.

—¡Por fin responde y actúa como el hombre lógico que supuse en usted, vive Dios! Pero ha de saber, mi amigo, que lo escogí sin que mediase su voluntad y no voy a cambiar de parecer. Lógico, sí, pero equivocado.

Cuando esperaba el conjuro de mi felicidad, se hizo el silencio. Apenas alcancé a escuchar el ruido de una manta que se movía, rozando con la sábana, y un susurro que, al cabo de un instante, mudó en ronquido.

La tercera jornada, más corta, no debió exceder de las diez leguas. Guadarrama nos acogió cuando la tarde declinaba. Voltaire y yo desfallecíamos de sed y fuimos a dar a una fuente hermosa situada en pleno Camino Real de Castilla, recientemente construida a la manera de las fachadas de las iglesias. Me advirtieron: quien bebe de ella vuelve al pueblo para quedarse. La profecía no se cumplió conmigo pero aún hoy recuerdo aquellas dos bocas de león que, a través de sus caños, proporcionaban la mejor agua que he bebido.

Entramos en Madrid por el muy transitado puente de Segovia y recorrimos su ancha calle hasta las proximidades de la plaza Mayor, alojándonos en un establecimiento que, por aquellas fechas, no

destacaba por su prestigio. Se llamaba, cómo no, la posada del Peine. Donde Amodeo era más conocido que el propio Floridablanca.

—Su habitación está lista, con lo suyo dentro —vinieron a decirle con un ceremonial que no vi repetir con nadie.

—¿Tanto hace que está por Madrid para que haya semejante reverencia en este sitio? —pregunté, intrigado.

—He estado muchas otras, pero, en este último trecho, me planté en la capital el día de Reyes del año previo al reciente bisiesto —contestó a la manera de los astrólogos.

Pronto sabría de la azarosa historia de la posada, lugar preferente para los viajeros de la Alcarria y para los que buscasen acomodo sin ser preguntados por su origen y negocio.

XIV

Escéptico soy, como la medicina de Martín

Si alguna virtud tenía la posada del Peine, era la de la discreción gratuita para los forasteros, que se tornaba de pago para los asiduos. Amodeo tiró de faltriquera y alegró la cara de cuantos se acercaron a saludarlo. La conclusión no se hizo esperar: nos fueron asignadas dos habitaciones contiguas, de lo mejor. Nada como para llamar la atención de un modesto profesor de matemáticas, a decir verdad, hasta que me hallé dentro de la suya.

La posada arrastraba en su esqueleto de madera casi dos centurias de calores y fríos, de accidentes y sucesos, de tramas e invenciones. Se notaba, pues crujía como las cuadernas de uno de los navíos que surcaban el mar de los Sargazos. Debía su prosaico nombre a que había un peine en cada cuarto, colgando del lavamanos, y el trasiego era continuo, bien servida de ruidos dentro y fuera.

La estancia de Amodeo, como la mía, daba a la calle. De las llamadas de señorito, su peculiaridad iba más lejos. Sin venir a cuento, medio en broma, el propietario habló de ella con mi compañero de viaje mediante un número que no le correspondía. El ciento veintiséis. Oí lo que comentaban y me hice el sordo.

—¿A qué viene eso del número? —pregunté cuando quedamos a solas.

—Un código —cuando Amodeo se expresaba mediante monosílabos significaba que había que insistir.

—¿Qué código?

—Dios uno y trino. La dualidad; dos caras para que el fiel de la balanza se mantenga en la vertical de la rectitud. El arcano seis representa la lucha entre el amor y el deseo, entre Dios y el Diablo. Uno, dos y seis suman nueve. Nueve es, como bien sabe el experto en números, tres veces tres. La Trinidad, nuevamente, la perfección.

—¿Y? —aquella cábala de andar por casa no iba a alterar mi emoción.

Sin darme respuesta, saltó de la silla y se dirigió al armario del rincón. Tiró de un saliente y el mueble giró al instante, dejando al descubierto una puerta en la que estaba tallado, con la letra firme del

buen calígrafo, el siguiente párrafo: «La mujer huyó al desierto, en donde tenía un lugar preparado por Dios, para que allí la alimentasen durante mil doscientos sesenta días». Mi rostro no reflejó admiración alguna, por lo que se vio obligado a proseguir con las explicaciones.

—No parece, mi amigo, muy ducho en la religión tras la que se esconde. Capítulo doce del Apocalipsis, versículo seis. Ciento veintiséis. Decuplique y tendrá el mil doscientos sesenta de la Biblia.

—¿Y qué compro con eso? —exclamé con tono populachero.

—¡Qué mala es la ignorancia! La mujer es la madre del Mesías y el texto precede a la batalla del cielo entre Miguel y el dragón que simboliza al mismo Satanás. Sólo el que esté en combate, de una u otra parte, podrá traspasar el umbral de esa puerta. Empuje y lo comprobará.

Empujé, con la mano y con el hombro. Enojado, golpeé con la bota. Aquella superficie, dura como la madera quebracha, no me devolvió ni el ruido de mi violenta patada. Un dedo bastó, en cambio, para que cediera ante Amodeo. Por más que revisé la huella dejada por aquella yema de demonio o burlador, nada pude descubrir. Unas escaleras nos condujeron a un piso superior, oculto, que en verdad parecía el salón de un palacio de la altura del de Monterrey, lleno de ornamentos dorados, telas orientales y asientos a la turca. Allí había tenido lugar la cena entre el editor de la *Gaceta*, Amodeo y Torres.

—Tadeo, hasta que entre voluntariamente en el combate entre el bien y el mal, como yo, como otros, los privilegios de este aposento le estarán vedados —no apuntaba a las riquezas materiales.

—¿Y en qué ejército debo alistarme para ganar tal botín de guerra? —mi vieja actitud defensiva.

—Tanto da —contestó con firmeza.

—Y el caballero que se hace llamar Amodeo, ¿de qué parte está? —la sorna me servía de escudo.

—Puesto que no cuento con su ayuda, en ambas habré de estar por el momento.

Siempre fui un hombre escéptico. O descreído. Miento, vive Dios. Lo fui desde que me arrebataron lo que más quería, poniendo entre ambos un océano. Tuve un ataque de credulidad interesada tras recordar las predicciones de Torres y ahora me estaba arrepintiendo. Mi Amodeo en poco se asemejaba al suyo, siendo más dado al acertijo que a su resolución. La puerta ciento veintiséis me había sido vedada. ¿Y qué? Para combates me hallaba yo, a mis años.

Torres sí libró un singular combate, con la ayuda de Ariztia, para proteger su peculio. Desde noviembre de 1724 hasta que abandona Madrid, en otoño de 1726, publica diez obras de distinto corte y

pelaje, bien por propia iniciativa, bien como contestación a los adversarios que le fueron saliendo al paso. Se enzarza en una diatriba que lo acompañará el resto de su no tan corta existencia, siempre en defensa de la astrología frente a la supuesta racionalidad de los médicos de la Corte y, en particular, del Hospital General. Será el reputado don Pedro Martín Martínez, uno de los impulsores de la llamada medicina escéptica, su mayor rival con la pluma.

Don Pedro era un escéptico convencido, que sobrepasaba en edad y aplomo a nuestro fogoso Torres. Y por escéptico se tenía entonces a todo el que no se inscribía en una escuela o tendencia del saber, inclinándose como el fiel de la romana según el caso y la circunstancia. Con veintidós años ocupó plaza de médico en el Hospital General. En una carrera digna del mejor corcel, llegaría a ejercer de profesor de anatomía, examinador del Protomedicato y presidente de la Regia Sociedad de Medicina de Sevilla. Tan vehemente era su brega contra la influencia de los astros en el comportamiento y la salud del ser humano que llegaría a negar que la Luna tuviese intervención en el desarrollo de las mareas. Martínez era protegido del médico Giuseppe Cervi, del que asegura Torres que participó en el envenenamiento del rey Luis. Y, para más inri, destacaba entre los profesionales del Hospital General, que insistió en solicitar de nuevo la exclusividad del almanaque del Sarrabal de Milán en su pugna con Ariztia y Torres, lográndolo en febrero de 1726. Sólo le faltaba haber sido ordenado jesuita para adquirir, a ojos de nuestro hombre, la condición de demonio hecho carne.

Torres, siguiendo la estrategia urdida, no tarda en responder a todos y cada uno de los ataques que recibe. Paralizada la edición del almanaque de ese año, sólo le queda hacer ruido con papeles de menor gusto popular. Tan acompasado está con el editor que la *Gaceta* anuncia el mismo día —5 de marzo— el escrito de uno de sus anónimos antagonistas y la bofetada por respuesta de Torres: *Censura del conde de Maurepas al gallo español* y *Sacudimiento de mentecatos*. Y todo a cuenta de la causa por la que un gallo que canta en Portugal llegada la medianoche lo hace también en Francia a pesar de que hay una hora de diferencia entre un país y otro. No desaprovecha ninguno de los textos para dirigirse a los lectores, tratándolos de iguales, y para emprenderla con los filósofos estériles, los profesionales del litigio y otras ocupaciones que constituyen la caterva que pulula alrededor de la Corte. Reserva sus mejores mandobles para los burdos médicos que mienten más que hablan y hablan más que hacen, criticando las sangrías, las ventosas y las purgas. Una y otra vez repetiría el mismo mensaje retador.

—Yo pronostiqué la muerte del malogrado Luis y la desgracia fue que murió. El celo de los físicos de cámara, su ciencia y aplicación acudieron a remediar el libro de tan regia vida, que se descuadernaba. ¿Lo curaron? ¿Quién es entonces culpable, el astrólogo que lo previno un año antes o el médico que no acertó nunca?

Pero los argumentos de Martín Martínez también eran de peso, y corrieron entre las tertulias de los nobles. Torres, incitado a la respuesta en las estancias de su protector, el marqués de Almarza, afirma con barroca ceremonia que el mayor mérito que le atribuye al ínclito Martínez es el *Discurso físico sobre si las víboras deben reputarse por carne o pescado en el sentido en que nuestra madre la Iglesia nos veda las carnes en días de abstinencia*.

—Si hubiera de apostar, Dios no lo quiera, apostaría a que esta víbora es más pescado que carne, más anguila que buey, por lo que comerse puede sin miedo a la vigilia —las risas de la concurrencia fueron interrumpidas por un gesto de su mano, para concluir con un agudo estrambote—. Eso sí, si se logra atraparla y se cocina con gusto, pues áspera de sabor es… sin duda.

Pronto descubre Torres que no sólo es su crédito o descrédito lo que está en juego, volviendo al dilema de la bolsa o la vida. Una sombra lo sigue en sus salidas nocturnas, tan discretas como intensas, en compañía de Amodeo. Éste confirma los temores tras emboscar a un malencarado de navaja afilada que se dio a la fuga cuando, sorprendido, recibió la amenaza y el estoque del bravo defensor de la integridad de su amigo.

Torres publica entonces su *Cátedra de morir* y se aparta de la capital del reino, refugiándose en Valverde de Gonzaliáñez, propiedad salmantina del marquesado de Almarza. Tan singular obra no recibe el acostumbrado anuncio en la *Gaceta de Madrid*. Torres se vuelve serio y modera su lengua para abordar una vieja tradición europea. La que habla de las danzas de la muerte, la de los textos sobre el arte del bien morir, la del mismo Quevedo que escribió *La cuna y la sepultura*. Morir bien es la ciencia de las ciencias. Torres no es especialmente original en esta ocasión, recordando en el fondo a ese Tomás Kempis del que siempre se dijo lector respetuoso. Como yo.

—La muerte es compañera de la vida, sigue al hombre allá donde vaya —una sentencia que ha estado en mi mente desde que me embarcaron con rumbo a las Californias.

En Valverde llega a valorar la paz que su carácter rechaza. No es provechoso correr alocadamente, olvidando que, a tu espalda, sin que la velocidad la altere, sigue estando la muerte que tarde o temprano te mirará a los ojos. Torres jamás tuvo tiempo para detenerse a

recapacitar acerca del mensaje interior que el viento, las nubes y las estrellas portan. Afanado en la defensa de la astrología, había olvidado recrearse en ese firmamento tan misterioso como locuaz.

En Valverde toman cuerpo definitivo dos obras que, vistas con los ojos de ahora, resultan elocuentes. El día 6 de abril redacta la dedicatoria a don Ignacio Guzmán, marqués de Almarza, de *El ermitaño y Torres*. El 30 lo hará para *La suma medicina o piedra filosofal,* dirigida a doña Luisa Centurión, esposa del anterior.

El regreso a Madrid es obligado.

XV

NEWTON, LEIBNIZ, LULIO

Temeroso de su suerte, Torres acude a Juan de Herrera y Soba, presidente del Consejo de Castilla desde que la muerte de Luis I provocase la depuración de muchos de los altos cargos de la política matritense. En una charla florida, en la que ambos abusan de la metáfora y la parábola, el que fuera auditor del tribunal de la Rota Romana y obispo de Sigüenza le sugiere que poca dicha espera a un hombre lenguaraz, sin destino y sin más ocupación que la peligrosa de escribir inutilidades para emborrachar al vulgo. Desliza su origen judeoconverso y le recuerda que, desde la subida a los cielos del rey adolescente, personajes más ilustres han sufrido la inquisitorial condena. Le recomienda que regrese a Salamanca, ocupe plaza en la universidad y se olvide de las disputas.

Semanas después, el 7 de junio, don Juan fallece de un mal del que nadie se atreve a difundir diagnóstico, provocando el pánico en Torres, que ve enemigos por todas partes. Amodeo trata de tranquilizarlo, sin éxito, ofreciéndole su protección. Deja de frecuentar la compañía de los influyentes y se esconde en su desván de la calle de la Paloma. A la caza del escurridizo felino de la verdad, escribe.

El martes, 20 de agosto, la *Gaceta* anuncia una nueva obra de su mejor pluma. Esa misma tarde el italiano lo seduce con un paseo en coche. Un coche con una caja que se cae a pedazos y dos jamelgos grises, discreto, que los zarandea hasta la noble calle de los Convalecientes de San Bernardo. La Pragmática promulgada por Felipe V en 1723, prohibiendo la suntuosidad en los carruajes y restringiendo el uso a determinados cargos y profesiones, no les afecta. El cochero, recio de maneras y boca, paró delante del *hôtel du Lys,* en la esquina con la Garduña. Era el único hospedaje francés que había en el Madrid de entonces. Torres, que venía hablando del sempiterno Martínez, apenas se percató de que entraban en el establecimiento por una puerta modesta, lateral, y se dirigían a una mesa poblada de ingleses. Leales al rey, se apresuraron a aclarar tras las presentaciones, observando el gesto de sorpresa de nuestro personaje.

La conversación estuvo dirigida por Amodeo y un sujeto alto, de buena apariencia, rojo como el Sol, que dominaba todos los idiomas conocidos en Europa. Torres lo llama, erróneamente, James Comefort. Su diagnóstico sobre la muerte de Luis I coincidía con la información y conclusiones que nuestro salmantino manejaba, elevándolo a un estado de fervor que fue visible para los allí congregados. El susodicho contó una anécdota muy del agrado del astrólogo Torres. A comienzos del siglo XVIII, Inglaterra vivía el enfrentamiento entre los reformistas, que abogaban por las utilidades de la predicción meteorológica y la creación de almanaques fiables en lo referente a las efemérides y a la posición de los planetas, y los astrólogos más tradicionales, que asociaban su profesión a supersticiones, religiosidad y política. El más recalcitrante de todos era John Partridge. En enero de 1708, un tal Jonathan Swift publicó una epístola que tituló *Predicciones para el año,* en la que pronosticaba la muerte del intransigente Partridge el 29 de marzo. El 30 escribió otra en la que confirmaba el vaticinio. El público accedió a ella al día siguiente, 1 de abril, festividad de los Inocentes en Inglaterra. Partridge se vio obligado a salir a la palestra para negar que hubiese fallecido, precipitando una carta con todo género de explicaciones sobre su permanencia en la Tierra. Swift, que esperaba la reacción, contraatacó asegurando que la misiva del astrólogo por fuerza debía ser falsa, porque ningún ser vivo inteligente habría puesto por escrito tal cantidad de sandeces.

La risa coronó la reunión, quedando emplazados al viernes siguiente para tratar de otras cuestiones de mayor enjundia. Torres se olvidó de sus miedos y prolongó el buen humor al volver sobre ese Swift que le recordaba a él mismo en sus tiempos de estudiante en Salamanca. Aquella anécdota pasó a formar parte de su repertorio, utilizada para identificar los beneficios y perjuicios de la astrología.

Tres días más tarde, Torres descubrió que la enjundia en este caso tenía nombre de ciencia. Para su desconcierto, el inglés Isaac Newton y el alemán Gottfried Wilhelm Leibniz coparon con su diatriba sobre el cálculo infinitesimal gran parte de la reunión. Hacía tres lustros que corría por Europa la disputa sobre quién había robado ideas a quién sin que a Torres le importara lo más mínimo, lejos como se hallaba de los progresos matemáticos de uno y otro.

Pero lo que parecía una tertulia decepcionante derivó en su epílogo hacia cuestiones de verdadero interés. Se habló de masonería especulativa. Se habló de rosacruces y de la inclinación más o menos velada de los dos insignes hombres de ciencia hacia la alquimia y sus logros. Como él, repudiaban la fantasía de tantos locos y avariciosos empeñados en conseguir oro a toda costa. Aquella terminología

encajaba con las ansias de Torres por descubrir la manera auténtica de resolver los males del cuerpo y el espíritu. Ahora percibía, en los razonamientos de aquellos británicos, que bajo esa palabra gastada podían esconderse pretensiones más nobles, como la curación de la carne mortal que el ermitaño de Modim da Beira procuraba cada tarde. Y, aún más, la mutación de los espíritus mediante un proceso que llevaría al conocimiento universal. Hablaban, en suma, de una alquimia, una física y una matemática del saber más profundo, el que acerca a Dios. Un avance que, en el fondo, de una manera jamás expresada con semejante transparencia, constituía su verdadero interés desde que Amodeo se uniese a su aventura en tierras de Portugal. Ése y la holgura económica, por supuesto.

Un par de semanas más tarde, saldría en la charla el nombre del señor de Arouet, conocido por el sobrenombre de Voltaire. Había arribado a Londres en mayo para cumplir con un destierro y se decía que pronto había encontrado padrinos influyentes. Los asistentes creían a pie firme que la mejor manera de transmitir los logros de la Royal Society británica, cuna de la ciencia moderna, era contar con personas de la Europa ancestral que viajasen a Londres con el ánimo de relacionarse y aprender. Mencionaron a Christiaan Huygens, el creador del reloj de péndulo, que, procedente de los Países Bajos, se integró en la Sociedad en 1661 y trasladó a Francia el conocimiento adquirido, llegando a liderar en París la Academia de las Ciencias. Torres rio la gracia cuando le sugirieron que se embarcase en uno de los viajes de cualquiera de los allí presentes. Volvió a sus bocas el nombre de Leibniz, discípulo de Huygens. Al margen de la polémica con Newton, aplaudían sus estancias en Londres. Como aplaudían sus trabajos en pos de la lógica que expresa en su *Arte Combinatoria* y su búsqueda de un diálogo, dijeron, con el mismo Dios.

Desde ese instante, Torres mantendría el afán por abrir su mente a nuevas realidades —cuanto más descabelladas, escribe, mejor—, obviando en público lo que de importante había en ellas mediante esa táctica suya de confundir a los lectores poniendo en el papel, las más de las veces, lo contrario de lo que hace y piensa. Fueron fechas gozosas para él, abierto a ideas que agitaron su ciencia y conciencia. La librería de Juan de Moya, enfrente de San Felipe, pone a la venta *El ermitaño y Torres,* donde aparece de la nada, como una sombra, un Amodeo sin nombre ni apellido, identificado como el amigo que lo acompaña en su entrada en Coímbra. A petición de mi Amodeo particular, el que dice ser aquel otro, leí este texto en la habitación ciento veintiséis de la posada del Peine. Interesante, sin duda, con la perspectiva que ahora poseo. El ermitaño resume los principios de

Torres al afirmar que su trabajo de alquimista no pretende panaceas ni metales preciosos, sino los remedios auténticos que sanen a los enfermos y arrinconen a los curanderos de toda ralea, especialmente a los médicos que hacen sangrías. Contiene, al final, un recetario para que el pueblo llano pueda medicarse sin gastar una moneda. Es en esta obra donde Torres, mentiroso por convicción, desmerece los postulados de Paracelso, Cardano y Lulio, concluyendo que la alquimia es improductiva si no echa cuenta del influjo de los astros.

Olvidó los miedos y preparó un memorial solicitando del rey la derogación del decreto que le impedía seguir publicando sus almanaques. Pero, cuando mejor parecían ir las cosas, el otoño trajo el llanto de los árboles madrileños y lo inevitable. Enfilando la calle ancha de San Bernardo desde la plaza de Santo Domingo con la intención de rendir la visita habitual, salieron dos coches al paso de su carruaje desde las transversales de la Flor Baja y Flor Alta, interceptándolo. La brusca reacción del cochero provocó la agitación en el interior de la caja. Rápido de reflejos, Amodeo empujó a Torres hacia fuera, gritándole que se refugiara entre los caballos. Éstos se agitaban, nerviosos, constituyendo una buena defensa. Cuatro embozados se acercaron empuñando sus espadas roperas. El mejor vestido portaba, además, una pistola. Amodeo, sin más demora, se arrojó sobre uno de aquellos sujetos, cubriéndose con él tras ensartarlo con su acero. Torres escuchó dos disparos y unas frases que sonaron a conjuro en lengua bíblica. La voz de Amodeo se dejó oír con fuerza. La del cabecilla sonó menos viril, en un castellano con acento de fuera. Los tres secuaces acabaron en el suelo, maldiciendo su suerte en madrileño de corrala. El otro se dio a la fuga, perseguido por un Amodeo que voceaba para que lo detuviesen, sin éxito. Retrocedió hasta la calle del Pozo y buscó perderse entre las de los Tudescos, San Jacinto y el Carmen. Fue al comienzo de ésta donde nuestro espadachín, de menor talla, echó el bofe. Hubo de apoyarse en un paredón que a duras penas lo mantuvo en pie. Los tres malheridos fueron entregados a la autoridad, sin que fuesen capaces de ofrecer señal del extranjero que les había pagado unos buenos reales.

—Era italiano —aseguró Amodeo tras retornar al punto del asalto.

—¿Por el acento? —preguntó Torres.

—Por el corte de su ropa, sus zapatos relucientes y, sobre todo, por su pistola de tres cañones. Una joya que inventó Lorenzoni en la década de los ochenta del siglo pasado.

—Mucho sabes de armas de fuego y de su manejo.

—Militar he sido, como tú —replicó Amodeo, altanero.

Un asesino italiano. La asociación con el enjambre que rodeaba a la

reina Isabel de Farnesio resultaba obvia a los ojos de Torres. Ahí pone punto final a su estancia en Madrid. Abandona el lujo y la chanza, la ciencia y la contemplación, regresando a Salamanca con el rabo entre las piernas y una montaña de libros. Deja atrás la vida regalada y licenciosa de la Corte. Mantendrá, no obstante, el contacto con el editor Ariztia, deseoso de ampliar su bolsa y su cosecha de lectores a pesar de los pesares.

—El jinete que pica espuelas, alejándose del mal —grita al cruzar el puente de Segovia mientras agita con rabia los papeles de su nuevo almanaque—, seguirá ganando fama con la fuerza de la pluma y sus argumentos.

XVI

MADRID, PRIMAVERA DE 1790

Madrid, visto de día, bien comido y bien dormido, era la octava maravilla. Al menos lo era para un profesor de matemáticas que jamás había visitado la capital del reino, abrumado por una ciudad de más de ciento setenta mil almas. Abandonar la posada y, al momento, enfrentarme al gentío de las gradas del convento agustino de San Felipe el Real fue emotivo y perturbador. El mentidero del que habló Torres en sus papeles secretos hervía en aquella mañana dominical que vaticinaba la llegada de la primavera. Sentí que me encontraba donde siempre había querido estar. En un sitio en que mi presencia pasara desapercibida, rodeado de libros y de luz, a salvo de pretéritas tristezas. Había seis comercios de publicaciones en las mismas gradas. En los días siguientes, llegaría a contabilizar dieciséis librerías en el entorno de la Puerta del Sol.

—¿Qué me dice? ¿Aún tiene gana de remover la tierra de su sepultura? —este Amodeo mío sabía cómo repartir mohína.

—Primero sea como el diablo cojuelo y enséñeme esta babilonia española.

Nada mejor que un Amodeo y una caminata para apreciar las enormes diferencias entre el Madrid oscuro, desaseado y sin valor que conoció Torres y el Madrid monumental que llegué a admirar hasta el punto de no querer abandonarlo. En tiempos de Torres apenas se podía andar por las calles, tan sucias que los rollizos cerdos del convento de San Antón se daban un festín cuando eran sacados en procesión por la gracia de un real privilegio que hacía las veces de edicto contra las basuras. Ahora el aire era mucho más respirable, las aceras de piedra berroqueña animaban al paseo y los embozados habían dejado de ser la viva imagen del peligro. Las ideas de la Ilustración, aun siendo sectarias, habían permitido introducir nuevas inquietudes y nueva ciencia, impregnando la actividad cotidiana de los nobles sin nostalgia y los plebeyos con aspiraciones. Fueron tímidos, aunque valiosos, los progresos de los reyes Felipe V, Luis I y Fernando VI en las seis primeras décadas del siglo. Y lo habrían sido más de no morir joven este último, dicen que de locura y pena por la

pérdida del único amor de su vida, su esposa Bárbara de Braganza. Serían Carlos III y su fiel Sabatini quienes impusiesen lo que nosotros ahora contemplábamos.

Confesé que me hubiese gustado ser arquitecto o, por qué no, uno de esos alarifes de otra época que construyeron la Giralda de Sevilla o las catedrales de las que todo el mundo habla. Madrid no tenía catedral, pero acumulaba edificios y calles de gran belleza. Tantos que el paseo comenzó ese día y no concluyó hasta el sábado siguiente. No había un dato de sus sesenta y cuatro barrios y sus quinientas calles y plazuelas que Amodeo no supiese ni una iglesia en la que no obtuviese el saludo del párroco. En aquellas jornadas, resultó afable y ameno, lejos del sujeto tosco y mandón que surgió de la nada en Salamanca para insistirme en la lectura del manuscrito de Torres. Hasta parecía ganar en presencia y talla, estilizando su figura para dejar de ser el tonel de antes.

Me llevó a ver los preparativos de las obras del Observatorio Astronómico, imagino que en honor de nuestro personaje, si bien eludió nombrarlo. Del mismo modo, se mantuvo alejado de un Hospital General que iba cambiando de cara y cuerpo con el proyecto de Sabatini, pero que no mejoraba en la consideración de los madrileños. El Jardín Botánico, acostumbrado a las plantas y árboles de mi Lima del alma, no me impresionó por su flora. Sí lo hizo el orden con que estaba dispuesto, constituyendo un remanso de paz frente al bullicio del llamado Salón del Prado, cuyo nombre le venía por los prados de los monasterios de Recoletos y de los Jerónimos. Por aquí antes pasaba el arroyo de Abroñigal, siendo un área no especialmente transitable, pero ahora los madrileños apreciaban el Salón como un grato punto de encuentro donde el paseo y la conversación adquirían el valor de hacerse notar. Las cuatro fuentes refrescaban, la arboleda protegía de los rigores de un sol anormalmente intenso. Frente al Jardín se levantaba un edificio que, según me informó Amodeo, albergaría el Gabinete de Historia Natural, contando en su proyecto con una academia, un laboratorio y un museo científico. Cinco años llevaba edificándose y, por su planta y su alzado, merecía la pena el sacrificio económico. Su ubicación era excelente, pues se enfilaba desde la Puerta del Sol mediante la larga carrera de San Jerónimo.

Llegados a la fuente de Cibeles, Amodeo me comentó algo de lo que, siendo llamativo, no me hubiese percatado. El espacio entre el Gabinete y la calle de Alcalá, conocido como el prado de San Jerónimo, quedaba jalonado por tres puntos de agua: las fuentes de Neptuno, Apolo y Cibeles. La de Apolo no estaba terminada, pero las

otras dos destacaban por su majestuosidad, con ambos dioses mirándose en la distancia.

—¿Qué cree que representan? —preguntó con el tono del que sabe la contestación.

—Neptuno representa el mar, como nadie ignora. Cibeles, la madre tierra. Apolo, si no estoy equivocado, debe simbolizar la luz, la verdad.

—El arquitecto Ventura Rodríguez te diría que Neptuno nos habla del poder del rey sobre el Mediterráneo, viniendo de Nápoles y Sicilia. Que Cibeles representa a la España de tierra sólida, la patria y su potestad. Y que Apolo es y será el poder de la cultura, ajena a la mentira y la sinrazón —aquí se detuvo, esperando alguna reacción por mi parte.

—Nada extraño, todo sea dicho —indiqué.

—Pero, si lo piensa un poco mejor, apreciará en este espacio el conjunto elemental que Lulio y Torres tuvieron en tanto aprecio: el agua del dios de los siete mares, la tierra que nos alimenta, el fuego de la inspiración y el aire virginal que aquí se goza —nueva pausa para examinar mi gesto—. Quizá, mi amigo, las ideas de esa Enciclopedia de Diderot y sus luminosos ilustrados no sean tan distantes como se piensa de las alquimias que ponen en práctica Lulio y Torres en su búsqueda del conocimiento universal o divino —una frase que, vista con la suficiente distancia, quería apuntar algo que a mí, entonces, me parecía imposible de asociar.

En días sucesivos visitamos el amplísimo parque del Buen Retiro, ahora abierto a los madrileños que cumpliesen la condición de ir aseados y correctamente vestidos, los alrededores del flamante Palacio Real, que tardó treinta años en construirse, la plaza de toros, primera de las sorpresas para los que se aproximasen a Madrid por el camino de Alcalá, pegada a la puerta real y su registro. Las corridas no eran del agrado de los monarcas, más extranjeros que españoles, pero enloquecían al pueblo. En los aledaños del círculo que recordaba a los circos romanos, disfruté del espectáculo de los que allí se arremolinaban. Manolos y manolas de Lavapiés, chisperos de Barquillo y chulapas de Maravillas llamaron mi atención por el desparpajo de sus lenguas y por la hermosura y descaro de las jovencísimas mujeres. Madrid, soñé, era el paraíso en la tierra que debía sustituir a pasados valles de lágrimas.

Aquella tarde, bajando hasta Cibeles, Amodeo me señaló el edificio que se alzaba a la derecha, en un alto. Era el palacio de Buenavista, con un emplazamiento que hacía honor a su nombre. Lo había firmado el mismo arquitecto de la Real Casa de Postas, y se notaba.

Pero, para mí, su mérito no se debía al autor.

—Ahí tiene a los de Alba. Cayetana gusta de pasar aquí sus buenas temporadas, aficionada a los toros como es. ¿Quiere que rindamos pleitesía? —dijo riendo para sus adentros.

—Dejemos las buenas maneras para peor ocasión —respondí airado.

La semana terminaría de la mejor manera posible. Amodeo, al que la bolsa parecía no menguarle, me condujo al teatro. Teatro a la italiana, dijo. Vestido con galas que jamás hubiese imaginado, conseguidas vete tú a saber cómo, yo pasaba por próspero antillano de visita en Madrid, dispuesto a marear con su falsa timidez y sus buenos reales. El Coliseo de los Caños del Peral era, en sí mismo, la expresión de la ciudadanía madrileña de 1790. Asistimos a la ópera de un italiano llamado Paisiello, y Amodeo rio todo lo posible mientras yo me rendía a los gestos y complicidades del auditorio. Una ópera era mucha música y mucha voz para este modesto matemático, de ahí que mi atención se desviase del escenario. Según alcancé a conocer, existía un reglamento que regía la disposición y funcionamiento de las ocho salas que actuaban como café botillería. Tres de éstas se reservaban para las damas que asistían a la representación desde la cazuela, el único lugar en el que podían permanecer sin compañía de varón. Las restantes eran empleadas por los hombres, que pululaban por doquier, llenando las galerías, las lunetas, la tertulia y el patio. Las señoras de los palcos, a diferencia de los adanes, no los abandonaban nunca, encargándose un lacayo de ir y venir por las viandas. Todo estaba cuidadosamente ordenado. Desde el horario, que comenzaba a las seis y finalizaba con la representación, hasta la lista de productos, similar en naturaleza y precio a la de las confiterías. Las bebidas frías se mantenían en garrafas de vidrio o estaño, y se servían en vasos de fino cristal. El café y el té se hacían en vasijas de barro vidriado o azófar. Con todo, el chocolate se llevaba la palma. Principalmente porque era tratado como mandaba la tradición, empleando la clásica jícara acompañada de bizcochos de garapiña y galera. Deliciosos, la verdad sea dicha.

Habiendo empezado la obra a las siete, estábamos cerca de las diez de la noche cuando pusimos el pie fuera del teatro. La posada se hallaba a pocas manzanas y la calle del Arenal lucía luminosa a esas horas. Llegamos hasta la Puerta del Sol y giramos hacia la entrada de las postas. El gentío era mayor de lo que cabía sospechar, y yo me sentía atraído por unos y otros, por las bellas jóvenes con fingido sonrojo y los maduros deseosos de arrancarles una sonrisa, por los sesudos hombres que ensalivaban política y por los vendedores de uno

y mil productos. Amodeo hablaba y yo intentaba disimular mi despiste. Hasta que se suscitó la verdad de nuestro viaje.

—¿Y para cuándo la indagación de la sangre de su sangre? —preguntó sin venir a cuento.

—Para mañana, por supuesto —contesté como si llevara en la cabeza lo que de ella había escapado a lo largo del día.

—¿A la casa de los duques de Liria, entonces?

—En efecto.

—Reláteme la escena, a ver si me entero. Nos acercamos al portón y golpeamos para que nos abran, preguntamos si vive ahí la criatura crecida de una monja deshonrada y, una vez que nos lo confirmen, entramos a abrazar a alguien de casi cuarenta años al grito de hijo mío. ¿Cierto? —tras una semana de paz, el malicioso Amodeo volvía a las andadas.

—No, claro que no —repliqué sin despegar los labios.

XVII
La casa de Liria

Necesitaba un plan para franquear la puerta de los de Liria. Y otro para descubrir lo que realmente me importaba de aquel palacio. A falta de ambos, me propuse aproximarme por su parte más asequible; la servidumbre. Al día siguiente, aprovechando la ausencia de Amodeo, celebré la buena mañana festiva encaminándome hacia el barrio de los Afligidos. Tal como me indicaron, no tenía pérdida. Llegué a la plaza de Santo Domingo, descendí por la calle de Leganitos —diría que casi rodé, obligado por una maza de tonelero que vino a plantarse delante de mí— y fui a dar a la plazuela de su mismo nombre. Tentado estuve de tirar hacia abajo, por el paseo que conducía a la Puerta de San Vicente, y eludir la visita. El viejo temblor de los momentos de pánico volvió a mi brazo, pero me contuve. Un centenar de pies más adelante, me hallé entre los afligidos que recibían, estoicos, el bofetón de todos los vientos que atravesaban la ciudad. Apenas una cuesta y vislumbré el acceso al palacio. Pronto supe que lo llamaban el palacio aciago. No era buen augurio, tanto adjetivo del pesimismo.

No fue difícil acercarme a uno de los muchachos que pululaban por los alrededores de la mansión, moviendo gallinas de un lado para otro. Acerté a hablar de Salamanca y fui a toparme con un paisano. Lo del palacio aciago me sorprendió. Estaba claro que hacía falta hilar fino para atinar con la palabreja, y eso me indicó que debía tratarse de una expresión extendida entre los nobles que, a fuerza de repetirla, había calado en los sirvientes. Al parecer, la construcción del palacio fue un problema en sí misma, como pude corroborar preguntando más tarde a Amodeo. El duque de Liria, que solía pasar largas temporadas en París, la encargó a un arquitecto francés para que aplicara en Madrid las modas clásicas de su tierra. Emplearía la mansión en sus estancias obligadas en la Corte española. Las obras se iniciaron a finales de la década de los sesenta y se alargaron hasta la aparición de los primeros contratiempos. Unas grietas en la estructura vinieron a descubrir que el francés escamoteaba dinero, por lo que fue expulsado. Sería Ventura Rodríguez el que asumiría la continuación. El edificio no se

daría por concluido hasta 1785. En unos meses más se completó el mobiliario y se vistieron primorosamente salones y alcobas. Se llamaría de Liria en agradecimiento a los felices días pasados por los propietarios en esa localidad valenciana. Pero ni el arquitecto madrileño ni el agraciado duque disfrutarían de sus acogedores salones. El primero murió el 26 de agosto de aquel año; el segundo le sobrevivió poco más de un mes. Heredó el palacio y los títulos su muy querido hijo Carlos Jenaro Fernando. La maldición del lugar dio con sus huesos en el cementerio otro septiembre, apenas dos años después, dejando a su afligida madre en un estado de postración del que no se había recuperado. Honraba de este modo tan doloroso el nombre de la plaza cercana. La muerte barrió con las fiestas que se celebraban en sus salones hasta altas horas de la madrugada, dejando el eco nostálgico de las tertulias, las músicas y las sesiones de pintura.

Doña María Teresa de Silva y Álvarez de Toledo estaba enferma de un mal que arraigaba en su corazón. Y sólo ella podía desvelarme el secreto de mi descendencia. El regreso a la posada del Peine fue acompañado por la frustración y el desánimo. Dediqué la tarde a leer el manuscrito de Torres, pero no acabé de centrarme en la labor. Debía pergeñar una treta que se me antojaba difícil. Muerto Carlos, con su madre de luto íntimo y la casa ajena a las visitas de cortesía, sólo cabía presentarse en el palacio de Liria como enviado de Salamanca. Pero la duquesa de Alba, su sobrina Cayetana, debía hallarse en Madrid en aquellas fechas, por lo que no alcanzaba a imaginar qué clase de recado podía servir de argucia.

Cuando Amodeo llamó a mi puerta, ofreciéndome cenar en la habitación camuflada, yo era la viva estampa del caballero de la triste figura. Viendo que me entretenía entre las hojas caligrafiadas por la pluma de Torres, me preguntó qué clase de cuita me desdibujaba el semblante.

—Nada se debe a Torres —me apresuré a aclarar—. Esta mañana estuve junto al palacio de Liria, enorme y señorial, ¿y sabe cómo lo llaman?

—El pequeño Palacio Real —contestó Amodeo.

—El palacio aciago.

Enseguida entendió a qué se debía mi abatimiento. Se mostró pensativo durante un instante y, dándose la vuelta, marchó como alma que lleva el diablo. Grité preguntando dónde iba pero no obtuve más respuesta que un gruñido lejano. No volví a verlo hasta la mañana, en que me instó a que me aseara y vistiera limpio para, antes del ángelus, partir hacia el palacio de Liria.

Al bajar a la calle, me encontré con un coche de caballos de buena

planta, un Amodeo con pinta de religioso y un arca de madera con incrustaciones de marfil que olía a gloria. Amodeo se envolvió en uno de sus molestos silencios para no contarme qué pasaba por su cabeza, con lo que mi nerviosismo fue *in crescendo*. A las puertas del palacio, solicitó del cochero que permaneciese allí, presto para la partida, hasta nuestro regreso. El temblor, esta vez en las piernas, regresó en el peor instante. La presentación no tuvo desperdicio. Su voz cambió por completo, haciéndose aguda y con acento extranjero, para anunciarse con la solemnidad del caso como el emisario de don Antonio Pérez de Escobar.

Ignoraba todo del tal don Antonio, por lo que mi mirada no fue precisamente de aprobación. El criado no tardó en volver, rogándonos que lo acompañáramos. Nos condujo a un salón que, si no fuera por el lujo de sus sillones y la desproporción de su tamaño, hubiera jurado que era la biblioteca. Permanecimos sentados hasta que una muchacha a la que no eché más de dieciséis años entró con una sonrisa encantadora. Tras ella lo hicieron un joven barbilampiño, mayor sin duda, y una señora, discreta en su indumentaria y maneras, que debía servir a ambos. La joven nos explicó que éramos bienvenidos, pero que su abuela se encontraba enferma y no podría recibir nuestra visita.

—No es a la señora duquesa a quien deseamos ofrecernos, sino a los aquí presentes —contestó Amodeo conservando esa voz que salía de alguna parte de su teatral instinto.

—Pues aquí nos tiene —respondió con gracia María Francisca Fernanda Teresa Anna Fitz-James Stuart y Stolberg-Gedern. Un nombre para la huérfana del difunto Carlos que, a fuerza de repetirlo, acabé aprendiéndome. Francisca, para los allegados.

Amodeo fue de una locuacidad prodigiosa, no dejando un cabo suelto en su exposición. Don Antonio Pérez de Escobar, médico insigne, sabedor de que su alma pronto rendiría cuentas al Altísimo, quiso afrontar su testamento en días pasados. En el repaso que precede a la redacción y firma del documento, mencionó a distintas familias nobles por cuna y condición. Entre los primeros afectos, tuvo especial recuerdo para doña María Teresa, pidiéndonos que viniésemos en su nombre a traerle unos remedios eficaces para aliviar, en la medida de lo posible, el mal de la tristeza.

—No es tristeza lo único que padece nuestra abuela —apuntó entonces el joven, llamado Jacobo y otros tantos nombres más.

—Don Antonio es consciente de ello, pero no se siente capaz, en su estado, de aventurar una cura para sus otras dolencias —respondió con acierto Amodeo.

—La sinceridad de don Antonio le honra, y más viéndose obligado a hablar por boca de otras personas. Pero, digan, quiénes son ustedes y qué dedicación tienen —esta vez era la señora, que debía frisar la treintena, la que tomaba la palabra.

—Somos Martín Tadeo de Salvatierra —moví la cabeza, reverente. Mi nombre, claro, no les dijo nada— y Niccolò Furio Hermes d'Amodeo. El uno castellano y el otro de las tierras más agrestes de Italia. Nuestra virtud es el descubrimiento —redondeó.

—El caso es que su voz me resulta familiar. Tengo buena memoria para las caras, pero no es su rostro lo que me viene a la mente en algo que quiere ser recuerdo y queda en ilusión, es su voz —explicó doña Soledad.

—No he frecuentado las casas nobles de Madrid en los últimos años. Imagino que mi dejo le traerá a la mente una presencia conocida.

—Será —añadió ella—. ¿Y de qué descubrimiento estamos hablando? ¿Tierras inhóspitas de las Américas?

La dama, que permanecía quieta menos tiempo que las saetas del reloj, se comportaba como la protectora de aquellos jóvenes o cosa semejante. Raro en un tiempo en que esa tarea se reservaba para dominicos u otras órdenes religiosas que habían resistido el paso del tiempo mejor que los jesuitas, expulsados de España hacía ya más de dos décadas.

—Nuestras conquistas no se deben a las armas, sino a la ciencia. Colaboramos con médicos, biólogos, físicos y matemáticos en el estudio de la naturaleza y sus regalos. Hemos viajado tras las huellas de Marco Polo y, con el mismo empeño, hemos abierto océano a Malaspina.

Con aquella parrafada se ganó a doña Soledad y, por extensión, a Francisca y Jacobo. Sólo faltaba desplegar un poco más de labia, de la que andaba sobrado, y abrir el arca de los prodigios, prodigiosa en sí misma, para que se rindieran a la evidencia. El afán de conocimiento de aquellas tres personas de edad dispar no tenía límite.

Y entonces sucedió. El pestillo cedió a la presión de Amodeo y las paredes de aquel cofre se abrieron como los pétalos de una flor, dejando a la vista un contenido único, formado por muestras de plantas, semillas y otros productos comestibles. Todo de un colorido vistoso, tan atrayente como los olores que emanaban de la bandeja de plata que les daba cobijo.

—Cuéntenos, señor —exclamó la joven con voz aniñada por una emoción imposible de contener.

—Lo haré en su honor, hermosa dama y esposa, sumándome a la

emoción que debió albergar ayer mismo, al cumplir sus quince primaveras.

Sonrió Francisca, complacida, asiendo la mano de doña Soledad. Amodeo mudó en ese instante en el mejor maestro que imaginarse pueda. Sutil en el manejo de aquellas piezas como si de obras de arte se trataran, fue desgranando explicaciones que remitían a los rincones más recónditos de la Tierra.

—Nada como este cardamomo de las selvas tropicales de la India meridional, aquellas que son tan intrincadas que quien entra en su laberinto sin el hilo de Ariadna jamás vuelve a salir, para carminar los malos humores gaseosos —rieron los más jóvenes en respuesta, llevándose la mano a la boca—. Y qué me dicen de estas flores amarillas, del color del canario. Aulagas son, traídas del Argel de los montes que sufrieron la purificación por el fuego para estimular a quien no desea salir del pozo oscuro de la conciencia —instintivamente acercaron las narices, comprobando que su olor recordaba a la chamusquina.

Amodeo siguió y siguió adornando el origen y cualidades de una hierba aromática, un capullo sanguino o unas semillas de brillo iridiscente, hasta que una doncella anunció el inminente almuerzo.

—Que espere, que espere —contestó doña Soledad, entretenida.

—Antes de que el telón cierre este exótico viaje, vayamos al grano —pronunció Amodeo con voz de mago—. He aquí la joya de la real corona, traída expresamente desde el confín del virreinato del Perú —levantó entre el dedo índice y el pulgar una bola más bien ovalada, de color marrón rojizo.

—¿Qué es? —preguntó Francisca.

—Cacao —contestó doña Soledad.

—El mejor cacao —puntualizó Amodeo—. Mejor que el mejor de Caracas y de Magdalena.

Cogió entonces un pequeño recipiente de porcelana que no se asemejaba a los clásicos cocos ni a las jícaras. Reposaba sobre un trípode de plata y tenía forma de huevo. Un huevo partido del que se separaba la parte superior, dejando a la vista una pasta que exhalaba el olor de la santidad.

—¡Chocolate! —exclamó Francisca.

—El chocolate que cura la tristeza verdadera, la que no es infundada. Una mezcla de la alquimia de los dos mundos que separa un océano. Observen la irisación de su superficie, la pátina que simula el azogue del espejo más puro, donde la alegría queda atrapada como recuerdo de la belleza que lo admiró.

—¿Y qué lleva? —preguntó el muchacho, más callado que la

hermana.

—Lleva vainilla de Veracruz, canela de Mindanao, clavo de Madagascar, nuez de bija…

—Almizcle, huele a almizcle —interrumpió Francisca.

—Es ámbar pardillo.

—¿Y qué más? —insistió la joven.

—Un ingrediente secreto, procedente de una tierra que carece de nombre en los mapas. La solución al mal de su abuela —Amodeo impostó la voz, perdiendo el acento—. Si es de su agrado, nosotros mismos prepararemos en sus cocinas tantas cantidades como demande la casa de Liria.

—¿Y sanará? —el ardor de la juventud escapaba por los labios de Francisca.

—No sanará —Amodeo gesticuló al tiempo que se demoraba en la continuación de la frase, señalando un horizonte imaginario—. Pero morirá en la paz de los buenos cristianos.

Si la razón se rinde a la experiencia



XVIII
Cátedra de Matemáticas y Astrología

El interés de Torres, de vuelta en Salamanca, era seguir el consejo del difunto Juan de Herrera, opositando a una de las cátedras raras. Estas cátedras no existían en todas las universidades y, por su escasa popularidad, no estaban bien pagadas. Se contaban entre ellas las de Gramática y Retórica, Hebreo y Griego, Música, Cirugía y Astrología. Torres hubo de desistir de la de Prima Gramática, pues llevaba ocupada desde el 7 de agosto por el respetable Juan González de Dios. De las posibles, era la de Astrología, indisoluble de las Matemáticas, la que tenía menor dotación, mil doscientos reales al año. Y es la que elige él.

Coincidiendo con la festividad de santa Cecilia, 22 de noviembre, Torres se enfrentó al preceptivo examen público. Mucho antes de las diez, que era la hora señalada, el General de Cánones se hallaba repleto de gente. Tanta era la afluencia que no se pudo preservar el orden de colocación, quedando relegados los rectores de las Comunidades mayores y menores a una incómoda posición de pie. El patio frontero al General también se llenó de escolares y salmantinos, que nadie en la ciudad quería perderse el espectáculo, de modo que llegaban hasta las mismas puertas que dan a la iglesia catedral. Más de tres mil almas se concentraron en el auditorio, prestas a seguir el acontecimiento del día, de la semana y, por qué no decirlo, del año, mientras otras tantas aguardaban fuera.

Torres se abrió camino con la ayuda de los ministros y bedeles que custodiaban el acto, expertos en el empujón y el insulto. Subió al estrado y verificó los instrumentos para la defensa del tema elegido entre los tres que le habían caído en suerte. Papel y lápiz, compases, reglas y una esfera armilar de notable tamaño constituirían su ayuda para exponer el movimiento de Venus en el Zodiaco. El silencio que acompañó a su disertación se trocó, al poner el punto final, en vítores, chiflidos y alabanzas que no duraron, a decir del ínclito, menos de un cuarto de hora. Siempre ameno, la segunda parte del examen era la más esperada. Torres relató sus títulos y méritos con gracia y mordacidad, provocando la carcajada y el aplauso. Salió del recinto a

hombros de los estudiantes y así fue transportado hasta su casa, entre bromas y gritos, para general conocimiento de los que no habían asistido a su triunfo.

Hubo otro opositor a la cátedra, don José Sánchez de Pineda, pero poco pudo hacer por cambiar una decisión que estaba clara como el agua del manantial. Ni siquiera llegó a celebrarse el examen en el claustro pleno, tercera de las pruebas obligatorias. Una semana más tarde, la votación no dejó lugar a la duda: sesenta y cuatro fueron para Torres, tres para Sánchez y otros tres para nadie. Una multitud de estudiantes gorrones esperaban el resultado. El secretario de la universidad, don Diego García de Paredes, efectuó la declaración pública y la algarabía tomó forma. Hubo cohetes y disparos al aire, soltaron las campanas de las parroquias próximas y una nueva procesión callejera se ganó la atención de todos. A la noche siguiente, un escuadrón de estudiantes salió a caballo con hachones de cera, iluminando un tarjetón que portaba en letras de oro sobre campo azul el nombre y apellido de Torres, su patria y el nuevo título de catedrático. Pusieron luminarias los vecinos, y hasta en los miradores de las monjas se vieron luces, pañuelos y vocerío.

Comienza así, en loor de multitudes, una nueva etapa en la vida de nuestro personaje, que ahora carga en su zurrón y en su entendimiento con la experiencia acumulada en el Madrid de las correrías. Una etapa que tendrá, como el tridente de Neptuno, tres puntas: la del escritor, la del catedrático y la del indagador de gestas mayores del conocimiento. Por razones que vienen al caso, será la tercera la que más interese en la historia que me he propuesto contar.

Días antes del éxito salmantino, la *Gaceta de Madrid* anuncia la obra de un desconocido Eugenio Jiménez de la Tarfal. El *Discurso del globo de luz* es un papel en cuarto con un total de dieciséis páginas, vendido en Madrid por Juan de Moya. Con afán pedagógico y crítica a la superstición, Jiménez explica el fenómeno astronómico de los cometas a raíz de la consulta de una dama sobre uno visto recientemente. «Peores cometas tiene la vida», afirma el autor. Atribuye el fenómeno natural a los efluvios que emanan de la propia Tierra, alcanzando las regiones del aire por la atracción del Sol, con lo que su causa es similar a la de la lluvia o el rayo. Sin embargo, no desdeña su influjo sobre las personas, porque duran mucho y enrarecen el ambiente. Señala de manera singular a los reyes, porque los cometas afectan más a los de mayor delicadeza, constituyendo avisos para que muchos de ellos se preparen para la muerte. Nada mejor para ratificar una teoría que recurrir a las pruebas, y Jiménez lo hace identificando muertes regias con registros de cometas que surcaron el cielo en fechas

cercanas. Nuestro Torres se oculta tras el apellido De la Tarfal. Probablemente porque no quiere que el escrito interfiera en modo alguno en su candidatura a la cátedra. Lo cierto es que Eugenio Jiménez, que se presenta como filósofo y matemático de la Universidad de Salamanca, jamás tuvo presencia, ni activa ni pasiva, allí.

Torres deja pistas tan significativas en el escrito de su *alter ego* que incluso habla de una obra que aún no ha visto la luz, *Posdatas de Torres a Martínez*. No será hasta después de la consecución de la cátedra cuando la *Gaceta de Madrid* anuncie a bombo y platillo el contraataque de Torres a su enemigo declarado. Vuelve a la carga con su desprecio por los médicos con la agudeza e ironía de quien blande un estilete: «Yo como lo que sudo, y el doctor Martín Martínez come de los sudores de otro. A su merced le hacen la olla los tiñosos, los enfermos de fiebres cuartanas y los tísicos malhumorados, mientras que a mí me dan de comer los hombres de buen humor. Vista la diferencia, pregúntese quién es el ruin aprovechado». Torres lo califica de tonto y deja a un lado la sutileza para aventajar en la provocación.

Ya no se detendrá. Ayudado por el editor Ariztia, saldrá a la palestra contestando a unos y otros, rivales que él mismo creaba e incitaba con sus escritos. Su espada era su labia, y el vulgo enloquecía de placer leyéndolo. Al mismo tiempo, asume que su nuevo papel de catedrático le obliga a cumplir con las formas, dispuesto a no mostrar sus ventoleras y a enseñar a los estudiantes con cuidado y modestia, siempre que le pagaran el sueldo que le correspondía y dejaran de tenerlo por loco. Pero eso no le impedirá sacar adelante el almanaque para el año 1727, liberado ya de la segunda prohibición real. Lo titula *La mojiganga,* que, como nadie ignora, recibe el nombre de su brevedad, su comicidad burlona y su lúdica extravagancia.

Torres no acaba de acomodarse en Salamanca. Le sobran horas cuando concluye su trabajo académico. En la versión conocida por todos, dedica su tiempo a la defensa de la astrología. En su época, el modo de trabajar consiste en el cálculo de las posiciones absolutas o coordenadas de los astros, tomando como referencia un observador en la Tierra, y en las posiciones relativas entre ellos. Se crean así las tablas astronómicas, con una sólida base matemática. De ahí la defensa que hace Torres de su cátedra, que aborda una y otra materia como si fuesen la misma. Con las tablas en la mano, es el denominado astrólogo el que decide qué lectura hace de éstas. El astrólogo menos dado a la especulación entretendrá su vida afinando los números para ser lo más preciso al determinar trayectorias, eclipses y otros bailes de las estrellas. Vamos, el cálculo por el cálculo. El astrólogo judiciario,

el más desprestigiado por la ciencia, buscará interpretar el carácter y el destino de una persona, pueblo o reino. Algo prohibido por ser contrario a la fe cristiana. Queda, por último, el astrólogo que estudia el efecto de los movimientos y fenómenos celestes sobre los seres vivos y la propia Tierra, anticipando la aparición de meteoros, las cartas de navegación, la evolución de las cosechas y el humor de los mortales. Torres, tan avispado, comprendió que es la combinación de todos estos astrólogos en uno lo que entusiasma al pueblo llano, proclive a aceptar como verdad las predicciones si vienen de un hombre de ciencia que no falla cuando de señalar al cielo se trata. Y, puesto que los augurios que van contra el libre albedrío de las gentes son perseguidos, él los reviste de obrita teatral, verso y chanza con personajes de su invención, dando en la diana de los compradores de almanaques al tiempo que esquiva la garra del Santo Oficio. De lo que no pretende escapar, pues sus buenos dineros le proporciona, es de la discusión y el parloteo con los que, por envidia o convicción, lo motejan de charlatán que engaña al vulgo. Torres aviva las brasas de la polémica estrechando lazos con ese vulgo que lo tiene por héroe y modelo gracias a su lengua acerada, su estilo culto y corriente a la vez, su facilidad para la risa y el manejo desdeñoso de su propia existencia.

1727 tampoco es un lecho de rosas. Se suceden los ataques, más o menos anónimos, a Torres. Algunos incluso provienen de la misma Salamanca, promovidos en opinión de éste por sus «amigos» jesuitas. A principios de febrero, Martínez vuelve a las andadas con su *Juicio final de la astrología*. La noticia es traída por Amodeo, que lo visita más por fidelidad que por deseo de tornar a una Salamanca que nunca le pareció graciosa para sus costumbres e intereses. Pero no es lo único que trae. Junto a ella porta una obrita de ocho páginas, sin prolegómenos, que penetrará hondamente en el ánimo de Torres. Se titula *Pragmática del tiempo, en defensa de la buena astrología*. La firma el desconocido licenciado Julián Salinero. Salinero ofrece, en contra de un Martínez al que califica de ignorante, un argumento decisivo que aproxima definitivamente la astronomía a la astrología: las influencias astrales existen, pero constituyen únicamente inclinaciones que el sujeto puede superar mediante la voluntad que implica el libre albedrío.

—No hay pues herejía en reconocer que es real el influjo, tan real como la propensión y tan fuerte o débil como permita la fortaleza del ser humano —explica Amodeo. Torres lee con interés, moviendo los labios.

—Pareciera que lo ha escrito un émulo mío, de intención leal —

concluye.

—Tal parece —asiente el italiano.

—¿Y cuándo ha visto la luz este papel? —pregunta.

—Hoy, si mis cálculos no fallan y aún estamos a 25 de febrero —contesta mientras Torres medita.

—De modo que los errores del almanaque no son más que la consecuencia de la brega del ser humano contra la natural inclinación —pronuncia finalmente, ganándose un sopapo.

—¿Vuelves a esa tontería? Si te ayudé a crear esos engendros era porque tu vanidad lo necesitaba. No hagas de la vanidad tu único patrimonio.

—Pero llevamos años dando voz a nuestras mentes y lo más que hemos logrado es perfeccionar algunas de las recetas del ermitaño de Beira y ponerlas en el papel de *La suma medicina*. Años haciendo hablar al ermitaño, sin avanzar hacia ese cielo del conocimiento del que tanto hablamos —se sinceró Torres.

—Estás tan atareado haciendo rimas y mirándote al espejo, mi loco Narciso, que no te has percatado de que ya estás en la escalera que conduce a él. Centra tu atención en subir peldaños y aparta tus ideas de cátedras, famas y dineros —replicó Amodeo con dureza.

XIX

QUOD NATURA NON DAT

El razonamiento de un licenciado sobre los límites de la astrología y la pulla de su endemoniado amigo marcarán el nuevo periodo de la vida de Torres. Madrid, Salamanca, Francia, Portugal… Convertirá su inclinación a lo superfluo en la búsqueda sin desmayo de la verdad. Y todo por un complaciente Salinero y un Amodeo furioso, extraña ecuación que únicamente se explica de una manera: ambos nombres convergen, como las rectas que bordean el camino en el horizonte, en un solo tunante. Amodeo ha tomado la pluma y ya no la soltará. Torres, con una jarra de vino en la mano, acepta de tan buen grado la revelación que ríe a carcajadas hasta dar con el barro en el suelo, esparciendo alegría y una ronda gratis por todo el figón salmantino. Desde aquel día, el catedrático y su fiel aliado se reparten la tarea de la escritura, juramentados en un propósito tan alto que produce vértigo su sola mención.

Pero antes hay que cerrar la polémica con el médico Martín, que viene a ser una pérdida de tiempo y un enojo para la Corte. Tres días después de la llegada de Amodeo a Salamanca, Torres firma la dedicatoria al marqués de Santa Cruz de su *Entierro del juicio final y vivificación de la astrología*. En ella, amenaza al galeno con visitar a sus enfermos y escribir cada semana en la *Gaceta* la historia de los difuntos causados por los errores de su práctica. Martín Martínez, a la sazón elegido de nuevo presidente de la Regia Sociedad de Medicina y Otras Ciencias de Sevilla, no volvería a batallar contra Torres.

El catedrático convivirá con sus enemigos, publicando alguna que otra coz ilustrada de cuando en cuando, marchando a Madrid siempre que sus obligaciones se lo permiten. Se mueve por la capital del reino con discreción, a la busca de la holganza y el conocimiento con mujeres y libros sin reputación. Si no importa que se sepa de su presencia, suele alojarse en casa de algún noble salmantino, como antes. Si, por el contrario, no desea dejar rastro de la visita, lo hace en la posada del Peine, en esa habitación vedada al común de los mortales.

Allí se hospeda tras recibir la noticia de la muerte de *sir* Isaac

Newton, acaecida el 31 de marzo. Torres viene estudiando su obra *Principios matemáticos de la filosofía natural* desde que le sembrasen la duda científica los ingleses que se reunían en el hotel del Lirio. Regresa a la tertulia, para rendir homenaje a ese hombre que podía aunar en un mismo cuerpo y una misma mente todo el conocimiento matemático y físico de la época, la inclinación por la alquimia y la astronomía, el afán por descollar en la reputada y a la vez misteriosa, por sus tendencias masónicas, Royal Society y… una infinita capacidad para pelear con intelectuales de todo jaez, desde Hooke hasta Leibniz. Torres, a su manera, se siente identificado con el personaje. Pero, siguiendo su doctrina de ocultar celosamente sus afinidades, en pocas ocasiones saldrá en defensa o alabanza del gran Newton. En eso no nos parecemos. Bueno, ni en eso ni en casi nada.

Para desazón del catedrático salmantino, alguno de los participantes en la tertulia muestra más acopio de ciencia que él. Y, lo que es peor, más capacidad para proponer cuestiones profundas y razonamientos elevados. Se siente insignificante en un entorno en el que Amodeo se desenvuelve con tanta soltura. Al finalizar la reunión, dolido, se encara con éste. Recibe la peor ofensa que pudiera imaginar.

—¿Por qué tengo la impresión, Amodeo de mis entretelas, de que no avanzo en el entendimiento celeste del que tanto hablamos porque me ocultas información esencial? —su tono no era amistoso.

—No sé de colores, pero… Amigo Torres, *quod natura non dat, Salmantica non praestat* —responde marcando la pronunciación latina a la manera de los jesuitas.

Lo que la naturaleza no da, Salamanca no lo otorga. Es un viejo proverbio que viene a decir que, si careces de las potencias precisas, ni la universidad podrá hacer de ti una eminencia. Una forma despiadada de llamarlo zoquete. Tan despiadada que, por vez primera, el espadachín de la palabra no encuentra contraataque a tan dura estocada, permaneciendo en silencio. Ya en la posada, se refugia en la habitación secreta sin otro ánimo que quitarse de en medio y meditar. Lo que no habían logrado sus enemigos en tantas y tantas publicaciones difundidas en las gradas de San Felipe, lo había logrado Amodeo con una sola sentencia en latín.

Durmió mal. Fue una de esas noches en que hablas solo, sin saber bien si estás despierto o dormido. En ese estado, vino a tener un sueño que era más real que un pensamiento. Repetía la visita al hotel francés y se repetía la tertulia, incidiendo sobre las andanzas y teorías del difunto Newton. La reunión progresaba repitiéndose palabra por palabra. En el momento de mayor conversación, cuando se cruzaban

las opiniones de unos y otros, distinguió con nitidez algo que había pasado por alto. Amodeo hablaba con un tal William sobre la biblioteca de Newton.

—¡Lulio! —gritó al tiempo que despertaba.

Corrió al encuentro del italiano, que dormía a pierna suelta, roncando como un jabalí. Lo zarandeó, sin éxito. Buscó la palangana y le tiró el agua a la cara, logrando su propósito. Amodeo se revolvió por instinto, asestándole una patada en el costado que lo arrojó contra un armario. Éste quedó temblando, a punto estuvo de caerse encima de un Torres que se lamentaba en el suelo.

—Ya le advertí en Coímbra que jamás tratara de despertarme. ¿Acaso se le había olvidado? —dijo con parsimonia y sorprendente severidad.

—La ocasión lo merecía —replicó Torres entre aullidos de dolor.

—Ni la amenaza de muerte merece el abandono de un buen sueño.

—Lulio —Torres no se hallaba en condición de discutir sobre las virtudes de Morfeo.

—¿Qué Lulio? —Amodeo seguía a lo suyo.

—Raimundo Lulio. ¡Qué Lulio va a ser!

—¿Y qué le ocurre a ese santo varón a estas horas de la madrugada?

—Lulio es la clave.

Torres lo afirma con rotundidad y se justifica con un razonamiento incontestable: lo ha soñado. A lo largo de su obra, el sueño cobra una importancia inusitada, mayor incluso que la que concede Quevedo, su acompañante en varias de esas excursiones de pesca de conocimientos mediante el sedal onírico. No duda en hablar de sueños de inspiración divina o diabólica, de sueños provocados por el temperamento o por el comportamiento. Estos últimos transmiten de forma fantasmal enseñanzas sobre los sucesos cotidianos.

—Del mismo modo que el soldado se sueña en combate y aprende de los errores cometidos, yo he sabido escuchar tu diálogo con ese William que parecía una anguila con cabellos, piernas y brazos del color de la sangre —Torres examina el rostro impasible de Amodeo antes de proseguir—. La biblioteca de Newton.

—¿Qué pasa con la biblioteca de Newton?

—Que, a su muerte, descubrieron que poseía hasta ocho volúmenes de Lulio con anotaciones del mayor interés.

—Te aseguro que no he cruzado palabra con William sobre esa biblioteca, que sin duda debe estar cargada de libros mayúsculos —arguye Amodeo para rebajar la excitación del matemático.

—Pues ya tienes tarea para hoy —concluye Torres sin ceder un

palmo.

Amodeo tardó no una, sino dos jornadas en verificar el sueño. No era fácil, en aquellos días, dar con el paradero de uno de esos escurridizos ingleses. Se decía que estaban de paso, enfrascados en transacciones comerciales que los movían de aquí para allá, y que jamás se los veía juntos por miedo a los atentados. La reunión en el hotel del Lirio era la única excepción a una regla que ni admitían ni rechazaban. Ninguno de ellos, que se supiese, trabajaba para la Corona. Al parecer, William había abandonado Madrid tras la tertulia, marchando a Alcalá de Henares. Otro de los asistentes le confirmó que, en efecto, había libros de Lulio en el arsenal de papeles de Newton. Sus anotaciones estaban relacionadas con materias alquímicas y con reflexiones sobre la gravedad.

Torres escuchó aquellas palabras con los ojos como platos y una sonrisa de oreja a oreja. Entre los libros figuraba una edición ajada de su *Ars Generalis Ultima*. Al llegar a ese punto de la lectura, entendí que había cometido un error imperdonable en mi primera visita al palacio de Monterrey. Arramblé con el manuscrito pero dejé allí los restantes objetos que había en el arcón del desván. Entre ellos, un libro de notables proporciones que contenía obras de Lulio, tal vez con apuntes que me habrían ayudado a progresar en un enigma del que no tenía ni el enunciado ni su resolución.

Aquella noche, tan distinta de las precedentes, Amodeo sacó un curioso tablero con unas ocas dibujadas. Le enseñó las reglas y le explicó que aquel juego simbolizaba el camino del peregrino, en su afán por alcanzar el santuario. Lanzaron los dados en la senda cuajada de obstáculos y se entusiasmaron con la azarosa aventura que suponía, en sí misma, un proceso de iniciación. Tanto que repitieron hasta el cambio de fecha.

Torres regresó a Salamanca convertido en un hombre nuevo. Sin prejuicios académicos, convencido de que Raimundo Lulio, un adelantado que vivió a caballo de los siglos XIII y XIV, había dejado escrito, en algún lugar, las sentencias verdaderas destinadas a abrir el diálogo con el Altísimo. Lo que la naturaleza no le dio, se lo concederá la constancia, el amor propio y una fe a prueba de mentecatos empeñados en hacer de la ciencia ese universo sometido a las reglas del hombre, ignorantes de que ese hombre no es más que un adán expulsado del Edén, en brega por recuperar la dignidad perdida. Algo que, en su manuscrito secreto, simboliza el sueño de Jacob en Betel que recoge el libro del Génesis.

—Llegando a cierto lugar, se dispuso a hacer noche allí, porque ya había declinado el Sol. Tomó una de las piedras, se la colocó por

cabezal y acostose. Y tuvo un sueño. Soñó con una escalera apoyada en tierra, cuya cima tocaba los cielos, y he aquí que los ángeles de Dios subían y bajaban por ella. Vio que Yahvé estaba al final de ésta. Yo soy Yahvé, le dijo, el Dios de tu padre Abraham y el Dios de Isaac. La tierra en que estás acostado te la doy para ti y tu descendencia. Tu descendencia será como el polvo de esa tierra y se extenderá al poniente y al oriente, al norte y al mediodía; y por ti y tu descendencia se bendecirán todos los linajes. Mira que yo estoy contigo —declamó mientras aguardaba a que le trajesen el caballo, despidiéndose de Amodeo.

Éste templó la exaltación de un Torres inclinado a la fantasía, como solía ser, recurriendo al noble camino de las ocas que acababa de mostrarle.

—Esa escalera no es como el juego. Me temo que no basta, mi amigo, una simple vida para hacerse merecedor del ascenso sin que el vértigo de las alturas te derribe.

Palabras que no cayeron en saco roto. Sólo don Niccolò Furio Hermes d’Amodeo, a ojos de Torres, sería capaz de extenderse a norte y sur, a diestro y siniestro.

XX

EL INGREDIENTE SECRETO

Sólo él, a ojos de este enseñante de matemáticas con una vida contradictoria, sería capaz de abrir de par en par las puertas del palacio de Liria. Aquel Niccolò Furio Hermes d'Amodeo de tiempos de Torres y éste de ahora, por razones que escapaban a mi comprensión, habían de ser el mismo ente con forma humana.

Amodeo se despidió de nuestros anfitriones entregándole a doña Soledad una nota. Si, tras probar el chocolate, decidían contar con nuestros servicios, bastaría con que dejasen recado en las cocinas de la casa de don Antonio Pérez de Escobar o en la iglesia de San Ginés de Arlés. Nosotros acudiríamos prestos al llamado de la señora.

—Prometemos preparar tanto como gusten, con una sola condición —añadió.

—Diga, pues.

—Que únicamente lo tomen las mujeres del palacio —dijo, muy serio.

—¿Por algún motivo en especial? —doña Soledad frunció el ceño.

—Afemina a los varones.

Tras contener la risa hasta alcanzar nuestro carruaje, no pude por menos que echarle en cara que a punto había estado de estropear la visita. ¿Qué ocurrencia era aquélla? Lo normal sería que recelaran, pensando en algún veneno o cosa semejante. Él permaneció imperturbable, limitándose a afirmar que era cierto cuanto había dicho.

—Además, tonto Martintón, ¿cómo van a recelar de las cocineras del médico o del párroco de una iglesia?

No habían pasado ni veinticuatro horas cuando la petición llegó a nuestros oídos. Amodeo volvió a ausentarse, a la busca de las materias primas. Como nada era imposible para él, un carromato con grandes cantidades de vainilla, canela, clavo, nuez de bija y ámbar pardillo llegó a las traseras de la casa de Liria aquella misma tarde. Ya de noche, en nuestra alcoba misteriosa de la posada del Peine, le pregunté por el ingrediente secreto, ese que afeminaba a los hombres.

—No te confundas, tal efecto se debe al chocolate que prepararé. El

ingrediente aislado no es más que un estimulador del deseo —respondió.

—¿Estimulador del…? —ignorante de mí, debí simular conocimiento.

—No sólo eres poco leído. También eres torpe y contumaz en tu rechazo al manuscrito de Torres.

—Ese mamotreto crece a medida que me enfrento a él —pobre excusa la mía—. Llevo mil horas y apenas habré rebasado el año de la muerte de Newton. 1727, cuyo único mérito es ser múltiplo de once.

—¿Y qué mérito tiene el once? —Amodeo sabía lo que deseaba oír.

—Ninguno. Carece de las virtudes del diez y de las maravillas del doce. Ni siquiera figura en la simbología cristiana. Es primo, y poco más.

—¡Por fin percibo una habilidad en ti! Aficionado a los números y sus significados. Se ve que no eres una causa perdida. Aún.

Con la charla me quedé sin saber del ingrediente secreto, que guardaba celosamente bajo llave, en una bolsa, como si de oro en polvo se tratara. Resignado, volví a la lectura de la *Enseñanza, magisterio y epifanía del terco Diego de Torres Villarroel*. Y, como siempre, acabé fantaseando con lo que leía hasta quedar adormilado. Francisca, la damisela de los de Liria, había llamado mi atención. Iba arrimándome sin ganas a los sesenta, lento de reflejos, mermado de la flexibilidad que en otro tiempo tuve a caballo y con la espada, y sin embargo sentía el mismo calor de la juventud cuando una de estas mujeres por modelar se cruzaba en mi camino. Nada en mi naturaleza hacía presagiar tal comportamiento y nada, del mismo modo, lograba calmar la fogosidad que nacía de algún punto de la imaginación y viajaba hasta mis partes más pudendas y vergonzosas.

Amanecí agitado por Amodeo, de mal humor por un extraño y doloroso sentido de culpa, tan temprano y con tanta prisa que no había ni tiempo ni ganas para la reflexión. Vestidos de domingo, con determinación, partimos hacia el palacio de Liria. A esas horas las calles comenzaban a desperezarse, y pocos carruajes engalanados como el nuestro se verían por Madrid. Entramos directamente en las cocinas, donde ya nos esperaba un ejército bien aleccionado, que sólo pensaba en obedecer nuestras órdenes. Dos recintos de grandes proporciones, limpios como una patena, tres alacenas y un patio formaban el conjunto destinado al almacenamiento y preparación de las comidas. Amodeo tomó a su cargo a un zagal de buenos brazos, que cogía los perolos como quien agarra una taza, y un par de mujeres expertas con el cuchillo y el almirez. Antes de nada, se entretuvo en ofrecer unas explicaciones que hicieron las delicias de los asistentes.

Reían al escucharle las excelencias de cada componente, y reían aún más al verlo gesticular como un listo bufón de los fogones. Terminó por lo más importante a su entender, la intensidad del fuego y la elegancia y resistencia de la muñeca a la hora de remover las mezclas. Predicó con el ejemplo, causando admiración por la soltura con que se manejaba con el cucharón de madera. Tras la clase magistral, colocó a los asistentes en el sitio preciso, apartó a los curiosos con un dicho en italiano y comenzó a dar las instrucciones que eran cumplidas con tanta diligencia que sólo me restaba mirar y asentir. La fortuna quiso que apareciese doña Soledad, justificando mi presencia.

Aquella mujer mostraba un entusiasmo y una capacidad para el movimiento de las distintas partes de su anatomía que maravillaban o abrumaban, según el momento. Ágil de mente, podía mantener una conversación sobre cualquier materia, por abstrusa que pareciese. Y, mejor aún, poseía criterio, convicciones, dejando entrever unos ideales más cercanos a los míos que a los de los ricachones con los que convivía a diario. Tras ese consumo de energía, no obstante, se escondía una desazón que sólo había percibido en personas abatidas, melancólicas o con una gran desgracia a sus espaldas. Hablamos del chocolate, saltamos a las Américas y criticamos una política colonial que no traería más que disgustos.

—Pan para hoy y hambre para mañana —dijo, a lo que yo reaccioné por instinto, sin pensar.

—El mañana es hoy mismo. Poco falta para que esas tierras se levanten contra la opresión.

Me arrepentí, al instante. Aquella espontánea manifestación de mis creencias escapaba al plan previsto. Hacía ya años que no salían expresiones semejantes de mi boca. Me limitaba a escribirlas, en mis papeles o en mis cartas a amigos y afines. Doña Soledad, lejos de escandalizarse, se mostró comprensiva en su gesto y me preguntó qué partes de América había visitado. Relaté brevemente mis andanzas, desde las Californias hasta el virreinato del Perú, evitando exponer las causas de tan largo viaje existencial y el porqué de mi arribada a Sevilla. Le agradó saber que instruía a los alumnos de matemáticas en la universidad, rogándome que dedicara una parte de mi valioso tiempo a explicarle algunos fenómenos físicos que eran de su interés y que tenían que ver con Isaac Newton y sus teorías.

Mi valioso tiempo, como si hubiera algo más importante para mí. Mientras Amodeo preparaba el chocolate de las diosas, yo mismo, sin más ayuda que mi labia, había conseguido granjearme la confianza de la mujer que, fuese quien fuese, se movía por los salones de aquel palacio como una gobernanta o, incluso, una dueña. De repente, lo

imposible se había convertido no sólo en fácil, sino en divertido. Disfrutaba de la charla de aquella señora como nunca lo había hecho con ninguna, pues si bien mis gustos me arrimaban a mujeres sin formar, inocentes o picaronas, el deleite del verbo se limitaba al juego de insinuaciones y al chiste sin esfuerzo. Ninguna alcanzaba la madurez ni el conocimiento precisos para mantener un diálogo de cierta talla sobre cuestiones espirituales o terrenas.

Al partir, dejamos atrás una cantidad pantagruélica de chocolate y el aplauso de quienes, con la modestia del caso, lo habían probado. Dejamos, también, una cita sin concretar para tratar de Newton y de los fenómenos astronómicos. Y un saludo, fugaz, a esa Francisca de cara sonrosada que me había amargado el sueño de la noche anterior. Ahora sólo faltaba ser pacientes. Amodeo calculó que habría materia para no menos de una semana, sumando desayunos, meriendas y algún que otro capricho a deshora. En su cabeza no cabía, de ninguna manera, que los inquilinos de Liria rechazasen una nueva remesa de aquel manjar. Tampoco en la mía entraba la posibilidad de que doña Soledad hubiese expresado un falso interés por la ciencia, limitándose a la hipócrita cordialidad de los pudientes. Satisfecho, expresé lo primero que se me vino a la mente.

—Es curioso, justo cuando estoy en el pasaje en que Torres cobra un desconocido afán por aprender de Newton, viene doña Soledad y me pide que un día de éstos le hable del inglés y sus ideas.

—Háblale también de Lulio, que seguro que le hace más gracia —respondió Amodeo, dando una muestra inequívoca del dominio del texto que me obligaba a leer.

—Bien —asentí sin mayor intención—. Y hablando de hacer, ¿qué hacemos ahora para matar el tiempo? Podríamos visitar los alrededores del Palacio Real. He oído que son hermosos.

—En vez de matar el tiempo, podríamos mimarlo, que es escaso. Se sentirá contento si volvemos sobre la vida de Torres o, mejor aún, si nos centramos de una vez por todas en el propósito que persigo.

Y aquélla fue la primera ocasión en que Amodeo refería un propósito. Se había presentado en la puerta de mi modesta celda, en Salamanca, ofreciendo un trato del que nunca habló. La posibilidad, dijo, de una vida perpetua. No le hice gran caso y, quizá por ello, no me molesté en preguntarle qué demandaba de mí en tan original trueque. Algo importante debía ser, puesto que me acompañaba hasta Madrid y se tomaba tantas molestias para ayudarme en mi descabellada empresa de dar con el paradero de mi bastardo. Algo que, hasta el momento, no había manifestado. Y que no manifestaría aquella noche, porque, con las mismas, se dio media vuelta y se fue a

dormir.



XXI

LA LEY DE LA GRAVEDAD

La dedicación de Torres a Raimundo Lulio comienza por un sueño y un gesto supremo de fe en las enseñanzas que los sueños proporcionan. Ya sólo necesitaba una prueba palpable de que estaba en el buen camino para que su entusiasmo no decayese. Regresar a Salamanca y meterse de lleno en la indagación fue todo uno.

Pronto descubrió que ya habían sido impartidas lecciones sobre el insigne mallorquín en tiempos inmemoriales, impulsadas por la orden franciscana. Un prestigioso seguidor de Lulio, Bernardo Lavinheta, fue el vehemente defensor de sus doctrinas. Y hablamos de un personaje que muere en 1530, cuando el prestigio universitario de Salamanca era mayor que el actual en toda Europa. La cátedra sobre el sabio persistió hasta el siglo XVI, en que es abandonada por las tendencias que restan valor a su doctrina y su persona. Las causas, apunta Torres, hay que encontrarlas en la decadencia universitaria de los franciscanos, el auge del tema en Alcalá de Henares y la retirada de las ideas teológicas de Lulio a cambio del fomento de las relacionadas con la lógica, las matemáticas y la astrología. El debate más importante del momento, con Lulio en medio, se centró en la mnemotecnia, una controversia que duró más de un siglo. Entre los maestros salmantinos que participaron destaca Juan de Aguilera, catedrático de Astronomía y autor del *Ars Memorativa,* respetado por Torres porque no se casaba con nadie en una época en que mirar al Sol podía tenerse por herejía.

Será en la biblioteca del convento de San Esteban, con la que está familiarizado desde su reclusión forzosa de años antes, donde encuentre la prueba deseada. Un texto de Lulio, escrito en 1304, queda asociado a sus estudios sobre Newton y las leyes del movimiento de los planetas y de caída de los cuerpos.

—Es la piedra movible con movimiento violento o natural: violento cuando se arroja con impulso al aire y natural cuando desciende, pues entonces se mueve conforme a la gravedad, cuyo movimiento es sensible por la vista, imaginable por la imaginación e inteligible por el entendimiento —Torres despegó los labios para exhalar un suspiro de

alivio y repetir, en voz queda, la lectura—. Es la piedra movible…

Aquel párrafo maravilloso figuraba en la distinción segunda, denominada «De la piedra», en el *Libro del ascenso y descenso de la inteligencia*. Lulio lo había publicado trescientos ochenta años antes de que Newton revolucionara la ciencia con su manzana y sus escritos. Newton y Lulio unidos por el yugo de oro de la ciencia, dando explicación a las informaciones recibidas y al propio sueño visionario. Torres ocultó con celo sus estudios y hallazgos. Nada tenía que ver, en la Salamanca de entonces, el desarrollo del conocimiento de los enseñantes con las materias que se impartían. No fue el único que leía a Newton y explicaba a Ptolomeo y Aristóteles. Raimundo Lulio había quedado desfasado para las escuelas tomistas y jesuíticas; Newton estaba fuera del reloj de arena que regía el régimen escolástico de Salamanca. La originalidad en el razonamiento y las ideas propias de los ilustrados eran motivo de rechazo y condena al ostracismo.

En ese caldo de cultivo, Torres se empeñará en la lectura de libros de Lulio y sobre Lulio, atento a cualquier noticia que lo relacione con los progresos que proceden de los grandes focos académicos de Europa. Mantiene tímidos contactos, a través de Amodeo, con la Universidad de Mallorca y llega a enterarse del viaje de nueve de sus alumnos a Maguncia para ampliar sus estudios en el Instituto Luliano que amalgama el prestigioso sacerdote Ivo Salzinger. La visita se produce en otoño de 1727, pero Torres recibirá la nueva avanzado el año siguiente. Antes, vendrá la publicación de una obra decisiva en su trayectoria literaria; la primera entrega de las *Visiones y visitas de Torres con D. Francisco de Quevedo por la Corte,* con una dedicatoria fechada a primeros de octubre. Vuelven los sueños y aparece, con toda la fuerza de la razón, ese remedo de Quevedo que lo acompañará por siempre.

Cuando leí en el prólogo, dirigiéndose al lector, «Ten paciencia o ahórcate, que yo no he de perder el sueño porque tú me murmures los letargos» me puse en pie. Aquella frase era calcada a la que salió de boca de Amodeo, como un exabrupto, cuando el salmantino acudió a despertarlo porque la duermevela le había regalado el nombre de Lulio. Sólo tuve que cambiar de folio en sus memorias secretas para hallar la explicación. Torres reconoce que la obra ha sido escrita, en su mayoría, por el amigo italiano, tan experto en las artes de la pluma como en las del florete.

Antes de oír hablar de Maguncia, sabrá también de la creación oficial en España de la primera logia de las llamadas especulativas. Ocurrirá el 15 de febrero del nuevo año de 1728, en un acto dirigido por el duque de Wharton en la misma mesa del hotel de Lis donde se

celebraba la tertulia que tantos frutos proporcionó al catedrático. La masonería llegaba a España de la mano de los buenos conversadores que le habían ofrecido viajar a Londres. En el acta fundacional figuraban Hatton, Richards, Dinsdale y Galloway; nombres que Amodeo manejaba con la soltura de quien conoce la lengua de las islas. Su compromiso, transmitido por carta a Inglaterra, se hallaba en la defensa de la unidad de sus miembros y en la práctica de la caridad con los pobres. Para ello se citarían el primer domingo de cada mes. Hubo un detalle que no pasó desapercibido a Torres. Bastaban cinco masones para formar una logia justa, perfecta y regular. Bastarían cinco catedráticos salmantinos, añade, para crear una nueva Babel.

El encuentro entre Philip Wharton y Torres resulta a todas luces más propio de novela que de diario secreto. Al parecer, el duque se sabía vigilado por espías británicos informados de sus jacobinas intenciones para una Inglaterra sometida a las prebendas nobiliarias. Una noche estrellada, sería de marzo o abril, se dirigió hacia la ancha de San Bernardo dando un rodeo desde la Puerta del Sol. Subió por la Red de San Luis hasta el monumento que la corona. En la confluencia con la calle de Caballero de Gracia, vino a tropezar con un embozado que se llevó la mano a la empuñadura. Convencido de que estaba siendo atacado, embistió para defenderse. Ambos rodaron por el suelo, pero Wharton no logró levantarse. El supuesto rival, al percatarse de la debilidad del caído, gritó pidiendo ayuda. Amodeo y Torres, que pasaban por la calle en un coche tan decrépito como el de antaño, ordenaron al cochero que parase. Wharton, convaleciente de una enfermedad adquirida en España, tan extrema que llegaron a administrarle los santos óleos, apenas alcanzó a rogar que lo trasladaran al hotel de Lis. No hicieron falta muchas cábalas para relacionar al inglés con los asiduos del número diecisiete de la calle ancha.

Nunca más volvieron a verlo. En mayo abandonaría Madrid, rumbo a París. A resultas del suceso, Torres estrenaría amistad con el caballero de la Orden de Santiago que había socorrido a Wharton tras enzarzarse con éste. Quiso la Providencia que fuese Newton el causante. Al salir del establecimiento, una vez aposentado el duque, Amodeo y él vinieron a saludarse como si ya se conocieran. Queriendo meter baza, Torres debió soltar una de sus frases jocosas, señalando que el mal del pobre inglés y la gravedad de su estado habían favorecido tan amistoso encuentro.

—No hablaría yo de la gravedad de su mal como causa del conocimiento —replicó el caballero mientras trataba de limpiarse la capa manchada de barro—, sino del mal que nos depara la ley de la

gravedad a quienes la desafiamos sin miramiento.

Aquel juego de palabras agradó sobremanera a Torres, rindiéndose a la inteligencia de don Juan Antonio de Salazar Ladrón de Guevara y Gascón, que así se llamaba aquel dechado de virtudes. Pertenecía por parte paterna a los Salazar, una familia de los doce linajes de Soria, con residencia en Medinaceli. Era nieto de Francisco de Salazar y Águila, caballero de Santiago, y su tío, Pedro de Salazar y Águila, también de la Orden de Santiago, había prosperado en Nueva España. Por parte materna, figuraba como sobrino de Diego Ladrón de Guevara y Orozco, virrey y capitán general del Perú y obispo de Quito. Juan de Salazar es descrito por Torres sin ahorrar afectos. Lo tenía por amigo discretísimo, sabio y alegre. Aficionado a la lectura variada, mostraba sin ostentación su inteligencia en los chistes de la matemática, los entretenimientos de la historia, las delicadezas de la filosofía y las severidades de la jurisprudencia. Hacía versos muy de tarde en tarde, pero no desmerecían. Montaba a caballo con garbo y seguridad, cazaba con pericia. En resumen, era un buen profesor en las artes de caballero, político, rústico y cortesano. Torres se aficionó a su compañía, en Madrid y también en Medinaceli, donde disponía de una biblioteca que guardaba verdaderas joyas. Como llegaría a aficionarse a la compañía de doña Joaquina, su mujer, que era de buena labia y mejor humor. Para conservar su complacencia, escribió piezas cómicas que se representaban y declamaban en la intimidad de la casa, y que hoy podemos gozar en los tomos de la obra de Torres. La segunda de las tres entregas de las visiones por la Corte con Quevedo será dedicada a don Juan de Salazar, como muestra de afecto y loa. Exagerado siempre, habla del «ardentísimo amor que le tengo», y concluye el texto, escrito el día primero de agosto de aquel año, con un párrafo digno del mejor Amodeo.

«Líbrenos Dios, señor don Juan, del mundo, demonio y carne, que son enemigos pegados a nuestra naturaleza, que de los necios nos sabremos reír con un sí es no de conformidad y un tanto cuanto de conocimiento. A mí más me sirven de burla que de ejercicio, más de gusto que de pesadumbre, y más de conveniencia que de incomodidad. Dios me los mantenga, pues el día que me falten me contaré entre los muertos o con los infelices; y a vuesa merced le dé vida para honrarme, corregirme y favorecerme, y le comunique mucho de sus bienes y dones».

A vueltas con los enemigos, que siempre vio sombras, en Madrid y en Salamanca. Medinaceli, en cambio, era un remanso de paz. Allí la armonía y las ganas de reflexionar se apoderaban de su mente. Sólo echaba en falta a su fiel Amodeo, que nunca fue proclive al relajo

campestre, ni a ningún otro relajo, todo sea dicho. Sin embargo, la amistad del noble y la proximidad de sus libros provocaría en Torres Villarroel la ganancia de un peldaño en su ya famosa escalera de Jacob. Si fue Isaac Newton quien lo acercó a la familia Salazar, sería don Juan, en compensación, el que lo arrimase a don Gottfried Leibniz, ese germano del que hablaban los ingleses del hotel de Lis con tanto respeto. La guerra entre Newton y Leibniz le sonaba a Torres al ruido que se trajo entre manos con el médico Martín Martínez, menos peligroso para el inglés que para el salmantino. Tomó partido, por mera simpatía, por Newton. Y hasta ahí llegaban sus pensamientos. Todo cambió un día de verano, mientras cazaba con don Juan. Se le ocurrió, con la confianza que le tenía, desvelarle su interés por Raimundo Lulio.

—Un interés que mantengo en secreto, porque los jabalíes de la universidad me embestirían con sus afilados y retorcidos colmillos si supiesen que el catedrático de Matemáticas se interesa por lo que consideran oscuras reliquias del pasado.

—Pues ha de saber, mi amigo, que si así actúan sólo muestran ignorancia. Hace apenas unos años —en realidad, seis décadas—, un sabio alemán escribió sobre Lulio. Y no le hablo de un sabio cualquiera. Le hablo de alguien a la altura de Descartes. De alguien que fue alquimista con salario en Núremberg, que trabajó a las órdenes del elector de Maguncia, que creó una máquina de calcular infalible… Que pasa por ser el matemático que dio sopas con honda a ese Newton del que todo el mundo habla.

—¡No me diga que alabamos a Leibniz! —Torres acompañó la exclamación con un aspaviento. En su cabeza resonaba el eco de una Maguncia de la que ya tenía noticia.

—Cómo no —afirmó don Juan—. No tendría veinte años cuando publicó su *Dissertatio de Arte Combinatoria*.

—¿Y qué tiene que ver eso con Lulio? —preguntó Torres, escamado, puesto que de tal afinidad por la combinación ya hablaban sus amigos ingleses del hotel de Lis.

—Vaya a la biblioteca, afánese en el rincón de las ciencias, busque el rotulillo del Sacro Imperio Romano Germánico y allí encontrará la respuesta.

XXII

Las artes combinatorias

Dicen que todos los caminos conducen a Roma. Amodeo habló siempre maravillas de Roma. La meca del pecado, según él, en un juego de palabras de mal gusto para los cristianos del golpe de pecho. Torres jamás manifestó interés por visitar la ciudad papal. Para Torres, en el verano de 1728, lo único romano que le interesaba era el Sacro Imperio. Su mirada estaba puesta en la ciudad de Maguncia.

El círculo que Torres deseaba cuadrar tenía que ver con su soñado Raimundo Lulio y con el hombre de ciencia que había despreciado meses antes, decantándose por Newton. Buscó y rebuscó en la biblioteca de don Juan de Salazar hasta dar con la obrita del tal Leibniz. Mi admirado Leibniz, todo sea dicho de paso.

Presa de los nervios, comenzó una de esas lecturas en las que no te enteras de casi nada, saltándote las frases para hallar un nombre. Y a fe que lo halló. En el punto cuarenta del texto aparecían dos figuras esenciales en la reflexión de Torres: Bernardo Lavinheta y Lulio. Lullius, como lo llama Leibniz en latín. Pero lo mejor de todo es que, en ese mismo renglón, se cita su *Arte Magna*. Había encontrado la relación que tanto ansiaba. Su emoción era tan grande que casi deja caer el valioso libro. Sin un porqué de la razón, al punto quedó convencido de que era cierto que enfilaba la famosa escalera y que el último de sus peldaños no le había sido vedado. Pasó la noche en la biblioteca, leyendo aquellas páginas que, para mayor gloria de su intuición onírica, también abarcaban la demostración irrefutable de la existencia de Dios. A la mañana siguiente, conversó durante largo rato con don Juan. Éste sabía de la vida de Leibniz y de sus contactos con los denominados rosacruces, caballeros de la Orden secreta de la Rosa Cruz, buscadores incansables de la piedra filosofal. De los signos cabalísticos, de la verdad que esconde la geometría más pura. Las palabras de don Juan sonaron en los oídos de Torres con el mismo eco que las de los ingleses reunidos en el hotel de Lis.

Tras el desayuno, abandonó la casa de sus anfitriones para regresar a Madrid, cambiando la caza de la liebre por la de un Amodeo mucho más escurridizo. Siendo como era un hombre vehemente, dado a la

defensa de la verdad, nada sorprendió este comportamiento al caballero de la Orden de Santiago. Lo abrazó con ganas, le deseó la mejor de las suertes y le regaló el hermoso volumen de Leibniz, muestra de su aprecio.

Visto desde la distancia metafórica que proporciona el espacio que hay entre Medinaceli y Cádiz, el tiempo que separa nuestras décadas y la experiencia acumulada por mí en estos últimos años, resulta fácil de entender la alteración de ánimo del maestro Torres. Basta ponerse en su lugar. Descubre que los dos cerebros de mayor prestigio de la ciencia física y matemática de la época que hace de puente entre los siglos XVII y XVIII, en Inglaterra y Europa, han leído a Raimundo Lulio, han indagado en su *Ars Magna* y no abominan de determinadas prácticas que el vulgo relaciona con la alquimia. Ambos han tenido que ver con esas logias que llaman especulativas y que proceden, en esencia, de los manejos con el conocimiento que se traían los canteros que edificaron catedrales y que, transportados a la historia, enraízan con los enigmas que los caballeros templarios trajeron de Tierra Santa para depositar en los benditos caminos del Señor. Ésa era la verdad de las verdades, tergiversada por la ambición de los hombres para llegar al ridículo afán de convertir la materia innoble en oro.

No fue fácil dar con el paradero de Amodeo en aquel caluroso Madrid. Cortejaba tantas hembras que se hacía imposible adivinar en qué lupanar se encontraría. Torres los recorrió, uno tras otro, efectuando las preceptivas paradas cuando la hermosura y el desparpajo lo obligaron a cumplir como el hombre que también era. Finalmente, a punto de consumir la bolsa que portaba desde que saliera de Salamanca con rumbo a Medinaceli, se decidió por un cambio de planes. En lugar de acudir en su busca, se sentaría a esperarlo. Apostó por la posada del Peine, como siempre, y recibió la noticia de que no había pasado por allí. Aun así se instalaría en la ya famosa habitación del doble fondo. Un poco de aseo, un refrigerio y se sentó a meter en su memoria el tomo de Leibniz que había recibido del amable don Juan de Salazar. Llegado el ocaso, la caída de la luz fue acompañada de la de su vigor y sus párpados, que se cerraron sin visos de resolver la hora de apertura. El cansancio de la masculinidad, apunta Torres en su manuscrito.

Fue suficiente comenzar el sueño para que Amodeo abandonara su escondite y acudiera puntual a la cita con Torres, Leibniz y Lulio, cubriendo una mesa de comedor para muchos comensales con papeles cuajados de garabatos que reproducían los círculos de Lulio y las combinaciones de Leibniz. Y allí permanecieron los cuatro, cada uno con la indumentaria de su época y su comarca, hablando todos en un

latín que sólo se entendía cuando el dueño de la ensoñación ponía orden en aquel guirigay de sabios. Tan intensa fue la discusión que, al despertar, Torres se comportó como si todavía estuviese en ella, dirigiéndose a Amodeo con la fuerza de un argumento.

—Escucha a don Raimundo, hombre, que la única manera de que el Adán expulsado del Edén aspire a recuperar la proximidad de Dios y se limpie del pecado original está en el bautizo y en la palabra. En la adecuada combinación de unas palabras que contengan la virtud de la dignidad —Amodeo rio con fuerza al comprobar que la inquietud de brazos y el movimiento de labios que había observado en el dormido se prolongaban al abrir los ojos.

—Pues empecemos por el bautizo —y le echó encima el agua del vaso que había sobre la mesa.

El enfado acompañó el despertar de Torres, pero no se debía a la mojadura, sino a la pérdida de un estado que se le antojaba pleno de lucidez, cercano al descubrimiento. Maldijo en arameo antes de encararse con el italiano.

—De modo que al señor no se le debe despertar de ninguna de las maneras y, en cambio, este enjuto salmantino no se merece el mismo trato. Pues sepa vuesa merced que a punto estaba de descubrir nuestra particular panacea para el mal de la ignorancia —sólo evitaba el tuteo cuando, víctima de la ira, se estiraba como un palo santo.

Aquel diálogo, de inicio tan descorazonador, se dilataría hasta ocupar tres días con sus respectivas noches. Sin apenas comida ni descanso, sacando de sus mentes tanto como las múltiples lecturas, los avatares de la existencia y el conocimiento de las prácticas de la alquimia dieron de sí. Con frecuencia, y en esta ocasión también sucedería, Torres tenía la impresión de que el enigmático italiano que jamás se molestó en contar su vida dominaba aspectos fundamentales que ocultaba con celo y que sólo exponía cuando el catedrático acertaba con la afirmación o la pregunta que abrían esa puerta. Nada que pudiera sorprender a un enseñante, pero que irritaba a éste porque lo situaba al nivel del simple alumno, ignorante por naturaleza.

—Y ahora me dirás que esta idea mía de que hay que atinar con las frases adecuadas para abrir los oídos de Dios ya se te había ocurrido —Torres se exaltaba, sin fruto.

—¿No pretenderás hacerme creer que un conjuro es la clave para alcanzar el conocimiento divino? ¿O, quizá, un conjuro y unos polvos de azufre que se te peguen a la garganta? —Amodeo acudía al sarcasmo para calmar a Torres. No siempre lograba su propósito.

—Si imaginamos esta empresa como un viaje, se ha de pensar en lo

que hace falta para que ese viaje quede satisfecho sin margen de error —Torres podía desplegar una gran capacidad de razonamiento, a su estilo, por comparación con lo asimilado—. Hace falta un objetivo al que dirigirse, un barco que nos traslade, una carta de navegación para no errar el rumbo y los víveres para la travesía.

—Ya eres Cristóbal Colón.

—Únicamente hay dos formas que adquirir el conocimiento celestial. Que Dios nos ilumine a modo de dádiva, por designio. O que Dios perciba nuestro esfuerzo y nos recompense con sus dones. Pues lo que digo es que necesitamos elevar nuestra lengua para que Dios entienda nuestras aspiraciones. Los víveres para el viaje, en nuestro caso, sólo pueden ser las palabras que definan nuestra aspiración cristiana, con la única pretensión del bien. Lejos del conocimiento endiablado que sólo anhela riquezas materiales —Torres se manejaba con intuición.

—Pero si Dios lo sabe todo por ser omnisciente, ¿a qué viene pretender que nos entienda? Ha de entendernos por la propia definición de Dios —Amodeo solía ser implacable.

—Entendernos, sí, pero ¿qué hay de aceptarnos? Esas palabras han de ser nuestro salvoconducto en la escalera de Jacob. Con ellas mostramos que hemos alcanzado el conocimiento y la concordia que nos hagan merecedores de trepar hasta el último peldaño y adentrarnos en el dominio de la verdad —Amodeo sonrió al escucharlo.

—Sea —que venía a ser un signo de aprobación—. Cuéntame ahora el resto de pertrechos para ese viaje hacia la luz.

—Ojalá lo supiera, vive Dios. Yo concibo que todo queda encerrado en el número tres, siendo Dios uno y trino. Del mismo modo que puedo concebir que la creación se sustenta en los cuatro elementos tradicionales, pues el aire, la tierra, el fuego y el agua se hallan en cuanto conocemos del cielo, de nuestro globo y de ese infierno que tratamos de olvidar. Como entiendo la vida como un círculo que comienza y termina en el mismo punto, y del que sólo escapa el alma inmortal.

Y así principia el discurso que cierra aquellas tres interminables jornadas en pos del último de los propósitos de mi maestro. Había logrado la fama que le llenaba la tripa del gas de la vanidad. Había multiplicado su fortuna para cumplir el juramento que se hiciera en su fuga juvenil a tierras portuguesas, alimentando holgadamente su boca y las de los suyos. Ya sólo restaba obtener la única dicha a la que debe optar el hombre: el conocimiento que permita ayudar a sus semejantes. Si Lulio había buscado el camino de la luz con el afán de

adoctrinar y salvar las almas de los infieles, Torres lo hacía para curar a la humanidad de los males del cuerpo y el espíritu, sin distinción de raza o credo.

En la lucidez del momento, vino a expresar que las tres patas de la mesa sobre la que se depositaría el banquete del saber debían estar formadas por una tesis que sustentara las acciones, una suerte de artificio que las aplicara y las palabras precisas que sirviesen de llave, surgidas de las artes combinatorias que postulaban Lulio y Leibniz.

—Una proposición argumentada que determine el qué. Una máquina que proporcione el cómo, el dónde y el cuándo. Un mensaje que apunte al porqué. Falta un concepto más —resumió Amodeo.

—No se me alcanza —respondió Torres.

—El más notable para ti: quién.

XXIII

EN EL PALACIO ACIAGO

Si Torres se planteaba preguntas sesudas de calado espiritual, yo las reducía todas a una, tan simple como yo: cómo hacer que Newton me proporcionase la confianza de doña Soledad. Hacía apenas un mes nada me hubiese parecido más descabellado que asociar a Newton con Lulio. El discurso de la piedra movible y la gravedad resonó en las paredes de mi cráneo, ofreciéndome la posibilidad de mejorar sensiblemente la charla que preparaba para ganarme a la señora.

Finalmente no fueron siete sino tres los días que tardaron en dar aviso desde el palacio de Liria, coincidiendo con el 28 de aquel mes de marzo, Domingo de Ramos. Amodeo repitió sus pasos a la mañana siguiente y volvimos a aparecer en las cocinas en plena Semana Santa. Esta vez la curiosidad acercó a toda la servidumbre de la casa, y no hubo doncella ni criado que no se asomasen a contemplar el milagro de la fabricación del chocolate y a cuchichear sobre la apariencia de aquellos dos personajes que conocían el mapa del mundo como la palma de su mano. Pocos se resistieron a preguntar por el ingrediente secreto, ese que potenciaba el humor de las mujeres y estaba vedado a los hombres.

—¿Y qué pasará si lo tomo? —se atrevió a decir, con no poco descaro, un muchacho alto y recio, que no cabía en la camisa que le había tocado en suerte.

—Depende de la cantidad —respondió Amodeo sin dejar su ocupación—. Si es mucha, sentirá debilidades de mujer. Si es poca, se le atiplará la voz.

—¿A mí? ¡No puede ser! —exclamó el que debía considerarse varón de muchas hembras, entre las risas de las allí presentes.

—Pruebe y salgamos de dudas. El chocolate hará las delicias de unos y otras en menos de un padrenuestro —advirtió Amodeo.

No hubo opción para el reto. Entró doña Soledad y la servidumbre se dispersó al instante. Se disculpó por la tardanza en recibirnos, atareada atendiendo a la duquesa en su aseo matinal. Al parecer, doña María Teresa había reaccionado con sorprendente prontitud al tratamiento y, al rato de ingerir la primera taza, comenzó a hablar con

entereza, aceptando levantarse de la cama. El consumo de chocolate se disparó en el palacio a partir de ese momento, causando la petición de una nueva remesa y la segunda disculpa de doña Soledad.

—Todas —dijo— nos sentimos más alegres y animosas cuando tomamos esa delicia.

Nuestra charla sobre Newton, sin embargo, no se produjo. Ni siquiera tuve la oportunidad de sugerirla. Ella se centró en el motivo principal de nuestra presencia, solicitando de nosotros que pusiéramos precio a una tarea que, por el beneficio causado, no lo tenía. Y, con una timidez que no esperábamos, balbuceó a la hora de pedirnos la receta para hacer el chocolate sin abusar de nuestra generosidad. Amodeo escuchó con paciencia, pero no contestó hasta que hubo completado el proceso. Se lavó las manos, bajó las mangas de la camisa y rescató la voz extranjera que empleó en nuestra primera visita.

—Lo único que desconocen sus hábiles cocineras de este chocolate es el ingrediente que no mencioné, este que guardo aquí —señaló a una pequeña arca, de madera exótica, con candado.

—El que impide que los varones lo tomen —apuntó ella.

—Exacto. Y de poco serviría que yo hablase del nombre que recibe, porque no han oído de él y no lo conseguirán ni en Madrid ni en toda España.

—Pero, visto su efecto, la marquesa estaría dispuesta a pagar la suma que ustedes indiquen, por elevada que sea, por ese polvo medicinal. Y podría repetir la compra tantas veces como sea preciso, por su bien y el de esta casa. Nuestra gratitud sería perpetua, abriendo el palacio y todas sus posesiones e influencias a tan apreciados amigos.

—No nos mueve la codicia —me apresuré a contestar, siendo interrumpido por Amodeo.

—Pero, en alguna otra circunstancia, surgirá una materia que sea valiosa para nosotros y carezca de relevancia para los de Liria —expresó con astucia—. Hasta entonces, nos tendrá a su disposición, doña Soledad, tantas veces como demande su señora madre.

—No, don Niccolò, no soy hija de la duquesa. Esta familia es un gran roble de hondas raíces y muchas ramas, cargadas de títulos y parentescos, pero yo no pertenezco a su noble tronco.

—Ese tronco se pierde la belleza de tan amable flor para engalanar una de sus discretas ramas, entonces —pronunció Amodeo con su voz más italiana y lisonjera.

—Para mi sonrojo —concluyó doña Soledad.

Al despedirnos, besé su mano. Acercó sus labios a mi oreja,

susurrándome que no olvidaba nuestra cita para hablar de Newton y de las ciencias de nuestro tiempo. Bendito tiempo, repuse yo, satisfecho gracias a Amodeo. Su treta, tan sutil como eficaz, había dado fruto, cambiando mis planes. Si la apuesta dama no era familia directa de los de Liria, teniendo tanto ascendiente entre los nobles de arriba como entre los plebeyos de abajo, bien podía ser la ayuda perfecta a la hora de averiguar qué había sido de mi vástago. De repente, mis opciones habían crecido como los decimales del número pi.

Marzo terminaba con buena temperatura, sol y ganas de imprimir alegría a mi tranco cansino. Monté sobre Voltaire, gruñó como siempre, salimos por la Puerta de Toledo y emprendimos una carrera que sólo se vio interrumpida por la caída de la tarde. Habíamos seguido el curso del río Manzanares, para no extraviarnos. Paramos, bebimos y mantuvimos una de nuestras conversaciones. Le pregunté qué opinaba de toda aquella aventura del palacio de Liria, de la indagación que había acometido, de la posibilidad de dar sentido a mi vida cuando me creía desahuciado. Al principio pareció renuente, pero terminó admitiendo esa chispa de valentía que me impulsaba. Trotamos de regreso, disfrutando de la última luz y del viento del oeste, ajenos a los acontecimientos que ocurrían en Europa, en las Américas y en Madrid. Pronto vendría Amodeo a ponerme los pies en el suelo.

La Semana Santa había quedado encabalgada entre marzo y abril, lo que algunos interpretaron como el preludio de acontecimientos adversos. El Miércoles Santo, Amodeo sugirió que paseásemos por los alrededores de Palacio, que habría procesión y los reyes se asomarían. Me pilló leyendo la sacrosanta vida de Torres, por lo que omití cualquier comentario que diese al traste con la salida. Avanzamos por la ancha avenida Mayor, siguiendo el curso del río de cabezas que poco a poco iba ganando caudal desde las áreas aledañas. Pasamos por las platerías y, a la altura de la calle de la Almudena, pudimos comprobar que no sería fácil moverse en dirección al Palacio Real. La plazuela de los Consejos servía para evacuar a los que desistían, escapando por la angosta del Sacramento. El barrio de Santa María hervía a esas horas, y no sé qué resultaba más molesto, si los empujones de la concurrencia o sus gritos. Sugerí tirar recto hacia la Puerta de la Vega y alejarnos. Amodeo, para mi sorpresa, insistió en abrirse camino hacia la izquierda. El gentío era ya imposible de dimensionar y, cuanto más nos acercábamos, mayor era la visible mezcolanza de personajes de alcurnia, que venían a rendir pleitesía aunque fuese en la distancia, y personas de la calle, que se arrimaban

a cuanto oliese a novedad. Esquivamos las caballerizas, el arco de Palacio y su plaza, metiéndonos por las calles del Viento y de Noblejas hasta salir a San Gil, salvando un embudo humano para caer en otro. Atrapados por la masa, tuvimos que esperar pacientemente a que la procesión siguiese su curso. Tiempo hubo, sin embargo, para que Amodeo me señalase a un caballero que asomó por la puerta del Palacio, dirigiéndose hacia el Cuerpo de Guardia.

—Es Floridablanca. No olvides esa cara —dijo, sin aclarar los motivos que recomendaban tal ejercicio de retentiva. Era un tipo fino de mandíbula y maneras, con aires de francés, que mandaba más que nadie en la España de 1790.

—¿El del pánico a la revolución de Francia? —pregunté con sorna.

—¿Y tú cómo sabes de eso? —respondió Amodeo a la gallega, fingiendo escándalo.

Minutos más tarde, retornando por la plaza de la Biblioteca y antes de coger la subida a Santo Domingo, tuvimos un altercado con un sujeto de vestimenta cara y pobres modales. Se empeñó en pisar donde una niña recogía unas baratijas que andaba vendiendo y que, víctima de la aglomeración, se le habían desparramado. Tan evidente era que aquel orondo vientre y aquellas piernas calzadas con esmero acabarían haciendo un desaguisado que le rogué que se apiadase de la criatura y caminase un par de zancadas más allá. Repuso con escaso miramiento que llevaba prisa, pues acudía al llamado de la familia real, y que de ninguna manera estaba dispuesto a arriesgar una mancha de barro por complacer a unos muertos de hambre. Insistí, con cordialidad, recordándole que la niña continuaría siendo una muerta de hambre si perdía su única posibilidad de sustento. No me incumbe, comentó entonces, apartándome de su camino con el antebrazo. La respuesta no se hizo esperar. El descortés caballero, más jamelgo que jinete, acabó con sus posaderas en el suelo, luciendo un retortero de barro y sustancias innombrables que, de seguro, le cerraría la puerta de Palacio. Los allí presentes, curiosos de la discusión, acrecentaron el bochorno con sus dichos y risas, aplaudiéndome como a un héroe. Confieso que nunca me gustó que me tocasen sin la preceptiva presentación, por lo que mi reacción fue más fruto del enojo que de la bondad.

—Has de saber —susurró Amodeo al alejarnos— que se trataba de un conocido acaparador de títulos nobiliarios, que se habrá visto obligado a abandonar el carruaje para acudir a su cita.

—La nobleza no puede proceder de un apellido o una prebenda. Cada cual ha de ganársela con sus hechos. Todos somos iguales a los ojos de Dios y debemos serlo a los ojos de los hombres.

—En ocasiones, me parece estar escuchando a Torres cuando te oigo. Asumo tus palabras como propias y espero que se conviertan en hechos cuando la ocasión, más pronto que tarde, lo requiera —concluyó él, enigmático siempre.

XXIV
La máquina de Lulio

La nobleza de Torres. La soberbia de Torres. Si pecó de exceso en sus palabras, tampoco se quedó corto nunca en sus actos. La convicción implicaba voluntad y firmeza. Y esas virtudes las puso al servicio de la ardua empresa en que se había enfrascado, contra viento, marea y la gravedad que empujaba hacia abajo los granos del reloj de arena.

No será hasta 1731 cuando se produzca un nuevo hecho crucial. Tras dos años de intenso y discreto estudio de las obras de Lulio que llegaron a sus manos, Torres recibe una propuesta de Amodeo que, así lo asegura, mantendrá en absoluto secreto. Se trata de un viaje a la isla de Mallorca, para dialogar con uno de los lulistas que se habían trasladado a la escuela de Maguncia que impulsaba Salzinger.

La Maguncia que relacionaba a Leibniz con Lulio volvía a surgir del olvido para cobrar inusitado interés en el catedrático. Bastó la simple mención del término «máquina» para que Torres dejara de remolonear y aceptase la propuesta de Amodeo. La condición era que la llegada a Palma se produjera antes del 8 de julio, en que el lulista Antonio Raimundo Pascual vestiría la cogulla de la Orden del Císter.

El viaje hasta Valencia fue cansado para los huesos y las posaderas de Torres, pues las siete jornadas le parecieron doce. Le hubiera gustado detenerse en Tarancón, solazarse en una villa de la que le había hablado don Juan de Salazar, pero la prisa por la fecha de entrada del discípulo de Lulio en el Monasterio de Nuestra Señora de la Fuente de Dios de la Real condicionó la marcha. Recurrieron a las paradas clásicas en Fontidueña, Saelices, La Almarcha, Minglanilla, Utiel y Chiva, siguiendo las recomendaciones de la Guía de Caminos. Pero, aun siendo una tortura la gesta, nada comparado con la travesía hasta la isla. Amodeo negoció el traslado en un bergantín resistente pero viejo, como su tripulación, destinado a llevar cuero, tintes y otras mercaderías. En una noche de mar y cielos agitados, con olas que mecían la embarcación como si de una cáscara de nuez se tratara, compartieron singladura con unas parejas de cuadrúpedos que procedían del norte de África. A punto estuvieron de causarle la muerte a Torres, que, en su afán por sujetar una cabra que se había

desprendido de la atadura, no cayó por la borda de milagro. Rezó para que aquel diluvio no alcanzase las proporciones del bíblico y vomitó tanto y tan mal que la sensación de que había dejado escapar el estómago por la boca le duró, ya en tierra, dos días con sus noches, blanco como la pared y sin más alimento que una tisana que supieron prepararle en el colegio de Nuestra Señora de la Sapiencia.

La visita a don Antonio Raimundo Pascual comenzó mal, por culpa de la torpeza de Torres, que, tan destemplado de salud como vanidoso, quiso poner a prueba su dominio de la obra de Lulio. Sus comentarios ofendieron al seguidor de las enseñanzas del beato. Pero, cuando el encuentro parecía arruinado, el salmantino mencionó algo que frenó en seco a un Pascual que se levantaba para retirarse a sus aposentos.

—A don Raimundo le gustaría que alguno de nosotros subiese, como él, hasta el último peldaño de la escalera de Jacob. No permita que mi lengua baldía socave un empeño tan noble y tan necesario para la salvación de los cristianos de hoy.

Pascual retornó a la silla y comenzó un interrogatorio que Torres y Amodeo, Amodeo y Torres, acertaron a contestar con altura de miras. Su propósito era leal al maestro Lulio. Explicaron sus deducciones y se esforzaron por hacer entender el triángulo que sustentaba su teoría. Con todo, Torres mostró a las claras su ignorancia de las gestas del beato. Era más fácil toparse con uno de sus libros que con alguien que supiese de su vida.

—Hemos llegado a percibir el qué y a intuir la manera de acceder a su porqué, pero nuestro afán en el estudio del *Arte Magna* no nos ha alcanzado para atinar con el *modus operandi* —apostilló.

—Recomendaría que no excluyeran ninguno de los aspectos de la experiencia y la obra del maestro. Sospecho que la respuesta al enigma es la mezcolanza, en el mejor mortero, de un tanto de astrología, otro de alquimia, retórica y árbol de la ciencia, añadiendo la dosis adecuada de lógica y la catálisis de su máquina de formación —Pascual mencionaba la palabra mágica. Gracias a ella, Torres obvió esa catálisis de la que jamás había oído.

—Durante todos estos años, he pensado que la máquina de Lulio era una forma de expresar el artificio de los círculos y sus letras clave, una metáfora de esta arte de la combinación —dijo el catedrático de Matemáticas.

Aquí interviene el conocimiento de Pascual, mucho más amplio de lo que él hubiera sospechado. Descollaba en distintas ramas del saber, llegando a causar la admiración del mismo Torres. Cuando marcha a Maguncia, en otoño de 1727, ya era doctor en Filosofía y había

recibido la tonsura y las órdenes menores. A sus diecinueve años, el viaje fue más que un aprendizaje. Marcaría su personalidad y su estilo de vida. Ya en Maguncia, pronto se ganó el afecto del lulista Salzinger. Pasaba numerosas horas en su casa, ayudándole a poner en orden sus papeles, comportándose como el mejor aprendiz. Cuando éste muere, en abril del año siguiente, Pascual decide permanecer en la ciudad germana, prolongando sus estudios. No será hasta el 20 de enero de 1730 cuando se haga efectivo su regreso a la Universidad de Palma. En todo ese tiempo, muchos fueron los textos de Lulio consultados, verdaderos y apócrifos, pues se cuentan por decenas los volúmenes que se le atribuyen falsamente.

Pero el dato que justifica con creces el traslado de Amodeo y Torres hasta las islas no tiene que ver con los vastos conocimientos de Pascual, sino con algo que era *vox populi* en Maguncia. Se aseguraba que los discretos seguidores de la Rosa Cruz habían adoptado símbolos e ideas de don Raimundo Lulio, hasta el punto de emplear en su estandarte el círculo, el cuadrado y el triángulo, unidos. Como se aseguraba que habían buscado afanosamente un manuscrito del beato en el que describe no ya la máquina de pensar, sino la máquina para que el alma pueda acceder a Dios.

—El maestro Salzinger me habló de esa máquina, dando por cierta la existencia de un documento que Lulio habría escrito antes de emprender el Camino de Santiago.

—¿Y de dónde procedía tal seguridad? —preguntó Amodeo.

—De su fe en la ciencia pura. Elogiaba al que consideró el más grande hombre de ciencia de su centuria. Un estudioso de Leipzig, de nombre Gottfried Wilhelm Leibniz.

—El arte combinatoria —interrumpió Torres.

—Entre otros trabajos de gran mérito —Pascual se detuvo para servirse agua de una jarra de barro—. Leibniz le habló a Salzinger de la afanosa busca del manuscrito que los caballeros rosacruces llevaban a cabo. La máquina de la transmutación del alma, la llamó. Y, con un pie en el siglo de las luces, llegó a escribirle que había tenido una copia de aquel texto prodigioso en su mano y que la Orden había preservado siete de ellas en lugares relevantes en la senda de don Raimundo, contando Inglaterra, Francia, España e Italia.

—Leibniz lleva enterrado casi tres lustros —apuntó entonces Amodeo, queriendo señalar que no sería fácil seguir la pista del manuscrito si la información era tan lejana en el tiempo. Pascual entendió el comentario, apresurándose a proporcionar nuevos datos.

—Salzinger contestó esa pregunta, que yo mismo vine a formularle. Encuentra, me dijo, el verdadero sucesor de Leibniz y hallarás la

respuesta.

Torres esperó un nombre que Pascual no pronunciaría, debiendo darse por satisfecho con aquel cúmulo de informaciones valiosas pero dispersas, avaladas por una fe que, en el fondo, recordaba su propia manera de admitir a Lulio. Llegó a él gracias a un sueño y mantuvo sus reservas hasta que supo que Newton y Leibniz se habían interesado por sus obras, empleándolas de un modo u otro. No era hora, por tanto, de dudar. Antes bien, la visita a Mallorca abría definitivamente la puerta a la teoría que abordaba los seis signos de la indagación que habían resumido en la posada del Peine. Tenían el qué y el porqué. Acababan de comprobar que la máquina metafórica que mencionaban para el cómo podía ser real. Si el seis representaba la lucha entre el amor y el deseo, entre el bien divino y el mal diabólico, Torres se decantaba por hincar la rodilla ante Dios empleando las hoces de las preguntas que cualquier demonio quisiera responderse.

Cuando, vislumbrando ya un nuevo salto en el calendario, publica en la imprenta de la Santa Cruz de Salamanca su *Doctor a pie, medicina barata y lunario saludable contra las enfermedades que ocurrirán en las estaciones del año de 1732*, no tiene la menor idea de lo que se le avecina. Comienza enero en Madrid, enfermo. El día 7 remite una comunicación médica a la universidad en la que se reseña que unas calenturas le impiden regresar por el momento. No era cierto. Andaba metido en una meditación sobre el hilo del alma, el cielo y el raciocinio, puesto que no podía negarse la capacidad de ésta para discernir el bien del mal una vez separada del cuerpo.

Dos semanas después, camino de Salamanca, sufre un aciago accidente. En el libro de su *Vida* cuenta que, al pasar el puerto de Guadarrama, en los montes que tenía el conde de Santisteban entre Las Navas y Valdemaqueda, perdió el rumbo. Rogó a un pastor que procedía de una de las casas de los guardas de la finca que le indicase cómo recuperar la calzada real. Las indicaciones resultaron erróneas y acabaron en una senda estrecha y trillada, avanzando a duras penas en medio de la ventisca. De pronto el criado que lo acompañaba gritó con fuerza.

—¡Me ha tragado la tierra! —dijo. Y era verdad.

Torres se revuelve para ayudarlo, hundiéndose su caballo con gran estrépito. El jinete queda dañado en el muslo y el pobre animal se arruina una de las patas con unos clavos de hierro metidos en dos trancas de madera. Era un cepo de los que acostumbraban a poner los pastores para cazar lobos. El criado, que no era nadie más que el propio Amodeo, corrió peor suerte, atrapado debajo de su cabalgadura. Costó lo suyo sacarlo. En una noche tan cerrada,

decidieron acampar allí mismo. Encendieron lumbre con los pedernales de las pistolas, un pellizco de pólvora y los trapos de una camisa, y se dispusieron a soportar la inclemencia. Ya de día, caminando con las maletas a cuestas, dieron con el lobero. Éste liberó los caballos de los cepos. Uno, con los tendones y los nervios cortados, murió. El otro, con una herida más limpia, quedó en Las Navas. Arrendaron unos jacos para trasladarse a Ávila de los Caballeros, donde los agasajó un conocido generoso, el marqués de Villaviciosa. Unas curas y el descanso bastaron para recuperarse del susto.

Torres regresa a Salamanca en los primeros días de febrero. Allí se entera de que el anterior catedrático de Astrología había fallecido el 16 del mes anterior. Era el momento de recibir los grados de licenciado y maestro en Artes, adquiriendo por derecho el sueldo íntegro inherente al cargo. La ceremonia se celebra el jueves de ceniza, con el boato de la época y sin nada reseñable para él. Lo reseñable había ocurrido una semana antes en el barrio de los olleros, cuando el martes de carnestolendas sale a celebrar una festiva farsa. Se trataba de una mojiganga de mentira, hecha a imitación de la que promovía la universidad para los que graduaba de doctores. Montaron para ello un paseo en borricos por las calles públicas, con representación de las distintas facultades y variedad de trapajos y colores. Los bedeles, reyes de armas y maestros de ceremonias pusieron el ruido musical con sus trompetas y tamborilillos. Y la tarde, burla que te burla, concluyó con una corrida de toros. Allí, en medio de la chanza, disfrutó como en los viejos tiempos un Torres disfrazado con una llamativa máscara, una ridícula borla y una muceta azul digna del mejor carnaval. Corrió la voz de que era él, si bien no llegaría a confirmar la picardía hasta la noche en que lo puso en los papeles que yo leí en la soledad de la habitación ciento veintiséis.

Aquélla, dice, fue la última fiesta popular en que participaría, pues la vida le trajo casi de inmediato la desdicha de volverlo circunspecto.

XXV

La ciencia y la superstición

El Madrid que conoció Torres poco tenía del Madrid en soterrada ebullición que me tocó en suerte. Este de 1790 hubiera borrado de cuajo la sonrisa del salmantino. Tales eran las intrigas que se cocían en sus calles y salones. Esto lo supe por Amodeo, claro, pues hubiera vivido en la ignorancia, tomando por emblema el «ande yo caliente» de Góngora, de no ser por sus explicaciones de aquella mañana que inauguraba el mes de abril.

Lloviznó, cumpliendo con el refrán que atribuye a la Semana Santa el poder de descargar las nubes o, dicho en el lenguaje angelical del pueblo, el sentimiento de apenar a las criaturas celestiales, provocando su llanto. Me asomé a la ventana porque oí el repiqueteo de las gotas sobre el cristal. Vi que Amodeo retornaba de alguna gestión que, para no perder la costumbre, no me comentaría. Entró como una furia, despotricando de tirios y troyanos sin que se le entendiese una palabra, más mojado de lo que hubiera cabido pensar viendo el agua que caía.

—Floridablanca habita el palacio de Grimaldi —dijo tras despojarse de la mitad de las ropas. Otra vez Floridablanca.

—Gracias por la información —repuse con un gracejo que no era habitual en mí—. Me has leído el pensamiento.

—Y no será fácil entrar —añadió sin escucharme—. Es custodiado como una fortaleza.

—¿Y qué se nos ha perdido dentro? —seguí con la chanza.

—Tu porvenir y el mío.

Cinco palabras bastaron para cambiar mi ánimo. El futuro de Amodeo poco había de importarme, pero la mención al mío… Había sido precisamente eso lo que me movió a abandonar Sevilla y partir hacia Salamanca. Cierto es que, para mi sorpresa, llevaba casi un mes anteponiendo a mis intereses una deuda juvenil. Cierto es, también, que no todos los días se entera uno de que tiene un hijo del que jamás oyó ni el tintineo de su nombre. Remoloneaba en la lectura del manuscrito secreto de Torres no por desidia, aunque se me atragantase tanto detalle de su vida que ni me iba ni me venía, sino porque mi

cabeza había encontrado otro empeño menos fantasioso que descubrir la verdad de mi decadencia y ocaso. La contestación de mi Amodeo particular me había devuelto a la senda de partida.

Pedir explicaciones a este italiano tenía, sin embargo, un riesgo. Podías echar la mañana y perder la paciencia. Sabedor de esto, mi humor mudó de inmediato, preparándome para lo que se me avecinaba. Y acerté. El dónde y el porqué del llamado palacio de Grimaldi no llegaría a mis oídos, pero me aprendí con pelos y señales la biografía de este Floridablanca que tanto poder acumulaba.

Según Amodeo, y comprobé que no mentía, el conde de Floridablanca había nacido José Moñino y Redondo en Murcia, siendo varios años mayor que yo. Estudió en Orihuela y Salamanca, y el apoyo del duque de Alba le facilitó la entrada en el Consejo de Castilla como fiscal de lo criminal en 1766. En 1772 es nombrado embajador plenipotenciario ante la Santa Sede. Al año siguiente recibe del rey Carlos III el título de Floridablanca. Le bastará un quinquenio más, ya en Madrid, para ostentar el cargo de secretario de Estado. Su mandato se extenderá en el tiempo, siendo con el sucesor, Carlos IV, primer secretario de Estado y del Despacho, uniendo a sus funciones principales, interinamente, las de Gracia y Justicia. Y así continuaría al comienzo de un año 1790 en el que los problemas se multiplican. Dicen que el poder desgasta, quema. Floridablanca, a entender de Amodeo, ardía en la pira que él mismo había fabricado entre decisiones defensivas e intrigas de todo orden. Su proclamado temor a las agitaciones que vivía Francia en los últimos tiempos lo aleja de antiguas ideas ilustradas y lo aproxima al estilo del Santo Oficio, censurando opiniones y pensamientos que pudieran contaminar al pueblo ignorante y a la nobleza veleta.

No era fácil, para mí, entender por completo la organización política. Mi cabeza estaba más en la lucha de liberación de los territorios de ultramar que en la protección de una patria que no hacía mía. Pero tampoco se necesitaba haber estudiado en Salamanca para comprender que existían dos instrumentos de poder que se hallaban enfrentados. De un lado, Floridablanca y las Secretarías de Estado y del Despacho como estructura ejecutiva de gobierno; del otro, el conde de Aranda, el otrora amigo Campomanes y el Real y Supremo Consejo de Castilla, con poderes específicos y la más honda tradición. Un Consejo de Consejos, que formaba un sólido entramado en toda la Península. Baste decir que don Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda, dirigía los hilos del llamado partido aragonés lejos de Madrid, constituyendo una oposición tan dura como eficaz.

Y cuando Amodeo se aproximaba a lo relevante, la razón de su

interés por el primer secretario y mi porvenir, apareció uno de los sacristanes de la iglesia de San Ginés con la lengua fuera y un recado urgente, provocando mi distracción. Tanta diligencia le proporcionó una recompensa contante y sonante, que iluminó sus ojos como los de un crío al que le hubiesen regalado un pastel. El billete que portaba procedía de doña Soledad y escuetamente me rogaba que acudiese a la casa de Liria aquella misma tarde, a eso de las cinco. No me sorprendió que la señora cumpliese lo expresado la última vez que nos vimos, sino que lo hiciese precisamente en la festividad del Jueves Santo, cuajado de compromisos con la realeza y el clero. Me olvidé de lo que Amodeo me contaba, dispuesto a engalanarme sin demora como un cortesano y a exhibir la puntualidad que requería la cita.

Ella misma salió a recibirme, mostrando un afecto que creí sincero. Pasamos a la biblioteca. Me ofreció el sillón que había ocupado en nuestra primera visita y un refrigerio. Elegí té, a la manera de los ingleses que habrían de surgir en la conversación. Como entonces, apareció la bella Francisca, esta vez acompañada por una damisela de la Corte. Doña Leonor, que así se llamaba la joven, se manifestó deseosa de conocer a uno de los dos curiosos forasteros que habían traído la alegría a los de Liria con su chocolate. Saludaron, bromearon con mi talla y mis canas cenicientas, y partieron entre risitas de menina, presurosas por llegar a sitios significados, no sin antes ofrecerme una taza de mi propia medicina. Hacían chanza, sin ánimo de mortificar, con lo de que tan suculento producto afeminaba. Que sí, aseguraba Francisca con desparpajo, que uno de los mozos de cuadras lo probó y se le puso voz de flauta. Supe que podría ser presa fácil de cualquiera de ellas, casadas con tan corta edad, rebosantes de inocencia, de falsa malicia, de ganas de juego y requiebro.

—Discúlpelas, don Martín —dijo doña Soledad cuando se hubieron ido—. Son niñas, sometidas a la paradoja de comportarse con la templanza de su condición de esposas y el gracejo que permite la edad y que tanto agrada a los maridos cuando de retozar se trata —se detuvo un instante, pensativa—. Una criatura con la mente aún en desarrollo nunca debería verse en el lecho nupcial, asumiendo las responsabilidades del matrimonio.

—La eterna canción del recato —asentí, ocultando mi natural inclinación.

—¿Usted pasó por la vicaría?

—No —respondí sin explicarme.

—Yo tampoco lo hice. Estos casorios lo son más entre apellidos que entre personas —añadió— y acabarán por corromper lo poco de sano que queda en la nobleza europea.

La reflexión, extraña por el lugar en que nos encontrábamos, me pareció una prueba de su confianza. Confesó que había preferido que nuestro encuentro se produjera en fecha tan señalada porque así nos libraríamos del trasiego habitual, demostrándome con lujo de detalles que estaba al corriente de los movimientos de los monarcas y su séquito. Habían concluido la mañana con el tradicional acto de lavar los pies a trece pobres escogidos, reservando para la tarde la procesión y la visita pública a siete estaciones, rodeados por una larga comitiva de Grandes de España, sobresalientes de la Casa Real, alabarderos y guardias de Corps.

—Hoy es uno de esos días en los que el que no acude es la comidilla del resto durante una semana —añadió.

—Y usted, haciendo honor a su nombre, prefiere la soledad de esta hermosa sala —subrayé.

—No estoy sola, que estoy con quien me hablará de don Isaac Newton y otras cosas del saber —se apresuró a contestar.

Pronto descubrí que desviaba su interés de Newton, la ley de la gravedad y otras lindezas que, por cierto, ya conocía. Saqué a colación a Lulio, pero no llamó su atención más que por un momento. Su objetivo se hallaba en la Royal Society, la academia de ciencias inglesa, e iba más allá que el relato de teorías, invenciones y descubrimientos, para centrarse en la creencia, muy difundida, de que muchos de aquellos hombres de vasta cultura e intelecto superior integraban distintas logias de los llamados francmasones.

—Siento admiración por las personas que han desterrado el debate religioso y la contienda política de sus discusiones —apuntó.

Sentía, del mismo modo, ganas de aprender de esa masonería que le estaba vedada por su condición de mujer. La herencia del orden y los símbolos de los antiguos alarifes y albañiles, su extensión por el continente y más allá, allende los mares. Rehuía, sin embargo, los aspectos relativos a las indagaciones alquímicas, para centrarse en el pensamiento ilustrado y en la ciencia definida por leyes de factible comprobación. Decididamente, odiaba las supersticiones.

—El fanatismo es a la superstición lo que el delirio es a la fiebre. Lo que la rabia es a la cólera, según Voltaire —corroboré con una cita ya famosa.

—No soporto la superchería, la lengua desatada que impide el diálogo, el axioma por el axioma, la regla que amordaza la boca y el pensamiento, venga de Dios o de los hombres.

Doña Soledad acababa de abrir la trampilla de mi alma, que dejé escapar por la garganta. Me extendí sin miramiento al expresar lo que había estudiado, lo que había conocido y, por último, lo que opinaba.

Algo había en aquella mujer que, al contrario de lo que solía sucederme, no me inspiraba recelo. Estaba cómodo a su lado, y no dudé en explayarme al hablar de los movimientos de liberación que se estaban fraguando en distintas tierras de los virreinatos. No refería cosas leídas. Relataba mi experiencia, frustrada por la autoridad opresora, pequeña en cantidad pero intensa. Por mucho menos de lo que dije esa tarde de Jueves Santo, había sido expulsado de mi querida Lima.

—Todo eso que se cuece más allá de nuestras fronteras y que usted me cuenta nos está siendo vedado aquí —aseguró con indignación—. Somos un país en decadencia, que no tardará en perder sus posesiones de ultramar, débil en su ejército y débil en sus políticas. Las reformas del conde de Floridablanca se desvanecieron como el azúcar en el agua en cuanto llegó hasta España el eco de la revolución del pueblo francés.

—Suena raro escuchar esas palabras, tan justas, entre estas nobles paredes.

—Mucho quiero a estas gentes que son, de algún modo, sangre de mi sangre. Y, por supuesto, no les deseo ningún mal, ni a ellos ni a nadie de su alcurnia. Pero con gusto echaría abajo esta mansión, hasta sus cimientos, si ello significase que la justicia prevalece sobre el privilegio, la inteligencia impera sobre el linaje y la vida de todos y cada uno de los habitantes de esta tierra vale lo mismo —me recordó de inmediato el incidente del día anterior, a cuenta de la vendedora de abalorios, y mi defensa a trasmano de la igualdad como única forma legítima de convivencia.

—El pánico de Floridablanca —apostillé, y le hizo gracia la ocurrencia.

—El pánico de todos los Floridablancas que en el mundo son. Aquí se ríen cuando escucho lo que escucho y no callo. Si me exalto, me reconvienen, pues no es digno de mujer expresarse con este vocabulario y no es digno de esta casa pensar así.

—No parece prudente exponerse a la ira del poderoso. Mírese en mí.

Quise quitar hierro a su desencanto, que era el mío. La condición de varón, en esta especie humana nuestra, no basta para hacer cumplir las enseñanzas de Cristo si no se acompaña del poder. Para colmo, la hembra va un paso por detrás, recogiendo las migajas que los hombres dejan.

—Por eso creo en la ciencia. No establece dogmas, no entiende de credos ni de géneros —remató cuando la luz de la tarde ya decaía—. Con los años, sólo triunfan las teorías que admiten demostración.

Me puse en pie, presto para partir. Agradeció la visita y la charla, tan sincera, tan íntima. Recalcó aquel término. Sentí un cosquilleo al notar su mano. Percibí sensualidad en su gesto y en su voz.

—Se supone que, en lugar de estas cosas, debería estar rogándole que le diga a su amigo que me ceda la receta y su ingrediente mágico —sostenía mi mano entre las suyas, acariciándola.

—Quizá debamos partir cuanto antes hacia Londres o París, librándonos del lastre que nos ha tocado padecer —comenté al separarnos.

—Ojalá —respondió, prolongando el cosquilleo de su tacto.

El tono, de arrullo, la mano de seda y un ojalá que sonó a canto de sirena de la *Odisea*. Un placer para los sentidos que, ya fuera, atribuí al chocolate de Amodeo.

XXVI
El caballero de la Orden de Santiago

Amodeo me recibió con extrañeza. Cazó al vuelo la mosca de mi semblante y, como buen pirata, no dudó en abordar mi navío sin la delicadeza que se atribuye a la buena educación. Arriando velas, argumenté que nada de lo sucedido afectaba a sus planes, salvo la circunstancia de que volvían a solicitar su endiablado chocolate. No habrá más milagro, refunfuñó. Y, más por mi propio deseo que por su torpe amenaza, vine a explicarle la impresión que había dejado en mí un diálogo que no estaba dispuesto a desvelar. Había algo en doña Soledad que me atraía. Viendo el gesto de Amodeo, me apresuré a expresar que no hablaba de inclinaciones carnales, sino de una sensualidad que me erizaba el vello, que me transmitía paz, que me impulsaba a desear su compañía. Magnetismo.

—Tanto es así —terminé resumiendo— que en la despedida he llegado a proponerle, sin intención, que la cura para nuestros males quizá sería abandonar España y marchar a Londres o París, librándonos del lastre que nos ha tocado padecer.

Ahí acabó la noche. Me refugié en mi cuarto, tomé una manzana y enganché un puñado de páginas del mamotreto de Torres. Quiso la casualidad, o vete tú a saber qué clase de destino pintado en las estrellas, que me topara con un hecho capital: el viaje al país vecino. A mediados de mayo de 1732, Torres emprende el camino de Francia acompañado por el amigo Juan de Salazar y el medio hermano Niccolò Furio Hermes d'Amodeo. Los dos primeros, huidos de la justicia, transitan de incógnito. Torres elige ser Manuel de Villena, conocedor, probablemente, de la existencia del noble linaje de tal nombre, uno de los cuatro que descienden del tronco regio de don Fernando III de Castilla. El de Salazar, más entregado a la ocultación, se decanta por un Bernardo de Bogarín, de apellido sonoro y con ramificaciones en las Américas.

En su tiempo se habló en la Corte, y se habló mucho, de que la adversidad se debía a un lío en el que había intervenido una dama principal, o a una comedia satírica contra el Gobierno, o a una disputa en la que dejaron muerto a un cura y herido a otro. La verdad tiene

que ver con un eclesiástico al que don Juan dejó maltrecho, pero las reales causas del suceso fueron silenciadas. Torres, en su *Vida* oficial, escribe que quedarían «encubiertas hasta el fin del mundo». El mundo, para él, acabaría con la confesión plasmada en el manuscrito secreto. De modo que, tres décadas más tarde, yo sabría de lo ocurrido. Si bien he de reconocer que lo ocurrido, y juro por Dios que no añadiré una coma a lo que leí, más parece ocurrencia. Tal es su originalidad. Apuntando a esa condición, Torres desliza en su biografía publicada un párrafo elocuente que mi particular Amodeo repetía con irritante placer cada vez que me pillaba leyendo este pasaje.

—Es cierto que, en los libros de las novelas, ya fingidas, ya certificadas, y en los lances cómicos inciertos o posibles, no se encuentra aventura tan prodigiosa ni tan honrada como la que me arrojó a padecer los rigores de un largo y enfadoso destierro —el bastardo ponía la misma voz que Torres, trayéndolo a mi memoria con la nitidez de la nostalgia.

—No es menos cierto que en ninguna librería, ni en todo Madrid, se encuentra un sujeto tan impertinente como este Nicolás Furioso que no rehúye el pavoneo —aprendí a replicar, callándolo.

Los tres personajes abandonaron Madrid dejando al pobre de la sotana con un par de golpes de empuñadura que le produjeron heridas a ambos lados de la cabeza. Éste reclamó justicia, viniendo a manifestar que se las había impreso don Juan pero que era don Diego de Torres quien había tenido la culpa. Se refugiaron en el esquileo de Sonsoto y Trescasas, en la falda de la sierra de Guadarrama, a la espera de que el temporal amainase. Las órdenes reales volaron desde Sevilla, condenándolos sin defensa. Para don Juan cayeron seis años en el presidio del Peñón de Alhucemas; para don Diego, el exilio de por vida de los dominios de España. Tan ofuscado se encontraba el bueno de Torres que asumió como magnanimidad la aparición del clérigo delator, con el cráneo vendado, trayendo las nuevas.

Debían elegir entre acudir a Sevilla, donde se había instalado la Corte desde que Felipe V, en 1729, aceptara que los aires del sur serían beneficiosos para su profunda y enfermiza indolencia, o huir. Resolvieron emprender la fuga, siendo Francia su destino. El 12 de mayo, a las dos de la tarde, se iniciaba la odisea. Partieron a caballo, con una bolsa de seiscientos doblones y el apoyo de dos criados fieles. Llegaron al anochecer a la Granja del Paular de Segovia, donde el padre Luis Quílez, procurador de aquella silenciosa comunidad, les dio cobijo durante tres días. Después, ermitas y conventos de frailes acabarían siendo estaciones de su vía crucis. En medio, la tierra mullida por las lluvias de la primavera sirvió de catre cuando las

distancias superaban la resistencia de las cabalgaduras. Los albardones que las protegían hacían las veces de almohada y jergón. No fueron pocos los avisos que recibieron en el trayecto hasta la frontera, pues don Juan había tejido una eficaz red de informantes. Por el contrario, intendentes, corregidores y alcaldes de pueblos fueron advertidos para que los apresaran. El mapa completo de España se llenó de mensajes y ecos de lo acontecido. No había mesón en que no se hablase de la gesta de los prófugos, dividiéndose los parroquianos en proclives y adversos. Los héroes de incógnito no dudaban en ponerse de parte de los más numerosos.

Con el paso de las jornadas, los rumores se plagaron de fantasía. Unos los dieron por ahorcados; otros, por ya presos en Alhucemas. No faltaron los que los vieron camino de Portugal. La realidad es que su aspecto y maneras confundieron más de la cuenta. En Burgos, los tacharon de frailes apóstatas tras escuchar sus conversaciones, más inclinadas a la filosofía y a las teologales virtudes que a la burla. Su lengua no casaba con las vestimentas que habían elegido para no destacar, delatándolos. También los hubo que los confundieron con contrabandistas, por el sigilo con que se desenvolvían, las armas que acarreaban y la docilidad de unos caballos de los que no se alejaban ni a sol ni a sombra.

Salieron de España por Roncesvalles y, tras detenerse en San Juan de Pie de Puerto y en Mendiondo, alcanzaron Bayona. Allí pasaron unas fechas de inquietud, aguardando a que las noticias mudaran su ánimo. Pero éstas sólo contribuyeron a tomar una decisión drástica. No sólo no menguaba el afán de sus enemigos, sino que parecía alentado por altas instancias, en Madrid y en Sevilla.

—No más esperas —exclamó don Juan durante la cena—. A París.

—¿A París? ¿Con qué propósito? —preguntó Torres, extrañado.

—A presentar nuestros respetos al marqués de Castelar, nuestro embajador.

La ruta estaba trazada. Únicamente había que seguir los caminos que recogían las guías españolas y, con la paciencia de quien sabe que lo tiene todo perdido, recorrer las casi cuarenta leguas que separaban Bayona de Burdeos. No hubo contratiempos reseñables. Las postas eran más confortables que las españolas. Allí concluiría la primera fase del viaje. Burdeos, la perla de Aquitania, aún no era la Burdeos de hoy cuando contempla la entrada de Torres. Pero tampoco se hallaba tan lejos de Madrid en número de moradores.

—Debemos llevar unas ciento diez leguas en los riñones —comentó don Juan.

—Las suficientes para amoldar nuestras nalgas a la silla. Eso debe

de ser lo que llaman, con tanto énfasis, la cristiana resignación del hombre ante la adversidad. Líbrelo Dios de cuanto sea capaz de soportar el pobrecillo —rio Amodeo.

—Alma de cántaro, deje las bromas para cuando estemos descansados y comidos —repuso Torres abandonando el tuteo por causa del enojo.

Encontraron posada, cena, uno de esos afamados vinos de la región y un sueño prematuro que los condujo a sus alcobas sin catar el postre. A eso de la medianoche, tras el canto del gallo que no entiende de meridianos ni de lenguas, Torres despertó de una pesadilla que lo obligaba a abandonar España precipitadamente. La tristeza lo invadió al comprobar que todo era cierto, desvelándose. En la soledad de su cuarto, tumbado, oyó ruido de puertas y un par de gargantas que parecían discutir. Tras acomodar sus orejas, bien dotadas, entendió el cruce de opiniones. Don Juan le indicaba a Amodeo que no podía seguir la aventura hasta París, que acababa de llegar uno de sus criados, diestro en el manejo de la fusta y la brida. En verdad había cabalgado deprisa, pues casi doblaba el promedio de los huidos. Las noticias que traía consigo superaban con creces el peor presagio. Al noble le habían embargado los bienes. Lo instaban a presentarse cuanto antes ante el Consejo Real.

—Se nos ha ido de las manos, Amodeo. Si no vuelvo, perderé hacienda, casa y prestigio. Tu treta ha sido creída más allá de lo deseable.

—No esperaba tanto. ¿No quedamos en la casa de esquileo que el clérigo contaría que todo era un ardid para engañar a Torres? ¿Tan poco convincente estuvo? —preguntó el italiano.

—Tan convincente como le permitieron las ganas de quienes lo escucharon. Y se ve que, en cuanto a ganas, nos tienen más de un puñado.

—Si no vamos a ir a París, dame al menos unos días para que intente que sea Maupertuis quien venga hasta nosotros.

—¿Qué números haces? Son más de ciento cuarenta leguas. Amodeo, no podemos estar aquí un mes —repuso don Juan.

—Dos semanas. Si no he vuelto en dos semanas, regresáis por Bayona —soltó Amodeo—. Mientras tanto, entreteneos escribiendo memoriales a cuantos señores, ministros y agentes de Madrid y Sevilla os vengan a la sesera. Solicitad del rey que se os escuche y juzgue en justicia. Moved vuestra influencia entre los caballeros de Santiago.

A duras penas se contuvo Torres, pegado a la pared para no perder una palabra de lo dicho. El chirrido de la puerta, cerrándose, provocó su rápido movimiento. Se abalanzó sobre Amodeo, pidiéndole

explicaciones en voz tan queda que apenas movía los labios. Éste aguantó el chaparrón de gesticulaciones y reproches para, a continuación, dejarlo pasmado con sus revelaciones. En esencia, lo acaecido era una añagaza urdida por él para poner a Torres en camino a París. Don Juan se brindó a colaborar, buscando el eclesiástico oportuno para la comedia, uno de buenos valedores al que una bolsa repleta aliviase de un par de caricias con la empuñadura de una espada. Simularon disputar por asuntos de fe, llegaron a la ofensa en público y perpetraron el ataque. El resto creció sólo, como la bola de nieve que baja por la ladera.

—¿Y tanto afán para dejarme por crédulo? —Torres no salía de su asombro.

—Tanto afán para conducirte a París sin demora. Maupertuis te espera.

—¿Quién es ese señor de nombre tan extraño?

—Si estoy en lo cierto, el verdadero sucesor de Leibniz del que habló don Antonio Raimundo Pascual en Mallorca.

El razonamiento de Torres, en aquel instante, lo alejó de la recta escalera del conocimiento que perseguía para enredarlo en la de caracol del desconfiado por naturaleza. En lugar de interesarse por ese Maupertuis que debía atesorar claves sobre Lulio, se enzarzó en preguntas más o menos obvias sobre la actitud de don Juan de Salazar. Con la distancia, hasta yo asumo que no hacían falta las habilidades de un lince para entender las razones del de Medinaceli. Arriesgaba su fortuna y su libertad por una causa.

—Vamos, Diego, no me decepciones —Amodeo se dispuso a completar sus alforjas mientras atendía al amigo Torres—. Don Juan pertenece a la Orden de Santiago. Es un hombre instruido, que te abrió los ojos sobre Leibniz y, al tiempo, se los abrió a sí mismo. Era mera formalidad que me interrogara sobre tu busca y progresos.

—¿Y qué han de hacer los caballeros de Santiago en todo esto?

—No tengo un momento que perder, Diego, en una charla que puedes seguir sin mí. Don Juan me ha concedido dos semanas y he de aprovecharlas. París, como Zamora, no se gana en una…

No terminó el dicho. Ágil como solía cuando no quedaba otra, bajó las escaleras, subió a lomos de su bermejo y picó espuelas.

—¡Repasa la vida de Lulio! —exclamó mientras se alejaba.

Fue entonces, viéndolo desaparecer en una nube de polvo, cuando Torres se percató de que había omitido la cuestión más importante. ¿Quién era ese Maupertuis y qué méritos hacían de él el guardián de la máquina para la transmutación?

XXVII
MAUPERTUIS Y EL VIAJE A BURDEOS

Arruinada la posibilidad de dormir, Torres permaneció en el cuarto de Amodeo, rebuscando entre sus cosas un indicio que le permitiera averiguar por sí mismo quién era ese Maupertuis cuyo nombre le resultaba siniestro y, sin embargo, atractivo. Se prometió no acudir a don Juan con las preguntas que Amodeo había dejado en el aire. No estaba acostumbrado a pasar por el tonto del corral. Gallo nació y gallo prefería morir.

Su fortuna, sin embargo, fue adversa. Nada halló, volviendo sobre sus pasos para centrarse en don Juan y lo que Amodeo había dejado caer antes de su partida. Estaba seguro de que todo estaba en su cabeza, pero había que ordenarlo. No le fue difícil. Aparentemente, sólo una cosa podía relacionar a don Raimundo Lulio con la Orden de Santiago: el Camino. Don Raimundo hizo el Camino cuando tenía la edad de Cristo y aquel periodo marca su definitiva conversión, abandonando las costumbres licenciosas para adentrarse en la senda de la fe y la mística. Por su parte, la orden militar y religiosa de Santiago surgió en el siglo XII, en el reino de León, con la finalidad de proteger a los que peregrinaban hacia la tumba del apóstol y arrebatar territorios de nuestra Península a los infieles. Adoptaron por insignia una cruz gules que simula una espada, con forma de flor de lis en la empuñadura y los brazos.

—La flor de lis —masculló Torres en la soledad de su cuarto, antes de que el alba truncase sus pensamientos—. La flor de lis del hotel de la calle ancha de San Bernardo. El lirio de los ingleses que crean la logia siguiendo el ejemplo de las organizaciones profesionales de los alarifes y canteros del Camino de Santiago. Un Camino que, así lo cuentan, recibió en sus inicios la protección de los caballeros templarios. Unos caballeros que, durante las Cruzadas, portaban pequeñas cruces con la parte inferior afilada para clavarlas en el suelo y efectuar sus devociones. Un símbolo que encuentra descendencia en la Cruz de Santiago.

La rueda de pensar de Torres giraba a una velocidad infrecuente. Pronto la memoria se detuvo en otra orden, la del Císter, y en la isla

de Mallorca que viera nacer a Lulio. Pascual había dado por cierta la máquina, y la situaba en un documento que Lulio habría legado antes de emprender el Camino. Luego la clave se localizaba en los meses de 1264 que preceden a la peregrinación de don Raimundo.

—¿Dónde estuvo? —se preguntó sin disimular la emoción que comenzaba a embargarlo—. ¡En Rocamador! —gritó.

Leibniz le había escrito a Salzinger que había tenido en su mano una copia del texto prodigioso que describía la máquina de la transmutación. Si la Orden de la Rosa Cruz había preservado siete copias en lugares relevantes en la senda de don Raimundo, una de ellas debía encontrarse en un punto tan señalado como el de partida del camino francés hacia Santiago: el monasterio de Rocamador. Se daba la circunstancia, como pudo comprobar, que Rocamador dista de la Burdeos en la que se habían alojado poco más de cincuenta leguas.

Tan orgulloso estaba de su buen cerebro que no se anduvo con miramientos a la hora de abordar al amigo que le había ocultado tan sofística treta. Descalzo como estaba, con el camisón por toda prenda, empujó la puerta del cuarto del caballero con la fuerza de uno de los huracanes que conocí en las Américas. Sobresaltado, a oscuras, don Juan se arrojó de la cama para refugiarse en el costado más lejano al estrépito. Una exclamación de dolor siguió al porrazo.

—Vive Dios que más parecéis de la orden de Asmodeo que de la del apóstol Santiago —gritó Torres.

—El día que muera, víctima de uno de vuestros sustos, lo comprobaréis —contestó el noble, más calmado.

El viejo juego de palabras entre el apellido Amodeo y el demonio Asmodeo resurgía. Asmodeo representa la lujuria, es mencionado en la Biblia y queda inmortalizado por Vélez de Guevara en *El diablo cojuelo*. Torres emplea la comparación para ensalzar las argucias del amigo, capaz, si se lo propone, de matar por arte o por despecho. En el libro de Tobías, Asmodeo se enamora de Sara y, cada vez que ésta contrae nupcias, asesina al marido antes de que consume el matrimonio. Así hasta siete, que serían ocho de no ser porque el arcángel Rafael sale en auxilio de Tobías, el nuevo prometido. Lo curioso es que el remedio que Rafael ofrece al joven en peligro consiste en tomar un pez, arrancarle las vísceras y arrojarlas al fuego. Asmodeo no soporta los vapores y huye. Del mismo modo, nada ponía más en guardia al italiano, descubre Torres en este pasaje, que ver un pescado sobre las brasas.

Obviando el debate sobre la afinidad con el diablo disfrazado de Amodeo, Torres reprochó a don Juan su participación en un engaño que había causado más mal que bien, comprometiendo la honra de

ambos. Éste se justificó arguyendo que Amodeo presentía que había rivales espurios que intentarían adelantarse. Era la mejor manera de quitarse de en medio deprisa y sin trabas. Nadie se preguntaría por el motivo del viaje, nadie sabría de una empresa por la que merecía la pena arriesgar.

—Y, entonces, por qué piensa en volverse —preguntó Torres.

—Porque una cosa es arriesgar y otra muy distinta tener la seguridad de perderlo todo. Las nuevas de la Corte así me lo dan a entender.

—Si tal es la situación, ¿para qué permitir que Amodeo malgaste el tiempo yendo hasta París en busca de un francés? ¿En qué habría de ayudaros? —Torres acorralaba al caballero.

—No es un francés cualquiera. Amodeo asegura que es la clave que andáis buscando. Apuraré la espera tanto como sea posible —don Juan no mentía.

—¿Qué ganáis, al fin, con todo esto? —insistió el engañado.

—Nada pretendo para mí. Los votos de mi Orden me obligan cuando de elevar un alma hacia Dios se trata.

Torres vino a apaciguarse, comprendiendo la magnitud de los esfuerzos del amigo. Don Juan se exponía mucho más que él, que apenas dejaba al descubierto su cátedra y la morada donde dormía. A la postre, era Amodeo el único que no apostaba en el envite. Vituperó entonces al italiano, resaltando los defectos de quien se comportaba con tanta familiaridad con ambos. Pero, sin percatarse, lo que empezaba como vicio acababa convertido en virtud, pues en algún momento había sido origen de un triunfo o un desquite. Pronto descubrió que lo que verdaderamente lo enrabietaba era el carácter de un Amodeo que rara vez perdía la templanza, que siempre tenía un proverbio o un consejo a mano. Que, para colmo, vivía del aire. Del aire o de una renta misteriosa que, como el rey Midas, parecía transformar en oro cuanto tocaba. Amodeo era la piedra filosofal hecha carne.

—Lo que no acabo de hilar —Torres cambió de asunto— es qué necesidad había de trasladarse hasta París.

—Así debió convenirlo con el señor de Maupertuis hace cosa de un trimestre.

—El documento que Amodeo quiere se halla en Rocamador, al este de aquí. Basta indagar en su monasterio —señaló Torres.

—Veo que sabe tanto como yo —replicó don Juan.

—No será por lo que mis compañeros de viaje me han contado, que todo hube de deducirlo.

El catedrático contuvo a duras penas su enojo. Tanto ingenio para

llegar donde otros llevaban hacía tiempo. Don Juan le explicó que Amodeo no había logrado arrancar de Maupertuis la contraseña que les permitiera acceder a la sala reservada de la biblioteca del monasterio. Sin ella, el texto de Lulio jamás llegaría a sus manos. El francés, intrigado por los conocimientos de don Diego de Torres, se había ofrecido a acompañarlos a Rocamador y efectuar las gestiones oportunas. A todas luces, debía tratarse del sucesor de Leibniz que reclamaban Salzinger y Pascual.

Desde mi atalaya, resulta fácil hablar hoy de Maupertuis. Tampoco podría defenderse, pues entregó su cuerpo a la tierra hará tres décadas, año más, año menos. No creo que venga a cuento. Diré que Torres escribe que mantuvo el contacto epistolar con él y que recibió en primicia su *Examen filosófico de la prueba de la existencia de Dios,* difundido en 1758. Es lo último que ordenó publicar. Pasaría a mejor vida meses después. Para cerrar el círculo, comentaré que el texto fue perfilado en Burdeos, entre junio y octubre de un 1757 en que la guerra de los Siete Años comenzaba a causar estragos en Europa. En nuestra historia, Maupertuis ocupa un pedestal más destacado, sin duda, que el de sus dos referentes, Newton y Leibniz. Estuvo junto a Torres cuando fue oportuno. Pero, si me aparto del apasionamiento y me olvido de quién es para las matemáticas y la física, si obvio su expedición a Laponia para verificar la forma de la Tierra y otras tantas gestas de su ego, todavía me queda un motivo para admirarlo. Maupertuis formuló el principio de mínima acción, la cumbre de mi filosofía vital. La naturaleza es económica en todas sus acciones, vino a decir. Yo, en línea con sus postulados, he hecho de mi vida un corolario de ese principio: la naturaleza humana es económica en todas sus acciones. Fue mi actitud desde que me alejaron de mi amada Blanca, embarcándome a la fuerza con rumbo a las Californias. Hoy, sin embargo, puedo afirmar que hay excepciones notabilísimas, que llegan a condicionar nuestra vida y, lo que es peor, nuestra felicidad. Amodeo, mi Amodeo, me asomó al precipicio de la lógica y me obligó a reconocer lo que mi mente había deseado negar.

A la inversa, Torres alcanzó el verano de 1732 con el convencimiento de que semejante principio, que practicase desde su más retorcida adolescencia, carecía de valor si de aceptar la luz de Dios se trataba. Amodeo regresó de París en catorce días justos, acompañado de un varón más joven que Torres, más apuesto, más instruido y de similar elocuencia, y, sin embargo, no produjo su rechazo. Tal era la atracción que despertaba Pierre-Louis Moreau de Maupertuis. Amodeo había logrado lo imposible, duplicando la velocidad de cualquier montura, y lo único que parecía importar en la

bienvenida era la elegancia con que su invitado se expresaba en latín y en francés.

Unas horas de descanso fueron suficientes para abordar los preparativos de la nueva expedición. No hubo frases grandilocuentes ni explicaciones sesudas, tan sólo el concierto tácito de emprender cuanto antes el camino para cumplir un propósito. Torres había acertado de plano. Ponían rumbo a Rocamador.

XXVIII

TRAS LAS HUELLAS DE UNA DAMA

A esas alturas del manuscrito de Torres, mi percepción de su figura había cambiado. Donde siempre vi acomodo y desinterés por los mortales que no fueran de su sangre y apellido, ahora apreciaba un esfuerzo desaforado, más loco que cuerdo, en pos de una extraña magia cristiana que había de conducirlo a las puertas del cielo. Con el único afán de mejorar la vida de sus semejantes. Sus esfuerzos por entender por qué Newton y Leibniz, personalidades de mayor inteligencia que él, habían dirigido su mirada hacia un iluminado del siglo XIII eran dignos de encomio. Su persistencia en el empeño, incluso viajando fuera de España, me resultaba un ejemplo que no había observado cuando conviví con él. Me engañó. A mí y a cuantos lo trataron. Pero, en mi descargo, diré que el Torres que yo conocí se había distanciado de ese azaroso 1732 que se extendía como una mancha de aceite sobre mi lectura. Mi arribada a Salamanca no se produce hasta un decenio después, y entonces apenas levantaba cinco pies del suelo.

Con similar voluntad, mi causa era menos elevada pero igualmente noble. Había llegado al convencimiento de que doña Soledad me ayudaría a encontrar a mi hijo, estuviese donde estuviese. Mis esfuerzos debían, en consecuencia, centrarse en ganar su confianza. Su amistad, si fuese posible. Pero sólo había dos caminos, como me hizo ver Amodeo, para llegar a la Roma de mi plan. Frecuentar la casa de Liria gracias a la demanda no racionada de chocolate o aguardar a que la dama echase de menos mi conversación. En ambos casos, no estaba en mi mano la capacidad de hacer, por lo que acababa de convertirme en sujeto pasivo, a expensas de los acontecimientos.

—Confía más en lo segundo que en lo primero —indicó Amodeo. Y, saltándose su costumbre, añadió la causa—. El ingrediente que ignoran no puede consumirse en grandes cantidades.

—¿Por qué? —pregunté lo que cualquiera habría querido saber. Incluso antes que su nombre, dadas las circunstancias.

Y aquí llegó la sorpresa. Una más, y no eran pocas las que llevaba. Amodeo me soltó que el producto que agregaba al final del proceso

era una medida mezcla de semillas de matalahúva con hojas de damiana, un arbusto que prolifera en ciertas partes del virreinato de Nueva España y de las tierras bajo dominio portugués. Oreganillo, lo llamaban en las Californias, y lo sé porque con él se fabricaba un aguardiente muy apreciado por algunas tribus y más de un español. Jamás llegué a catarlo.

—Un exaltador de las pasiones femeninas —apuntó Amodeo—, que originaría fenómenos incontrolados en las alcobas de la casa o, aún peor, en las calles de Madrid.

—¿Y eso de que afemina a los hombres? —pregunté, desconcertado.

—Una mentira piadosa, para atenuar los riesgos del celo. Sabido es que el macho es incapaz, por su naturaleza, de contener el instinto —dijo Amodeo con la seriedad de quien se teme los daños derivados de una medicina aparentemente buena.

—De modo que la alegría y las ganas de vivir que se respiran en el palacio de Liria se deben más al sofoco del bajo vientre que al encanto del estómago —no disimulé mi humor.

Me vino a la cabeza la actitud afectuosa de doña Soledad, la sensualidad que destilaba, y no tuve más remedio que atribuir al chocolate esa pizca de más que la hizo tan cautivadora a mis ojos. Era lo que había murmurado para mis adentros al abandonar el palacio, pero por razones muy distintas. Entonces pensé en una cordialidad interesada. Ahora, ahora era preferible no pensar, de modo que orienté mi atención a lo que verdaderamente importaba: conocer mejor a la mujer que podía franquearme la puerta de la alcoba de la enferma duquesa. Decidí que no me sentaría a esperar. Me encaminé hacia la populosa calle de San Bernardo, desviándome por el pasaje de la Manzana hasta alcanzar la plaza de las Capuchinas. Entre ésta y la de los Afligidos, observé las habilidades para el hurto de dos pilluelos desastrados, tan rápidos y pequeños que parecían invisibles. En un descanso de sus maniobras, me aproximé con el sigilo necesario y les enseñé un real que brillaba como la mejor medalla de plata. De aquella religión entendían. Se acercaron a admirarlo.

—Es vuestro si me ayudáis —enmudecieron sin apartar la vista de la moneda—. ¿Conocéis a una señora que vive donde los de Liria y se llama doña Soledad? —uno negó con la cabeza. El otro ni se inmutó al principio, embelesado, asintiendo después. Una afirmación que, desde luego, había de poner en entredicho.

Les expliqué que se trataba de seguir los pasos de la dama cuando saliese de la casa, a pie o en coche, para informarme después con todo detalle. Insistí en que debían actuar con cuidado, evitando ser

descubiertos. Bajo ninguna forma de coacción confesarían el espionaje, pues con la saliva indiscreta viajaría el real de plata. Les entregué unos cuantos maravedís por anticipo y les indiqué dónde me encontrarían. Toledano le decían al mayor; al otro, Rubio. Ninguno había cumplido los diez años.

Con la inercia del momento, tiré hacia abajo desde las Capuchinas, hasta la plazuela de Leganitos, y busqué salida a la calle de Torija. Divisé la plaza de doña María de Aragón y la casa palacio que nunca habitó Grimaldi aunque Sabatini la construyera para él. Era la residencia de Floridablanca, estratégicamente situada a unos pasos del Palacio Real, del colegio de los agustinos y de la bella iglesia de la Encarnación. En verdad Floridablanca vivía en una construcción distinguida, que aprovechaba el desnivel de la calle y ofrecía vistas a los jardines de Palacio. Pero lo que llamaba la atención era su guarda y custodia. Busqué las traseras y no encontré resquicio. De hecho, el bullicio de otras áreas de la ciudad brillaba por su ausencia en ésta, dificultando incluso pasar desapercibido. Imaginé que Amodeo deseaba tener un encuentro con el primer secretario y deduje que habría de hacerse fuera de su residencia. La iglesia, a tiro de piedra, podría ofrecer un buen punto a la improvisación si, como cabía esperar, Floridablanca era de los de misa diaria.

Ya en la posada, aguardé a que apareciera Amodeo. Quería acabar la conversación sobre Floridablanca que habíamos dejado a medias, pero no se dejó abordar. A cambio, me preguntó abiertamente por qué me costaba tanto la lectura del manuscrito de Torres. No admitió mis excusas, insistiendo de tal modo que tuve que sincerarme.

—Es un texto prolijo, una biografía historiada, con más hojas que un árbol, que me admira tanto como me aburre. Yo viajé a Salamanca en busca de un misterio, la prueba de que los pronósticos de Torres obedecían a una ciencia, la que fuese, y no a su incomparable voluntad. En lo que he leído, apenas cuenta que la idea de los almanaques surge de sus estudios con Amodeo y que éste le proporciona claves para interpretar acontecimientos venideros.

—Ahí se habla de deducción —respondió él—. De una curva que se traza por puntos y que, situados los ya acaecidos, ofrece la posibilidad de saber el transcurrir de su dibujo y dónde llegará. Basta plantar en el papel una cuadrícula, asignar unas coordenadas y emplear el eje horizontal para marcar el tiempo. La curva te ofrece el suceso probable en el año que quieras. ¿Qué hay de difícil para la comprensión de un matemático como tú?

—¡Qué va a haber, que eso y nada es lo mismo! ¿Cuáles son los sucesos destinados a convertirse en puntos de esa curva?, ¿cuáles? Es

un parlamento hueco, que no justifica que Torres me asegurase que, al final de mis días escritos, tendría contada recompensa.

—Esta charla ya la tuvimos y veo que puedes ser tan necio como el Torres que me tocó en suerte. La predicción se basa en el examen de la historia, con minuciosidad y sin despreciar ningún dato. Ni hay magia ni hay certeza. Hay observación, esfuerzo, simple y llano. Lo que Torres te ofreció no fue un pronóstico, sino un diagnóstico —paró para llenar los pulmones de aire—. Sabía cuál era tu mal, sabía qué te esperaba en la vida. Y, conociendo tu capacidad para cuestionarlo y analizarlo todo, su dictamen fue que la epifanía moral te alcanzaría más tarde que pronto, pero te alcanzaría, y entonces recibirías de buen grado la paz. La recompensa.

—Es obvio —rebatí— que ese momento no ha llegado.

—Todavía.

Su semblante cambió tras aquel «todavía». El entrecejo perdió la arruga, las comisuras de los labios se elevaron, relajando su rostro. Yo percibí un rayo de esperanza en aquella palabra.

—Está bien —añadió— que pretendas sonsacar a esa doña Soledad de la que ni siquiera sabes qué parentesco tiene con la dueña de la casa. Has elaborado un plan y he tratado de ayudarte. No puede haber reproche al deseo de un padre por conocer qué fue de su vástago. Pero te aseguro, y debes creerme, que esa recompensa que tanto ansías va más allá del abrazo con ese bastardo involuntario.

—Claro, la vida perpetua que me prometiste —contesté con un tono condescendiente que denotaba mi incredulidad.

—Que te planteé como alternativa a tu triste suerte. Que seas un hombre de ciencia e ideas modernas no excluye que creas que hay fenómenos que escapan a tu comprensión. ¿Qué necesitas para aceptarme? —no parecía bromear.

—Hay momentos en que lo que haces parece sobrenatural, pero enseguida tus actos encuentran explicación. Dices ser Amodeo, el mismo Amodeo que copa las páginas de este mamotreto. Y, sí, en algunas circunstancias llego a creerlo, especialmente cuando hablas de Torres como si hubieses estado dentro de él. Ya sé que te sabes de memoria su vida oficial y su vida oculta, sé que estás lleno de habilidades y trucos, que te comportas como aquél. Hasta asumo que eres capaz de abrir esa puerta de ahí, ligada al número ciento veintiséis —señalé a su madera, infranqueable—, cuando a mí me está vedado...

—¿Qué necesitas? —interrumpió mi parlamento, imperativo.

—Que cambies de aspecto a voluntad, como el Amodeo de esas hojas —una ocurrencia para terminar con aquella situación cuanto

antes.

—Sígueme, entonces.

Entramos en el pasadizo que conducía a la habitación camuflada. Estaba ordenada, como siempre, y transmitía una sensación singular. Había otro olor y otra luz en aquel espacio. Me pidió que me dispusiera ante el espejo de cuerpo entero que estaba adosado a una de las paredes. Su figura se reflejaba detrás de mí. Pronunció unas palabras que sonaron a conjuro y, como por ensalmo, pude apreciar que sus rasgos comenzaron a difuminarse hasta tomar la forma del Torres que yo guardaba en la memoria, cercano a la cincuentena. Me habló con su voz, erizándome el vello. Confía, Martintón, vino a susurrar. Intenté darme la vuelta, pero lo impidió con la simple presión de la palma de su mano. Cuando posé de nuevo la vista en aquella superficie plana, ya no estaba mi mentor. Había un sacerdote con sotana, redondo como una bola, que dijo ser de Alzira y llevar negocios del cardenal Rodrigo de Borgia. Acerqué la mano al espejo, buscando algo que justificara el engaño. Era un cristal corriente, bruñido y azogado, como todos. Me moví con rapidez y, en esta ocasión, no me detuvo. Ahora tenía ante mí al Amodeo que describía Torres en sus papeles. Me atreví a tocarlo, rogándole que me hablara. Lo hizo y, desde luego, su expresión me resultó extraña, ajena.

—¿Cómo es posible que hasta el ropaje sea distinto? —exclamé con más miedo que asombro.

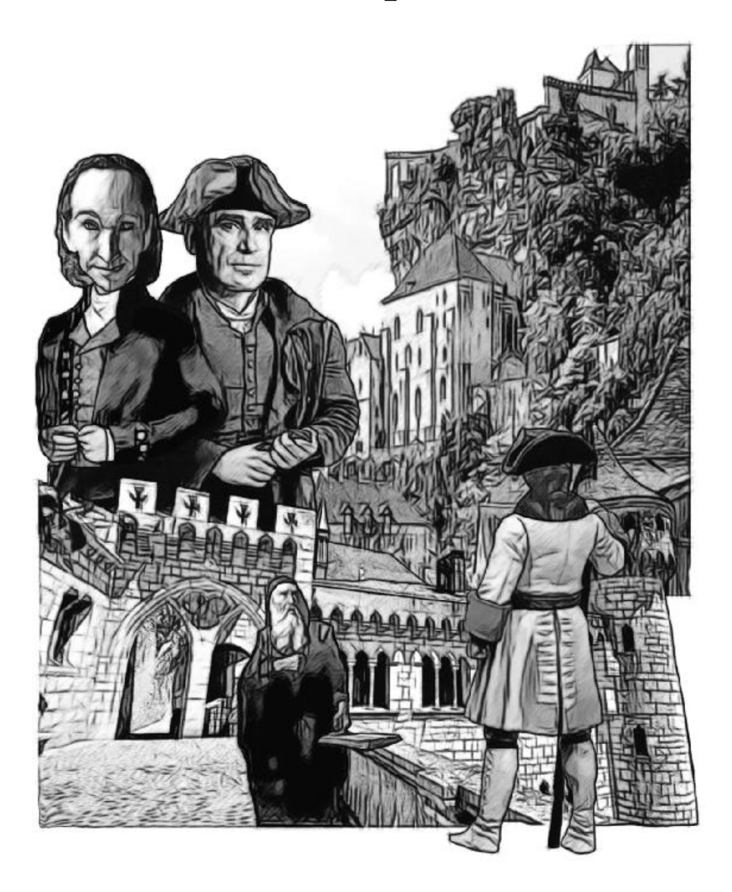
—Porque no es verdad lo que ves. Es el resultado de la fantasía que experimentas —fue cambiando hasta recuperar la figura del Amodeo de siempre, con los atributos que lo hacían reconocible—. Lo que observas son reflejos de lo que hay en mí, de ahí que se materialicen con facilidad sobre el espejo.

—¿Y podrías hacerlo conmigo también? —con cualquiera debería haber sido mi pregunta, mal formulada por el espanto.

—No. Para ello necesitaría que leyeses eso que llamas mamotreto y que me costó meses escribir. No admitiré más preguntas hasta entonces —recuperó la seriedad, ahora justificada—. ¿Por dónde vas?

—Parten hacia Rocamador —dije, todavía boquiabierto.

No habrá fantasía que verdad no sea



XXIX
El monasterio de Rocamador

Maupertuis, Amodeo y Torres se despidieron de don Juan de Salazar con la idea de no encontrarlo a su regreso. En cualquier momento se vería impelido a abandonar Francia y regresar a Madrid. Prometió esperar tanto como le fuese posible, pero la realidad sobrepasaba con creces sus peores presagios.

Los tres viajaron de incógnito, manteniendo en secreto el destino y el propósito del viaje. Oficialmente, Maupertuis se había enclaustrado en una villa de las afueras de París para estudiar unos papeles llegados de la isla británica. Los rumores, promovidos por él mismo, apuntaban a que el encierro poco debía a las matemáticas y sí a una dama malcasada.

—Viajo como un fantasma sin nombre, con un extranjero en cada flanco. Podría morir víctima de vuestras espadas, ser arrojado por un barranco y nadie en París se preguntaría por mi paradero. Sólo una sentencia salvadora me separa del peligro —rio, refiriéndose a la famosa contraseña para acceder al corazón del monasterio.

Amodeo cruzó una mirada cómplice con Torres a espaldas del francés, sugiriendo la conveniencia de tomarle la palabra en el camino de retorno. Éste negó con la cabeza, presuponiendo que Amodeo no bromeaba. Mal comienzo sería, para la elevada pretensión que los había movido, acabar con la vida del verdadero sucesor espiritual de Leibniz. Pronto se percató de que Maupertuis había nacido para amarse y que ese afecto tan íntimo lo aplicaba a todas las manifestaciones, naturales o aprehendidas. Fue entonces cuando empezó a preguntarse cómo demonios Amodeo lo había atraído hasta esas pocas leguas que lo separaban de Rocamador, tan lejos de la capital de Francia. La respuesta de éste no se hizo de rogar. Le había asegurado que disponían de claves esenciales para construir la famosa máquina, transmitidas de Leibniz a Salzinger, de éste a Pascual y de Pascual a Torres. La misma cadena que había servido para identificar Rocamador.

Galoparon a buen ritmo, siempre hacia la salida del Sol. Ejerciendo de guía, Maupertuis los puso al corriente de lo que les esperaba en

Rocamador; un paraje sin igual que debía su nombre al ermitaño Amador, enterrado en la cortada en el siglo XII. El descubrimiento de su cuerpo incorrupto hizo florecer la población y dio origen a las peregrinaciones.

—Rocamador, como veréis, desafía la gravedad —dijo, para entusiasmo de Torres, que alzaba las orejas cada vez que escuchaba algo que evocara uno de los símbolos de sus indagaciones.

Rocamador crece a la derecha del río Alzou, al pie de las montañas de Causse, con una pared de roca de más de ciento veinte varas de altura. Cuando desciende del caballo, Torres mira hacia arriba y enmudece. Respira hondo y siente la necesidad de poner la rodilla en tierra, en señal de religioso respeto. Aquí mismo Raimundo Lulio pidió ayuda a Dios para acometer los tres propósitos que se había marcado: la predicación a los infieles, la escritura de un gran libro y el apoyo de papas y reyes a su causa.

La Rocamador de Lulio era, sin duda, más modesta que la que atisba desde abajo Torres. Al principio fueron siete las iglesias que acompañaban al monasterio. Ahora el número de edificios que se adentraban en la piedra había crecido grandemente. Un majestuoso castillo coronaba el acantilado. Emprendieron la subida por la larga escalera de los peregrinos, que solían recorrerla de rodillas. Fue en una parada para recuperar el resuello cuando Maupertuis pronunció la cifra mágica: ciento veintiséis.

—Los monjes de Cluny, en 1172, recogieron en un libro ciento veintiséis hechos portentosos de la Virgen que se guarda en esa iglesia de ahí, llamada de Notre Dame y construida antes de que Colón nos descubriese las Américas. Es la Virgen Negra. Una talla de madera con los ojos cerrados y el niño Jesús en su rodilla izquierda, que no fue negra y ahora lo es, oscurecida por el humo de los cirios. Ciento veintiséis, qué hermosas son las matemáticas —exclamó Maupertuis.

—¿Y a qué se debe tanta hermosura? —preguntó Torres.

—¿No lo veis? Uno, dos y seis. El uno representa a Dios, uno y trino. El dos, la eterna dualidad entre el bien y el mal. El seis, a decir de los arcanos, queda reservado para la pugna del Diablo contra Dios. Y, además, suman nueve —Amodeo esbozó una de sus sonrisas de condescendencia.

—Tres veces tres. La Trinidad perfecta —completó Torres. Incomprensiblemente, la roca de Amador y la puerta de la alcoba oculta en la posada del Peine quedaban hermanadas por la gracia de un número. Casi un sacrilegio, si se piensa bien.

—¿Y sabe lo mejor? —añadió Maupertuis—. Que estos escalones en los que nos hallamos suman doscientos dieciséis, repitiendo la cuenta.

Torres se entregó por entero a la grandeza de Rocamador, señalando con el dedo detalles de su arquitectura, boquiabierto ante tanta belleza. Hasta reparar en una espada que sobresalía de la roca, soltando un improperio salmantino que Maupertuis no sería capaz de traducir pero que comprendió sin duda. Relató, entre risas, que la atribuían a Roldán, el del *Cantar,* y era conocida como Durandarte. En España, en las regiones de El Bierzo, hay un lago en cuyo fondo yace la ciudad de Lucerna, anegada por sus moradores para impedir la conquista de Carlomagno.

—Aseguran que la famosa Durandarte quedó sepultada allí —Amodeo abría la boca por vez primera desde la llegada a Rocamador, y era para llevar la contraria al francés.

—Baste pensar, para que nadie mienta —susurró Maupertuis, saliendo airoso—, que Roldán poseyó más de una espada y que su apego al nombre se asemeja al que Cervantes debió tenerle cuando escribió el episodio de la cueva de Montesinos para su *Quijote*.

Tan notable era el conocimiento del francés como la efusividad del saludo del monje que vino a abrir la puerta del monasterio. A lo que se ve, Maupertuis era respetado en aquel remoto paraje regentado por los hombres de Dios. Atravesaron un estrecho pasillo, iluminado con antorchas. Al fondo, torciendo a la izquierda, se entraba en la biblioteca. Si grandioso era el exterior, arrimado a la roca, mucho más lo eran aquellos interiores, de dimensiones excepcionales, que penetraban en ella. Cada estancia superaba en proporciones a la anterior, cada puerta encerraba un misterio para dificultar su apertura en caso de saqueo. Las estanterías, enormes, cobijaban volúmenes de leyenda, mitos hechos realidad por mor de los monjes. Finalmente, se enfrentaron a una pared pulida, toda ella de una única piedra que bien podría ser mármol. El monje se detuvo, quedando a la espera de que alguno de los visitantes tomara el mando.

Fue Maupertuis el que hizo uso de la llave que franquearía aquel obstáculo único. Carraspeó un instante y, con declamación sacerdotal, soltó diez palabras que venían a sintetizar el dogma que encerraba la idea de la máquina de las almas.

—Caput aeviternitatis est in tempore et eius cauda in aeternitate —la cabeza de la eviternidad está en el tiempo y, su remate, en la eternidad.

Ni en una vida como la de Matusalén habría adivinado Torres que aquella sentencia sobre la eviternidad fuese el «ábrete, sésamo» de la enorme piedra. Movida por ruidosos resortes internos, dio paso a una estancia minúscula en comparación con las anteriores, excavada en el confín del acantilado milagroso y que, para sorpresa de quienes la

visitaban sin previo aviso, poseía un aire puro, levemente perfumado. Allí se afanaban unos monjes amanuenses, reproduciendo sobre resmas y resmas de papel un texto que Lulio había depositado en la biblioteca, originando el mito. Ninguna de aquellas copias vería jamás una imprenta. Eran seleccionadas para su entrega a quienes merecieran el honor de intentar abordarlas y resolverlas, encontrando la aplicación de la máquina en ese esfuerzo de elevación a Dios que Lulio materializa, para general conocimiento, en su obra *El árbol de la ciencia*. Famosa desde su origen, fue terminada en Roma en 1296. Ya antes había hecho uso del término «eviternidad». La primera vez, que supiera Torres, veinte años antes, en el *Libro del gentil y de los tres sabios*. La inmortalidad era, para Lulio, un tema esencial. Pero, y de ahí la sorpresa de Torres, la visita de Lulio a Rocamador se remonta una década más. La conclusión era sencilla para alguien en el estado de exaltación de la fe en que se encontraba en ese momento: el texto de Lulio allí depositado estaba inspirado por Dios.

Bajo el símbolo del árbol, Lulio presenta una introducción enciclopédica a todos los saberes del hombre. O, mejor dicho, un arte para hallar todas las verdades del mundo. Entre los catorce árboles en los que se multiplica el árbol general —dieciséis en realidad, pero los dos del extremo no constituyen la estructura del universo, sino complementos de la metodología de Lulio que me costó lo mío entender—, el «arbor aeviternalis» ocupa el puesto once. Inmediatamente precedido por los llamados apostólico y celestial. Representa, por lo tanto, el último grado que puede alcanzar una criatura, porque significa la última perfección de los ángeles y de los hombres. Más allá sólo se sitúan los árboles destinados a la Virgen María, a Jesucristo y a Dios.

Ya sólo faltaba lo importante. Demostrar que eran dignos de recibir aquel manuscrito. Maupertuis se apartó para dejar que Amodeo se adelantara, dirigiéndose sin vacilación al monje superior, que coronaba el grupo de mesas como haría un maestro en un aula. Su nombre era Amador, como el santo que daba nombre a la roca, y había nacido para encargarse de aquella tarea. Su barba blanca y su tez casi transparente evidenciaban la edad y el encierro. Amodeo lo saludó con el respeto que le otorgaba la dignidad del puesto y bajó el tono de su voz hasta impedir que los restantes lo oyeran. El venerable no tardó en apartar la cabeza, mostrando asombro. O, a decir de Torres, temor. Maupertuis hizo amago de acercarse, pero el monje lo detuvo con un gesto.

Los tres visitantes salieron de allí con el valioso manuscrito metido en un cartapacio de piel de carnero. Torres, a su estilo, se mordió la

lengua hasta abandonar el monasterio con una reverencia. En contra de lo que cabría esperar, su interés no se hallaba en descubrir la conversación de Amodeo con el monje Amador, sino en saber de la contraseña. Que su contenido casaba con el propósito del lugar era hasta obvio, dada la naturaleza de la expresión. Pero lo que intrigaba a Torres era a santo de qué necesitaba Maupertuis una contraseña cuando era conocido entre los monjes. Y, más allá, para qué acudir hasta Rocamador si, con seguridad, él ya disponía de una copia del libro anónimo de Lulio. La respuesta del sabio francés fue irrebatible.

—La contraseña es una garantía de normalidad. Bien podría haber sido obligado a punta de pistola, que los españoles tienen fama de belicosos en estas tierras. En cuanto a la copia, juré por mi vida no entregarla ni reproducirla. Vine a ayudar, saldando una deuda —miró hacia Amodeo, que caminaba delante—. Por si esos mismos españoles, desarmados pero sin alma, errasen ante los requerimientos del campanero.

—¿De qué campanero me habla? —preguntó Torres.

—La tradición cuenta que la campana anuncia el salvamento milagroso de marineros, extendiéndose el culto a Nuestra Señora de Rocamador por todas las comarcas que miraban al océano encrespado. El guardián del manuscrito sin nombre antes tuvo por misión apuntar el día y la hora de los sones de la campana.

—¿Y qué relación hay entre un oficio y otro? Pasar de contador de toques de campana a máximo responsable de las esencias del saber —repuso el salmantino.

—En otro tiempo se decía que la campana sonaba cada vez que un alma angelical alcanzaba el último peldaño de la escalera de Jacob y era recibida en el cielo.

XXX
EL INFRUCTUOSO EXILIO

De regreso, Maupertuis no pisó Burdeos. Los tres jinetes se separaron en una encrucijada de caminos, sin más saludo que el compromiso de volver a verse si culminaban con éxito sus respectivos estudios del manuscrito anónimo.

De Burdeos, sin dilación, partieron hacia Bayona, prestos a regresar. Don Juan de Salazar los había esperado escribiendo memoriales como un loco. No hubo personalidad de fama que no recibiese el suyo, encaminados todos a que llegasen las súplicas al rey que seguía en Sevilla y los oyese en justicia. Tal gracia finalmente le sería concedida al caballero de la Orden de Santiago, cayendo el nombre de Torres en el silencio.

Disfrazados de arrieros gracias a unos mercaderes de Fuentelaencina con los que intercambiaron las ropas, superaron sin delatarse los trámites de la aduana. Vistiendo unos coletos mugrientos, en mangas de camisa, con los botines abigarrados y la vara al cinto, era imposible que alguien los reconociera. Seis mulos llevaban con ellos, teniendo por destino la localidad alcarreña. Allí recuperaron sus prendas y sus monturas, compensando con generosidad la ayuda prestada.

Fuera de la villa, deciden separarse más por precaución que por necesidad. Don Juan se dirigirá a Madrid; Amodeo y Torres lo harán hacia Salamanca. Pero, antes de estrecharse en un último abrazo, Torres le ruega que, en caso de que su rumbo se tuerza y caiga en la desventura, el caballero asuma la manutención de su madre. Quinientos reales al mes, conciertan. Y a fe que uno y otro cumplieron, pues don Juan no faltó a su palabra y Torres, por su parte, devolvió hasta la última moneda. Si penosa fue la despedida, no menos fue la llegada a Salamanca. No hay pena mayor que la duda y ésta arraigó en la mente de Torres al comprobar cómo era saludado y cómo los alguaciles brillaban por su ausencia. Don Juan se presentó en la Cárcel de Corte y fue enviado al convento de San Felipe el Real, donde declaró su verdad de lo sucedido. Absuelto de la condena a seis años en el Peñón, quedó sentenciado a uno de residencia en el

convento de Uclés, de la misma orden. Mientras tanto, nadie perturbó la bicha que recorría las tripas del catedrático, impidiéndole concentrar su pensamiento en lo que en verdad importaba. Y así fue durante un largo mes de ayuno involuntario y abstinencia forzada por el desasosiego, que ni el maestrescuela que ejercía la jurisdicción de la universidad en nombre del papa, ni el corregidor del lugar, ni ninguna otra persona le hablaron de la fuga y el castigo. Llegó a persuadirse de que sería perdonado. Pero una mañana de octubre, cuando comenzaba a olvidar su desgracia, entró por la puerta el alcalde mayor don Pedro de Castilla para notificarle la orden del rey: debía ser extrañado de sus dominios. Conducido por dos corchetes y un escribano, en treinta horas fue puesto en Portugal, sujeto a las leyes del monarca Juan V.

Sin tiempo para preparar el equipaje, Torres había cogido lo que más apreciaba: dos trajes de sastre madrileño, una capa de señor, las camisas menos raídas y un par de libros. Dejaba atrás lo que más podía interesarle: el manuscrito anónimo, en manos de Amodeo. En los meses siguientes, nada supo de ambos, hasta el punto de que dudaría de que el fiel aliado lo fuese realmente. Volverá a aparecer cuando menos lo imagine, como suele, se decía. Pero no apareció.

En ese tiempo rodó por las aldeas, caseríos y ermitas cercanas a las ciudades de Coímbra, Vila Real y Lamego, divertido y regalado en las casas de curas, jueces, médicos y otras personas de gusto y posibles. Siempre fue un conversador de buena labia, adulador y zalamero, que sabía sacar provecho de sus antiguas correrías, dentro y fuera de Portugal. El ermitaño don Juan del Valle volvió a su boca, para gozo de quienes lo habían tratado. Pero su más prestigioso tema era el de la ciencia. Hablaba con los abades y los hidalgos instruidos, que no eran escasos en la región, de los sistemas de la filosofía reciente, del mundo de los átomos, de la materia sutil. Discutía sobre Aristóteles y sobre Descartes, sobre las matemáticas que embelesaban con sus rayas, círculos y figuras, sobre la medicina que aparta de sí la astrología. Hasta entraba en políticas, áulicas y guerras, que su esfuerzo le costaba complacer a sus oyentes.

En Coímbra adoptó el nombre de Francisco Bermúdez, refiriendo que era amigo y valedor del catedrático don Diego de Torres, que penaba cerca de la frontera por una injusta sanción real. Se daba la circunstancia de que la universidad tenía vacante el lugar de honor en Matemáticas, y a punto estuvo de descubrir su juego al apreciar las ventajas económicas que le ofrecían. El recuerdo del celoso marido que lo obligara a huir en su primera y lejana visita, hizo que desistiera. Su obsesión era no arraigar en ningún sitio, dejar buena impresión y solicitar a los que lo despedían con agasajos que

escribiesen al rey Felipe V para que le permitiese su defensa.

Es un periodo triste para él cuando hace examen de conciencia, pero gozoso en el día a día, pues la mayor parte del tiempo vive de los demás sin aplicarse en trabajos que no fueran los de la saliva y la lengua. Vago y ocioso, dice él, en perpetua espera de que la justicia llegue. Y ese estado de ánimo lo lleva a esquivar Lisboa, porque teme no volver a su tierra si se instala allí, y a no progresar en ninguna de las ramas del saber. Apenas escribe un trío de almanaques, publicados en Coímbra, y un romance de casi mil versos destinado a congraciarse con las altas instancias de la Iglesia salmantina. A la postre, son veinticinco los meses sin fruto, acordándose del manuscrito y odiando a Amodeo sólo cuando la angustia de la esterilidad lo acosaba, sin uso ni provecho. En medio, dos enfermedades que debilitan más su mente que su cuerpo, inclinándolo al lamento y la abulia, pero de las que emerge fortalecido por el deseo de regresar a su antigua vida. La primera fue un garrotillo que agarró en una mísera aldea, en casa de un pobre pescador. Sanó gracias a una alimentación consistente en caldos de coles y tocino, horchatas de simientes de calabaza y melón, y a unas sangrías que él mismo se practicaba. Aunque enemigo de la desmesura en la evacuación de fluidos, en sus viajes llevaba siempre un estuche con herramientas de cirugía, pluma, tintero, hilo y aguja, que la medicina, la escritura y el remiendo servían para arreglar una vida y para preparar una muerte. La segunda, peor si cabe, fue una calentura asistida por el necio médico del convento de San Francisco de Trancoso, que por poco no lo lleva a la sepultura con sus brebajes para el tratamiento de las recaídas. Acabó camino de una tisis de la que se libró con la ayuda de un enfermero y la decisión de quien entiende que le va la extremaunción en el envite, abriendo un botón de fuego entre la tercera y la cuarta vértebra.

Cuando ya creía que su exilio en Portugal no tenía cura, recibió noticias de don Juan de Salazar, que había cumplido su reclusión en Uclés y, de vuelta a Madrid, bregaba por la restitución de Torres. Le escribió que sería oportuno que alguna de sus hermanas apareciese por la Corte, desplazada a Balsaín, a suplicar al rey que se apiadase de la madre del varón de la familia y, por ende, de éste. La sugerencia fue atendida con prontitud por su hermana Manuela, su sobrina Josefa y el primo Antonio, de los Villarroel. La insistencia dio fruto y el cardenal de Molina les comunicó que, por orden del rey fechada el 9 de noviembre de 1734, se autorizaba a don Diego a reincorporarse a la cátedra, manteniendo la prohibición de entrar en Madrid y de publicar escrito alguno sin permiso previo.

La alegría de pisar por fin su tierra se vio empañada por la

constatación de que no eran pocos los enemigos que conservaba, hábiles en el manejo de la mentira y la falsa prueba. A la postre, ninguno de ellos importaba gran cosa, y todos quedaron relegados cuando recibió la visita de un Amodeo más espigado y fino, al que ya creía en Italia, experimentando con el manuscrito de Lulio. Lo acoge con la hospitalidad que se le suponía a un Torres, pero sin efusividad. Lo sienta a su mesa, le sirve de su almuerzo, regado con buen vino. Se había propuesto no preguntarle por los dos años de separación. No pudo, sin embargo, contenerse.

—¿Qué hiciste en ese tiempo en que casi muero?

—Buscar mejor compañero para mi elevado propósito, pero no lo hallé —contestó Amodeo con un tono que mediaba entre el desprecio y el halago.

—¿Qué elevado propósito? ¿Construir la máquina de las almas con un manuscrito que debías compartir? —repuso Torres con visible enojo.

—¿Qué te hace pensar que lo tuve conmigo?

—La lógica.

—Pues ve a tu alcoba, mira debajo de la cama y desarma tu lógica —Amodeo pinchó un trozo de queso con el cuchillo y se lo llevó a la boca. Levantó las cejas, incitándolo a subir.

Torres regresó con un arca con candado. La depositó sobre la mesa y aguardó a que Amodeo le proporcionase la llave. Dentro había una bolsa llena de buenos reales y el cartapacio que les entregaron en Rocamador.

—¿Y si hubieran registrado la estancia? —Torres pensaba en las acciones de la justicia.

—¿Qué te hace pensar que, si lo logramos una vez, no podamos lograrlo dos? —Amodeo mostraba la templanza que lo caracterizó siempre.

—¿Cómo convenciste al monje de la campana? —preguntó Torres tras percatarse de que su diabólico amigo no había cambiado.

—Le dije quién era.

—¿Y quién eres?

—Niccolò Furio Hermes d’Amodeo me dicen desde hace tanto tiempo que casi olvidé cómo me llamó el mismo Dios cuando tuve a bien nacer en España.

—¿Cómo te bautizó?

—Francisco, Francisco Gómez —sonrió el amigo, provocando la carcajada de Torres.

—Bien elegido, que más pareces un Gómez nacido de vieja familia de godos que un Amodeo de romana condición.

XXXI
Entre Floridablanca y Aranda

No podía dudar de que Amodeo, en una de sus extrañas transformaciones, hubiese pasado por Francisco Gómez. Tardé en recuperar la calma después del prodigio al que yo mismo había asistido. Las preguntas me salían a borbotones de la boca, pero era consciente de que no las contestaría hasta que satisficiera su demanda. Impelido a leer mientras preparaba un interrogatorio que ni los de la Santa Inquisición, pude comprobar que Torres había llevado hasta las últimas consecuencias su afán de conocimiento. Un objetivo, una causa.

En mi caso, la tormenta que se cernía sobre mi cabeza me hacía zozobrar en dos frentes: el de Amodeo, interesado en Floridablanca, y el de doña Soledad, acuciado por la necesidad de información. No fue hasta el Domingo de Resurrección cuando se recibieron las nuevas. Se repitió, a mediodía, el aviso de que las existencias de chocolate habían menguado en el palacio de Liria. Una hora más tarde, el hijo del dueño de la posada llamaba a la puerta. Dos chavales desaliñados me reclamaban. Le pedí que los dejase pasar, que los estaba esperando. El Toledano y el Rubio traían el trabajo a medio hacer, pero mostraron la fidelidad a la tarea que se le exige a un buen ayudante.

Empezaron bien, apostándose junto a la verja de la casa palacio, aguardando pacientemente a que una señora de nombre Soledad asomara. La espera, más larga y cansada de lo deseable, se prolongó hasta el mismo Sábado Santo. Para su sorpresa, no salió en carruaje ni vestida con galas.

—Iba de diario, con ropa corriente —reseñó el Rubio.

—Se pegó una buena caminata —añadió el Toledano.

Doña Soledad, de incógnito, giró pronto, por la calleja de las Negras, para coger San Dimas y seguir recto hasta San Bernardo. Tomó después la transversal de San Vicente y, haciendo esquina con la corredera de San Pablo, llamó a la puerta de una casa.

—La saludaron como a alguien que se conoce —dijo el Rubio—. Y hasta ahí.

—¿Cómo que hasta ahí? —me apresuré a preguntar.

—Que ahí se quedó. No volvió a aparecer, como si se la hubiera tragado la casa —apuntó el Rubio—. Para mí que murió dentro.

—Pero ¿no salió nadie?

—Sí, salió gente. Pero ella… no. Le juro —se llevó la cruz formada por los dedos índice y pulgar a los labios para corroborarlo— que esperamos hasta horas que no eran de señora.

Un enigma, sin duda. Volvimos a ver a doña Soledad en la tercera visita a los cocinas. Se mostró solícita, afectuosa. Retornó a la idea de que algo en Amodeo le resultaba familiar, como si ya antes se hubiesen tratado. Nos despidió con un regalo, un hermoso reloj de péndulo de una cuarta de alto, conservado en una campana de cristal. La duquesa en persona lo había escogido para nosotros. Pero no se produjo ningún gesto cómplice que me permitiera pensar que volvería a reunirse conmigo. Hizo un comentario sobre el traslado de la Corte a Aranjuez, previsto para el día 8, que quise entender como una llamada de atención. Una llamada que quedó reducida a una atención sin fundamento, pues ninguna otra pista llegó hasta mí ni en esa jornada ni en las siguientes.

El 8, en previsión de que algo sucediese, aposté a mis jóvenes espías nuevamente. Se repitió la caminata de doña Soledad, siguiendo idéntica trayectoria y acabando en el mismo sitio. Se repitió, del mismo modo, el relato y el juramento de los muchachos. Intervino entonces Amodeo, que permanecía en silencio, ajeno a la conversación.

—Sale con otras ropas, embozada —comentó como quien no quiere la cosa.

—¿Qué sentido tiene eso? —pregunté, desdeñoso.

—Sé de mujeres que se visten de hombre para vivir aventuras —apuntó el Toledano. Parecía menos avispado que el Rubio, pero se fijaba en los detalles más ínfimos.

—¿Conoces a alguna? —dijo Amodeo riéndose.

—No —se sinceró—. Pero lo cuentan en la plaza.

—Por cierto, tú no eres de Toledo, ¿verdad? —Amodeo había roto la charla con su estilo de siempre.

—No. Me lo pusieron por la noche toledana que di a mi madre y a todos cuando nací, que a punto estuve de quedarme dentro.

—Y tú no pareces rubio —añadió dirigiéndose al menor en estatura y edad.

—Debo serlo, señor, debajo de esta mugre que me protege de la enfermedad de ser reconocido y apaleado.

La risa de Amodeo sonó a voz de ultratumba, cargada de eco y malicia. La respuesta del crío había sido llana, sin tapujo y con su

pizca de mordacidad, como a él le gustaba. Odiaba a los quejumbrosos tanto como respetaba a los abnegados que se levantan cada vez que caen. Premió a ambos con un delicioso pastel y esperó a que se fueran.

—Doña Soledad debe estar metida en algún embrollo. Quiero pensar que por voluntad propia y no como consecuencia de la extorsión —afirmó sin concederle importancia, como si fuera lo más normal del mundo que una dama se viera apurada por algo inconfesable.

Lo cierto es que yo también tenía eso en mente, si bien disponía de mayor información. No ignoraba, como él, por dónde discurrían las ideas y afinidades de doña Soledad, que, por unas horas, me había otorgado el honor de escuchar sus confidencias. Me apresuré a desviar su atención para no revelar nuestra charla privada. No estuve fino, quizá porque me preocupaba sinceramente por el destino de la señora.

—O tiene una aventura que ha de ocultar celosamente —sugerí.

—Claro, y se viste de varón para ir al encuentro de su hombre —me miró con suficiencia—. Para mí que tú guardas alguna cosa que me importa un bledo, pero, por si te sirve de algo, te diré que el conde de Aranda posee una casa palacio en la calle del camino de Fuencarral, cerca del lugar que escoge tu amiga para mudarse. La idea de usar a esos chiquillos como espías es buena. Nadie mejor si son avispados, porque pasarán desapercibidos por la calle. No obstante, la simple mención de Aranda aconseja extremar la prudencia y no jugar con la vida de esas criaturas.

El conde de Aranda, en efecto, había comprado las antiguas propiedades de un tal Nicolás Dupont, hombre de negocios y arrendador de diezmos de la mar. La quiebra y desaparición de éste permitió que las casas que constituían el edificio situado enfrente del Real Hospicio acabaran siendo subastadas. Formaban un conjunto que daba a cuatro calles, con fachada principal a la de Fuencarral. Puede decirse que Madrid acababa en dirección hacia el norte justamente allí. Un lugar estratégico, con buena escapatoria, por el que don Pedro Pablo Abarca de Bolea —que así se llamaba el conde— pagó quinientos mil reales de vellón en 1770.

Si de mencionar la trinidad de personajes influyentes en el imperio español de aquel 1790 se tratase, habría que citar al rey Carlos IV, a Floridablanca y a Aranda. Este último era un viejo zorro de la política, nueve años mayor que el primer secretario, curtido en mil batallas. Había sido presidente del Consejo de Castilla y se había visto apartado, en París, durante un largo decenio. Entre sus amistades se hallaba mi querido Voltaire, que llegó a afirmar que, con media docena de hombres como Aranda, España quedaría regenerada. Tenía,

a decir de Amodeo, una mirada lánguida y engañosa, que escondía su férrea determinación. Era intransigente y belicoso. Entre los muchos rumores que corrían por los mentideros, se aseguraba que el anticlerical Aranda había traído de Francia la afición a la masonería y sus ideas libertarias.

No era difícil, con esos mimbres, construir un cesto a la medida de doña Soledad. Sus pensamientos e intereses, las preguntas que me planteó, su desapego por los actos religiosos de la Semana Santa, su desprecio a los apellidos y títulos…, todo hacía sospechar que, de existir las logias en Madrid, ella hubiese buscado la manera de introducirse en una. Pero no era tan obvio que tales sociedades secretas no fuesen fruto de la fantasía o de la malicia. Como tampoco lo era que doña Soledad lograse pasar por hombre, engañar a sus camaradas y superar el proceso de aceptación. Y, por último, de ser cierto, ¿qué precio ponía a esa información? No me figuraba intercambiando mi valioso silencio por datos que me condujeran al fruto de mi pecado. Jamás había hecho nada parecido y, aunque la situación lo requiriese, no me veía traicionando a una mujer que respetaba y por la que sentía auténtica afinidad.

La respuesta a tantas cuestiones se redujo a un hecho definitorio: me encerré a leer la biografía apócrifa de Torres. El famoso mamotreto. No fue ningún sacrificio. Las circunstancias me impulsaron cuando más interesante se estaba poniendo la cosa, tras efectuar las especulaciones precisas para esbozar la máquina de Lulio. Dejé que Amodeo cubriera sus propósitos sin preguntar ni pedir nada a cambio. Las jornadas transcurrieron a saltos. Hubo momentos en que el péndulo del reloj que doña María Teresa nos había obsequiado se columpiaba con vigor, mientras en otros, los menos, se ralentizaba mortalmente, víctima de una de esas descripciones que más parecen un retrato a carboncillo que un pasaje de transición, destinado a rebajar el nerviosismo del que espera el milagro. Amodeo, por razones que se me escapaban y que él no quería contar, perseguía a Floridablanca. Y, mientras, el triunvirato formado por Torres, Lulio y doña Soledad campaba a sus anchas en mi sesera.

Cualquier persona en su sano juicio hubiese centrado la atención en Amodeo, el nuevo Amodeo con capacidad sobrenatural y una centuria de onomásticas, por lo menos, en sus resistentes espaldas. ¿Cómo había logrado aquella suerte de perpetuidad que, encima, no había dudado en ofrecerme? Pero las emociones distaban de ayudar a que mi mente se mantuviera despejada y con ganas de conducirme con sensatez. Hoy pienso que, abundando en lo vivido, de poco habría servido no plegarme a las exigencias de aquel sujeto. Él se movía por

convicción; yo, en cambio, lo hacía por intuición, con lo que eso conlleva. No obstante, tras asumir que mi Amodeo y el de Torres eran el mismo, mis ojos no se enfrentaron al manuscrito de igual manera. Un halo esotérico impregnó cada renglón y cada trazo, permitiéndome nuevas interpretaciones de los acontecimientos. La vida de Torres era más lógica de lo que sospechaba.

Una tarde, particularmente cansado de la simbología de Lulio, seguí a Amodeo en una de sus salidas. Con más sigilo que mis pequeños espías, me mantuve a casi treinta pasos de su capa. En la plaza de Santo Domingo, en medio del bullicio de esa hora previa al ocaso, lo perdí. Me desplacé a derecha e izquierda, dubitativo. En lugar de bajar por la calle de Torija, que ya sabía dónde me llevaba, tiré por la de al lado, hasta la entrada del monasterio de la Encarnación. No había misa y la verja estaba cerrada. Seguí camino. Delante de la Biblioteca Real, hice amago de pararme, recibiendo un empujón que a punto estuvo de hacerme perder el equilibrio y caer de bruces. Era Amodeo, que me apartaba de la trayectoria de un carruaje más vivo de lo conveniente. No me saludó como Dios manda ni se interesó por mi presencia en un lugar que no frecuentábamos.

—Lee esto —dijo alargándome un papel.

Se trataba de la reproducción de un auto del Consejo de aquel mismo día, 12 de abril, por el que se prohibían todos los papeles periódicos a excepción del *Diario de Madrid*, y éste con la condición de que se ciñese a los hechos, y sin que pudiese poner versos ni otras especies políticas de cualquiera clase.

—Veo que se teme más a un verso, bien o mal escrito, que a una pistola. ¿Qué tiene de nuevo? —pregunté, sugiriendo que la censura era efectiva desde mucho antes.

—Que servirá para justificar un atentado.

—¿Y eso nos preocupa? —creí que esas cosas no le importaban.

—A ambos. No puedes imaginar cuánto.

XXXII
Un billete como cebo

No era la primera vez que pasaba la noche en vela. Por desgracia, en mi vida ha habido más de una madrugada en que mi sufrimiento se me antojaba el de Jesús en el huerto de Getsemaní. La del lunes al martes de aquella endiablada semana del mes de abril de 1790 no fue de ésas. Tal como Amodeo apareció, con su aire de fantasma y sus sentencias que no se molestaba en aclarar, volvió a esfumarse. De no haber padecido el impacto de su cuerpo, diría que estaba hecho de gas.

A solas, me empeñé en descifrar la frase del atentado y el porqué de nuestro interés en que éste no se produjera. Habiendo reducido a tres los personajes más influyentes, sólo cabía pensar en dos: el rey Carlos IV y el conde de Floridablanca. El odio que este último y Aranda se tenían justificaba la sospecha de que el conflicto desembocase en un magnicidio. La muerte del rey no beneficiaría a nadie, ni dentro ni fuera de España, en ese momento. Amodeo, por otra parte, llevaba detrás de Floridablanca desde que arribamos a la capital. Deduje, sin excesivos datos, que quien se hallaba en peligro era él.

Como la noche es larga, mis especulaciones llegaron más lejos. Personalmente, que uno u otro conde muriera no alteraría mis humores. Y no despreciaría la inteligencia de Amodeo eliminándome tan pronto de su enigmático planteamiento. Si afirmaba que la inquietud era cosa de ambos, alguna razón tendría. Lo más obvio sería asociar a este liante con el atentado que proclamaba. Su preocupación derivaría de la propia tragedia; la mía, de los efectos indeseables que aquélla traería consigo. Como supuesto cómplice, por ejemplo. O por ver alejarse la posibilidad de una vida perpetua que, incrédulo, no había supuesto factible.

Comenzaban los claros de la aurora a abrirse paso en el cielo encapotado de Madrid cuando el sueño vino a acogerme. En ese extraño estado en que crees estar despierto y rara vez es verdad, me vi siguiendo a doña Soledad hasta el palacio de Grimaldi, percatándome demasiado tarde de que su intención no era visitar a la esposa o la hija del conde de Floridablanca, que jamás abandonó la soltería, sino

otorgar valor al puñal que escondía entre sus faldas. De modo que la preocupación de Amodeo se debería a que la sangre del primer secretario de Estado al que no lograba acceder truncaría el plan que se traía entre manos, mientras que, en mi caso, todo se reducía al aprecio que había manifestado por doña Soledad. Transcurrido un minuto de tan diáfana cavilación, caí definitivamente en la enajenación de los sentidos, despertando sobresaltado al cabo de unos instantes. Unos instantes, eso me habían parecido a mí, que eran en realidad más de diez horas durmiendo.

Salté de la cama como un resorte y, con las mismas, me fui a aporrear la puerta de la habitación de Amodeo. Al mencionar que debía contarle mi sueño, se llevó las manos a la cabeza. Ya había padecido los mensajes oníricos de Torres y de su admirado Quevedo. Sólo faltaba que a mí también me diese por admitir como verdad lo que navega por el *finis terrae* de la mente en falso reposo, dijo. No me amilané. Sin perder el tiempo en contestaciones baldías, empecé mi relato. Y, mientras las palabras salían de mi boca, gané conciencia de que lo que me había parecido que caía por su propio peso era ahora un fardo sin forma ni sustancia. Amodeo envuelto en una conspiración para matar a Floridablanca y doña Soledad haciendo de mano ejecutora. Sin embargo, no se rio en mi cara al escucharme.

—Por mi esencia, no soy partidario de matar. A nada ni a nadie —recalcó—. Un buen susto debería bastar… Pero no todo es descabellado. Admitiría, si se confirmase lo que presuponemos de ella, que doña Soledad es una mujer imprevisible, fuerte, capaz de llevar hasta sus últimas consecuencias aquello en lo que cree.

—Me aseguró que con gusto echaría abajo el palacio de Liria con tal de que la justicia prevaleciese sobre el privilegio —me vi obligado a desvelar nuestra conversación—. Es de la opinión de que, en esta vida, pocas cosas son gratis. Y, menos que ninguna, la libertad.

Terminado el diálogo, me percaté de que Amodeo no me había desvelado nada de lo que se traía entre manos. Ni siquiera ratificó mi idea de que sería Floridablanca la víctima. Pero me animó a indagar sobre los extraños movimientos de doña Soledad, para protegerla y para no perder la única baza que me quedaba a la hora de averiguar el paradero de mi hijo.

Volví sobre mis pequeños espías, en una nueva misión que nos obligaría a contar con un tercero. Debían buscar a alguien de confianza, con buena labia y mejor silencio, capaz de disfrazarse y actuar como otra persona. El pillastre era apodado el Hermoso y, al parecer, el término no hacía honor ni a su rostro, más bien corriente, de corta mandíbula y cabeza apepinada, ni a su complexión, más de

ciprés que de nogal. Su don quedaba oculto, para regocijo de las hembras que se topaban con él. Acudieron los tres a verme. El Hermoso venía flanqueado, contrastando su aseo y cuidada indumentaria con los desastrados que revoloteaban, como un par de moscas, a su alrededor. La estampa era desoladora, pero, conociendo la energía y el buen humor que derrochaban los pequeños, bastó la mueca del Toledano al señalar el porte del nuevo para sacarme la sonrisa.

Había sido una estupenda elección. El Hermoso tenía la presencia justa, la vestimenta precisa, sin excederse en los adornos. El cabello lucía recogido, limpio, con discretos bucles. La casaca no destacaba ni por su ornamento ni por sus faldones. Bien podría pasar con ella por el sirviente discreto de un noble. La chupa se veía más corta que larga, sin exagerar. La camisa no estaba raída y carecía de manchas. El calzón, a juego, llamaba menos la atención que las medias, de algodón, sin un pliegue, plantadas con el esmero de quien se sabe de pantorrillas dignas de la femenina admiración. Debía frisar los veinte y, por qué no decirlo, quise encontrarle un parecido con el Martín Tadeo que cayó presa del amor en el palacio de Monterrey.

El Hermoso, para más escarnio, las cazaba al vuelo. Era listo y, lo que es mejor, medía el nivel de inteligencia que debía enseñar en función de lo que la situación demandase. Su trabajo consistiría en acudir donde doña Soledad entraba en las tardes de incógnito y entregar, en nombre de don Tadeo de Clavijo y Salvatierra, un sobre lacrado para ella. Y así lo hizo. Con la convicción exigible y la urgencia que el caso requería, llamó a la puerta. Una criadita alegre vino a abrir.

—Mi nombre es Manuel, y apelo al santo papa que murió mártir para que testifique en mi contra si miento al decir que, en mi larga vida, pocos ángeles me habrán franqueado un obstáculo. ¿A qué serafina del cielo debo semejante honor? —carraspeó, inclinándose levemente hacia delante.

—Rosa fui bautizada —sonrió.

—Rosa en todos los sentidos y fragancias, que nadie mejor que tú para tomar este importante billete que don Tadeo de Clavijo y Salvatierra precisa sea entregado lo antes posible a la muy digna doña Soledad.

—Con gusto entregaré este sobre perfumado, remitido con tanto esmero, pero no será hasta mañana, a eso de la hora de vísperas —la muchacha entró al juego, participando de la misma verbosidad. Todo se pega, menos la belleza.

El éxito, sin reservas, coronó la misión. El Hermoso cumplió

sobradamente. No sólo supimos que doña Soledad era asidua de la casa, sino que también pudimos apreciar que no ocultaba su nombre dentro. Y, en el colmo del acierto, nos librábamos de una nueva vigilancia. Bastaría con apostarse en las proximidades a partir de las seis de la tarde y mantener los ojos abiertos de par en par. Agasajé a mis colaboradores con una comida opípara, enseñé a comer con el cuchillo y el tenedor al Rubio, y nos juramentamos para prolongar aquella empresa cuantas veces fueran necesarias.

—Pero antes de sellar este acuerdo he de saber las edades de aquéllos a quienes he otorgado mi confianza —fui más teatral que ceremonioso.

—¡Once! —exclamó, orgulloso, el Toledano.

—Casi diez —respondió el Rubio sin que lo oyera su propia oreja.

—Veinte justos. La edad de Jesús —el Hermoso era un dechado de valores—. La edad de Jesús cuando más gustaba a las samaritanas.

A la tarde siguiente, como un clavo, me aposté en la esquina de las calles de San Vicente y Fuencarral, disfrazado de cochero, con un carruaje allí al lado y un Voltaire de grandes belfos como guía de tiro. Me acompañaba el Hermoso. La luz decaía cuando entró en la ya famosa casa, cuyo número no doy porque no viene a cuento. Hube de llenarme de paciencia para verla salir, pero salió. Y lo hizo con la misma ropa que traía, una sencilla polonesa del color de la rosa pálida, con ribetes verdosos, retornando por el mismo camino que la había traído. Mi misiva había provocado la disuasión que deseaba. Ella había entendido que alguien —poco importaba que se llamase Tadeo de Clavijo y Salvatierra— había descubierto su secreto y la incertidumbre había bastado para renunciar a sus planes y regresar al palacio de Liria. Conocedor del trayecto, la abordé al cruzar la Ancha de San Bernardo.

—¿Es usted, doña Soledad? Qué grata sorpresa encontrarla aquí —me apliqué en la reverencia—. Veo que camina sin séquito.

—No necesito a nadie para acudir a un recado —sus facciones no ocultaban la contrariedad.

—Permítame entonces que sea yo quien la acompañe, que pronto caerá la noche —me conduje con una amabilidad casi versallesca.

Podría decirse que se mantuvo en silencio todo el trayecto. Apenas respondió, con desgana, a mis comentarios. Me guardé de agobiarla con preguntas, pero a punto estuve de confesarle que la misiva era mía. La realidad es que tampoco tenía la seguridad de que sus raros movimientos se debiesen a un deseo irrefrenable de asesinar al conde de Floridablanca. Reflexionar sobre ello tras un sueño no parecía suficiente aval como para darlo por cierto y actuar en consecuencia.

Ponía la venda antes de que llegase, o no, la pedrada. Y me sentí satisfecho.

Ya en mis aposentos, Amodeo dejó que me explayara. Presumí del resultado de mi plan, deteniéndome más en mis ideas y su porqué que en los hechos, poco interesantes *per se*.

—¿Qué dibujo llevaba el lacre del sobre? —como siempre, me sorprendía con sus preguntas.

—Un par de iniciales: T y C.

—¿Qué clase de advertencia contenía ese sobre tan perfumado?

—Ninguna. No escribí nada —comenzaba a pensar que ejercía de aguafiestas.

—Pues recomendaría que no retirases la vigilancia. Si doña Soledad es la mujer que imagino, no se amilanará a la primera. No se ha casado y, desde luego, rebasa con creces la treintena. Juraría que se siente presa en ese palacio. Necesita un aliciente y lo ha encontrado en la clandestinidad. No creo que le importe arriesgar la vida. Ni creo que la expulsión del clan de los Liria o el exilio fuesen un castigo para ella. Serían la liberación.

XXXIII

El hilo de la vida

Nadie que no lo haya padecido sabe lo que se siente en el exilio. El exilio te deja en suspenso. Provoca un sentimiento de interinidad, de desarraigo. Transcurridos los años, te conviertes en un hombre sin raíces, que no está ni aquí ni allá, que habita más el pasado sin remedio y el espejismo del porvenir que ese presente que es el único que de verdad existe. En aquel momento, habría empleado mis mejores argumentos con doña Soledad. Había algo en ella que me sublevaba y, al mismo tiempo, me empujaba a la ternura. Suponiendo que eso que yo percibía muy dentro, por vez primera en mi vida, pudiese calificarse así. Si Amodeo tenía razón, de poco serviría. Mis palabras caerían en saco roto. Nadie aprende en camisa ajena, solía decir Torres, que también probó la hiel de la distancia en Portugal.

Tras el retorno a Salamanca, don Diego presume de la quietud del hogar, de la compañía dulce de su madre y hermanas, de la conversación de sus allegados y de las adulaciones de su tintero y su pluma. Recupera el timón de la cátedra y participa en las actividades ordinarias de la universidad. Los avatares y la proximidad de la cuarentena lo han vuelto pacífico.

Nada más lejos de la realidad. Bajo la quietud que simula, vive el volcán del trabajo con Amodeo, interpretando el manuscrito de Lulio. Un texto oscuro, a la manera de los alquimistas, más oscuro de lo que hubiesen sospechado. Transcurre así el primer semestre de 1735. Las apariencias le permitirían, por nueva licencia del cardenal de Molina, pisar Madrid y publicar con la regularidad deseada. Participa en el claustro celebrado el 23 de agosto y prepara, desde ese momento, su visita a don Juan de Salazar, con quien se abraza en la capital del reino. Se dejan ver juntos, en paseos públicos en coche y en reuniones con amistades comunes, pero no fue ése el motivo principal de su encuentro en aquel primer estío tras el retorno de Portugal. Don Juan, Amodeo y Torres se encierran en el despacho del primero, a poner en claro los aspectos más prácticos del manuscrito que tan caro les había salido. Hasta el 18 de octubre, festividad de san Lucas que marca el comienzo del curso académico, el catedrático carecerá de obligaciones

universitarias. Aunarán esfuerzos, sin escatimar horas nocturnas, para separar el grano de la paja. Lulio, en su pretensión de convertir su obra en irrefutable, se extiende en consideraciones teóricas sobre el árbol de la ciencia y sus implicaciones, obligándolos a discernir entre lo que sirve a la causa de la máquina y lo que sólo sirve para justificar sus principios. No será sin embargo baldío tanto quebranto para los sesos. Pronto descubren que el sentido del avance lo marca la sentencia de Lulio sobre las artes que componen el cuadrivio, que no son otras que la astronomía, la geometría, la aritmética y la música. No han de ser tomadas, advierte, como un fin en sí mismas, sino como instrumentos al servicio de la simbología que desarrolla el manuscrito. Algo que Torres, sin saberlo, aplicaba en su cátedra con absoluta fe.

Primero abordan la cuestión menos peliaguda, basada en los principios astrológicos. Torres se atasca. Su conocimiento del firmamento no casa con las tesis de Lulio. Pero, como al final acaba comprendiendo, no lo hace porque el sabio medieval dibuja un cielo simplificado, útil para comprender la función que representa entre Dios y el hombre. La bóveda celeste gira en círculo alrededor de la Tierra que habitamos. Por encima de ella se sitúa Dios, inmóvil por su propia esencia. Los astros inciden sobre los seres pero no necesariamente sobre su alma, pues estamos dotados de libre albedrío. Ya lo había dicho Amodeo cuando se disfrazó de Salinero para publicar su *Pragmática del tiempo, en defensa de la buena astrología*.

Si entendemos que el alma humana proviene de Dios y está en perpetuo esfuerzo por volver a su seno, y postulamos que algunas lo consiguen, hemos de entender igualmente que esté unida a él por un invisible hilo que, como el que Ariadna proporciona a Teseo, ha de permitirle encontrar el camino en medio del laberinto que es la vida.

—La escalera de Jacob —explica Torres.

Si el hilo se rompe por la acción de la tijera de Átropos, el alma vagará sin sextante a la búsqueda de la polar alrededor de la que rota el cielo, en su intento por penetrar por ella y llegar a Dios.

—Luego es lógico pensar —don Juan comprendió el fundamento de la exposición— que el giro del cielo enrolla y desgasta el hilo de la vida y que, para hacerse merecedor de la presencia ante el Altísimo, es preciso rescatar la pureza de tal hilo. La máquina, en consecuencia, ha de rotar generando el efecto contrario a la acción del cielo, que lo hace de oriente a poniente, para desenrollar el hilo.

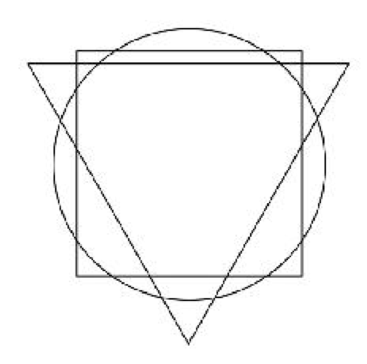
Apenas consumieron tres jornadas en el razonamiento sobre el hilo de la vida y el alma, quedando predispuestos para avanzar en la siguiente indagación. La pregunta caía por su peso. La máquina debía rotar y había de hacerlo siguiendo las saetas del reloj, pero ¿cuál

debía ser su configuración y su impulso?

—Superada la astronomía —apuntó Amodeo—, adentrémonos en la geometría.

La geometría, en el manuscrito, conducía a lo que Lulio llama la figura plena. Una figura formada por un triángulo invertido, un cuadrado y un círculo con el mismo centro y la misma superficie. Es plena porque el círculo se asocia a lo divino, lo que no tiene principio ni fin; el triángulo, al alma y las tres potencias clásicas: entendimiento, memoria y voluntad; el cuadrado, a los elementos de la materia, simples pero capaces de combinarse hasta formar la creación o el caos: fuego, aire, agua y tierra. Como Torres intuyera, Lulio plantea la cuadratura y la triangulatura del círculo como un símbolo de la utilidad de la geometría, como una aspiración de la armonía de la aritmética en el camino hacia Dios. La figura plena presenta al ojo del observador, con la singular economía de una simple mirada, una de las condiciones más hermosas de la creación.

Amodeo tomó la pluma, acercó la mano al papel y, con pulso firme y un solo trazo, dibujó una circunferencia más redonda que la que el voluntarioso amanuense de Rocamador había plasmado al reproducir el trabajo de Lulio. A ésta siguieron los polígonos de cuatro y de tres lados.



—Cualquiera puede entender la forma de construir una máquina como ésta y hacerla girar, pero… —fue interrumpido por don Juan.

—¿Cómo?

—Basta con acercarse a un molino, plantar el círculo sobre la rueda y adoptar el sentido de giro adecuado. Cualquier carpintero es capaz de montar el extraño tonel que resulta de unir semejante base con un cuadrado a media altura y una boca de forma triangular. Es raro, pero no difícil —Amodeo expresó con ingenio la parte sencilla del proceso.

—La solución está indefinida —precisó Torres—. Siendo, como es, imposible lograr la cuadratura, hemos entendido que Lulio habla de

semejanza en vez de igualdad. Pero ¿cuánta semejanza? Habría infinitas soluciones y eso no casa con la tesis aceptada. Con seguridad, ha de haber sólo una. Sólo una para llegar a Dios.

—La aritmética tendrá algo que decir en eso y en la rapidez o lentitud con que se produzca el giro del recipiente —don Juan había tomado perfecta conciencia de la magnitud del problema.

—Sospecho que el ritmo habrá de deducirse de esta parte del manuscrito, la que se entretiene en la música —Amodeo señaló una de las hojas que hablaba de un herrero y su martillo.

—¿Esos números que no hay quien entienda? —Torres hacía alarde de su poca inclinación por las matemáticas.

—Ya salió el catedrático, vive Dios —contestó Amodeo, soltando la hoja con signo de fatiga.

Amanecía cuando el dilema sobre el tamaño de la rara máquina y su movimiento quedó sobre la mesa de la biblioteca de don Juan, grande en tamaño y hermosura, con magníficas incrustaciones de serafines que, inocentes ellos, permanecieron ajenos a las desventuras mentales de los tres socios en tan singular empresa. El sueño fue agitado para Torres. Quevedo acudió a él, como en los textos que Amodeo escribió en su nombre. Traía nuevas, dijo, pero apenas habló. Vino a poner sobre la mesa un tablero lleno de ocas como el que Amodeo le enseñó hacía ya sus buenos siete u ocho años. Tiró los dados y, en un abrir y cerrar de ojos, alcanzó la parada final. Celebró la victoria dándose golpes de pecho. Después, más calmado, anunció su partida.

—¿Y las nuevas? —gritó Torres cuando ya se iba.

—Cuánta calamidad sean persecución indigna y calumnia mentirosa, bien lo supo Cristo nuestro Señor por sí. No hay mérito de varón grande y esclarecido que lo ignore. La sangre de los mártires lo dice y, bajando de los martirologios a las historias, no hay dignidad que no lo experimente —declamó en respuesta.

Ya de mañana, tras desayunar copiosamente, volvieron al estudio del manuscrito. Si de atender al cuadrivio se trataba, el paso siguiente habría de ampararse, como dijo Amodeo, en la música. Lulio aquí no fue tan claro como con la geometría. Narraba la historia del herrero que atraía o repelía a las gentes de su aldea cuando aplicaba dos martillos de diferente tamaño sobre el yunque. Llenaba una tabla de números con los tamaños de los martillos y los pesos resultantes para justificar una teoría aparentemente simple: la armonía musical. Pero no pasaba de ahí. No llegaba a ninguna conclusión aparente.

—Otra vez la sombra, como anuncié anoche —Torres mostraba su pesimismo.

—Anoche estábamos cansados. Ahora no necesitamos más información. Ahí está todo lo que se precisa para entender lo que el sabio pretende, porque la historia del herrero es la que Nicómaco de Gerasa atribuye a Pitágoras en su *Enchiridion harmonices*. Los números sólo sirven para explicar el concepto, carecen de valor en sí mismos —replicó don Juan con un brillo en los ojos que lo decía todo.

Y no erraba. La clave no estaba en la tabla, sino en la armonía. Don Juan, instruido en tantas disciplinas, sabía de música más que su amigo salmantino. Abandonó la estancia para regresar con un violín. Sin virtuosismo pero con eficacia, fue desgranando explicaciones y sonidos.

—¿Conocen a Johann Sebastian Bach? Durante el medievo, los compositores comprendieron lo que Bach afirmaría hace unos años: el fin y causa última no debería ser otro que la gloria de Dios y el deleite del alma. La mayor de las armonías deriva del propio concepto de la Santísima Trinidad, creando el acorde que llamaron la *trina harmoniae perfectio*, que no es más que la superposición de una quinta justa y una octava a partir de un sonido fundamental. La cuadratura musical, la perfección.

—¿Y qué se saca de ahí? —Torres volvía a la carga, erre que erre.

—Guardemos la información y sigamos adelante, triste numerero, que seguro que cuadrará —rio el de Salazar, propinándole una palmada en la espalda.

XXXIV
La oca del apóstol

Cuando los tres amigos se separan, pasados septiembre y la primera quincena de octubre, los calores del estío han quedado atrás. Aquella mañana del día 15, festividad de santa Teresa de Jesús, el Sol asomaba tímidamente por el horizonte, dispuesto a sortear un puñado de nubes que entristecían la despedida. Don Juan de Salazar se abrazó a Torres con firmeza, deseoso de que la nueva distancia, esta vez forzada por las responsabilidades de cada cual, no menguase su mutuo aprecio. Luego se acercó a Amodeo, que terminaba de colocar sus alforjas sobre el caballo. Dentro de una viajaba el valioso manuscrito de Lulio, rebosante de descubrimientos y de enigmas. No hubo abrazo, pero sí el cruce de unas cuantas frases que Torres no alcanzó a escuchar. Apenas percibió un «sea» como cierre, pronunciado por Amodeo.

—No me imaginaba —dijo Torres ya en camino— que marcharíamos de Madrid sin la solución a la máquina.

—No resta tanto por descifrar.

—Años, Amodeo, años.

—¿Y qué es eso para la condición eviterna a la que aspiras? —contestó con sorna.

—¿Y si morimos sin apenas haber pisado la escalera?

—Habla por ti, menesteroso, y deja a los demás con sus propios menesteres. Si mueres hoy, habrá un nuevo comienzo mañana —Amodeo sabía cómo acallar la impaciencia de Torres.

El balance de la estancia en Madrid era consolador aunque imperfecto. Torres recupera las viejas relaciones con la Corte gracias al apoyo constante y público de don Juan. Apalabra el almanaque para 1736. Se permite aconsejar al religioso Manuel de San José sobre el sendero por el que debe transitar el rebaño de sátiras que está preparando para una revista que llevará por nombre *El Duende Crítico de Madrid*. La reina Isabel de Farnesio será blanco de dardos y cuchicheos, para gozo del salmantino. Incluso se enreda, durante unas noches de bochorno, con una dama de apellidos sonoros y afición al regodeo. Débil ante los placeres de la carne, recibirá la reprimenda de Amodeo por su abandono de la actividad que los había conjurado. Su

excusa, sin embargo, no tiene desperdicio.

—La dama es la transfiguración de la plenitud que buscaba Lulio, donde el círculo de la infinitud se reparte por caderas, talle y pechos, el cuadrado de la naturaleza constituye sus humores, fogosa hasta el ardor, acogedora como el agua ya caliente, ligera como el aire en derredor de mi osamenta y terrenal como la mejor de las putas.

—¿Y qué hay del triángulo? —preguntó el amigo aguantando la risa.

—Mentira parece que me lo preguntes. Baste colegir que pierdo la voluntad, se me nubla el entendimiento y olvido por mano de Belcebú nuestra santa cruzada cuando pienso en ella —respondió, compungido.

Acabó la aventura encaramado a un tejado en una huida en la que le iba la honra, si era descubierto su nombre, y la vida, si caía víctima del desliz. Sea por una causa o por otra, la verdad es que no culminaron la tarea. Las idas y regresos por aquellos papeles habían permitido afinar sus teorías y consolidar sus incertidumbres. Del cuadrivio pasaron, como era de cajón, al trivio. Las tres artes liberales relativas a la elocuencia venían a hacer a los hombres más capaces para afrontar los caminos y sendas que conducen a la sabiduría. El manuscrito no ofrecía dudas al considerar que, dentro de la máquina, habría de hallarse una esfera, imagen de la llamada armilar, que contendría un plato con los clásicos tres principios, destinados a producir una combustión.

—Si la naturaleza, cuya fuerza ha de deberse a la subordinación a la voluntad de Dios, determina que los cuatro elementos han de actuar entre ellos, el fuego sobre el aire produce azufre, el aire sobre el agua genera mercurio y el agua sobre la tierra provoca sal. La tierra, al fin, alberga los tres principios citados como madre o nodriza del conjunto —como si de un simple manual de alquimia se tratara.

A ningún iniciado se le escapaban estos conceptos y no era ahí donde el texto habría de destacar. Profundizando en el significado y utilidades del trivio, fueron más lejos. Su filosofía quedaba resumida, para grandeza de Lulio, en una sola cosa: combinar los conceptos de su *Ars Magna* para lograr la frase que abriese la puerta del cielo. Aunque de forma alambicada, quedaba de manifiesto en un capítulo titulado *Conocimiento de Dios*. Pensaron que la inspiración llegaría en algún momento, facilitando la búsqueda. Tras la experiencia de Rocamador, Torres estaba convencido de que el mensaje tendría que ver con el carácter superior de Dios y los ángeles, las virtudes del cielo o las capacidades del hombre como ser dotado de alma inmortal. El trabajo combinatorio de Lulio en su *Ars Magna* lo abrumaba. Se

mareaba moviendo los círculos de aquellas figuras y leyendo lo que salía, tabla en mano, pero intuía o quería intuir que el llamado *Ars Brevis* sería útil para predisponerse a una labor que se antojaba compleja.

—No hay más que contemplar las cien formas que numera. Mirad la setenta y nueve. ¿El hombre puede adquirir un mayor conocimiento de Dios afirmando o negando? O la ochenta y tres.

—¿Cómo componen el alma y el cuerpo al hombre? —leyó Amodeo.

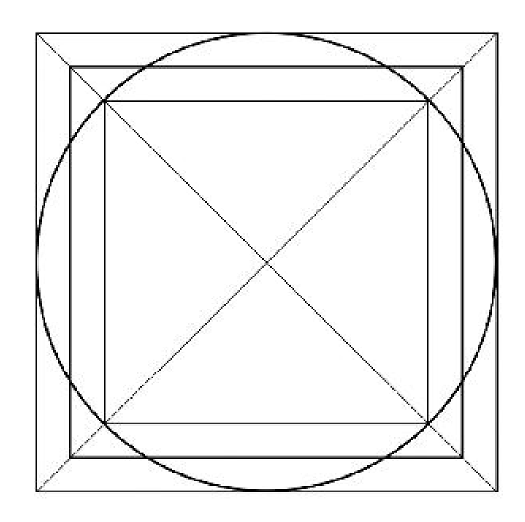
—Pero Lulio ofrece la pregunta y su respuesta, con lo que el problema se reduciría a acertar un número o una combinación de ellos. Y acertar no es precisamente demostrar que se es merecedor del premio del conocimiento —arguyó don Juan.

—¿Y si se tratara de una combinación reglada? —respondió Torres.

—¿Números que siguiesen una ley, como los primos? —Amodeo resopló.

—Si así fuese, habríamos abandonado el trivio para volver al cuadrivio —don Juan puso, con su sensatez, punto final al parlamento.

Y, en efecto, abandonaron el trivio con la idea difusa de que el estudio pausado del alfabeto y las figuras de Lulio conduciría al éxito. Construida la máquina, todo se reduciría a probar hasta acertar con las ordenaciones que hablasen de la superación del hombre en su acercamiento a Dios. La fe les hizo soslayar la dificultad que entrañaba semejante método. Pero, al menos, el regreso al cuadrivio les permitió completar su teoría sobre la forma de la máquina. La proporción entre el círculo, el cuadrado y el triángulo, que tanto inquietase a Torres, fue resuelta con una consulta a otros textos del sabio. Siendo evidente que la aritmética no ayuda a Lulio en su cuadratura, sí lo hará una aproximación en la que el ojo engañe al interesado: la figura magistral. Aquí Amodeo mostró de nuevo su destreza para el dibujo al trazar el cuadrado intermedio entre el que rodea al círculo y el que queda aprisionado por él.



La equivalencia entre triángulo y cuadrado, obviamente, era mucho más sencilla, con lo que la figura plena quedó definida en sus proporciones y redujeron el enigma a una cuestión de altura: la altura de la máquina; la separación entre las tres figuras que, enlazadas, compondrían un receptáculo raro, rarísimo, al que destinarían la madera del mejor roble, símbolo de la fortaleza corporal y moral. Un enigma tan hermoso como imposible para los lectores del manuscrito, porque, por más vueltas que le dieron, en parte alguna encontraron el más mínimo indicio. Aquí la memoria de Torres, tan lasa como aguda, según su voluntad, vino a poner sobre la mesa un importante dato.

—Si no recuerdo mal, las palabras que el monje Pascual nos regaló en la visita a Palma contienen la huella que hemos de seguir.

—¿El de Maguncia? —preguntó don Juan. Torres asintió con la cabeza—. ¿Y qué dijo ese santo varón?

—Que no excluyéramos ninguno de los aspectos de la experiencia y la obra del maestro.

—Sospecho que la respuesta al enigma es la mezcolanza, en el mejor mortero, de un tanto de astrología, otro de alquimia, retórica y árbol de la ciencia, añadiendo la dosis adecuada de lógica y la catálisis de su máquina de formación —rememoró Amodeo, repitiendo palabra por palabra lo expresado por don Antonio Raimundo Pascual.

—Y por lo que hemos visto hasta ahora, no erró en su sospecha —confirmó don Juan—. La experiencia es la clave del conocimiento en el medievo de Lulio. Hasta la aritmética es considerada un proceso empírico.

—Pero la experiencia de Lulio es vasta —apuntó Amodeo— y, lo que es peor, comienza con un sueño: el martirio de nuestro Señor, clavado en la cruz.

Sueño y martirio. Aquellas dos palabras acudieron de inmediato al entendimiento de Torres, que quiso recordar lo acaecido en la extraña pesadilla de hacía unas noches. Quevedo, el juego de la oca y una frase que balbuceó sin éxito y que hablaba de la calamidad que suponía la persecución injusta y la calumnia, que tan tristemente conoció Cristo nuestro Señor. Don Juan la cazó al vuelo.

—No hay mérito de varón grande y esclarecido que lo ignore. La sangre de los mártires lo dice y, bajando de los martirologios a las historias, no hay dignidad que no lo experimente. Pregúntelo vuestra excelencia al puesto que para bien desta monarquía y servicio de nuestro grande rey padece: que la respuesta será desengaño de unos y consuelo de otros —recitó con la intensidad del creyente.

Torres comprendió que no se trataba del párrafo inventado por su imaginación en el descanso con Morfeo, sino que, una vez más, el sueño cumplía uno de los más importantes papeles que siempre le atribuyera: la transmisión de informaciones valiosas. Y así debía ser, porque el texto pertenecía al mismo Quevedo y había sido escrito en 1628, dirigiéndolo al conde duque de Olivares en defensa del apóstol Santiago como único patrón de España frente a los partidarios de que tal honor fuera compartido con la santa Teresa de Jesús. Don Juan se acercó a uno de los anaqueles más atiborrados de la biblioteca y sacó un volumen grueso, encuadernado con primor. No tardó en encontrar la página. Era el inicio de *Su espada por Santiago*.

—Un sueño inspirador —apuntó Amodeo con una de sus sonrisas imposibles de descifrar.

—Sí —dijo Torres—, pero apenas intuyo el significado. ¿Quién puede otorgar valor a palabras semejantes, con más de un siglo entre sus trazos?

—Cualquier caballero, como yo, de la Orden de Santiago —contestó don Juan.

—¿Para qué?, ¿para decirnos que la clave está en Santiago? —repuso Torres.

—Presupongamos que don Francisco se señala la cruz del traje que porta entre aspavientos, a su estilo según cuentan, en lugar de darse golpes de pecho. Nos habla, además, con unas cuantas palabras por las que arriesgó la libertad que tanto apreciaba, dispuesto a poner su hierro de cruz al servicio del apóstol. ¿Hace falta más?

—El juego de la oca —saltó Amodeo.

—Dice la leyenda que el juego de la oca lo trajeron los templarios cuando ocuparon el Camino de Santiago para proteger a los peregrinos —don Juan, en verdad, sabía de casi todo.

—Es la representación simbólica de la senda del peregrino en su

tránsito hacia el santuario —confirmó el italiano—. ¿Y dónde va Lulio, como nos confirmaron en Rocamador, tras abandonar el monasterio? —a Santiago, era la respuesta.

—¡A Santiago, vive Dios! —gritaron al unísono los dos amigos que escuchaban.

Aun así, la lógica de aquel fárrago precisaba de un paso más. Convinieron que era posible, incluso probable, que Lulio recorriese el Camino con la finalidad de obtener el dato que faltaba en su plan para construir la máquina: la proporción de las alturas, la medida que mira al cielo. Pero el Camino era largo y, fuese en algún punto intermedio o en el santuario del apóstol en que concluye su particular juego de la oca, había que estar más que avispado para saber dónde buscar.

—Si Lulio hubiese querido que nadie accediera a su máquina, no habría dejado el manuscrito. Si nunca volvió a Rocamador para completarlo, ha de concluirse que la pista final de la geometría luliana está en el Camino y que él presuponía que sus seguidores dignos serían capaces de hallarla. Luego el enigma ha de saltar a los ojos de quien lo aborde con pureza de corazón —afirmó don Juan.

—La oca —indicó Amodeo entonces.

Y la oca habría de ser la pista necesaria. El peregrino se guía por la señal que constituye la pata de la oca, el tridente, cuando viaja de día, igual que lo hace mediante las estrellas cuando camina de noche.

XXXV

Las sombras del Real Hospicio

Yo había jugado a la oca, con Torres y alguno más, en el palacio de Monterrey. Nunca me expresó el significado del tablero y sus leyes. Imagino que todos los juegos, hasta los más simples, obedecen a un propósito, mito o verdad. Nuestros actos más elementales se hallan repletos de simbologías que, en la mayor parte de las ocasiones, desconocemos. Nadamos porque aprendimos del universal diluvio, no volamos porque aprendimos de Ícaro. Perdonamos porque aspiramos a la vida eterna.

Mientras Torres debía preparar su viaje hacia Santiago, yo me movía por Madrid saltando de oca en oca, entretenido leyendo su manuscrito en la posada o, lo que era peor, cayendo en el pozo de la abulia porque en ningún momento doña Soledad dio señales de abandonar el palacio. Amodeo me había advertido que no ampliara mi círculo de amistades, que no era oportuno llamar la atención. La espera me permitió estrechar el vínculo con el Hermoso, el Toledano y el Rubio, fomentado por los sucesivos encargos y mis religiosos pagos contantes y sonantes. El Toledano tenía madre pero era puta, por lo que se veía obligado a vivir en la calle para que el cuarto estuviese a disposición de la clientela. El Rubio había perdido a la madre de unas fiebres y el padre se encontraba, a decir del hijo, encarcelado injustamente por un asunto de contrabando. El Hermoso, en cambio, carecía de desgracias en su vida. Jamás se había visto obligado a mendigar y procedía de una familia rural de economía saneada. Su presencia en Madrid se debía al afán de aventura y a su condición de enamorador, huido de casa desde hacía un par de años.

Pasaron los días con la parsimonia que sólo se añora cuando la adversidad nos derrota. El domingo 18, abordé a Amodeo. Empecé por repasar mis más recientes lecturas del manuscrito de Torres, reforzando la idea de que entendía los fundamentos de la máquina que deseaban construir y que quizá sería útil dar un salto de oca y buscar el final del relato. Negó con la cabeza, sin molestarse a ofrecer una explicación. Insistí, comentándole que había otro modo, más efectivo, de progresar con mayor rapidez. Tan sencillo como que él,

que conocía el texto de primerísima mano, me lo contara. Me tiró el libro que estaba leyendo a la cabeza. Y no era uno pequeño, no, que contenía un puñado de obras de Lope de Vega. Suerte que esquivé el golpe.

—Bueno, ya que no se digna ayudar a su causa, hágalo al menos en la mía —me atreví a solicitar.

—Lo escucho —dijo, muy ceremonioso, tras tomar de la estantería un tomo menos grueso, escrito en inglés, del que yo no había oído hablar.

Se titulaba, traducido, *El progreso del peregrino desde este mundo al venidero, mostrado como un sueño*. Lo firmaba un tal John Bunyan y no hacía falta mucha imaginación para entender su fundamento. Amodeo volvía sobre los sueños de otros. Porque, como él mismo me reveló, la facultad de soñar le estaba vedada.

—Mañana hará dos semanas que no cocinamos chocolate para la duquesa y cinco días exactos que no tengo noticias de doña Soledad —lo miré con el deseo de que adivinara mi pensamiento. Me sostuvo la mirada con un gesto de impaciencia, obligándome a proseguir—. ¿Me concedería el favor de acompañarme al palacio de Liria?

—¿Y qué misión nos espera, ahora que nadie nos reclama? —intuí que pagaría un alto precio por aquella conversación.

—Entregarle a doña Soledad la receta del chocolate y el cofre donde guarda la bolsa del ingrediente secreto —alcé la voz para no pasar por acobardado.

—Veo que sus planes me otorgan el papel de protagonista en tan ameno sainete. ¿Estará dispuesto a devolver semejante concesión con otra de valor similar?

¿Qué se responde a una pregunta de esa naturaleza? El lunes, a media mañana, acudimos a la casa. La verja tardó en abrirse, pues los criados fueron pasándose nuestra solicitud de cita de unos a otros, hasta recibir una orden que no dejase dudas. No habíamos sido invitados, pero fuimos recibidos como reconocimiento a nuestros servicios. Volví a saludar a doña Francisca y a su amiga Leonor, que estaba en Madrid de visita pero era natural de Murcia. Como el conde de Floridablanca, se apresuró a decir, aclarando que no compartían apellido. Nos indicaron que no sabían cuándo podría bajar doña Soledad, porque estaba al cuidado de la duquesa, y se ofrecieron a atender nuestros deseos. Tan obvio era que íbamos a aguardar a la señora como que difícilmente podríamos soportar un largo periodo de risitas sin sustancia.

Amodeo resolvió contar una historia de tiempos del papa Alejandro VI, protagonizada por un clérigo singular al que todos llamaban

Vicentini aunque su nombre verdadero era Vicente de Espinosa. Vicentini tuvo una relación amorosa con una joven judía, natural de Sevilla, que desembarcó en Roma huyendo de su pasado y que, como última voluntad, ordenó que clavaran su calavera sobre el frontispicio de la que fuera su casa, en señal de arrepentimiento por haber traicionado a su padre.

—¡Es la Susona! —gritó Francisca y aplaudió Leonor. La leyenda de la Susona, que databa de finales del siglo XV y principios del XVI, había alcanzado merecida fama en Sevilla y en todo el reino. Al fin y al cabo, era una historia ejemplarizante, que no dejaba en buen lugar a los judíos.

—Es Vicentini —templó Amodeo, relatando un pedazo de la azarosa biografía del hombre que sobrevivió a las intrigas de palacio en el Vaticano, a los Medici de Florencia y al propio papa.

No olvidaría aquel personaje porque lo había tenido delante de mis narices, en la posada del Peine, causando mi estupor. Pero, por razones fáciles de entender, lo olvidé por completo cuando doña Soledad apareció en la puerta del salón de las visitas. Estaba radiante. Podía competir en belleza con aquellas niñas sin revolucionar, como ellas, mis apetitos. No fue, sin embargo, tan alegre y locuaz como en anteriores ocasiones. Amodeo me cedió la palabra y yo expliqué que veníamos a confiarles el secreto del chocolate sanador. Repasamos los ingredientes ya conocidos, la intensidad del fuego y la forma de remover con la cuchara de madera.

—El secreto que ataca la virilidad de los varones —las niñas se llevaron la mano a la boca y lanzaron un gritito lleno de picardía— está formado por una combinación de matalahúva y damiana que no encontrarán en Madrid ni en toda España. En este cofre les dejo una bolsa que habrán de cuidar como oro en paño. Una pizca, tomada entre el índice y el pulgar, es suficiente para medio perolo de los que hay en las cocinas del palacio.

—Por si la memoria cojease, en este papelucho tienen las materias y sus medidas —añadí.

Doña Soledad lo miró vagamente. Siendo su letra idéntica a la del sobre entregado por nuestro Hermoso, nada hubo en su comportamiento que me indujera a la sospecha. Tampoco mostró ninguna inclinación a volver a reunirse conmigo. Expresó que no había modo de pagar aquella muestra de confianza, tan estimable siempre y oro puro en las circunstancias que vivían. Mi plan habría concluido en absoluto fracaso de no ser por las jovencitas, que, en agradecimiento por tan valioso obsequio, nos invitaron a acompañarlas en su paseo por el Prado, previsto para el viernes a lo

más tardar. Quedaron en enviarnos aviso de la fecha y la hora precisas.

Salí decepcionado, no lo negué. Esperaba la reacción de la dama, un toque de orgullo, pero me encontré con su hermetismo. Ahora tocaba volver a la vigilancia. Siempre cabía, como sugirió Amodeo, que finalmente se percatase de que el sobre de don Tadeo y la nota de don Martín, con aquel revuelo de nombres y apellidos que mezclaba un falso Clavijo y un verdadero Salvatierra, procedían del mismo puño.

—Puede que entonces se encare contigo. O se sincere, puesto que se sintió cómoda contándote sus ideas. Y ya sabe que rara vez una mujer desanuda su lengua sin que medie un confesor —parecía la expresión del Vicentini cuyas virtudes había relatado esa misma mañana—. Puede, del mismo modo, que deduzca que eres inofensivo para sus planes y siga adelante con el disfraz y con su secreto, sea el que sea, tenga que ver o no con Floridablanca.

Sólo tuve que esperar un par de jornadas para descubrir la respuesta. El miércoles 21, a la hora de anteriores salidas, doña Soledad se puso en marcha. El Toledano voló hasta la calle Fuencarral para avisarme. Con el paso firme y la cabeza bien alta, la dama recorrió el mismo trayecto y entró en la casa del misterio. Caía ya la neblina del ocaso sobre mis ojos miopes cuando volvió a abrirse la puerta para dejar salir a un caballero de talla mediana, vestido de un discreto color negro. Miró a derecha e izquierda antes de dirigirse hacia donde me hallaba, subido en un carruaje como solícito cochero que espera a su dueño o dueña. Hasta no asegurarme de que se trataba de doña Soledad, seguiría viva la hipótesis del Toledano que abogaba por el encuentro clandestino en un sitio de conveniencia. Me cubrí el rostro y fijé mi atención en los andares del buen señor, más bien femeninos. Cruzó la calle justo delante de mí, alejándose de la casa palacio del duque de Aranda para encaminarse hacia el Hospicio Real. Hubo un detalle, al trastabillar con una piedra, que confirmó mi impresión hasta borrar cualquier sombra de duda. Y eso que eran muchas las sombras que poblaban la calle a esas horas. Doña Soledad había mudado en un caballero solo, sensible al dolor de los huérfanos, que guardaba con celo sus obras de caridad acudiendo al Hospicio cuando el crepúsculo daba la mano a la noche. En conclusión, un sinsentido.

Como Torres dijo en una ocasión, la mentira, para ser creíble, ha de ser una fina rueda bien engrasada, que engañe hasta al que la cuenta, o un completo disparate. Tan grande era el despropósito urdido por doña Soledad que únicamente cabía considerarlo una argucia. Una



argucia que, por fortuna, eludía la propiedad del afamado, y peligroso, duque de Aranda.

XXXVI

De Madrid a Salamanca, de Salamanca a Santiago

La mentira de Torres para pasar por natural su viaje a Santiago de Compostela rodó sin chirriar a nadie. La llegada a Salamanca, tras la larga estancia en Madrid, supuso una nueva circunstancia para él. Quedó en reintegrarse a la cátedra y cubrir sus tareas de enseñante, preparar con la confidencialidad del caso lo que se anunciaría como peregrinación y dar aviso a los amigos que permanecían en los aledaños de la Corte cuando tuviese fecha para tan sustancial propósito. En Madrid esperaría don Juan de Salazar, cubriendo la administración de sus feudos. En Madrid aguardaría también Amodeo, pues sabido era que la Salamanca universitaria, tosca en divertimentos y dada al cuchicheo, no se había ganado el placer de su presencia. Torres se malició que otras cosas, inconfesables, lo retenían en la capital del reino.

El año 1736 es sembrado con unas cuantas obras que Torres Villarroel firma pero no siempre escribe. Tal es el caso de *Historia de historias, a imitación del Cuento de cuentos de don Francisco de Quevedo y Villegas,* donde Amodeo vierte todo su arte para remedar al unísono a Quevedo y Torres, dedicando de paso el trabajo que lleva firma del 22 de junio a don Juan de Salazar. En apenas doce páginas hasta se abre camino una alabanza hacia el genio de las letras del XVII que merece destacarse. «Este bello espíritu, a quien debe tanta gloria España, no sólo atendió a ilustrar el idioma con la abundancia de frases y castidad de estilo que lo ha colocado justamente entre los maestros de la expresión castellana, sino que también hizo un expurgatorio, condenando los modos de hablar que produjo la ignorancia de los vulgares y que se propagaron en el comercio contagioso de las conversaciones ordinariamente políticas. Cualquiera que leyere este escrito sentirá que debía ser su argumento ocupación digna de algún miembro de la célebre Academia Española, en que se trata de dar perfección, propiedad y abundancia a nuestro lenguaje».

No se conformó con tal alarde. Profundizó en el mar de los sueños con *Los desahuciados del mundo y de la gloria,* cuya primera parte verá

la luz en Madrid, durante el otoño. Tal es el recibimiento entre los lectores que a lo largo del año siguiente serán entregadas a la imprenta las partes segunda y tercera. La dedicatoria de la segunda coincide con la petición de permiso de Torres para ausentarse de la universidad, fechada el 10 de abril. La de la tercera, con el final de los preparativos de la peregrinación, el día último de ese mismo mes. Le aguardan una primavera y un verano de caminata y aprendizaje, tachonadas con las comilonas para el cuerpo y el espíritu que supondrán sus contactos con un pueblo que lo adora. Dos acompañantes discretos se situarán a su diestra y siniestra, que ni don Juan ni el amigo Amodeo sentían inclinación por la fama o las adulaciones. En su memoria oficial, don Juan será reemplazado por un amigo conforme a su genio, don Agustín de Herrera, y Amodeo quedará relegado, como en tantas ocasiones, al papel de criado responsable de la intendencia.

Nada mejor que pasar por promesa al apóstol una empresa de tales características. Nadie podría oponerse ni sospechar. Y él, aficionado a hacer de su vida puro teatro, salió de Salamanca con el bordón, la esclavina y un vestido de peregrino más que medianamente costoso, con el séquito necesario, atravesando el puente del río Tormes entre los vítores de los alumnos.

—Ha de valorar cuánto lo quieren —comenta don Juan al percibir un mohín en Torres.

—No se llame a engaño, mi amigo, que no es cariño lo que los mueve. Es el alborozo por verme lejos.

Nervioso como un zagal, tan deseoso de disfrutar de la senda como de llegar cuanto antes al sepulcro, el catedrático había estudiado bien el camino. El primer punto grueso en el mapa sería Ciudad Rodrigo, distante más de veinte leguas. La Cañada Real de Extremadura serviría de soporte a tal propósito. Una mañana de apacible charla, con buen tiempo, bastó para hallarse en disposición de recorrerla. Habían previsto no exceder de las cinco leguas por jornada, que a paso de peregrino podían suponer hasta ocho horas de polvo y barro. Apurando hasta quedar exhaustos, alcanzaron en el ocaso del cuarto día el otrora magno asentamiento, hoy en día en decadencia.

Entraron por Portugal buscando la fortificada Almeida, donde Torres fue agasajado por cuantos supieron del nombre de aquel peregrino y su séquito. Hasta esta ciudad había llegado la fama del Piscator de Salamanca y su particular brega con los físicos que no acertaban a curar las enfermedades más corrientes y que ponían en duda la bondad de un buen pronóstico. Los más cultos seguían los consejos de *La suma medicina*, que publicara hacía ya más de una

década. Los menos, deseosos de tocar la mano del oráculo, se acercaban a comentar sus dudas y aspiraciones. Su vanidad, siempre elevada, salió de allí flotando en el aire. Trancoso, Lamego, Amarante y Braga vieron pasar la comitiva con similar regocijo.

—Ha de valorar cuánto lo quieren —comenta don Juan, repitiendo lo dicho a la salida de Salamanca. Más por saber la respuesta de Torres que porque el comentario cobrase importancia.

—No se llame a engaño, mi amigo, que no es cariño lo que los mueve. Es el alborozo por ver que soy de carne y hueso —responde Torres—. Cuando sólo quede la huella de nuestras pisadas, criticarán mi apariencia por enjuta o por larga. Como criticarán mis frases por enrevesadas o simplonas.

—Entonces, ¿prefiere acaso que lo ignoren?

—Eso nunca, que de la ignorancia nadie salió rico.

No fue ignorancia, sino abierta hostilidad, lo que encontró a escasas cuatro leguas de la frontera. Llegar hasta Rubiães ya había supuesto un esfuerzo, porque tuvieron que superar el alto de la Portela Grande de Labruja sin apenas comida ni agua. Tras la bajada, entre pinos y caminos empedrados, avistaron el aguerrido puente de Aqualonga. No tardaron en pisar la calzada romana, en las estribaciones del Monte da Costa. De repente, a la izquierda, oyeron un griterío furioso que procedía de los alrededores de una preciosa iglesia, la de São Pedro de Rubiães. Dos grupos disputaban sin el pudor que concede la proximidad de lo sagrado. Torres trató de mediar quitando hierro a la situación con algunas de sus chanzas rimadas y se armó la marimorena. Los peregrinos acabaron refugiándose dentro de la iglesia, huyendo de los cantos que les arrojaron unos y otros.

Cruzaron la frontera habiéndose llevado a la boca unas hortalizas que les ofreció el párroco, generoso pero austero. Con una acelga en un carrillo y, en el otro, una espinaca, escribiría Torres. Pero la arribada a Tuy trajo la compensación a las privaciones de las últimas jornadas. En suelo español, los agasajos se multiplicaron. Divertían las fatigas del viaje en las casas de los hidalgos, en los conventos de monjas y en cualquier otro lugar, pues en todos eran recibidos como héroes, beatos o bichos raros, con la misma consideración. Música, danzas y juegos constituían el preludio de las sesiones de preguntas, que comenzaban con timidez y acababan con el sonoro espectáculo que el propio Torres organizaba con gusto. Las mujeres infecundas se interesaban entonces por su sucesión; las solteras, por sus bodas; las aborrecidas del marido le pedían remedios para reconciliarlos. Los hombres le hablaban de sus achaques, sus escrúpulos, sus pérdidas y ganancias. Venían unos a averiguar si los querían sus damas; otros, a

saber la ventura de sus empleos y pretensiones. Y, finalmente, acudían todos a ver cómo eran los hombres que hacían los pronósticos, porque el vulgo los cree de otra pasta, nacidos de la cópula imposible de un ángel y una diablesa, siendo concebidos con las habilidades de los meigos.

Lo que debieron ser cinco o seis jornadas de camino se multiplicó por tres, causando el enojo de Amodeo y la cuita de don Juan, que temía ser reconocido por cualquiera de los hacendados que les daban alojamiento y solaz. Redondela, Pontevedra, Caldas y Padrón fueron quedando atrás con la pesadumbre de Torres, que se sentía en la gloria, y el alivio de los restantes, que lo arrancaban de los placeres mundanos como quien quita a un niño un juguete. Principiaron el último trecho, eso sí, aseados y de buen humor, conservando la prestancia de la salida de Salamanca o, por qué no, habiéndola acrecentado. Recorrían, en ese instante, algunos de los lugares que Teodoro y Atanasio, discípulos del apóstol, transitaron a la busca del sitio idóneo para el reposo de los huesos del santo.

Divisaron Santiago y Torres, con la espontaneidad de que solía hacer gala, se puso a declamar los versos que Mendoza de los Ríos, fundador de la Academia Compostelana seis años antes, dedicara a la peregrinación.

> Érase un año fatal.
> Érase un jamás comer.
> Érase un todo llover.
> Un diluvio universal.
> Érase un mal y otro mal.
> Érase un criado impío,
> una sincopal, un frío,
> un camino extraviado,
> un cierzo desesperado.
> Érase un viaje mío.

Acabar la décima y caer el diluvio fueron todo uno, provocando la risa de los congregados. Porque, al menos en apariencia, Torres había ganado barriga durante la romería, como él llamaba a la peregrinación, y aquellas aguas no podían ser otra cosa más que la protesta celestial por tal desvergüenza.

Si antes hubo fiesta, en Compostela se superó. Teniendo por anfitriones al ilustre arzobispo José Yermo y al médico del cabildo, don Tomás de Velasco, nada discreto podía resultar. Y así fue. Mientras Torres atraía sobre su persona todas las miradas y parabienes, don Juan y Amodeo culminaron la peregrinación con el

propósito que los había traído hasta la catedral del occidente cristiano: establecer contacto con alguien que les facilitara datos del Camino de Santiago, inspiradores para la construcción de la máquina de la sabiduría.

Los intentos de don Juan contaron con la mediación de caballeros de la Orden de Santiago. No dieron, sin embargo, más que decepciones. El paso del tiempo había alejado a aquellos varones de loable origen de la razón verdadera. Llegaron a reunirse con un catedrático local, un hombrecillo de corta talla y labia de pregonero del que decían que dominaba la senda, pero pronto comprendieron que sólo dominaba su superficie, atesorando leyendas y cuentos populares que nada debían a la matemática de Dios. Sus explicaciones contenían números y hechos fáciles de corroborar. Se centraban en aspectos triviales de las distancias entre villas y cruceros, en la estética y la antigüedad de las construcciones. Habló de puentes y refugios, habló de monasterios y conventos. Hasta soltar siete palabras sin misterio que pusieron fin a la conversación.

—La iglesia es la casa de Dios —dijo para afirmarse en la importancia de que aquella casa obtuviese el lujo que el arte barroco preconizaba.

—Repita, repita eso —exclamó Amodeo, escapando del aburrimiento.

—La casa ha de ser…

Dejó al buen señor con la palabra en la boca, saliendo como alma que lleva el diablo.

XXXVII
UN CABALLERO PARA LA CARIDAD

Como alma que lleva el diablo. Así guie el carruaje por las calles de Madrid con la inestimable ayuda de mi fiel Voltaire. Dentro, haciendo las veces de señor, se agarraba a la portezuela el Hermoso. Había venido conmigo por si la situación requería de sus dotes de amansador de doncellas. La imagen de doña Soledad, vestida de caballero de triste figura, no se me iba de la cabeza. Había entrado en el Hospicio y, cansados de esperar a que saliera, retornamos a nuestros lares. Nadie visita un albergue de esa naturaleza de noche a menos que…

—A menos que haya alguien dentro que le interese y deba ocultar a toda costa su identidad. Un padre, por ejemplo. O un hijo disminuido —concluyó el Hermoso al despedirse.

El Real Hospicio se llama en realidad Real Hospicio del Ave María y San Fernando. Su construcción original data de finales del siglo XVII. Pero no será hasta 1721 cuando se produzca el impulso necesario, gracias a la aportación económica del marqués de Vadillo y a la mano de Pedro de Ribera. A él, con la ayuda de Juan Ron, se debe la pasmosa portada. Nada en ella hace presagiar lo que se encontrará uno en su interior. Nada me hacía presagiar, mientras acomodaba en las cuadras al bueno de Voltaire, que pasearía por su interior. Fue tras consultar con la almohada cuando pergeñé un nuevo plan. Si no recibíamos el prometido mensaje de los de Liria para acudir al Prado, visitaría, a una hora discreta de la tarde, el edificio de la beneficencia. Gracias a la saneada bolsa del honorable Amodeo, volvería a representar el papel de acaudalado antillano.

Apenas cuatro días después, festividad del evangelista san Marcos y último domingo del mes de abril, tomábamos un carruaje con rumbo al Hospicio. Esta vez el cochero era un verdadero cochero vestido con sus mejores galas, propietario de unos caballos de bella planta. Aparecería ante la magnífica fachada en los instantes previos al toque de las cinco. Para ello, había enviado aviso mediante el sacristán de la iglesia de San Ginés que nos servía gentilmente de correveidile. Nadie como un sacristán por emisario para pasar por caballero devoto.

No descendí solo del carruaje. Tras varias sesiones repitiendo sin

descanso las escenas que habríamos de representar, me hice acompañar de mis tres hijos. No fue tarea fácil. No tanto por la rareza de la obra como por la repulsa que producía en los más pequeños la sola idea de entrar, de nuevo, en el Real Hospicio de Pobres, como también se le llamaba. Quise que se lo tomaran como un juego, representando el papel de muchachos aseados, vestidos de domingo con católico esmero y una amabilidad encomiable. El comienzo fue divertido. Descubrimos que el Rubio no mentía y, debajo de la capa de suciedad, lucía una piel blanca y un cabello pajizo. Le pusimos Francisco, que era su nombre. El Toledano había sido bautizado Fernando, y con Fernando se quedó. Lo del Hermoso fue más complicado.

—He sido Tomás, Gaspar, Lucas y Bernardo —ofreció, sin éxito.

—No, no, el que tenías cuando saliste de Quintanar —el Toledano no iba a dejar que se saliera con la suya.

—Andrés —respondió el conquense.

—Ése es el segundo —el Rubio se unió a la chanza—. Di la verdad, dila.

—Felipe —bajó la voz cuanto pudo.

—¡No! —grité sin pretenderlo, provocando la risa de los pequeños.

De manera que al apodado el Hermoso le habían asignado Felipe en la lista onomástica. Más que una broma parecía una mala jugada del destino. Y una gracia digna de Amodeo que las iniciales de los tres coincidieran. Las tres efes, serían desde entonces para mí. Pero había que garantizar que, al soltar los nombres en el Hospicio, a ninguno le diese la risa floja y lo estropease todo. Juraron que se morderían la lengua y la campanilla si fuese preciso y, con las mismas, terminamos los ensayos y nos dispusimos a partir.

Estando como estábamos a finales de abril y habiendo quedado la tarde medianamente despejada de nubes, me sorprendió la entrada en el edificio por la escasa claridad que traspasaba sus muros. La sobriedad de los pasillos y la forma de paralelepípedo tampoco ayudaba a atenuar la sensación de tristeza. El padre Juan nos recibió. Me presenté como un viudo de vida errante, sabedor de sus obligaciones y orgulloso de sus tres vástagos. Francisco, Fernando y Felipe mantuvieron la compostura, ciñéndose a lo practicado. El padre Juan guio nuestra visita, mostrándonos algunas de las estancias. Eran muchos los mendigos que pudimos observar, uniformados de paño pardo, con aire ausente, sin brillo en la mirada, más delgados de lo aconsejable. Nos explicó que casi no daban abasto para atender a los recluidos que había en ese momento. Desde el motín provocado por las normas de Esquilache en 1766, que tuvo a un ejército de

indigentes al frente de la protesta, la realeza se cuidó de que el número de desharrapados que circularan por las calles de Madrid fuese el menor posible. Acababan en el Hospicio, cuyos recursos se multiplicaban como los panes y los peces del Evangelio para proporcionar enseñanza a los críos, un oficio a los jóvenes y comida y techo a todos.

El padre Juan era un hombre bajito, afable, que reducía el mensaje de la religión a la caridad entendida como una expresión sincera de amor al prójimo. No se puede, dijo y dijo bien, pretender que alguien hambriento o víctima de la enfermedad entienda de dogmas de fe y de virtudes teologales. No se mostró, sin embargo, alterado. Hablaba con calma, casi en un susurro, pasando la mano por la cabeza de una de mis mansas efes.

—Los pobres, sabe usted, siempre fueron instrumento de los ricos. Su presencia es deseada en las procesiones, en los entierros y grandes celebraciones eclesiásticas. Permiten el lavatorio de pies del Jueves Santo, con el que hasta los reyes cumplen, y transmiten al poderoso la impresión de que se ganará el cielo mediante la limosna. El paso del tiempo y de las tradiciones trajo la distinción entre pobres de solemnidad, vergonzantes y vagabundos. Estaba bien velar por las viudas, los ancianos y enfermos, los curas viejos, los militares retirados o los hidalgos venidos a menos, pero molestaban los muchos pedigüeños que desembocaban en Madrid después de recorrer leguas y más leguas de infortunio. Los desfavorecidos sin historia comenzaron a ser un problema. Se los miró con recelo y se abrió camino la idea de que estuviesen en un coto, a disposición cuando se los necesitase e invisibles el resto del tiempo. Se pasó de los cuatro ejercicios —visita, aire y baño, silla para trasladar al hospital y ronda— al recogimiento en sitios como éste.

—Pero, gracias al aprendizaje, a la práctica salubre y a la alimentación, la labor que ustedes realizan sigue fielmente el mandato de Jesucristo —quise ensalzar los méritos de su labor.

—Todo eso está muy bien. Falta, no obstante, un principio esencial que Cristo jamás despreció: la libertad.

El padre Juan era de los míos. No pude por menos que abrazarlo, manifestándole mi gratitud. Aquel hombre instruido, de buena familia según supe más adelante, compartía mis valores, mi afán. Había abandonado Lima a la fuerza, pensando que regresar a España era entrar en una inmensa jaula del conocimiento, y ahora me encontraba con la verdad más grata. En apenas dos meses había compartido charla, mesa o mantel con Amodeo, doña Soledad y un sacerdote, seres de distinta procedencia, tan humanos y divinos como el que más,

que tomaban frases de mi boca para expresarlas mejor que yo. Había en Madrid, en España, una sensibilidad soterrada, que no podía manifestarse en público, por las ideas de reforma. Reforma, palabra prohibida.

Mientras hablábamos, mis queridas efes se soltaban de la mano e iban y venían con la discreción adecuada, buscando no sabíamos qué. Felipe nos seguía, ceremonioso, echando el ojo a cuanto se ponía a tiro. El edificio de estructura clásica, disponía de un sótano, las plantas baja y principal, y una de sotabancos. El padre Juan ensalzó la calidad de la madera, traída de las Matas de Balsaín, cortada de dos años en la menguante de luna de enero. Sillería berroqueña, mampostería de pedernal, baldosas fabricadas y alineadas con esmero. Parecía que el edificio era su niña bonita.

—Los pilares de los corredores van cada doce pies, como manda la regla —añadió antes de dirigirnos al jardín, amplio y cuidado, agradable a la vista.

—¿La regla? —pregunté más por cortesía que por curiosidad.

—La regla de los canteros, que hacen de la piedra una excusa para mirar a Dios.

—Padre, si piensa que la reclusión de los pobres no es la medida adecuada, ¿por qué profesa tanto amor a este edificio? —aquí sí que me interesaba la respuesta.

—Este edificio es tan necesario como un hospital. No echemos a la madera y a la roca la culpa de las actitudes de los hombres.

La visita se limitó a las dos plantas más relevantes, que poseían numerosas habitaciones, de todos los tamaños y usos. Una de las salas de la principal llamó mi atención. Había un conjunto de no menos de quince sillas tapizadas en verde, dispuestas alrededor de una baldosa triangular de buen tamaño, formando una circunferencia. No era la primera baldosa de tres lados que veíamos. Le pregunté, sin por ello mostrar más inquietud que la esperable en quien no espera nada.

—No es el primero que se fija —dijo—. Los vértices constituyen una figura, como algunas estrellas del cielo.

—¿Representan algo? —ya no podía detenerme.

—La grandeza de Dios —una respuesta inteligente para cerrar el diálogo.

El padre Juan nos mostró, por último, la capilla y el magnífico cuadro de Luca Giordano que representa al rey Fernando III, arrodillado entre nubes y ángeles, ante la Virgen con el Niño. Una pintura pequeña pero intensa, de primeros de siglo. Allí improvisé para comentar que me había hablado de ella un amable caballero con el que me había topado el miércoles pasado, a la hora del crepúsculo,

cuando salía de la casa del conde de Aranda.

—Imagino que frecuentará este bendito lugar —añadí—. Me animó a acercarme y ayudar en lo que pudiese. Aquí tiene una modesta aportación a su noble causa —la aportación, nada modesta, era más dinero del que yo había visto junto en toda mi vida. Cosa de Amodeo, que sabe cuidar los detalles de cualquier plan.

—Creo saber quién dice —contestó parcamente, tomando el sobre que le entregaba y echando un vistazo elocuente. Pero ya no iba a frenarme. No quería salir de allí con las manos vacías.

—De estatura mediana, mucho más joven que yo, todo de luto. Estuvimos charlando un rato, justo ahí enfrente, cruzando la calle. Me gustó la fuerza de su lengua. Hablaba sin medias tintas. Para mi agrado y sorpresa, mencionó las palabras que tanto asustan: libertad, fraternidad, igualdad.

—Con las dos primeras es suficiente. La tercera, como la fruta madura, caerá de las anteriores. Pero si, como veo, gusta hablar de la humanidad y su porvenir, acérquese el miércoles venidero. Estará entre hermanos.

XXXVIII

EL DIOS DE LOS CANTEROS

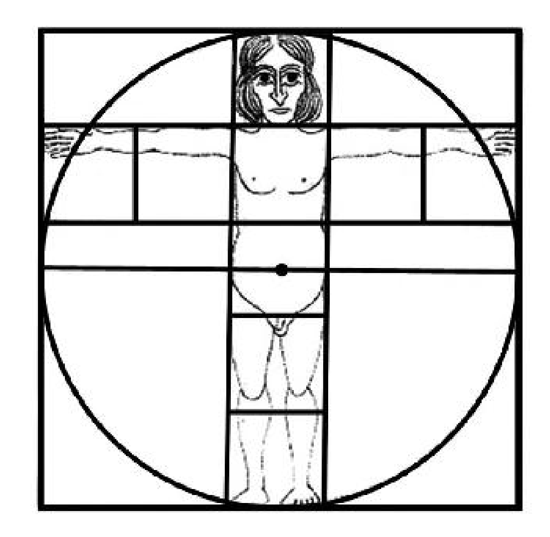
Amodeo picó espuelas, sin percatarse de que don Juan apenas lograba seguirlo. Habían tomado dos purasangres de las caballerizas del arzobispado, dejando un escueto recado para quien preguntase: «Una deuda de honor nos ausentará durante una jornada».

Nada menos que once leguas debieron recorrer para resolver la falsa deuda de honor, hincando la rodilla con solemnidad ante el altar de la iglesia de Santa María, en Melide, tan modesta como hermosa expresión del románico. Anochecía cuando sus devotas siluetas atrajeron el interés del párroco, don Silvestre. Les preguntó por su destino, pensando que avanzaban a la inversa, orientados hacia Santiago de Compostela. Don Juan se identificó; Amodeo se ahorró el discurso.

—Padre, buscamos a la persona que le ayuda en el aseo y cuidado de la piedra de este hogar de Dios —explicó don Juan.

—Buscan a quien no existe, pues yo mismo me encargo de la tarea —replicó el cura. Viendo la decepción en el rostro de los visitantes, no dudó en proseguir—. Algo desean que no han manifestado. Pero, por si les sirve de ayuda, sepan que me llamo Silvestre por el santo papa que es tenido por patrón de alarifes y canteros, y que fui cantero antes que fraile.

La estancia recibió el brillo de los ojos de los visitantes. Las siguientes dos horas se llenaron de dibujos de buena planta sobre modestos papeles que no hacían honor a la belleza del asunto. El párroco, joven en edad y afable por naturaleza, se afanó en ofrecer los principios que rigen el diseño de una iglesia del camino jacobeo, íntimamente relacionados con la figura de Cristo en su acto supremo de amor hacia la humanidad y con el concepto cristiano de Dios. Para ello, comenzó por el más elemental de los bocetos. Tomó el lápiz con firmeza y trazó un cuadrado casi perfecto. Luego se entretuvo en definir su interior durante unos minutos que a don Juan y a Amodeo parecieron la eternidad del sacrificio en la cruz.



—La forma procede del *homo quadratus* —apostilló tras apartar la mano del dibujo—, el hombre perfecto de Vitrubio y san Agustín, inscrito en un cuadrado que se construye a partir de la circunferencia que toma como centro el ombligo. El hombre adopta la postura de Cristo en la cruz, señalando los cuatro puntos cardinales del mundo creado por Dios.

Los conceptos y sus asociaciones fueron cayendo en la charla con la naturalidad de lo que resulta obvio, reforzando la idea de que el catedrático de Santiago ignoraba lo relevante de las construcciones que conocía como la palma de su mano. La cabecera de la iglesia corresponde al presbiterio; los brazos constituyen el transepto y el resto del edificio equivale a los demás miembros del cuerpo. El edificio se orienta con el presbiterio al este, por ser por donde sale el Sol, iluminando la vida sobre la Tierra como Cristo ilumina el mundo.

—Lo divino queda representado por las formas circulares de la bóveda, la cúpula, el arco de medio punto y el ábside. Lo humano, por la geometría poligonal de las naves. Se entra desde el pie y se avanza de la tiniebla a la luz —aclaró el párroco.

—¿Y esta zona? —señaló don Juan—. Aquí se une la horizontal de los brazos con la vertical de las naves. En la figura estaría el pecho, el corazón.

—Exacto, el corazón. Es llamado crucero, donde lo celestial se funde con lo terrenal. El círculo de la cúpula y el cuadrado de la planta.

—Y, por encima de él, se sitúa el altar, coronando el ábside —intervino Amodeo.

—El «altare» latino que significa «en lo alto». La presencia de Dios se hace tangible por medio de la liturgia, que, además de hablarnos

del pan y el vino, frutos de la tierra y del trabajo del hombre sustanciados en el cuerpo y la sangre de Cristo, simboliza el sueño de Jacob contenido en el Génesis.

Aquella mención levantó las orejas de los visitantes. El sueño de Jacob, la escalera de Jacob de la que tanto habían hablado tanto Lulio como ellos. No hizo falta que preguntaran. El párroco Silvestre se percató de su interés.

—Veo que Jacob llama vuestra atención. Seguro que sabéis que, cuando se durmió apoyando la cabeza sobre una piedra, soñó con una escala que llegaba hasta la presencia del Altísimo. Por ella subían y bajaban los ángeles. Al despertar, Jacob, atemorizado, consagró la piedra exclamando: «¡Qué terrible es este lugar! No es sino la casa de Dios y la puerta de los Cielos». Estas mismas palabras se repetían en la ceremonia de consagración de iglesias como ésta. La piedra cuadrangular sobre la que se celebra la eucaristía es el recuerdo de la piedra de Jacob.

Todo encajaba. Los viejos enigmas aparecían ahora, nítidos, en la penumbra de una iglesia del último cuarto del siglo XII, en una población pequeñita de una comarca modesta del Camino de Santiago. Lulio no había completado el manuscrito porque, en efecto, su transitar hasta el sepulcro del apóstol era la pista necesaria. La mayoría de las iglesias que jalonan la senda hablan, con recogimiento, de cómo acceder a Dios.

Las preguntas se encaminaron entonces hacia el oficio de cantero, la forma en que se trabaja y cómo se organiza tal tarea. Había más disciplina y orden en el manejo del cincel y el mazo de lo que pensaban los visitantes. Hasta las marcas que se apreciaban en la piedra tenían significado y seguían configuraciones geométricas. La pata de la oca, sin ir más lejos. Nada quedaba a la improvisación en una profesión al servicio de Dios y del hombre que se postra ante él.

—El Dios de los canteros es un Dios geométricamente perfecto —subrayó Amodeo. El párroco asintió, complacido—. Pero falta lo fundamental.

Don Juan frunció el ceño, sin entender qué pretendía Amodeo con tal salida de tono. Miró al párroco, comprobando que él también se sentía incomodado. ¿Cómo podía afirmar que faltaba algo cuando de Dios se trataba? Como le explicaría horas después a Torres, trató de suavizar el golpe.

—No mezclemos tus inquietudes con la voluntad de Dios.

—Nada más lejos de mi deseo. Sólo constato un hecho crucial. Hablamos del edificio como una imagen estampada contra el suelo, que se orienta hacia Dios a través de la figura de Cristo pero no se alza

hacia él —repuso Amodeo—. ¿Qué hay de sus alturas?

—En verdad tiene razón. No esperaba ni tanto empeño ni tanta comprensión del trabajo de los canteros —indicó el párroco Silvestre —. ¿Puede saberse qué clase de compromiso les mueve?

—Puede saberse, pero quizá no nos crea. Seguimos la voluntad del beato Lulio, don Raimundo, que recorrió estos parajes en los meses últimos del año 1264 de nuestro Señor o en los primeros del siguiente —confesó don Juan.

—Noble propósito será si procede de quien escribió tantas artes —asintió el párroco—. Pero, por desgracia, en poco más puedo ayudarles. El conocimiento completo de las proporciones sólo se halla en la cabeza de unos cuantos elegidos. Pasa de generación en generación, de maestro a maestro, siguiendo un ritual de siglos por el que el merecedor del secreto lo hereda para el resto de su vida, desde la edad de treinta y tres años.

—La edad de Cristo en la cruz —concluyó don Juan.

—Yo no alcancé tal responsabilidad y aquí me tienen, cumpliendo la voluntad del Señor.

—Pero sabe de quien soporta semejante carga —dijo Amodeo mirándolo fijamente a los ojos—. He de suponer que un juramento le obliga a cortarse la lengua antes de pronunciar su nombre y la mano antes de escribirlo —Silvestre asintió con manifiesto orgullo—. Bastará con que la gravedad de la que hablaron Lulio y Newton haga su trabajo. Tome este mapa y deje caer su dedo sobre un punto. El párroco siguió, sin el menor recelo, la petición de tan persuasivo italiano.

—¡La Coruña! —exclamó don Juan.

—La Coruña —repitió Amodeo mientras recogía los papeles desparramados con la intención de no demorar el regreso a Santiago de Compostela.

Amodeo agradeció al párroco, en una breve despedida, sus generosas explicaciones. Don Juan se entretuvo más, estrechando las manos del sacerdote para entregarle una bolsa con un puñado de monedas.

—Para los necesitados del Camino —dijo, recibiendo la bendición del párroco.

Poco importaba a Amodeo el cansancio cuando de la verdad última se trataba. Contaban con la luna como luz de guía y sabían que se dirigían al oeste, sorteando peregrinos que no hallaban el lugar idóneo para el descanso nocturno. Hacía una noche fresca y clara, sin nubes. Apenas cabalgada una legua, vinieron a reconocer junto a un crucero lo que bien podría haber sido la misma muerte, con vestidura talar y

guadaña. Resultó ser un penitente con un bordón grueso, de buena altura, cortado de una rama sin desbastar ni propósito de hacerlo. Tan poco trabajada que lucía por corona una hija que salía en ángulo recto tres cuartas o más. Se detuvieron a su lado.

—¿Acaso se ha perdido, buen hombre? —preguntó don Juan.

—No más que vuestras señorías —contestó con voz recia, de predicador.

—¿Espera entonces a algún rezagado?

—No espero nada. Guardo esta otra senda —señaló a su espalda— para evitar que la pise quien no la merece.

—¿Y dónde conduce para que sea tan valiosa? —don Juan comenzaba a pensar que sería locura lo que lo movía a semejante empleo a esas horas de la noche.

—A Vitiriz, a la iglesia que dicen de San Vicente pero que debería llamarse de Nuestra Señora de Rocamador —aquel hombre de rostro huesudo, con la piel del bordón, acababa de pronunciar una palabra mágica.

—¿Y por qué habría de llamarse de tan extraña manera? —preguntó Amodeo adelantándose a un don Juan que, perplejo, tragó saliva.

—Tú bien lo sabes, que conoces la talla —entre los pliegues que se refugiaban debajo de aquella nariz aguileña se abrió una grieta horizontal por la que asomaron unos cuantos dientes malavenidos, formando la sonrisa más siniestra que Amodeo recordara.

—¿Podemos nosotros visitarla? —la curiosidad era, sin duda, la peor de las virtudes de Amodeo.

—Os dejaría si ahí acabara vuestra misión. Pero me temo que el destino os reserva mucho trecho y que a alguno se le volaron ya las ocas que habrían de avisarle del peor peligro —don Juan sintió un escalofrío que le duraría una semana.

—¿La muerte?

—¿No hay nada peor para vuesa merced que la muerte? Imaginad, siquiera por un instante, la muerte disconforme.

Preguntados en el desayuno por la intempestiva ausencia, don Juan y Amodeo ampliaron el mensaje que habían dejado en las caballerizas. Visitaron Melide, cumpliendo la promesa dada *in articulo mortis* a un antiguo caballero de la Orden de Santiago. A solas con ellos, Torres prosiguió el relato de los asuntos que se cocían a su alrededor, ignorando los intentos de comunicarle que deberían partir hacia La Coruña a la mayor brevedad. Insistieron, ofreciéndole detalles de la breve estancia en la iglesia y del encuentro con el penitente. El catedrático, henchido de orgullo por la admiración que causaba

jornada tras jornada, se tomó a chirigota aquello del guardián del camino a Rocamador. No deseaba abandonar la ciudad tan pronto.

—Que el arzobispo le instruya sobre la efigie, ya que su mundano interés le susurra al oído que no nos crea —apuntó don Juan con enojo—. ¿Acaso la fama y el dinero valen más que uno solo de los peldaños de esa escalera por la que se propuso trepar hasta Dios?

—Bien sabe que paso de enfermo en enfermo desde que llegué, atendiendo sus males y desconsuelos sin percibir a cambio más que la gratitud y el agasajo. No he tomado de nadie ni sus dones ni sus alhajas —se defendió Torres.

—La alhaja de la lisonja, que adorna la jerigonza —Amodeo recurrió a la burla mediante uno de sus trabalenguas, sin dirigirse a él —. Déjalo, que la estupidez está reñida con nuestra causa —murmuró a la espalda de don Juan, siendo escuchado por el inefable salmantino.

XXXIX

LA CORUÑA ESPERA AL QUE ALZA LA MIRADA

No fueron aquellas palabras las que alteraron el ánimo de Torres. Ya había soportado en otras ocasiones las invectivas del endiablado Amodeo. Fue la familiaridad de trato con el noble, ese «déjalo» que adquirió tanto significado cuando, ya en la cama, meditó sobre lo sucedido. Se sintió desplazado en aquel extraño trípode del que él era la pata principal. A la mañana siguiente, se acercó a la misa que oficiaba el arzobispo y, ya en la sacristía, le preguntó abiertamente por Rocamador, confirmando lo que a todas luces era una señal. De inmediato comenzó los preparativos para marchar a La Coruña, no sin antes promover una despedida efectista, digna de su condición, saludando uno por uno a cuantos se acercaron a la hora convenida para partir, regalando los últimos consejos, los últimos consuelos, las últimas recetas. Remedios dóciles para aquietar la aprensión y persuadir de que la mayoría de las dolencias se curan con la adecuada carestía de medicinas. De postre, y como quien recibe las palabras por inspiración divina, obsequió al arzobispo con unos cuantos párrafos de la *Vida ejemplar, virtudes heroicas y singulares recibos de la venerable madre Gregoria Francisca de Santa Teresa,* que a ratos venía pergeñando desde que saliera de Salamanca, provocando su llanto emocionado y un abrazo fraternal que sería su mejor carta de presentación en La Coruña.

Amodeo compró un precioso caballo bermejo, rápido como el viento, para adelantarse a la expedición. Tenía trabajo y quería resolver el camino y la tarea cuanto antes. No fue la fortuna su compañera en esta ocasión. Llovió a mares durante el trayecto, hasta el punto de que, llegando a El Burgo, resbaló en un barrizal, estampándose contra un castaño y cayendo en una hondonada. Allí quedó sin poder levantarse, herido en un costado y en el amor propio, que, de no ser por la ayuda que recibió de un campesino y su buey, no lo habría contado. Subió a la silla conteniendo la queja y se mantuvo pegado al cuerpo del fiel cuadrúpedo hasta que, entrando en la ciudad, se dejó caer a la puerta de una posada. La bolsa que enseñó a los que salieron al oír el ruido hizo el resto. Lo trasladaron con el

cuidado que conceden las monedas contantes y sonantes, depositándolo sobre el jergón de una cama de buenas proporciones.

—Un tazón de caldo, un ungüento recomendado por un médico salmantino muy sabio y unas vendas calientes arreglarán esos moratones del costillar y el riñón —aseguró el dueño.

—¿No se llamará Torres el médico dichoso? —preguntó Amodeo, dejándose hacer.

—El mismo, don Diego de Torres Villarroel.

—Voto a bríos que he de echarme a ese matasanos a la cara más pronto que tarde —murmuró rechinando los dientes.

Y a fe que no mentía, pues antes de la hora de la cena apareció el alegre don Diego, interesándose a voz en grito por el doliente. El dueño, tras él, no cabía en sí de gozo. Y eso que podía decirse sin temor a la exageración que llevaba un tonel por cuerpo. El festín prosiguió, sin Amodeo, hasta la medianoche, consumiendo los manjares que las mujeres del lugar arrimaron a la mesa, regados con el buen vino de aquel alegre y bellísimo puerto de mar. Al menos así lo describe Torres en su *Vida* oficial y también en la secreta.

A la mañana siguiente, aún con lluvia, Amodeo se puso en pie como si la caída fuese agua pasada, de la que no mueve molino. Don Juan lo saludó con efusividad, entreteniéndose ambos en una conversación de la que Torres apenas pudo oír un par de palabras: logia y maestro. La logia es la sociedad que los canteros forman desde tiempo inmemorial para construir obras de la envergadura de las que encandilan en el Camino de Santiago, origen de todas las logias y masonerías especulativas que pululan por la Europa y las Américas de este esperanzador siglo. El maestro era el antiguo *magister*, arquitecto y escultor, que gobierna la logia. Pero ahora no sólo se trataba de dar con él, sino también de extraer uno de sus más preciados secretos, el que hace referencia a la proporción en altura.

Amodeo sabía cómo desenvolverse en la intriga. Dominaba las artes de la persuasión, el soborno y, por qué no decirlo, la intimidación. En La Coruña, conocedor del reto al que se enfrentaba, empleó las tres en sus dosis justas. Hasta que, de oca en oca, acabó en una taberna de mala muerte, rodeado de sombras que lo miraban con desdén y de una moza pechugona que alardeaba de lo que tenía entre las piernas. Empezó por la última, regada con vino de pelea. Subió con ella a un cuarto y, tras una sucesión de ruidos que pocos sabrían identificar a pesar de la evidencia, mitad de gata que maúlla, mitad de cancerbero que ladra a las puertas del averno, bajó colocándose la camisa y la compostura. Ya no molestaría más aquella Carmina de voz trepanadora. Repitió jarra de vino y se acercó a la mesa de los más

malencarados, todos curtidos por el sol que azota a los albañiles, con manos como remos y callos hasta en los codos. Invitó a quien quiso y emprendió un diálogo que debió ser épico por su tono desafiante, pero lo que cuenta es que le puso fin cuando se hartó de ceñudos y retadores, repartiendo mamporros como panes de Carral.

Dejó tirados por el suelo a cuatro valientes, puso en fuga a dos más y salió de allí agarrando por el cogote al fornido de la cuadrilla, que había recibido un silletazo en la cabeza y le costaba erguirse. Cuantos los vieron se apartaron de su camino, alejándose con prisa. Amodeo empleó al mostrenco de lazarillo, fiándolo todo a su buen ojo de lince y a la locuacidad del aturdido, que no pasaba de aprendiz cuando, por edad, debiera cuando menos ser *maçon*. No todos cumplen con fidelidad, a riesgo de su vida, el juramento de la logia. En la última penumbra del ocaso, el terreno se empinó hacia las nubes en un paraje con pocas casas y menos vida, desde el que se divisaba el puerto. El brazo extendido del guía señaló a una puerta en la que se podían leer dos letras talladas en la madera: S y P. La ese era de Santiago, el nombre del maestro cantero; la pe, nadie sabía interpretarla. Santiago el Mayor, lo llamaban.

Amodeo no avanzó más. Volvió sobre sus pasos, abandonó al albañil en el rebate de la taberna y regresó a la posada. Allí comprobó que Torres había buscado mejor hospedaje, en casa de un hacendado. Repetía lo hecho en Santiago de Compostela. Don Juan había quedado esperándolo. Manifestó su nerviosismo acudiendo a su encuentro en cuanto lo vio entrar. Amodeo lo tranquilizó con un simple gesto. El día había sido largo pero provechoso.

—Santiago, de nombre. Lo apodan el Mayor. Iremos con el alba —dijo sin dar detalle de sus actos, poco edificantes. No lo haría hasta años después, según relata Torres en su biografía.

—No, mejor tras el ángelus. Es preferible pasar por cristiano devoto que por inquieto —respondió el caballero.

—¿Y Torres? —Amodeo se ahorró una explicación que ambos compartían.

—Que venga si quiere. Le mandamos un mensaje para que acuda a las doce donde coja de camino.

Torres no faltó. Apareció solo, con ropa corriente, sin destacar en sus andares ni en sus maneras. Con la modestia del caso. Sin mediar palabra, los tres se dirigieron a la cuesta donde se erguía, tímidamente, la casa del maestro cantero. Fue Amodeo el que golpeó la madera de la puerta con los nudillos. Abrió un niño de unos diez años que, sin esperar a que se identificaran, gritó poniendo de manifiesto una situación que no era la primera vez que se producía.

—Padre, unos señores que vienen de lejos —a modo de contraseña.

Don Santiago salió a recibirlos. Sin afecto ni aspereza. Les ofreció una silla, un vaso de vino, un trozo de queso y una hogaza de pan. Comida de canteros, añadió. Luego los escrutó con sus ojos cansados, protegidos por unos quevedos, a la espera de su reacción. Amodeo se sirvió con ganas. No lo movió el hambre, sino la campechanía. Con la boca llena era más fácil examinar aquella habitación sin pasar por entrometido. Nada en ella destacaba salvo una cosa. Dos codos por encima de la cabeza del anfitrión, colgados de la pared, sobresalían un compás con las patas abiertas hacia abajo y un cartabón con el ángulo recto partiendo de la misma vertical. Un sesgo en la mirada bastó para que don Juan alzase la cabeza. Torres inició uno de sus discursos, siendo frenado por la recia mano del cantero.

—No se moleste su señoría, que sé cuál es el motivo de su visita y nada de lo que diga cambiará en su favor lo que he de expresarles —Santiago cobró la dignidad de su condición—. Muchos antes que ustedes vinieron a esta tierra en busca de lo mismo. Unos hablaron de París; otros, de una sociedad científica de Londres. Los hubo que vinieron de Alemania o de Nápoles o Amberes, que mencionaron Rocamador o emplearon el nombre del beato Lulio. Yo mismo recibí el año pasado a un francés que presumía de conocimientos. Sigo las instrucciones que me fueron encomendadas y no se moverá un ápice mi criterio.

—Pero… —Torres volvió a intentarlo, ganándose la misma mano en respuesta.

—¿Ven ese reloj de ahí? Les ofreceré una pregunta y tendrán el tiempo de su arena para contestarla. No hay acierto ni fallo. La bondad de la respuesta se hallará en su argumentación. Si son dignos, podrán aprender de mí lo que gusten, y yo revelaré tantos secretos como demanden. Si no, regresarán por donde vinieron sin armar escándalo y entregarán treinta monedas de plata en la primera iglesia que encuentren. ¿Trato?

Ahora tendía la palma de aquella mano diestra, que hacía las veces de bastón de mando. Encontró las de los visitantes, en señal de compromiso. Trato, respondieron al unísono.

—Díganme, ¿cómo un pobre aprendiz de cantero se hermana con los alarifes que construyeron el Templo de Salomón?

Había tantas maneras de contestar que la duda se reflejó de inmediato en los rostros de los tres amigos. Técnicas constructivas, herramientas y hasta la complexión de los aspirantes pasaron por su cabeza, sin que alcanzaran el honor de la respuesta. Se miraban, esperando apreciar en los ojos de los demás la chispa de la que

carecían los suyos.

—Hablen, hablen sin miedo, que lo que escuche no contará —indicó don Santiago.

El tiempo se deslizaba junto con los perezosos granos del reloj. No había necesidad de precipitarse. Torres esbozó una idea religiosa, muy rebuscada. Amodeo recordó que debían razonar de forma loable, en la pretensión de acercarse al conocimiento que concierne a Dios. Don Juan movía los labios sin pronunciar palabra. Hasta que la luz, tras alzar de nuevo la vista sobre la cabeza de don Santiago, llegó a su entendimiento.

—Como bien dijo Amodeo al partir de la ciudad de Compostela, La Coruña aguarda al que alza la mirada. La respuesta, también —afirmó con serenidad.

—¿Está seguro, mi amigo? —Torres se mordía las uñas, nervioso como nunca.

—Cómo no había de estarlo, si me va la vida en ello —aseguró don Juan, y se lanzó a la explicación que demandaba el maestro de cantería.

En resumen, y con menos vericuetos de los empleados por él, hemos de partir de una verdad innegable. Habiendo sido destinado el Templo de Salomón a reemplazar al Tabernáculo como único centro de culto para el pueblo judío, debió ser construido con la directriz del rey sabio, contando con las mejores manos. Las manos de quienes practicaron el conocimiento, la rectitud y la disciplina como valores universales. La esencia misma de los varones que llegarían a constituir la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y del Templo de Salomón, también llamados templarios. Suya fue la vigilancia de los santos lugares, como lo fue de este Camino de Santiago que toda la cristiandad venera. Su lema, «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre sea dada la gloria», abre el Salmo ciento quince. CXV en los romanos tan utilizados en la época. La ce del Camino, la equis de Jesucristo y la uve que…

—Y la uve que luce en esos objetos que cuelgan de la pared maestra de esta casa —don Juan apuntó con el brazo y el dedo índice bien rectos. Don Santiago no necesitó volverse para reconocer lo que pretendía señalar—. El compás y la escuadra, las dos uves que proceden de la partición de la equis del Señor. La escuadra representa la rectitud y la obediencia que el aprendiz de cantero debe a sus mayores en el oficio, si aspira a crecer en conocimiento y responsabilidad.

Si la experiencia me conduce al peligro



XL

Una logia en Fuencarral

La visita al Real Hospicio había elevado mi ánimo hasta el límite mismo de la estupidez. No era la primera oportunidad en que participaba en una indagación, pero me producía especial jactancia comprobar que mis dotes para urdir un plan y llevarlo hasta las últimas consecuencias no habían flaqueado. Ya en el coche, de regreso, bromeé con mis tres efes, despeiné a los más jóvenes y agradecí la ayuda prestada por Felipe, que además de ser hermoso tenía un hermoso apellido. Terol.

—Con origen en la muy noble Monforte del Cid. Villa que, por cierto, no conozco —aclaró él.

Hice entrar a los tres conmigo en la posada del Peine. Amodeo leía uno de sus viejos libros de hierbas y flores, pero, movido por el entusiasmo, no admití una evasiva. Delante de los muchachos comencé a hablarle del edificio, del padre Juan, de los triángulos del suelo, de las sillas dispuestas en círculo, de… Me interrumpió antes de que alcanzara el apogeo de mi exposición.

—No te canses más. Vienes a decirme que doña Soledad debe estar participando en una de esas logias que no existen en Madrid —afirmó, como otras veces, sin concederle relevancia, como si fuera lo más normal del mundo que hubiese sociedades secretas y que una mujer se disfrazase para introducirse en una, pues le estaban vedadas.

—Una logia que debe reunirse en el mejor sitio posible: el Real Hospicio del Ave María y San Fernando —exclamé sin recato.

Los muchachos miraban atónitos a Amodeo. Para ellos, era la personificación del misterio, pues hablaba menos que un mudo, salía menos que un impedido y, sin embargo, estaba al corriente de cuanto sucedía. Comenzaron a apodarlo el Adivino. Pero quedaba una sorpresa aún mayor. Sin solución de continuidad, saltando de un asunto a otro, saqué a colación algo que les atañía verdaderamente. Su educación, su futuro.

—Estoy preparado para seguirte hasta el fin del mundo —una expresión que nadie en su sano juicio pronunciaría sabiendo de las cualidades y recursos de Amodeo—. Hasta estoy dispuesto a

aprenderme la maldita *Enseñanza* de Torres —que, por cierto, había cobrado un inusitado, pero disimulado a propósito, interés para mí—. A cambio, sólo te pido dos cosas: la vida esa, perpetua, que me ofreciste y el porvenir de mis tres efes, aquí presentes. Confío en ti.

El Hermoso dejó escapar un exabrupto, disculpándose de inmediato. El Toledano me miró con cara de estupor, como si hubiera recibido de mí una mala noticia. El Rubio se rio, con más nerviosismo que humor. Amodeo giró noventa grados para examinarlos de arriba abajo, despacio, muy despacio, antes de dirigirse a ellos con el rostro más adusto que era capaz de componer.

—¿Estáis seguros de que queréis asumir las obligaciones que eso conlleva? —hizo una pausa y señaló al Toledano antes de proseguir—. ¿Estás seguro de que tus pies aguantarán los zapatos? —no esperó la respuesta, saltando con el dedo índice al Rubio—. ¿Vas a ser tan hombre como para aprenderte los libros de esa estantería? —para finalizar con el mayor—. ¿Tienes suficiente fe en ti mismo como para no volverte a Quintanar con ese rabo del que presumes entre las piernas?

—Entre las piernas ya lo tengo, mi señor —contestó con el gracejo que le era habitual, provocando la sonrisa del inquisidor Amodeo.

—Venimos, su excelencia, del Hospicio Real. Le aseguro que aprenderme esos libros no es nada comparado con estar allí dentro, sin más esperanza que acudir al refectorio —respondió el Rubio.

—Y tú, ¿no tienes nada que decir? —Amodeo elevó el tono, con voz de trueno. El Toledano, sin embargo, no pareció amilanarse.

—Que de grandes cenas están las sepulturas llenas, pero nadie muere de dolor de pies ni de empacho de conocimiento. Alcanza la locura, todo lo más. Un mal del que debo ser inmune, a juicio de mi santa y puta madre.

Y ahí acabó el parloteo. El adivino se hinchó como un obispo, complacido. Yo recibí su efusiva felicitación, por mi buen ojo a la hora de escoger compañeros de viaje. Mis tres efes marcharon con la promesa de que su futuro sería dichoso si cumplían con los preceptos elementales del ser humano y la divina ley de Niccolò Furio Hermes d'Amodeo.

A la mañana siguiente, desperté como si hubiera completado el mejor de los sueños y ya nada restase por hacer. Era lunes y, sin embargo, me sentía dichoso. Pero la cruda realidad es que ni siquiera habíamos rascado el barniz de la puerta que pretendíamos derribar. Reflexioné, mientras desayunaba, sobre la incipiente masonería que Torres había conocido en Madrid y el efecto que las relaciones entre masones o remedos de éstos había tenido sobre las indagaciones de la

máquina de Lulio. El beato había sido estudiado por propios y extraños, por practicantes de la buena ciencia y adoradores de la peor, la que raya con la magia y lo siniestro, en busca de bienes materiales y de ese poder que escapa de una retorta.

En esas estaba cuando Amodeo vino a comentar, empapado por la lluvia, que corría el rumor de que el rey, finalmente, había firmado el decreto de supresión de las Secretarías de Despacho de Ultramar. Los acontecimientos se sucedían a menos de trescientos pasos de nuestras estancias. Floridablanca seguía simplificando la administración, concentrando el poder y acallando las voces discordantes. Se decía que había sacado del desván de las telarañas al Santo Oficio y lo había puesto a perseguir a quien se hiciese eco de lo que acontecía más allá de nuestras fronteras, a quien hablase mal de él y hasta a quien pensase mal de él y su cohorte. No era cierto, pero tampoco era una falsedad de confesonario.

Volví a ofrecer mi ayuda para lo que hubiera que hacer a favor o en contra de Floridablanca, que tampoco me aclaró de qué parte estaba. La lógica dictaba que nadie que se tira en el poder más de trece años merece seguir ostentándolo. De igual modo, el sentido común permitía interpretar el comentario de Amodeo sobre un posible atentado y las consecuencias para nosotros como un mal, directo o indirecto, pero mal. ¿Por qué? Un misterio, en aquella mañana de meteorología desapacible, que debería seguir en suspenso por algún tiempo más.

De manera que regresé a mis pensamientos, comenzando a diseñar la estrategia a seguir dos días después, en la reunión de hermanos —recalco el término, pronunciado por un cura— que había de celebrarse en el Real Hospicio. Amodeo me mostró un retrato del conde de Aranda, para prevenir hipotéticas tiranteces si apareciera en escena. El padre Juan avalaba mi presencia, por lo que, por esa parte, podía estar tranquilo. También, por la de doña Soledad. Una mujer disfrazada no intentaría ponerme en un aprieto delante de todos. Y, de cualquier forma, qué habría que desenmascarar en mí, si yo era un veterano en reuniones clandestinas en las que se ondeaba la bandera de la libertad. Sólo cabía temer que pretendiesen aplicarme uno de esos rituales de iniciación, cuajados de tonterías que instaban más a la risa que al respeto. Y ahí estaba el problema, en aguantarla como habían hecho mis falsos hijos en la visita del día anterior.

El miércoles, coincidiendo con mi salida hacia el Hospicio, recibimos un recado que procedía del palacio de Liria. Nuestro monaguillo llevaba buena panza y mejor vestir gracias a nuestros pagos por sus labores de correo. Amodeo y yo nos miramos sin decir nada. Debimos pensar lo mismo. No era, sin embargo, una misiva de

doña Soledad. La remitía la amiga de Francisca, deseosa de encontrarse con nosotros y nuestras historias en la confluencia de la carrera de San Jerónimo con el Prado, junto a la fuente de Neptuno, dos días después. No hubo discusión, ni en nuestro silencio, ni en nuestros gestos. Era conveniente, dadas las circunstancias, devolver contestación confirmando nuestra presencia.

La llegada al Real Hospicio fue más tardía de lo previsto. El cochero quiso enfilar recto, tomando la calle Fuencarral cuando las dificultades para avanzar eran evidentes. A la altura de la transversal de las Infantas, pudimos comprobar que la lentitud se debía a la caída de unos toneles de un viejo carromato que había perdido el eje trasero. Atorados, sin posibilidad de retroceder o cambiar de rumbo, me vi en la necesidad de bajarme del coche y caminar a buen paso. No me atrevería a afirmar que Madrid contemplaba el ocaso de la tarde cuando me presenté en la puerta del Hospicio. Era de noche, y así me lo hizo saber el padre Juan tras acudir al aviso de mi presencia. Llegaba tarde y, lo que era peor, desconocía si doña Soledad se encontraba ya dentro.

La presentación se produjo, como cabía esperar, en la sala que tenía las sillas dispuestas a modo de rueda. Cuando entré, precedido por el padre Juan, interrumpieron el debate y se levantaron a saludarme. Enseguida me percaté de la posición del caballero tras el que se ocultaba mi amiga. El ritual de iniciación careció de ridiculeces. Me pidieron que firmara, en un libro dispuesto en una mesita, una declaración de confidencialidad. En el texto se subrayaba que el incumplimiento de aquel pacto justificaría mi muerte. Lo que no aclaraba es si ésta se debería al castigo divino o a la mano ejecutora de alguno de los presentes. Después, una vez sentado casi enfrente de quien en verdad me interesaba, me pidieron que contase mi historia. A esas alturas, resumir mi biografía no era sencillo, y menos si se tiene en cuenta que alguno de los asistentes, si no todos, podían estar ligados a la casa de Alba. Hablé de mi origen humilde, de mi estancia y estudios en Salamanca, de Torres Villarroel, de mis ansias de fortuna —eso dije para justificar el viaje a las Californias—. Hablé, también, de mis movimientos hasta llegar a Lima y de mi postrera vocación por extender la ciencia del hombre, alejado de la superchería de los que juegan a ser Dios. Oculté, deliberadamente, la invitación a abandonar el virreinato por difundir ideas de independencia. Como oculté mis inclinaciones amorosas, puesto que el papel que representaba era el de viudo. Atribuí el regreso a España al frustrante mal que allí llaman quebrantahuesos. Y defendí el trabajo en la Universidad de Sevilla por el auge que estaban teniendo las matemáticas en dicha ciudad y por el

clima, mejor para mis achaques.

—¿Y qué le trae por Madrid en estas fechas? —preguntó el conde de Aranda, que hasta ese momento había permanecido en silencio.

—Un servicio a la duquesa de Liria —pude constatar que doña Soledad, que pasaba por ser don Jacobo en aquella reunión, ni se inmutó al escucharme.

—¿Matemáticas para la duquesa?, pobre mía —bromeó el conde, que estaba al corriente de la tristeza de espíritu y la decadencia corporal de doña María Teresa.

—No —respondí sin cambiar la inflexión de mi voz—, chocolate.

Gustó mi presencia en la logia, pues todo ilustrado que se precie ha de valorar a un hombre de ciencia. Y no hay ciencia más exacta, apuntó otro de los asistentes, que la matemática. Mucho habría que hablar de eso, pero no sería yo el que negara las virtudes de lo que me daba de comer. No se caga donde se come, se dijo de siempre en el palacio de Monterrey. Con todo, lo que gustó de verdad era el uso del chocolate para alegrar el día. Me reservé la receta, por supuesto, a pesar de la insistencia de varios y pronto nos hallamos comentando las confusas noticias que llegaban desde París y el efecto que tendría sobre la gobernanza de las colonias la eliminación de las Secretarías de Despacho de Ultramar. No fue el conde el que cargó más las tintas contra su rival Floridablanca.

—La monarquía está secuestrada por ese «golilla» —clamó el de la exacta matemática.

—España entera está presa de ese medio hombre que en su vida ha catado mujer —contestó otro con título nobiliario.

Hubo más opiniones, menos llamativas para mí, y más queja que conclusiones. No parecía que aquel grupo estuviese conspirando. Eran gallos de corral, más pendientes de lucir la cresta que de provocar la pelea. Tuvo que acercarse el final de la reunión para que recobrara el interés. Acababan de mencionar una noticia del *Mercurio de España*. De repente, apartados del ruido de los demás, dos de los presentes se manifestaron partidarios de un levantamiento que no debía demorarse más allá del otoño y que debía contar con los Godoy, que para eso controlaban la Guardia de Corps. Aranda se inclinó hacia los dos belicosos al tiempo que miró a don Jacobo y levantó las cejas para indicar que aguardaba su opinión. Éste, que sin duda debía el apócrifo bautizo al insigne Rousseau y sus ideas libertarias, respondió en voz queda pero recia, sin titubear.

—Un levantamiento derrama sangre inocente. Un atentado, si se hace bien, no —Aranda asintió, complacido.

Los restantes, sumidos en su cacareo, ni se enteraron. Una

campanilla marcó el momento de concluir tan baldías palabras. Hicieron promesa de juntarse en una semana y yo asumí el compromiso de acudir de nuevo. No cumplí. Ni yo, ni don Jacobo. La duquesa fallecería coincidiendo con la fecha prevista, día 5 de mayo. Una despedida conforme, a decir de doña Soledad.

Por desgracia, no siempre lo es.

XLI
LA MUERTE DISCONFORME

Don Juan Antonio de Salazar Ladrón de Guevara y Gascón murió en 1742 y fue enterrado en la Colegiata de Medinaceli. No tuvo una muerte dulce. La suya fue una lucha contra la parca y el tiempo, entregándose con afán a la construcción de la máquina de Lulio. Puso en práctica las enseñanzas del cantero mayor, determinó las medidas para su diseño, dio con el carpintero que trabajase el roble con el que hacer realidad tan simbólico engendro y lo montó sobre la rueda de un molino apartado de las tareas de la tierra, junto al arroyo de su finca soriana. En la primavera de 1738, ya estuvo a su disposición. Sólo restaban las velocidades de giro y las palabras que abriesen la puerta de los cielos.

Don Juan sabía, como anunció el peregrino de Rocamador, que sus ocas habían volado y que la tijera de Átropos llegaría para cortar su vida antes de lo que sospechaban todos. Todos menos él… y Amodeo. De ahí que precipitase la búsqueda de los patrones que faltaban para que la máquina abandonase el papel y se convirtiese en vehículo de migración del alma. Conocía la verdadera intención de Amodeo y le ofreció un pacto que nunca llegaría a perpetrarse. En su desesperación, hincó su ingenio y su tenacidad en la *Ars magna generalis et ultima* de Lulio, creando combinaciones y más combinaciones de términos llamados a constituir la llave que abriese la puerta final. Miles de frases de calado espiritual resultaron de aquel ímprobo esfuerzo, tejiendo y destejiendo como la Penélope de Ulises. Fracasó.

Ajeno a esa carrera contra el tiempo, Torres vivió el regreso del Camino a Salamanca con la alegría del triunfante. Había sido conocido y reconocido en cada lugar por el que pasó, y había ido cargando en su zurrón las semillas de amistades y beneplácitos que tanto alimentaban su orgullo. Fueron casi cinco meses con la fortuna a su diestra, plantándose en la universidad con ganas de un descanso. Intuyó enojo en sus compañeros de viaje cuando, ya en su ciudad, se negaron a demorar la partida hacia Madrid. Afanado en terminar el calendario del año 38 y la biografía de la madre Gregoria, no se

molestó en concertar el clásico encuentro navideño.

Es en el prólogo de esa obra calificable como seria donde intenta excusar su carácter y vanidades, mostrándose recatado y echándole la culpa a la necesidad de ganarse el pan con la exudación de su traviesa pluma. «Yo no puedo negar la frecuente porfía de mis chanzas, que andan entre el público sonrojándome el genio y el ingenio, pero cree que en ellas ha tenido más parte el depravado apetito del mundo y la desesperación de mi pobreza que los movimientos de mi gusto y mi natural. En los años de mozo sentí sobrada melancolía en mis venas y oportuna pesadumbre en mis humores como para elegir y detenerme en asuntos majestuosos, incluso severos, pero el temor a que recibieras con desconfianza mis gravedades me hizo violentar tantas veces el empeño». Desde luego el *mea culpa*, suponiendo que en verdad lo fuese, no iba dirigido ni a don Juan ni a Amodeo.

El regreso desde La Coruña, más rápido y discreto que la ida, sólo contempla un suceso digno de ser destacado. Antes de alcanzar Benavente, son abordados en una posta por tres individuos de acento francés y diestros aceros. Supieron de éstos tras una charla que comenzó entre risas, con una invitación al buen vino de la Tierra de Campos, y acabó en disputa. Vinieron los gabachos a decir que los habían visto en La Coruña, entrando en la casa del cantero Santiago el Mayor, para acabar preguntando por la información recibida de éste. Torres, deslenguado por el vino, improvisó unas estrofas que versaban sobre lo necios que eran quienes habían intentado sonsacar los misterios de la catedral compostelana a tan digno albañil, sólo superados por los necios que intentaban sonsacar los secretos del cantero a quienes se malograron en la artería. Bien por la mentira, bien por el insulto, los extranjeros se pusieron en pie con actitud desafiante, dando pábulo a la sospecha de los presentes. Torres susurró a don Juan que no se mezclase en tan bajo asunto, dejando hacer a un Amodeo que, como en La Coruña, repartió a diestro y siniestro, acabando con los tres rivales en el pilón de las caballerizas. Unos aldeanos, alentados por el tintineo de unas cuantas monedas, se encargaron del resto.

Desde el viaje a Santiago hasta el luto por la muerte del amigo, Torres vivió con tranquilidad, ajeno a la prisa que lo había movido siempre, acompañado de su madre y sus hermanas, con más de mil ducados de renta anual gracias a la cátedra y a la pluma. La peregrinación lo había vuelto complacido y complaciente. Había perdido la furia que lo impulsaba a buscar la superación, el conocimiento destinado a curar los males del cuerpo y el espíritu, esa alquimia que alcanzaría —pensó él— a través de la máquina de Lulio.

Se arrimó a la casa de Alba, haciendo buenas migas con la duquesa, que le ofreció su amistad en Salamanca y su palacio en Madrid, de manera que las tres escapadas que solía programar por año le salían económicas y hasta rentables, disponiendo de la abundante mesa de la excelentísima señora y de un alojamiento más que esparcido, del trato de nobles, ministros y otros influyentes de la Corte, y de la posición privilegiada de quien se siente protegido sin ceder nada a cambio. Aprovechó las sucesivas vacaciones para unirse a la indagación secreta. Visitó el molino en varias ocasiones, se admiró siempre de la presencia de la máquina y repitió con desdén que el método para dar con la clave verbal no podía ser un simple juego de probatura y error. No sería digno del elevado propósito que se perseguía. Don Juan, consciente de eso y de todo lo demás, perdía en esos momentos la afabilidad que lo caracterizaba, rogando que trocase el consejo fácil en ingenio real, ajeno a la palabrería y el ruido a los que era tan proclive. Su amistad se resintió a medida que caía la arena del reloj de don Juan de Salazar.

Desde 1738 y hasta el luto, la pluma de Torres decae. Sólo en el primero de esos años publica obras capitales, por las que pasaría a la historia de no haber escrito otras de tanto o más valor. Dos, en concreto. *Anatomía de todo lo visible e invisible*, con dedicatoria de 20 de febrero, es el tratado de divulgación científica que desarrolla lo que ya expusiera años antes. *Pronóstico de lo pretérito, anticipación de lo presente y regreso de lo futuro,* que ve la luz en diciembre, no destaca especialmente por el contenido, unas estrofas en las que ensalza su labor ridiculizando la de otros, sino por el título. Un título que, sin que él lo supiera mientras lo plantaba en la primera página de su manuscrito, constituye la expresión certera del empeño de Amodeo. Después, su escritura se difumina en trabajos carentes de necesidad, languideciendo como el afecto de sus camaradas.

Tras los funerales por el alma de don Juan, Torres se enzarza en una discusión acalorada con Amodeo. Le echa en cara que le hubiese ocultado la enfermedad del querido amigo y, de paso, deja caer su resquemor por sentirse desplazado en aquel triángulo que nunca fue equilátero.

—Momentos hubo —llega a manifestar— en que sentí que la conquista del conocimiento ya no era nuestro empeño, tuyo y mío, siendo superado por otro vuestro, suplantándome.

La reacción de Amodeo no se hace esperar. Como un vendaval desatado, rojo de ira, saca su lengua a pasear para cubrir de invectivas a quien perdió la gracia de ser merecedor de los honores de tan noble empresa. Lo tachó de pisaverde, arrogante y narciso, para, sin solución

de continuidad, darle el disgusto de su vida.

—Ese que llamas «nuestro empeño» no es sino mi plan, el que me mueve a superar las trabas que gente como tú me puso, pues los peores no son los que se alejan de uno, son los que se arriman ofreciéndote la ilusión de la inteligencia y la fe, se te suben a la espalda y provocan la giba con la intención de sacarte la manera de hacer un pronóstico que les llene el bolsillo. Hace tiempo que dejaste de ser el candidato a ese sentido superior al que tu lengua dice aspirar y tus actos rechazan. Juan fue un caballero, un varón íntegro que asumió el reto y lo llevó hasta las últimas consecuencias, cuando bien podría haber dedicado sus últimos años a ponerse en paz con los hombres y la familia, ordenar sus asuntos para tenerlo todo atado y bien atado, y comprar indultos con los que alcanzar la morada a la que sin duda estaba y estará destinado. Sin embargo, se entregó como nadie a la causa de la que tanto alardeaste. Echa la vista atrás y reconocerás que, sin él, no habríamos avanzado nada. Fue él quien te abrió los ojos sobre Leibniz, quien descerrajó la puerta que relacionaba la ciencia nueva de éste y de Newton con Lulio, quien arriesgó su hacienda y su honor por llevarte a Rocamador, quien, al fin, te trajo del exilio y te empujó hasta La Coruña, resolviendo el enigma que planteó el maestro cantero. Él buscó el emplazamiento de la máquina y la construyó. ¿Y qué hiciste tú en esos años? Lamentarte de los pocos progresos, inflarte como un globo con las lisonjas y enriquecerte con esa ciencia de calendario que yo te enseñé. Fue él, y no tú, el elegido. Y, sin embargo, la Providencia dispuso que no llegase a buen puerto nuestra exploración. Ahora he de recomenzar y arrastro la doble pena, por la muerte de un buen hombre que me mostró afinidad, incluso afecto, y por el fracaso que me condena a nuevos años de afán sin cuartel.

—He de aceptar tu reproche y no seguiré combatiendo estérilmente por defender un aprecio que, por lo que veo, no es tal —alegó Torres —. Apliquemos la lógica y la razón que, en el pasado, guio nuestros actos. Tomemos la máquina, busquemos un nuevo punto donde establecerla y terminemos la tarea. Hagamos honor al esfuerzo de don Juan y a nuestro propio esfuerzo.

—El molino y la máquina quedaron destruidos por un rayo la misma noche que falleció —respondió Amodeo finalmente, dejando que las lágrimas brotaran de sus ojos.

Era la primera vez que Torres lo veía llorar. Y sería la última.

XLII

EN EL QUINTO PINO

La lágrima de un hombre, aun hoy, llama la atención de los demás hombres. También, y me cuesta creerlo, de las mujeres, que reaccionan con estupor a la palpable muestra de debilidad. De manera que la risa es un signo de fortaleza, mientras que el llanto te señala. Llora como mujer lo que no supiste defender como hombre, fue el desaire de la madre de Boabdil a su hijo. En mi caso, nunca he sentido los ojos inundados. Soy más visceral. La bilis me asciende por el esófago, hasta la boca, convirtiéndola en hiel. Mi tristeza siempre ha ido acompañada de la rabia, la ira, esa cólera incontenible que muda en violencia.

Nunca fue la muerte, sin embargo, la causante de mi reacción. Y, desde luego, en aquel último día de abril, soleado y ventoso, no había ninguna a la vista. Habíamos quedado citados con las jovencitas de Liria en las proximidades de la fuente de Neptuno. Allí estuvimos y allí apareció, con el retraso de cortesía, una carroza que parecía escapada del mismo Versalles, por sus dorados y su lujo. Para nuestro incomodo, no venía dentro más que una mujer. De doña Leonor se trataba. Adelantándose a nuestra pregunta, explicó que Francisca había tenido que partir intempestivamente y que doña Soledad no podía abandonar el cuidado de la duquesa, que había empeorado de sus males verdaderos. Para Amodeo, la conversación duró lo justo, pues pronto encontró una excusa para salir huyendo, dejándome compuesto y con una falsa novia que, en realidad, era una casada de más edad de la que aparentaba. Pero eso, lo confieso, no lo supe entonces, sino mucho más tarde.

El paseo se vio interrumpido por el repentino cansancio de Leonor, que no estaba acostumbrada a las rarezas de Madrid. Subimos al carruaje y emprendimos camino hacia la ermita de la Virgen del Puerto, junto al puente de Segovia. Un refrigerio que guardaba en una cesta de cuento y mi descripción de los eclipses —enloquecida como estaba por las cosas que pasan en las estrellas, dijo— hicieron que su vitalidad no sólo se recuperara, sino que se elevó por encima de lo que las buenas costumbres dictan. Todo comenzó con un lamento difícil de

calificar.

—Ay, los caballeros tienen una panoplia de recursos a su alcance para seducir a una dama —suspiró—. Pueden hablar de un viaje a tierras ignotas, de Marte y de Venus, de cómo se cocina el mejor chocolate o de la fortaleza de Leonor de Aquitania. Pero ella, ella apenas puede mover el abanico de esta o aquella manera, dejar caer los párpados así —qué dominio de los párpados y qué pestañas— o pedir comprensión por su ignorancia de la astrología, la mitología, la fisiología y cuantas materias acaban en esa rima de mis querencias adolescentes.

Comprendí que no iba a ser fácil, a mis años, resistir el juego de aquella joven murciana, tan entregada a la causa de la seducción. Confieso que jamás me había visto en semejante circunstancia dentro de un coche. Tomé la decisión de no meterme en un lío, actuar con cautela y no abandonarme a mis inclinaciones carnales.

—Nada tan seductor como un lamento de mujer y un bello suspiro musical. Nada tan seductor como el lenguaje de los abanicos y los párpados. Nada como la querencia adolescente y esa amalgama de sensaciones que provoca una voz armónica, enigmática, tan digna de un ángel como de un diablo.

Un soplo después tenía su mano en el canal de mis muslos, mi mano en el desfiladero de sus pechos y los labios enrojecidos por la sangre en ebullición que circulaba por mis venas. Con idéntica precaución, reservado como suelo ser, le pregunté por la mejor manera de posar mis belfos y pastar en los valles que se extienden a los pies de su monte de Venus. Ágil como el más entrenado de los felinos, saltó sobre mi príapo y lo engulló sin contemplaciones. El viejo cosquilleo recorrió, veloz e imparable, mi columna vertebral, entrando en mi cráneo por las puertas abiertas del deseo, para desconectar el sentido común. La Niña Aura volvió a mi pensamiento, con el vigor del recuerdo indeleble, erizando mi vello, desatando mi olfato. Ella sí que dominaba el bello arte de la felación. Pero, en aquel momento, la situación no exigía, ni mucho menos, que me volviera exquisito. Apreté la cabeza de Leonor contra mi vientre y me sentí transportado. El aire se volvió dulzón, caliente. Cuando gruñía tratando de recuperar el resuello, cerraba los ojos y retornaba a mi Lima del alma. Lamía entonces el sudor de los senos de aquella pequeña ninfa que se entregaba a mí generosamente, sin más interés que hacerse con mi voluntad y, de paso, con mis modestos caudales. Bastó un chasquido de su lengua para rescatar el antiguo anhelo de aplicarme en la cueva de los placeres, percibiendo el latido de su corazón en las ingles que se apretaban contra mis oídos. Oía entonces

el sonido del océano en la caracola de su consagración, perdida y rescatada la virginidad en tantas ocasiones. Acabé de rodillas en el carruaje, para mi vergüenza y disfrute, embistiendo como el semental que siempre quise ser hasta que los grititos acallados de Leonor me reclamaron que no me vertiera dentro. Me guardaba una última recompensa por mi buen hacer. Vino a girarse con la destreza de quien domina el oficio, ondeando los ropajes como si de una siempre gasa se trataran, para ofrecerme sus manos. Allí quedé, cernícalo enflaquecido que se desvanece sobre la palma de la mano de quien, siquiera por un instante, vino a hacerle sentir halcón.

Dios sabe que nada es gratis en esta vida. Pagué con gusto, lo admito, el precio de aquel retorno al edén. La receta del chocolate fue la moneda. Ella me estaba doblemente agradecida, pues pocos alicientes había en su abnegada existencia. Yo, vulgar en mi condición de macho de una especie con más ínfulas que merecimientos, pregunté si habría oportunidad para un nuevo abrazo. Ella selló con un beso el compromiso firme de repetir antes de su partida a tierras del Levante.

—Dime que soy el amor de tu vida —pidió tras tenerme a sus pies, fuera del carruaje, en la plazuela de Leganitos.

—Lo eres, sin duda —concedí.

Y allí quedó la cosa. Nunca más volví a verla. Mi penitencia por la falta cometida no podía ser otra que la lectura del manuscrito de Torres, que se encontraba, cuando lo dejé, en uno de sus peores momentos. No había llegado a la cincuentena y carecía de alicientes. Como yo en Sevilla, tras despertar de un sueño. Eso explicaría, en palabras de Amodeo, por qué no tuve reparo en emprender tan loca aventura, camino de Salamanca. Ahora, en cambio, había llenado mi zurrón con ocupaciones varias y todo mi ser se activaba al unísono. Los dolores de piernas, por ejemplo, habían menguado hasta hacer superfluo mi brebaje de yerbasanta. Caminaba recto, disimulando la edad, y mi mente saltaba de asunto con la agilidad de la juventud extraviada y, tras tantos años, recuperada. Sonreí sin venir a cuento y, con ese dibujo en el rostro, me pilló Amodeo.

—¡Vaya!, Torres entre las manos y ese buen talante que nada debe a la pluma del confeso. Se ve que te has decidido a descargar los malos humores que se apretaban en el saco de tu virilidad. ¿A quién has deshonrado? —no se le escapaba una.

—Te aseguro que, de haber deshonra, sería la mía —respondí sin pudor.

—Así que la señora de tal, vecina de la afamada Murcia gracias a la seda y al sedoso Floridablanca, sufrió del mal de tus encantos. Pobre Leonor, tan joven y ya tan sometida —dicho con falsa compunción.

—No lo creas, que sus artes fueron más dignas de admiración que las mías —me defendí.

—Algo debió costarte el paseo en carroza, entonces —y ahí, derrotado, me vi obligado a cambiar de tema para no delatarme descubriendo los poderes de su chocolate.

El sábado, tras el relajo, estuvimos rondando los escenarios donde se resolvía la política matritense. Recibí prolijas explicaciones sobre el poder, real o imaginario, que acumulaba cada edificio y cada estamento, sobre las cualidades de tal o cual personaje, sobre la lista de miembros de la logia que se reunía en el Real Hospicio. A Amodeo nada se le resistía. Era un peligro andante y más valía tenerlo del lado propio que del ajeno.

El domingo rescatamos los paseos. Anduvimos hasta el quinto pino, que no era poco, porque Amodeo se había citado allí con un noble que le debía un favor y pensaba cobrárselo. Cabía figurarse que no habría cargo o título en ese ajetreado final de siglo que no estuviese en deuda con Amodeo. Lo que no cabía figurarse es que la caminata nos llevaría más de media legua, con un sol de justicia, desde la fuente de la diosa Cibeles hasta la punta del barrio de San Pascual, al final del Prado de los Recoletos. Buscamos la sombra de los edificios en aquella amplísima avenida. El noble, Melchor desde el bautismo y de Arcos desde mucho antes, aguardaba dando signos de impaciencia. Al verme, cambió el rojo natural de sus mejillas carnosas por el blanco de la lividez. Era uno de los integrantes de la logia, lo que aclaraba sin duda el conocimiento adquirido con prontitud por Amodeo. Éste me pidió que me apartara, para no condicionar su encuentro. No escuché lo que decían pero juraría que mi compañero de viaje amenazó, levantando el puño, en algún momento. Tras despedirse, don Melchor tiró hacia la puerta que cerraba Madrid por el noreste, alejándose de nosotros con prisa.

—Ves —dijo Amodeo al aproximarse a mí—, no hace falta entregar la receta del chocolate para una buena jodienda.

—No… —abrumado, no supe reaccionar.

—Deja, hombre, carece de importancia. Además, la receta que di estaba incompleta. Faltaba un ingrediente más, el verdaderamente secreto.

Volviendo al sujeto aquel que se había marchado con el rabo entre las piernas, Amodeo me contó que en pocos días dispondría de la información que necesitaba. Tan seguro como que, si quería conservar la vida y la de algún familiar querido, estaría a merced de nuestros requerimientos. Observó mi extrañeza y aclaró que tal exceso no saldría de su mano, sino de la del vengativo conde de Aranda.

—Es el espía de Floridablanca en la logia, y sabe cómo las gasta el aragonés que duerme, cuando está en Madrid, enfrente del Hospicio. También sabe que me vendría bien ganarme el favor de éste entregándole en bandeja la cabeza del traidor.

—Y me has traído para añadir abejas al panal de su incertidumbre —comenté.

—Qué original, Martintón —soltó una de sus indiscretas carcajadas —, abejas al panal de su incertidumbre. Pareces un poeta o un plumilla de la prensa.

Amodeo resultaba encantador cuando las cosas discurrían según sus preferencias. Otro, muy distinto, era soliviantado. Había aguantado alguno de sus enojos y, tras padecer los efectos de aquella fuerza descomunal, de procedencia por descubrir, intuía que no era conveniente cruzarse en su camino o ponerse a tiro de su arrojo. Ahora bromeaba, señalándome a una pareja muy joven, apenas dos pichones de instintos desatados que zureaban gustosos, entregándose a la pasión del beso junto a una tapia. Subimos por la calle del Almirante, para tomar por último la del Barquillo. Mis piernas empezaban a flaquear cuando nos acercamos a un figón que, visto desde fuera, no animaba al descanso. Lo saludaron como don Furio, sin escatimar en reverencias y parabienes. Una fuente de criadillas de carnero, unas mollejas cocidas con sustancia y las aplaudidas pollas de cebo asadas cayeron en el pozo de nuestros buches. Un cubo de vino de Cigales ahogó nuestra agudeza. Comimos y bebimos como reyes, disfrutamos de las incitaciones de unas mozas y fumamos un par de cigarros que habían atravesado el océano en una caja de caudales de especial custodia, haciendo compañía a un quintal de lingotes de plata. Tan valioso cargamento procedía de una Veracruz muy distinta de la que apenas conocí e iba dirigido a las iniciales N.F.H.A. Con todo, la propina fue digna de un cantar.

XLIII

A PERRO FLACO

Más difícil aún que acostumbrarse a él debía ser apartarse de don Niccolò, don Furio o el simple y llano Amodeo. Si arduo resultaba contar con su confianza, no quiero pensar qué supondría tener a semejante mastín por enemigo. La despedida de Torres, tras media vida de encuentros, no fue amistosa. Dejó secuelas en el salmantino, que no logró sacar de su cabeza los pormenores de una conversación tan amarga como descorazonadora. No sólo había sido relegado, sino que había perdido toda posibilidad de resarcirse de los improperios y realidades vertidos por un Amodeo en horas bajas.

1743 marca el declive. Aunque, al principio, nada haga presagiar tan aciaga circunstancia. Lo inicia buscando afanosamente concluir y publicar la primera versión de su *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras del doctor don Diego de Torres Villarroel*. Era una manera de afirmarse en sus creencias, empleando, como siempre, la añagaza por cosa segura y viceversa. El 3 de abril logra su propósito y la pequeña catarsis por la difusión de sus mentiras y medias verdades lo anima a pavonearse por Madrid llegadas las vacaciones, presumiendo de sus aciertos con la pluma, complacido al observar las reacciones de los muchos envidiosos. La hospitalidad de la duquesa de Alba le proporciona, en premio, asistencia a cuantas diversiones cortesanas se organizan. Logra, explica él, coche, asiento reservado en el paseo del Prado sin por ello alquilar el abono de temporada, billete para las comedias y corridas de toros… En fin, cualquier espectáculo donde concurriesen los ricos y los holgones se hallaba al alcance de su deseo sin pagar un ochavo ni pasar por la molestia de pedirlo. De todos los ocios, el del Prado era su favorito, pues sentado entre afines evidenciaba sus dotes para improvisar comentarios y chascarrillos llenos de agudeza, que unas veces alababan y las más zaherían.

Habiendo relegado pasadas pretensiones, se hallaba feliz en la liviandad, sin remordimientos ni escrúpulos en la salud, olvidado de los problemas terrenales y de las calenturas que causaban los fantasmas y cocos de los adultos, tomasen el nombre de críticos, abogados, médicos o simples maledicentes. No contaba, sin embargo,

con la ira de los más soterrados. En plena canícula de agosto, al ir a arrodillarse en misa, escucha de un predicador que, por edicto de 25 de julio, la Inquisición sacrosanta había mandado retirar su obra *Vida natural y católica* para su expurgación, tras trece años de bendiciones y reposo en las librerías de media España. Ruborizado y con no poco temblor en las canillas, envuelto en tristes cavilaciones sobre las consecuencias que cabía esperar, se retiró buscando las callejas más desoladas. Temía verse tachado de judío, hereje o infecto. Tras reflexionar, más tranquilo y aconsejado, se decidió a no conceder tanta importancia a las miradas y gestos de los demás, determinando escribir al Santo Consejo. En su memorial suplicaba que le aclarasen la temeridad de sus proposiciones para abominar de ellas, no siendo su intención ni defenderlas ni explicarlas, sino rendir obediencia a los decretos de la autoridad. Su cristiana intención dio el fruto deseado y en apenas quince días se le permitió rescatar el libro, que fue llevado en volandas a la imprenta de la Merced y vendido en la tradicional casa de Juan de Moya, frente a San Felipe el Real, añadiendo el eficaz memorial y un nuevo prólogo.

Tiempo tuvo para descartar la presencia de la negra sombra de Amodeo en aquella mala jugada, llegando a su conocimiento que fueron los jesuitas Bazterrica, a la sazón colega suyo en el claustro universitario, y Casani, miembro del Santo Oficio, quienes impulsaron el proceso. Otra vez los jesuitas lo situaban al borde de un inmerecido precipicio y su odio a la Compañía sería ya perpetuo.

Torres no volverá a aparecer en los claustros de la universidad hasta el 25 de noviembre, repitiendo el 17 de diciembre. Concluye así un año en cuyos últimos meses empieza a percibir síntomas de debilitamiento y entra en el calendario de su cincuentena rodeado de quebrantos por las noticias de amigos y protectores que han pasado a mejor vida, sin los ánimos de otrora y con el alma en desconsuelo. Es entonces cuando se percata de la pérdida de quien estuvo tan cerca cuando lo necesitó, el inefable Niccolò Furio Hermes d'Amodeo, y de la pérdida de un propósito superior que dé de comer a su mente, inquieta por naturaleza. Cae en la depresión. Y, como suele ocurrir y yo mismo comprobé en carne propia, las aflicciones y congojas del espíritu crecen como una bola de nieve que rueda cuesta abajo, terminando por afectar a los más elementales órganos del cuerpo. En su caso, el estómago entró en connivencia con la melancolía, contagiando a los hipocondrios y convirtiéndose en juguete de los médicos, que todo quisieron resolverlo con extenuantes sangrías. Encuentra, como último remedio, el retiro en una celda del convento de los Padres Capuchinos de Salamanca y la ejecución de los santos

ejercicios. Ya no abandonará la práctica religiosa. Informa de su intención al obispo José Sancho Granado y pide el sacro orden del diaconado el 5 de febrero de 1745, siéndole concedido dos días más tarde. El 24 de marzo solicita el segundo grado del sacramento con unas escuetas palabras: «En atención al eficaz deseo que tengo al sacerdocio, suplico se sirva admitirme al presbiterado en estas próximas órdenes de Lázaro con dispensa de intersticios». Se verificaron éstas en la Santa Iglesia Catedral, en la capilla de Nuestra Señora de la Luz, y el propio obispo, postrado en cama por la gota, acudió a oficiar la ceremonia. Rezó la primera misa en esa misma capilla el segundo día de Pascua de Resurrección. Más de treinta años habían pasado desde que accediese al subdiaconado. Finalmente, harto de demonios, mundo y carne, se ponía la sotana.

Curados por celestial decreto los males del espíritu, quedaron los del cuerpo. Los recientes dolores de cabeza no sólo no menguaron, sino que fueron acrecentándose. El 14 de abril declaró a una junta de doctores, en su idioma médico, los síntomas y pronósticos de la enfermedad. Aseguró entonces que se ponía en manos de todos ellos, pues de no frenar el tormento de la sesera acabaría con una apoplejía o alguna forma de locura furiosa. Tras una breve discusión, quedaron de acuerdo en que su padecimiento provenía de una hipocondría incipiente, que afectaba a la cabeza y provocaba la laxitud de las fibras estomacales. Los intentos de curación comenzaron con la clásica purga de ruibarbo, maná de fresno, cristal tártaro y agua de achicoria. Continuaron, en la misma idea de limpieza de las maldades adheridas a las entrañas, con la ingesta de cuatrocientas píldoras católicas, dando paso finalmente a las aguas de Escrodero, útiles para aliviar el intestino entre retortijones y para sudar como un mozo de espuela, todo en uno, que Dios perdone al alemán malsonante que convirtió la farmacopea en potro de tortura.

Como si nada, el dolor de cabeza continuó campando a sus anchas, si bien ahora alojado en una penosa combinación de hueso y pellejo, pues las carnes habían enflaquecido escandalosamente. Los médicos cambiaron entonces de estrategia, dejando la bilis, la atrabilis y la flema a un lado, para centrarse en la sangre y sus sangrías. Tobillos, orejas y nuca fueron víctimas de las sanguijuelas. Quedó tan debilitado que la memoria se le arruinó hasta el punto de no poder referir ni el padrenuestro ni ninguna otra de las oraciones de la iglesia, ni en latín ni en romance. Todo lo perdió, menos el dolor de cabeza. Inasequibles al desaliento, los médicos prosiguieron con bebedizos, lavatorios y emplastos mientras el paciente empeoraba de día en día.

Torres, además, recibía visitas de las gentes del pueblo, que peregrinaban hasta el lecho de su dolor movidos por la piedad o la curiosidad. Nadie dejó de prestar un consejo, un remedio, una reliquia o una oración. Nuevos sanadores y expertos en las artes más difusas se unieron a los anteriores, de modo que el 4 de mayo tenía alrededor de su cama seis médicos, dos cirujanos y un conjurador. Recetaron en ese instante una ración de diez ventosas por noche, a plantar en lomos, costillas y muslos, y se empecinaron en tal solución hasta pasada la primera decena de junio. Fue jeringado con nuevas porquerías en forma de caldos o electuarios, hasta que el miedo superó a la paciencia, reaccionando de manera desaforada al verse al borde mismo del *finis terrae* que despeñaba hacia el más allá. La respuesta de los galenos no se hizo esperar.

—Buen señor, ¿no hemos de hacer algo? Nadie se cura sin medicinas. Cálmese o no sólo perderá la vida, sino que además se lo llevará el diablo.

Yendo a las palabras mayores, se sucedieron la quina, la triaca y el láudano. Este narcótico tendría un efecto singular, pues primero Torres fue resistente a él, para acabar convirtiéndolo en importante en el relato que hoy cuento. Rendidos los médicos, cobraron presencia los conjuradores. Hasta tres lo intentaron. El primero fue fray León de Guareña, un devoto capuchino extremeño de figura cetrina y pavorosa, con un semblante ceniciento y una barba de pelambre mantecoso y desvaído. Asistió a su cabecera con caridad, soportando las crisis de la dolencia y ofreciendo el consuelo de sus dulces y sencillas palabras, pero el dolor de cabeza se desentendía de las voces, las cruces y las rociaduras del hisopo. Entró después el padre fray Adrián Menéndez, su congraduado y amigo, que algún alivio trajo con su devoción y afecto. El tercer camino fue el del espanto de un supuesto mal de ojo o hechizo semejante, pero el exorcismo no dio resultado tampoco.

Volvieron los médicos, echaron a los frailes aduciendo que las prédicas aumentaban las amargas cavilaciones de Torres y diagnosticaron sin margen para el error que tanta queja no era más que la honda y funesta melancolía del que escucha lo mucho que reniega su cerebro, tomándolo por enfermo imaginario y teatrero. Hasta que, llegado el día de san Bernardo —20 de agosto—, recomendaron la confesión extrema al ver cómo se iba de este mundo. Confesión hubo, y testamento, pero Torres no logró recordar nada de aquellos instantes. En las conversaciones posteriores, se refirieron como prodigiosas las expresiones de penitencia en que prorrumpió. Don Josef Zapatero, cura de su parroquia, admiró a cuantos

escucharon lo que reprodujo.

Total que, a los postres, los médicos aceptaron como diagnóstico la apoplejía de la que Torres habló en abril. Tal era la medicina de la época, que no ha cambiado tanto hasta este siglo que ha de traer una nueva visión del universo y del hombre. Tras nueve horas de ausencia del mundo de los vivos, despertó con la nitidez de quien pisa el último peldaño de la escalera de Jacob que el libro del Génesis tenga en sus santos versículos. Había aprendido la manera de completar el proceso de elevación hasta el Dios de los cielos y, de paso, silenciar el nombre de Amodeo a los que lo velaban. Volvió a cobrar el sentido y el movimiento, recibió los parabienes de quienes vieron milagro en tal recuperación y alejó de sí a los médicos. Con la ayuda de sus hermanas, todo sea dicho. Veintisiete días más anduvo a sopas y caldos antes de salir de la cama, convertido en el esqueleto al que sólo le faltaba la guadaña para parecer la muerte. Lo primero que hizo tras valerse por sí solo fue abandonar Salamanca, marchando con el caballo más raudo que encontró a la villa de Torrecilla de la Orden, situada en la ladera de una colina, a unas diez leguas. Había soñado que debía ir hasta allí y postrarse en su iglesia.

Como si deliberadamente quisiera perder de vista esa época de convulsión, en la *Vida* oficial de Torres se embarran los años 44, 45 y 46, confundiendo fechas, hechos e hitos. En el fondo, lo que importa a mi historia ocurre justo desde el momento en que despierta, como un Lázaro, convencido de querer ser otro Torres. Y a fe que lo fue. Por si acaso, la jaqueca, como una rémora, quedó ahí, recordándole de la que se había librado.

XLIV

Torrecilla de la Orden, camino de la jubilación

La iglesia de Torrecilla de la Orden, de origen mudéjar, recibe la protección de Santa María del Castillo. Su presbítero, don Domingo Hernández Griñón, hospedó a Torres en la casa parroquial durante todo el mes de octubre. Griñón casi siempre y gruñón en ocasiones, le explicó las virtudes de aquellas tierras y de la población que perteneciera a la Orden de San Juan de Jerusalén. La sola mención de aquella palabra trajo a la memoria de Torres el encuentro con el cantero mayor y la explicación del malogrado don Juan de Salazar.

El cantero no sólo alabó el razonamiento del caballero de Santiago, sino que dio muestras de una alegría a la que sus propios familiares no debían estar acostumbrados, pues todos salieron a participar de sus risas y aspavientos.

—Escuchad, escuchad —decía—, este santo caballero ha logrado quitarme el más grande peso que he soportado nunca, pues no quería morir sin asegurarme de que la pregunta que se debía contestar fuese justa para aquellos que no hubiesen ingresado en la logia. Hoy, después de treinta y tres años, cuando duplico la edad de Cristo, soy un hombre dichoso.

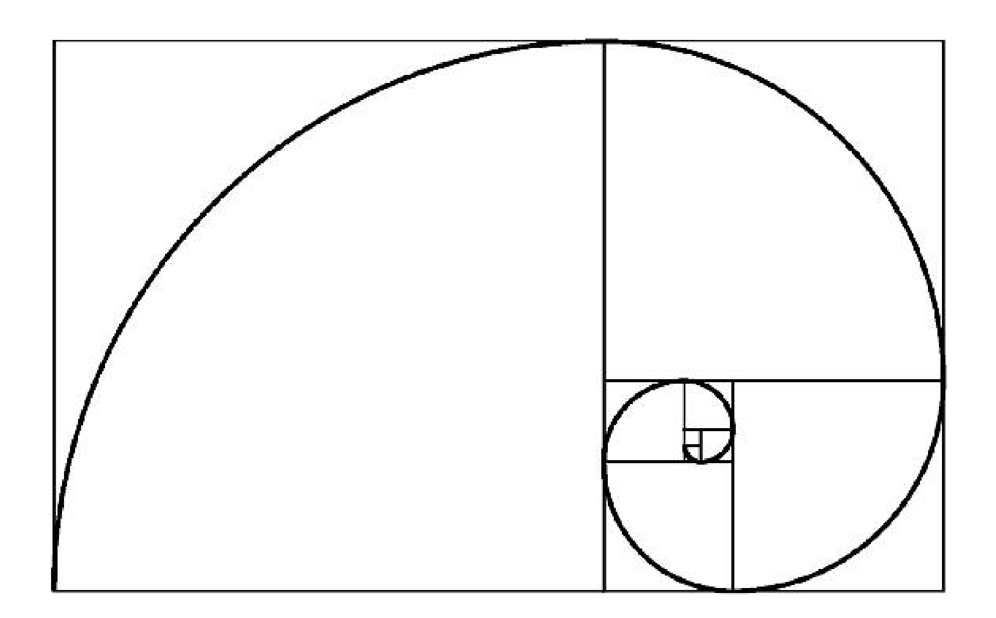
La casa se llenó de júbilo. Santiago el Mayor rindió pleitesía al caballero de la Orden de Santiago ofreciendo a los visitantes las mejores viandas de su modesto hogar. Fue a los postres cuando echó a los suyos, quedándose a solas con los tres peregrinos. Ahí surgieron las preguntas que habrían de resolver la construcción y el movimiento de la máquina. Andaban bien encaminados en su interpretación del texto innombrable de Lulio, pero carecían del concepto que, como la argamasa, permitía juntar los números, de modo que uno nada significaba si no se relacionaba con otro, en una cadena de oro.

—Los alquimistas de tres al cuarto han perseguido oro donde debieron buscar conocimiento. No se trata de mutar metales en oro. Se trata de mutar materia en espíritu. El oro no es sino la luz de Dios, proyectada sobre nuestras cabezas para imbuir en nosotros la verdad. Así me lo enseñaron —explicó el cantero—. La divina proporción del

franciscano Luca Pacioli, la proporción de oro entre muchos de los míos, justifica el buen hacer del arquitecto que ansía elevarse hacia Dios.

Dicho en plata, es divina la proporción en la que el segmento menor de una raya es al segmento mayor como éste a la totalidad. O, como señaló aquel hombre aplicándose en la enseñanza, lo pequeño es a lo grande como lo grande es al todo. Y aquello que parecía una sentencia firme y una justificación de las dimensiones no fue más que el comienzo de una disertación en la que el orden natural alcanzó propiedades místicas. No es éste el momento de explayarse con la información que contiene el manuscrito secreto de Torres, pero dejaré caer unas cuantas ideas que llamarán la atención de aquel que lea este testamento mío.

El cantero contó que la tradición decía que los destacados de la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y del Templo de Salomón que preservaban las peregrinaciones hasta los Santos Lugares aprendieron un juego basado en la forma y cámaras de un molusco llamado nautilus. Aquel juego, que empleaba las ancestrales cualidades de los ánsares, recibió el nombre de la oca. Fue llevado por los templarios hasta el Camino de Santiago, cobrando auge en su simbología al considerarse que las sesenta y tres casillas conducen a la puerta del jardín final, el edén del conocimiento, tras recorrer la senda de los penitentes y regresar al punto de partida con dominio de nuestro yo interior. El nombre y uso de la oca en las marcas de cantería nada debe al nautilus, pero sí la combinación de medidas que definen las proporciones. Pronto geómetras y maestros pudieron apreciar que la sección del nautilus ofrece una figura curva armónica, llena de belleza. Su estudio no deja lugar a dudas. Es una espiral que puede ser construida mediante rectángulos en los que prevalece la divina proporción. Tomó don Santiago una tiza y pintó sobre la mesa de madera.



—Como ven, señorías —apostilló—, la sabia naturaleza siempre ofrece huellas que, si se siguen, conducen a la luz de Dios.

Una vez cubiertas las necesidades para la construcción de la máquina, quedaron las cuestiones que no se debían al propósito, sino a la curiosidad. Aquí volvieron los gaznidos de las ocas, interesados tanto por su presencia en el juego templario como por la marca de su pata en las piedras románicas del Camino.

—Tal y como me lo contaron, la oca y los signos con que ésta se representaba, su pie entre ellos, expresan la capacidad del espíritu sobre la materia. Aparecen en todas las mitologías, en todas las religiones. Las ocas transportan de regreso del reino de los muertos, las ocas te alzan al cielo. Son mensajeras y avisadoras, de ahí que guardasen las casas en épocas pretéritas. Las ocas dominan el aire con su vuelo, el agua con su nado y la tierra con su, aparentemente torpe, caminar que siempre deja huella. Sólo ellas escapan del fuego del averno. Fueron tomadas por los compañeros constructores como distintivo de reconocimiento, hasta tal extremo que comenzaron a llamarse entre ellos con la palabra francesa *jars*, que significa ánsar, ganso. Oca.

—*Entendre le jars* —pronunció don Juan, para explicarlo de inmediato—. Escuchar a la oca.

—Que viene a emplearse entre los míos para identificar a alguien advertido, que sabe lo que se trae entre manos —recalcó el cantero.

En Torrecilla de la Orden, Torres puso en pie un plan para atraer a aquel Amodeo que se hacía imprescindible a los ojos de su mente. Y no consistió, como en otras ocasiones, en buscarlo afanosamente por

Madrid o en escribirle un acertijo que excitase sus ganas de estrujarse el magín y provocar la discusión. Bastaría, pensó, con que se produjesen dos condiciones. Una: que no hubiese encontrado y no encontrase a nadie que cumpliera los requerimientos de tan ardua empresa. Dos: hacerse digno de su presencia. Si ambas llegaran a darse, Amodeo aparecería. Pero, por si acaso, más le valía ponerse a bien con Dios, pues, de lo contrario, más pronto que tarde la parca vendría a obligarlo a interpretar la ridícula escena de su danza, camino de los infiernos. Y él, que no era una oca ni se convertiría en una de ellas, de ahí no regresaría.

Aún tardaría Torres en volver a la universidad, pues no participa en ningún claustro hasta el 16 de marzo de 1746. Y, de ahí en adelante, se sucederán las bondades y cruzadas en defensa del desvalido. Incluso la peregrinación a pie, en pleno verano, al santuario de la Virgen de Guadalupe. Allí permanece quince días, a la espera de que aparezca alguien cuya identidad no revela ni en el manuscrito secreto, al que entrega una misiva dirigida a Amodeo con la confianza de que éste habrá de recibirla y apreciarla. Poco más se puede reseñar de este periodo. Cubriendo la vida a trozos se pasaron los años sin novedad, si bien de cuando en cuando se asomaba a la puerta de la calle o miraba tras la reja de un aula, tratando de leer en el movimiento de una rama o en el perfil de una pértiga la sombra del amigo Amodeo.

Aburrido como pocas veces, 1750 servirá, entre otras cosas, para constatar que nada le queda por hacer ni en la cátedra ni en el lucimiento de su ingenio. La prueba de esto último se halla en la respuesta que da en veintiocho abigarradas páginas a la pregunta formulada el 6 de enero por los médicos socios de la Real Congregación de Nuestra Señora de la Esperanza: ¿por qué, siendo el regular domicilio de las lombrices el canal intestinal, comúnmente producen picazón en las narices? La verdad de lo primero se materializa el 18 de julio, cuando presenta en el claustro el memorial dirigido al Real Consejo de Castilla por el que confesaba todas las faltas que había cometido en veinticuatro años de catedrático.

Mediante esta ingenua confesión, con la confianza de no haber sido jamás licenciado petardista ni pretendiente majadero, suplicaba a su alteza que le concediese la jubilación en la cátedra, a fin de lograr la quietud y reposo a que le instaban sus años y continuadas fatigas. Nueve días más tarde, se leyó en el claustro universitario una carta del Real Consejo pidiendo informe fidedigno y puntual sobre el citado asunto. Comisionó la universidad para emitir el informe requerido a dos juristas y dos teólogos. Sus conclusiones, publicadas el 22 de agosto, eximieron a Torres en el tema de las faltas económicas,

negándole sin embargo la jubilación con argumentos tan peregrinos como que se había ausentado de la cátedra para visitar el santuario del apóstol Santiago en año que no era de jubileo.

Torres, como no podía ser de otra manera, pleiteó para conseguir lo que consideraba un derecho. Según los estatutos, eran veinte los años que se exigían para ganar la jubilación. Las cuentas de nuestro personaje superaban con creces el número indicado. Las de los comisionados lo reducían a diez años, con evidente exageración e intención más que sesgada. Lo cierto, mes arriba o abajo, es que Torres había participado con intensidad de la vida universitaria, que, casi sexagenario y con la salud gravemente resentida, carecía de la energía de la juventud y que, como respuesta a las necesidades académicas de astrología y matemáticas, proponía a su sobrino Isidoro Ortiz de Villarroel para sustituirlo. Elevó su petición de piedad al rey Fernando VI, que se la otorgó por real decreto fechado en Madrid el 22 de mayo de 1751. En el claustro pleno de 6 de julio se dio cuenta a la universidad de la real provisión en la que se declara la jubilación de Torres. Asistieron muy pocos doctores en protesta contra la disposición.

No acaba ahí la cosa. Pidió a la universidad que declarase vacante su cátedra, y en el claustro pleno del 27 de noviembre de 1751 se acuerda tal consideración, poniendo edictos para conocimiento de los que quisiesen opositar a ella. El 26 de junio del año siguiente, se dará noticia del único opositor. Hubo dos más, pero uno, buen astrónomo especulativo y singular filósofo, médico en Andalucía, murió en el mesón del Rincón de la misma Salamanca, en vísperas de las oposiciones, y el otro, portugués, fino en el uso de la geometría y la astronomía, encontró mejor empleo en su tierra. De esa forma, el sobrino de Torres, don Isidoro, ganó la cátedra sin voz que discrepara.

Ni los más acérrimos enemigos de nuestro personaje pusieron en duda los cuidados que dispensara al malogrado andaluz, de nombre Juan de Dios, que recibió botica y dinero de Torres, siendo acompañado por éste en su triste entierro. Una calentura ardiente, de la que los médicos llamaban ustiva, se lo llevó sin demostrar su sabiduría en las materias, añejas como la cátedra, que constituían las pruebas a superar para convertirse en el heredero matemático de don Diego de Torres Villarroel. Baste decir que el gran Ptolomeo, muerto en la segunda centuria de la era que comienza con nuestro Señor Jesucristo, y Juan de Sacrobosco, inglés del siglo XIII, dieron origen a las cuestiones que se plantearon a modo de examen.

Todo era viejo en Salamanca, como Torres.

XLV
La maja desnuda

Todo era tan viejo en la Salamanca de Torres como nuevo parecía el Madrid de 1790. Siempre es cierto que el recuerdo y la nostalgia engrandecen la pintura, pero en este caso bastaba fijarse en las hechuras de la ciudad, las luminarias y servicios, los mercados, las librerías y teatros para darse cuenta de que, bajo la pátina tranquila del lago de decadencia en que flotaban los gobernantes, se movían las corrientes de un pueblo deseoso de cambios. Por desgracia, el pueblo español es más arrojado cuando de guerrear se trata que cuando lo que está en juego es la educación y el porvenir de sus hijos. Podría decir, sin miedo a dejarme conquistar por la limpieza que el tiempo hace de nuestra memoria, que en Madrid, durante aquellos meses, fui feliz.

Hubo tiempo para acontecimientos y sensaciones de muy diverso género. Algunos, auténticos disparates, que aun hoy me sorprendo tratando de encontrarles un porqué. No todos, sin embargo, fueron causados por Amodeo, señor de los prodigios. De cuantos recuerdo, el mayor, con diferencia, se produjo en la noche del martes 4 de mayo.

Había estado leyendo el pasaje en el que el cantero Santiago explicaba la importancia de los números en la construcción que pretende honrar la grandeza de Dios. Obvié la simbología de la oca para centrarme en la espiral obtenida mediante la divina proporción. La tracé con sumo cuidado y pensé que, de ser verdad su alcance, armonía y belleza, debía encontrarse entre nosotros, formando parte de la naturaleza y de nuestras vidas, y no sólo en un bicho con aspecto de caracol al que pusieron por nombre nautilus. Tomé algunos de los libros sobre plantas que guardaba Amodeo. Allí estaba, bien dibujado, el girasol. Siempre me gustó. Es, siguiendo el razonamiento, el mejor ejemplo de cómo la creación mira al Sol, representación de Dios para los indígenas que derrota Pizarro en el virreinato del Perú. El girasol en alabadas figuras de oro. Me tumbé en el camastro, a meditar sobre otros exponentes de la misma realidad. La rosa y sus pétalos vinieron enseguida a mi cabeza. El crecimiento de las ramas de un árbol. La distribución de las hojas en el tallo de una planta.

—El cuerpo humano —dije en broma, y me expliqué en voz alta—. La cabeza, uno. El cuello, otro uno. Los brazos, dos. Brazo, antebrazo y mano, tres. Los dedos, cinco.

Como si estuviera contando las ovejas que sacaba a pastar en la Salvatierra de mi infancia, me quedé traspuesto. Soñé —creí soñar— una perversión más real que la realidad misma. Me hallaba en el camastro, leyendo la obra que fray Luca Bartolomeo de Pacioli tituló, a finales del siglo XV, *De la divina proporción*. Allí estaba todo lo que había que saber del tema para comprender con precisión lo que el cantero pretendía contar. Había estudiado esa obra en Salamanca, hacía ya cuatro décadas. Enfrascado en la lectura, no me percaté de que no había corrido el resorte que movía el armario para volver a tapar la rara puerta de la habitación secreta. No podía permitirme cerrarla porque no me acompañaba la facultad de abrirla, de ahí que, con frecuencia, me olvidara del resorte. Oí pisadas en el pasadizo y me puse en guardia. Lo normal es que se tratase de Amodeo, que regresaba de una de sus gestiones nocturnas aireado por la brisa de unas faldas, casi siempre con aroma a afeites baratos. No era él, sin embargo. Quien apareció fue don Jacobo. Bueno, doña Soledad vestida de oscuro caballero de voz engañosa. En contra de lo que cabía sospechar, no venía a pedirme explicaciones por mi presencia en la reunión de la logia, sino a dármelas por su participación. La interrumpí con una tontería.

—Eligió Jacobo por Rousseau, ¿verdad? No quiero imaginar que fuera por ese muchacho imberbe que conocí con usted.

—Renunciar a la libertad es renunciar a la cualidad de hombres, a los derechos de humanidad e incluso a los deberes —una hermosa frase de *El contrato social*, publicado en 1762. Yo la había usado en numerosas ocasiones.

—¿Qué le trae por aquí a estas horas? —pregunté entonces—. No creo que sea para hablarme de las virtudes de la logia y de su necesidad de pasar por hombre para sentirse mujer.

—La duquesa se muere. No llegará a mañana —dijo con la voz encogida por la pena y un inequívoco dejo de amargura—. Cuando ella falte, ya no tendrá sentido mi permanencia en esa casa.

—¿En qué puede este pobre matemático ayudarla? —respondí con sinceridad.

—Consuéleme. Por favor.

Como suele ocurrir en los sueños, se asumen con naturalidad las manifestaciones y los sucesos más descabellados. Se desprendió de la casaca y la chupa, supuse que por comodidad. Pero no se detuvo ahí. Siguió con la camisa, los zapatos y las calzas. Lo que llegué a ver en

ese instante no era ropa de hombre, era una preciosa muestra de lo hermosa que puede lucir una mujer cuando queda a las puertas del desnudo, sin consumarlo. Se acercó al lecho y se tumbó a mi vera, abrazándose a mi pecho como lo haría una niña. Acaricié su cabello, en señal de afecto. Nada en ella me provocaba la electricidad que surgió de mis entrañas cuando padecí los coqueteos de la descarada Leonor. Doña Soledad era la compañera perfecta para ese resto de mi vida que Torres vaticinó y, sin embargo, apenas sentía por ella la admiración normal que surge de una belleza serena, sin alharacas superfluas, que se expone a la contemplación. Lo atribuí a mi penosa inclinación por las mujeres que apenas alcanzaban el periodo fértil, de senos tímidos y nada elocuentes caderas, pero con una flexibilidad digna de un saltimbanqui.

Cuando desperté, pasada la vertical de la medianoche en el reloj, doña Soledad yacía allí mismo, desnuda de los pies a la cabeza. Me escandalizó. Nada hubo en mi ilusa duermevela que me hiciese pensar en involuntarios placeres. Nada había en mi mente que me inclinase a tocar aquel cuerpo maduro, moldeado por la gracia divina. Ganaba al despojarse de su noble condición, voto a bríos. Vista así, era una Venus yacente, una pintura convertida en realidad por la astucia de Morfeo. O, mejor aún, una de esas falsas majas, señoras de alcurnia que adornaban el disfraz con un petimetre de compañía, seducidas por Amodeo con la destreza de su lengua y la fuerza de sus dedos. Quise sacarla de la enajenación para que regresara al palacio de Liria cuanto antes, evitando el bochorno de justificar una escapada que superaba los límites de lo permisible.

—Doña Soledad, doña Soledad —susurré en su oído al tiempo que rozaba con gentileza su hombro. Respondió, en sueños, con balbuceos difíciles de hilar.

—Llévenme con ustedes, Tadeo, llévenme —quiso escuchar mi parco entendimiento.

Abrió los ojos, saliendo de la cueva de sus fantasías de madrugada. Me miró como si no me viera, para abrazarse finalmente a mi cuello. Respiraba de manera descompasada, sometido su pulso a la agitación de un corazón en rebeldía. No deseaba separarse de mí, asida a una tabla de salvación tras la zozobra espiritual causada por el inminente deceso de la duquesa.

—No me aparte de usted, se lo ruego —dijo con la voz quebrada, tragándose las lágrimas. Seguro estoy de que, en muy contadas ocasiones, habría rogado nada a nadie doña Soledad—. Me entregaré a sus deseos y a los de su amigo.

Y entonces ocurrió. No fue electricidad lo que me atravesó de parte

a parte, sino un rayo del cielo con su trueno a flor de piel. Sentí que aquella súplica no traía la promesa de una dama derrotada, sino la deuda que jamás pagué con ninguna de las mujeres que fueron sacrificadas en el altar de mi hedonismo. Cuando me alejaron de Blanca busqué el placer por el placer, sin remedio para mi mal, que no era otro que el mal de su ausencia y de mi furor hecho lujuria. Estuve en combate contra el mundo durante mi corta juventud y mi prolongada madurez. Entré sin percatarme en la edad del invierno. Las jaquecas y esa misteriosa enfermedad que quiebra los huesos aplacaban mi ira. Salté del yo al nosotros para pensar en los demás, pero seguí reservando mi alma, condenándola a vivir en un tiempo pretérito, en un laberinto con la forma de ese juego de la oca que se cierra en la casilla del conocimiento interno, el único que de verdad conduce a la escalera de Jacob. En aquel momento, tras escuchar lo que escuché de labios de doña Soledad, el rayo de la esperanza cayó sobre mí.

—No entregue lo que no le pertenece —acerté a pronunciar, a sabiendas de que, en lo más profundo de mi corazón, estaba vencido.

—Libre soy para disponer como quiera de lo único que de verdad poseo —la altivez de aquella mujer extraordinaria, que renegaba de los largos apellidos de los de Liria, renació. Pude percibirlo en la oscura cueva de sus ojos.

Estaba arrodillada sobre el camastro, desnuda, y no había asomo de rubor en sus mejillas ni de concupiscencia en su conducta. No cubría sus partes pudendas. No hacía ostentación de aquellos senos, grandes para mi gusto, que, víctimas de la erosión del tiempo, bregaban contra la ley de la gravedad. No me retaba mostrando la mata que crecía en el monte del amor. Su firmeza la tapaba con la túnica de las vestales. La abracé y sentí cómo se aferraba a mi espalda, rodeándome. Por segunda vez en mi vida, cerraba un trato con una mujer sin pagar nada a cambio. Se entregaba a mí sin más, sin los beneficios que determinan los negocios.

Le pedí que se vistiera deprisa y que retornase al palacio de los afligidos, a cumplir con los suyos como le dictase la conciencia. Si doña Teresa iba a morir, lo único que importaba era el consuelo de ambas. Recuperó en un instante el aspecto de don Jacobo. Tenía habilidad para mudar en hombre, ciertamente. La acompañé hasta la puerta de la posada y más allá, hasta las cuadras. Voltaire relinchó, reclamando la atención que merecía.

—Te presento a Voltaire, el caballo que debió nacer persona, el más fiel que hayas conocido —acababa de retirarle el escudo protector de aquel «doña» que, más que cortesía, establecía distancia—. Cuídalo.

—Volveré en cuanto pueda, lo juro.
—Vuelve cuando tu corazón te impulse, sin cargo de conciencia.

XLVI

UN PACTO FIRMADO CON SANGRE

Hay pactos y pactos, como hay muchas maneras de sellarlos. Casi siempre, en la Europa actual, los pactos adquieren la forma de un acuerdo entre comerciantes, siendo ratificados mediante un contrato, con firma y rúbrica. Aún hoy, especialmente en la España rural, se emplea el apretón de manos para asumir la palabra comprometida. Soledad y yo lo hicimos, sin preverlo, mediante un abrazo. Un contacto de nuestros cuerpos bastó para establecer un nudo estrecho, imposible de desatar. Con todo, dicen que los vínculos que jamás se rompen, porque va la vida en ellos, son los escritos con sangre. La sangre sirve para cerrar un trato con Dios. O con el Diablo.

En 1752, sin embargo, Torres no es capaz de intuir la naturaleza del pacto que le espera. Es un año que, para él, huele más a despedida que a proyecto de renovados bríos. Reedita su obra completa y, con la habilidad de la que siempre hizo gala, lo logra sin poner un ducado de su renta. Son catorce tomos. Libros en que están reatados sus escritos de todo género, sacados adelante mediante el beneficio de la suscripción, apunta. Y entre los suscriptores figuran el rey Fernando VI, el marqués de la Ensenada, principales comunidades del reino, librerías de universidades, colegios mayores, religiosos y particulares de toda España. Diría, sin exagerar demasiado, que no faltaba nadie en la interminable lista de no ser por la dolorosa y llamativa ausencia de la Universidad de Salamanca, su casa. En su *Enseñanza* secreta incluye un diálogo en la mansión de los Alba que muestra su refinada agudeza.

—Yo no me atrevo a sospechar —dice— ni a desear saber la causa de tan extraño olvido. El curioso que lo quiera averiguar que pregunte a los comisarios de la librería de ésta. Y que conste que me alegraré mucho de que la causa sea el escaso valor de mis obras o de mi ingenio, para que nunca se sospeche que esta gran madre trata con desprecio o poco amor a uno de sus hijos.

Puedo afirmar que ahí, en esas circunstancias agrias y dulces, se acaba el interés de la vida de Torres que todos conocemos. Y acaba con mayor razón para mí, que fui expulsado del palacio de Monterrey

en aquel verano de 1752 que ojalá pese sobre los cuernos del diablo y de cuantos lo ayudaron a alejarme de mi dulce Blanca, hoy doña Guiomar de Jesús. El sexto y último trozo de su *Vida*, ultimado en 1758, no aporta nada de nada y bien podría haberse ahorrado lo escrito tras referir la pugna por la jubilación. Aventuras legalistas que realzan su lucidez, llegando a detallar la evaluación de un alarife madrileño en materias de agrimensura, y una reflexión postrera que vuelve a poner de manifiesto la diferencia abismal que siempre hubo entre lo que el doctor don Diego de Torres Villarroel cuenta y lo que el verdadero Torres vive y piensa. Se describe, a pesar de los atentados médicos, sin más achaques en la sesera que los delirios habituales y con los arremetimientos de la calva que suele traer la vejez. Habita, sin pagar alquileres, en la casa más grande y magnífica de la ciudad —Monterrey— junto a una veintena de personas de las que fui descontado. No me menciona en la biografía oficial, pero sí lo hace, y con cariño, en la otra, relatando una de nuestras escapadas nocturnas que acabó en gresca. Me dio un vuelco el corazón al tropezar con mi nombre. Era como si hablase de otro, joven, ilusionado, lleno de la energía que brota de lo más hondo del alma. La que perdí, camino de las Américas. Torres administra dieciséis lugares que pertenecen a la rica familia. Consume su tiempo en los cuidados de las recaudaciones, cobranzas, ventas y arrendamientos, reparos de casas y molinos, correspondencias y otras atenciones. Acude regularmente a exámenes, comisiones y claustros de la universidad como jubilado que no olvida su oficio, se encarga de la librería, adquiriendo libros e instrumentos, y lleva la defensa de los estudiantes pobres que dan en las manos de la justicia. Deja en último término las dedicaciones religiosas, cuajadas de misericordia, y concluye con una revisión de sus cuentas y de su testamento, que guarda en un cofre para que no se confunda con la revoltina de papeles y papelones que rodaban por su aposento privado. Curiosamente, refiere hasta siete testamentos en esa *Enseñanza* inédita que encontré en otro cofre, otorgados entre 1745 y 1768.

Apenas habrá que añadir a lo comentado el interesante asunto de la fecha de ese *Sexto trozo* de su *Vida* y el índice de sus almanaques. Sobre el primero, baste indicar que lo escribió en 1758. Su fe de erratas, la tasa de publicación y la licencia del provisor llevan fechas de ese año —21 de marzo, 14 de abril y 29 de noviembre—, pero dedica el fragmento a Carlos III, que no será proclamado rey hasta el 11 de septiembre del año siguiente. Predijo, sin mayor mérito, el fallecimiento de un Fernando VI enfermo o aguardó pacientemente el esperado desenlace, con el único fin de ser el primer escritor que

rindiera tributo público al nuevo monarca. Siempre tan atento a los detalles que reportaban beneficios.

Nadie ignoraba que, desde la muerte de su esposa Bárbara, el rey había caído en un declive que lo enajenó casi por completo. Muy unido a ella, había sufrido junto a ésta su agonía. No participó en el cortejo fúnebre que condujo el cadáver a Madrid, sino que abandonó Aranjuez para instalarse en el castillo de Villaviciosa de Odón, acompañado por el infante don Luis. Se pensó que sería un buen lugar porque allí nada le recordaría a la reina y podría distraerse con su afición favorita, la caza. Pero, tras una decena de días medianamente tranquilos, aparecieron los primeros síntomas de la enfermedad. Temía ahogarse. Se alejó de la escopeta y de los asuntos de la gobernación del reino. Dejó de hablar y hasta de comer. Pasó los últimos meses encerrado en una alcoba pequeña, dando muestras de una agresividad que sólo el opio atenuaba. Quiso suicidarse con veneno y fingía que estaba muerto o que era un fantasma. Dormía sobre dos sillas y un taburete. Así hasta el 10 de agosto, en que entregó su alma a Dios sin dejar descendencia. Un mes más tarde, su hermanastro Carlos lo sucedería.

Más valioso que el tema de las fechas y los reyes, sin duda, es el dato de los almanaques, pues informa de los títulos de todos y cada uno de ellos hasta 1770. Puestos a predecir, podría afirmarse que predijo su fallecimiento, acaecido el 19 de junio de ese año. Y no contento con la proeza, deja una frase final que es una declaración en la que se encomienda a Dios para que le envíe una muerte distinta a la que ha merecido su vida. Una muerte, en suma, como promete la divina misericordia a los pecadores tan obstinados como él, que llegan arrepentidos a las puertas de su piedad justa, santa y poderosa. Esas puertas que deseaba abrir a su conocimiento.

Torres obvia, en su *Vida* publicada, el mayor acontecimiento del periodo que va desde que se jubila hasta que ve la luz el *Sexto trozo*: la inesperada y teatral aparición de Amodeo a comienzos de la primavera de ese 1758 escrito a fuego en su piel. Desde este instante, mi relato navegará por las procelosas aguas del manuscrito que nadie más que Amodeo y yo hemos leído, con dispar fortuna. La *Enseñanza, magisterio y epifanía del terco Diego de Torres Villarroel* carecerá de comparación posible, a partir de ese hito, con lo que los lectores del salmantino han tenido entre sus manos a lo largo de tantos años, pues su peculiar historia a trozos sigue vendiéndose como el primer día.

El Amodeo que saluda a Torres en una noche de abril, más lluviosa y fría de lo conveniente, es la sombra alargada de quien éste conoció. Han pasado dieciséis años desde que se despidieran sin afecto,

discutiendo sobre las bondades de don Juan de Salazar y sobre el carácter, más mundano e improductivo de lo deseable, del catedrático. El italiano le sale al paso desde uno de los soportales de la restaurada plaza Mayor, enjuto, más alto y señorial, vestido con ropas negras, como solía, pero más costosas y mejor cortadas. Tarda en abandonar la penumbra. Y, cuando se expone a la luz, muestra a Torres el rostro de quien no envejece y el cuerpo de quien lo modela a su antojo. Si, tras el funeral del caballero de la Orden de Santiago, fue Amodeo quien no reprimió la lágrima, triste e impotente ante el destino, esta vez será el jubilado matemático el que no pueda contener la emoción. Llora, lo observa de arriba abajo, para regresar hasta las oscuras pupilas que brillaban en la noche como las de un felino, y se abraza a él con todas sus fuerzas.

—Sé qué hay que decir para que la máquina funcione —le susurra al oído, rindiendo cuentas.

—No me cabe la menor duda —le responde, también en voz queda, el antiguo amigo.

—Mírame, soy viejo. Ni canas, tengo ya —gime—. Pero te juro que me he ganado a pulso tu presencia, luchando contra la parca, la injusticia y mi natural inclinación. Atesoro todos los títulos que sólo se compran con la moneda del perdón y la humildad, hasta el de sacerdote —vuelve el llanto.

—Tranquilo —lo consuela Amodeo—. No dejaré que mueras sin haber usado esa máquina —le asegura—. Pero, para ello, he de revelarte un secreto que quizá no te agrade y que explica su verdadera utilidad.

—Te escucho —balbucea Torres.

—No puedo hablar sin antes obtener tu promesa.

—¿A qué viene tanta historia? Si han pasado más de tres lustros… —don Diego no acaba de entender el misterio.

—No se debe a la desconfianza —afirma Amodeo—. La máquina no es lo que supones.

—¿No da el conocimiento? ¿Cómo lo sabes?

Torres, nervioso, se agarra al brazo de Amodeo. Éste aprovecha para sacar un puñal con la agilidad de un espadachín, cogerle la mano con destreza y rasgar la raya del destino en su palma. Torres suelta un improperio mientras trata de protegerse de un nuevo corte. Pero el segundo no es para él, sino para el propio Amodeo. Una vez que la sangre gotea sobre el suelo, lo obliga a estrechar las manos en señal de acuerdo. Un acuerdo más valioso que cualquier contrato, pues compromete el honor de ambos en la tierra y ante el cielo.

—No, no es eso —prosigue hablando como si tal cosa—. Sí da el

conocimiento, pero no lo hace como tú habías imaginado.

—¿Y tú cómo lo sabes? —insiste Torres, parco en palabras pero no en temores y presentimientos—. ¿Acaso la has usado ya?

—Sí.

XLVII
El albedrío de Torres

Aquella noche, Torres no durmió en el palacio de Monterrey. No era frecuente que se ausentase sin avisar. Amodeo y él abandonaron Salamanca con sigilo para dirigirse, raudos, hacia Alba de Tormes. No se detuvieron al llegar a ésta, siguiendo el curso del río hasta un paraje inhóspito y con fama de meandro aciago en el que las aguas devoran a los atrevidos que se internan, más próximo a Salvatierra que a Alba. Yo lo conocía. Allí me refugié con Blanca en nuestra loca fuga y allí fuimos atrapados.

Al divisar el viejo molino, pegado al río, Torres sintió que la vida renacía. Le parecía mentira que hubieran pasado más de quince años sin esa emoción que se le instalaba en sus queridos hipocondrios, quitándole la respiración. Él había venido a este valle de lágrimas para gestas mayores y había malgastado su tiempo en conseguir una renta que le diera la tranquilidad y un reconocimiento público que, en la hora de rendir cuentas al Altísimo, de nada serviría. Su arrepentimiento y su tristeza vinieron a mezclarse con la visión del rostro de ese Amodeo de cara limpia que lo había saludado en la plaza Mayor, alcanzando tal intensidad que le dio un vahído. Perdió el equilibrio sobre el caballo y cayó con estrépito, sin la defensa de los brazos. Amodeo saltó de su jaca bermeja con la destreza que atribuían a los jinetes rusos. Su temor era que Torres se hubiera golpeado contra una roca, hiriéndose en partes sensibles como la cabeza, el costillar o la espalda. Inmóvil, Torres ni siquiera se quejaba.

—Ya no tienes edad para estas acrobacias —bromeó al percibir que tenía los ojos abiertos.

—Dime ahora mismo si eres ángel o demonio —masculló Torres.

—¿Qué?

—Me has oído. Tú lo oyes todo —insistió, tieso cuan largo era, tumbado en el barrizal del camino.

—Bien lo sabes —contestó Amodeo.

—Dímelo. Nuestro pacto de sangre te obliga.

—Demonio.

La mirada que cruzaron recorrió sus vidas. En realidad, la vida de

Torres, que ya había olvidado el tiempo en que Amodeo no existía para él. Juntos habían transitado por Portugal, Francia y España. Juntos habían conocido los misterios de la medicina, de las armas, de la masonería. Juntos habían descubierto a Leibniz, Newton, Maupertuis y Lulio. Habían navegado por un Mediterráneo embravecido y por un Camino de Santiago propicio. Habían averiguado el secreto de la matemática, de la música y la piedra. Habían dispuesto la construcción de la máquina. Y él, inocente hasta el fin, pensaba en plural cuando la realidad lo llevaba a creer que Amodeo siempre había ido un paso por delante, tendiéndole la alfombra. Podría afirmar, sin miedo a equivocarse, que sólo en una cosa vino a ser él quien guiara, pues fue Torres quien le presentó al difunto don Juan de Salazar. Y fue ésta, y no otra, la causa de su largo y descorazonador enojo.

Torres no se amilanó a pesar de la revelación. Tal era su afán y su curiosidad. Siguió a Amodeo hasta el molino. Si la apariencia de éste por fuera era ruinosa, en cuanto se abría el candado de la puerta y se retiraban las cadenas, se quedaba uno con la boca abierta. Su interior parecía el de un palacete madrileño, lleno de comodidades y manjares. El refugio que había construido Amodeo merecía el aplauso del catedrático y el interés de cualquiera, a juzgar por la descripción que hace del sitio.

En el centro de aquel espacio deslumbrante, sobre una gran rueda, se hallaba aquella pieza extraña, que más pasaría por delirio de un griego de Siracusa que por la máquina de la elevación hasta Dios. Fabricada con madera de roble, no era igual que la que don Juan mandara construir. Las tres figuras fundamentales —triángulo, cuadrado y círculo— la constituían, pero no estaban dispuestas de la misma forma. De modo que en esta ocasión la boca era circular, reservando el cuadrado para la base.

—¿Por qué? —preguntó Torres.

—Ya habrá tiempo para eso —respondió Amodeo, restándole importancia—, antes es preciso hablar.

—Si de hablar se trata, habrás de comenzar por ti —inquirió Torres.

—Da igual qué punto elija. La máquina y yo somos entes solidarios, unidos a través del tiempo. Si hablo de mí, acabaré en ella. Y viceversa —respiró hondo, preparándose para un relato difícil de asumir—. No soy Amodeo y no soy mortal.

Así principió la historia de un ser que tuvo inicio pero no tendrá fin. Eviterno, en suma. Eviterno y en perpetua brega, pues su trabajo era tan difícil como el de Sísifo con la roca o el del hígado de

Prometeo, condenado a regenerarse tras cada festín del águila. Amodeo ni se llama Niccolò Furio Hermes d'Amodeo ni es el célebre Asmodeo de la Biblia, pero tanto da su nombre pues lo que importa es su pecado. Amodeo, por error de cálculo o imperdonable despiste, se encontró en el bando perdedor en la lucha del Cielo sin figurar entre los ejércitos de Satanás. Ángel caído, vagó por las minas del inframundo hasta hallar un resquicio de salida. Un atajo para acceder a la vida terrenal, adquirir el conocimiento de los hombres y afanarse en su empeño de superación durante tiempo y tiempo.

—¿Qué sabes de Asmodeo? —pregunta a Torres.

—No más de lo que dice el libro de Tobías en su capítulo tres sobre las desgracias de Sara y los celos del demonio Asmodeo.

—Ya, pero ese Asmodeo no es el Asmodeo que cuenta el Talmud, que judíos y cristianos siempre andan confundiéndolo todo. Toma, lee esto.

Y Torres leyó en silencio, moviendo los labios cual era su costumbre, y lo que leyó lo dejó perplejo. Según aquel libro de olor a cuero, tintura roja y páginas con incrustaciones en pan de oro, sin título, Eva no fue la primera esposa de Adán, sino que Yahvé modeló a Adán y Lilit. Tras el nacimiento del primer hijo, Asmodeus, Lilit se negó a someterse a Adán y a residir en el limitado círculo del Edén. Asmodeus acabaría uniéndose a su madre. Juntos habitarían entre demonios y se mezclarían de cuando en cuando con los hombres. Asmodeus ayudaría a los humanos a ordenar el mundo, gracias a las artes de la geometría, el álgebra y la arquitectura. Tenía, sin embargo, el don de levantar los tejados de las casas y desvelar los secretos que los interiores escondían. Era a la vez el que protegía los hogares y el que aireaba las lacras íntimas. Tal fue su fama que, cuando el rey Salomón recibió la orden de su padre David de construir el templo de Jerusalén, recurrió a él porque no podía emplear el hierro para unir los sillares —quien hierro usa por el hierro muere—. Cuenta la leyenda que Salomón quedó tan impresionado por el trabajo de talla de Asmodeo que lo hizo su amigo, llegando incluso a intercambiar cuerpo y alma con él durante años, a fin de conocer los confines de la Tierra a la manera de aquel demonio sabio.

—¿Es cierto esto que leo? —Torres, atónito, recordaba los episodios en los que el Templo de Salomón había aparecido en sus agitadas campañas de búsqueda.

—Pues claro que no —contestó Amodeo—. Pero ya sabes quién soy —sonrió antes de proseguir con revelaciones más impactantes, si cabe.

El ángel caído que un día decidiera llamarse Amodeo se afanaba, como otros en todo el mundo, en acumular valores que le permitieran

avanzar en un camino de superación.

—¿Con qué fin? —interrumpió Torres.

—Sólo puede haber uno de dos posibles: situarse a la derecha de Dios… o a la izquierda de Satanás.

—¿Y cómo se hace ese camino?

—Con paciencia, como el peregrino recorre cualquier camino. Al principio, observando y conviviendo, acumulando en lo que llaman cerebro y lo que llaman corazón los conocimientos y la sensibilidad de hombres y mujeres. Después, con fortuna, gracias a la máquina de Raimundo Lulio, santo varón donde los haya. La máquina es la diferencia entre una casilla del camino y un salto de oca.

—Como dijiste en una ocasión, y luego olvidé, no basta una simple vida para hacerse merecedor del ascenso sin que el vértigo de las alturas te derribe —Amodeo asintió con la cabeza—. Entonces, habrás usado esa máquina de ahí no una sino muchas veces —una deducción que caía por su peso.

—No tantas como me hubiese gustado —Amodeo dulcificaba el gesto con cada respuesta.

—¿Cuántas se necesitan para culminar tu propósito?

—Sólo Dios, o Satanás, lo sabe.

—Y, si ya conoces cómo se construye la máquina, ¿para qué tanta historia y tantos años?—apuntó, con lucidez, el viejo salmantino.

—Nada es gratis, señor catedrático. Para empezar, la regla dicta que yo no puedo efectuar ese trabajo en solitario. Se necesita alguien con virtudes acusadas, digno de participar en tan elevada empresa. Elegirlo lleva su tiempo, y no siempre se acierta. Es él quien debe llegar hasta el final del proceso sin que yo revele nada sustancial, pues en ese caso no se haría merecedor de entrar en la máquina. Y, para más inri, algunos de los detalles de ésta son cambiantes, por lo que ni siquiera yo lo domino todo. También yo, en cada circunstancia, estoy a prueba —volvió a sonreír, esta vez con desgana.

—¿Quieres decirme que don Juan de Salazar, cúmulo de perfecciones que Dios tenga en su santa gloria, no fue apto para el empeño? Por lo que expresas ahora, decidiste en su favor, abandonándome —Torres alzó la voz, dejando eco en el molino.

—Así lo pensé durante la visita a Santiago y La Coruña. Y, como es obvio, erré. Yo también me equivoco.

—Y ahora vuelves a mí. No te has topado con nadie que creas mejor —era más una pregunta, con extrañeza, que una afirmación.

—Mejor para esta empresa. Recuerda que no eres el mismo que regresó, relleno como un pavo, de aquel viaje. Han pasado veinte años y has pagado tu soberbia.

Las preguntas se sucedieron hasta que la tiniebla dio paso a la alborada. Las más relevantes, a esas alturas, eran las que tenían que ver con la utilidad de la máquina que Lulio inventase o descubriese —pues Amodeo no aclaró si el santo había contado o no con ayuda en su gestación—. En esencia, y para contrariedad de Torres, la máquina servía para pasar el alma de un cuerpo a otro. No era un atajo para llegar al escalón superior de la escalera de Jacob, como había deseado, sino que la transmutación apenas te situaba en un peldaño intermedio, sin visos de saber cuán lejos se quedaba de la meta. De la casilla sesenta y cuatro, la que no tiene número, del divino tablero de la oca. La máquina apenas te permitía abandonar tu cuerpo, que moriría tras perder el alma, para instalarte en esa vasija receptora que era Amodeo. El Amodeo que tenía ante sí, a pesar de su apariencia, no obedecía a la estructura humana que la medicina y la filosofía habían enseñado a Torres. Su cuerpo apenas era el molde dentro del que se hacinaban almas de distintas épocas y virtudes.

—Siendo así, ¿a cambio de qué entrego mi vida dentro de esa máquina? —finalizó.

—Prolongarás esa simple vida. Adquirirás, al fin, una forma perpetua, de perpetua superación. Conservarás tu conciencia y tu memoria. Cuanto has aprendido y cuanto aprendieron los anteriores estará a tu servicio. Si culminamos el trabajo con éxito, tú serás quien mueva este cuerpo hasta que un nuevo ciclo de búsqueda sea completado. Serás tú, y todos nosotros contigo.

—Gano entonces tiempo. Años y años en este valle de lágrimas, en lugar de aspirar al cielo en el periodo natural en que cada cristiano accede a él.

—Suponiendo que lo logre.

—Eso lo marca el libre albedrío, porque serán sus actos y pensamientos los que lo acerquen o alejen de Dios. Mientras que, de este modo, el proceso es mucho más largo.

—Pero te convierte en miembro de la primera jerarquía, serafín, querubín o trono.

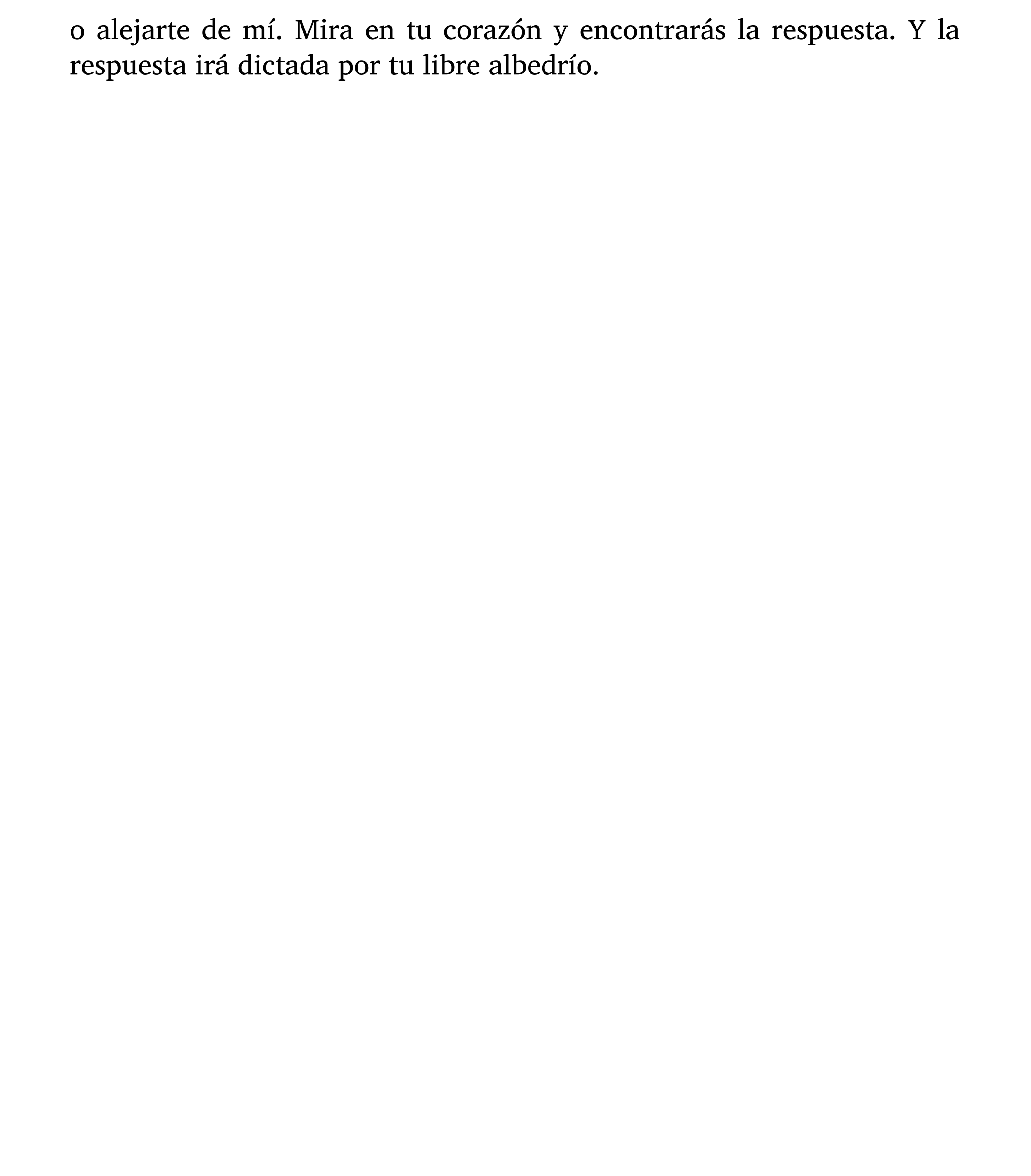
—Jerarquía del cielo o del infierno, sin posibilidad de elección porque hemos sellado un pacto de sangre.

—No. Nuestro pacto sólo te compromete a guardar silencio. Eso sí, te va la vida en ese silencio.

—Aun así he de entender que, si tú no me lo aclaras, estoy destinado a echar una moneda al aire y tomar la decisión de meterme o no en la máquina.

—Puede que tengas razón y el azar sea una forma rebuscada de destino, pero no debe ser ésa la manera de inclinarte por esta empresa

o alejarte de mí. Mira en tu corazón y encontrarás la respuesta. Y la respuesta irá dictada por tu libre albedrío.



XLVIII

El jardinito de Aranjuez

El libre albedrío era un bien preciado, que había sido manejado por la Iglesia a su antojo. Nada más preciado que la potestad de obrar por reflexión y elección. Nada como el libre albedrío habría defendido a capa y espada, y nunca mejor dicho, una Soledad que hizo de su vida un combate contra las viejas ideas de los que una vez se llamaron ilustrados y ahora se esforzaban por eclipsar el siglo de las luces.

Doña María Teresa de Silva y Álvarez de Toledo murió, como vaticinase Soledad, el día 5 de mayo de aquel año de 1790. No hice amago de rendir público tributo. Ni de asistir a la reunión de la logia, seguro de que ella no acudiría. Tampoco habría podido, sumido en la amargura de pensar que la única pista para localizar a mi hijo había muerto con la duquesa. Pasaron las fechas y comencé a preguntarme qué había sucedido realmente. Creí soñar lo que viví despierto, y desperté para sellar un pacto con una mujer que, a decir de ella misma, se acercaba a la cuarentena. Un pacto por el que se entregaría a mí, incluso a Amodeo, a cambio de que la llevásemos con nosotros, fuésemos donde fuésemos. Ignoraba si habíamos consumado un encuentro carnal, más allá de su desnudez y mi confusión. Ignoraba, también, de qué forma había sabido dónde nos ocultábamos. Y digo ocultábamos porque Amodeo nunca quiso llamar la atención figurando como arrendatario de una propiedad, por pequeña que fuera, en la que consolidar una estancia en Madrid que se prolongaba ya casi dos meses. Empleábamos emisarios para no desvelar nuestra guarida. A él parecía moverlo Floridablanca; a mí, el hijo por abrazar. Pero tampoco en eso había progresado mi plan, que se centraba en ganarme a Soledad y que ésta me condujese hasta la duquesa de Liria. La despedí con un «Vuelve cuando tu corazón te impulse» que parecía extraído de una obra del estupendo Cyrano de Bergerac, y me olvidé de lo que en verdad me importaba. Tan digno y tan estúpido. Ahora me enfrentaba, con dolor, a la idea de que había perdido mi oportunidad.

Pero no acababan ahí mis cuitas. Amodeo me interrumpe cuando estoy en las últimas páginas del manuscrito de Torres. Viene a

proponerme un viaje hasta Aranjuez. En ese momento, yo no sabía ni situar esa población en el mapa. Resultó que se halla en el camino de Andalucía, a menos de nueve leguas. Hubiese sido un agradable paseo para Voltaire. Por desgracia, Soledad y Voltaire no habían dado señales de vida.

—¿No hay mejor fecha que la festividad del santo de la ciudad? —esperaba distraerme en el jolgorio de la celebrada pradera de San Isidro.

—No sabía de tu afición a las aguas milagrosas de la ermita. Sospecho que no es el agua lo que te atrae, sino el rumor que corre por la posada sobre el vino milagrero que altera a las mozas, volviéndolas dulces y suaves —se burlaba de mí. No me amilané.

—Podríamos mezclarlo, de ser cierto, con tu chocolate medicinal. Reconoce que a la pradera podemos acudir en un bonito coche, mientras que a Aranjuez... Sería una traición cabalgar a lomos de un caballo que no fuese Voltaire.

—Pues hazlo sobre una yegua, así Voltaire tendrá celos de ti cuando se lo cuentes —contestó con la agudeza característica.

—Si vuelvo a verlo —murmuré con pesimismo.

Salimos por la Puerta de Toledo, al galope. Cruzamos el puente y tomamos el camino nuevo, señorial, hasta Valdemoro. Desde ahí, ya poca dificultad cabía esperar en el resto. Un par de leguas más y, majestuoso, el puente largo sobre el río Jarama nos anunció la proximidad de Aranjuez. Era todo de piedra blanca de Colmenar, me contó Amodeo. Disponía de dos banquetas para que la gente de a pie pudiera librarse del temor a los carruajes. Recuerdo que, en la entrada, había un león que sujetaba dos tarjetas. Una refería a Carlos III; la otra, a su constructor, don Marcos de Vierna. Se escuchaba el canto de los pájaros que anidaban en los frondosos árboles aledaños. Mantuvimos la sombra, amansando el trote.

Había llegado el momento justo de sacar a colación al Amodeo que figuraba en el manuscrito de Torres. Angelical o demoniaco, el dilema era asumir todo lo narrado y actuar en consecuencia. Pero, siendo importante, tampoco era el único. La opción de una vida perpetua quedaba ahora expresada de una manera tangible. En resumen, no hablaba de ganar el cielo. Hablaba de ganar un nombramiento en los ejércitos del cielo o del infierno. Y, para ello, había que meterse en una máquina y salir en el cuerpo de otra persona, o lo que fuese, enriquecido y limitado a partes desiguales. Con un alma y una mente inmortales, para bien o para mal.

—Así que la vida perpetua consiste en meterse dentro de ti a perpetuidad —dije de repente, tratando de pillarlo por sorpresa para

descubrir su verdadero semblante—. Más parece condena que recompensa.

—Una opinión respetable, viniendo de quien viene. Veo que por fin has leído de mí y de mi empresa —no se inmutó.

—¿Y si me niego?

—¿A qué? Que yo sepa, no te he ofrecido ningún trato aún —se volvió burlón, como solía—. De existir un compromiso, será el tuyo, cuando aseguraste que aceptarías mi propuesta, fuera cual fuera, si acogíamos a tus tres efes.

—Añadamos, también, a Soledad —jugué fuerte, dando un paso adelante.

—Si perdió el tratamiento otorgado es que ha debido haber intimidad a la luz de las bujías.

—No sea mal pensado.

Obvié decir más, pues en esas pisamos el último puente y entramos en Aranjuez. En un primer vistazo, parecía una localidad de cuento. Una villa reedificada a la medida de los Borbones, que solían visitarla por primavera, desde la Pascua de Resurrección hasta junio. Con Fernando VI, antes del ecuador del siglo se inicia su planificación. Calles y plazas son diseñadas para que prevalezcan las avenidas rectas y la monumentalidad exigible al lugar favorito para el solaz de los reyes. Se armonizan las alturas y fachadas de las casas, se construyen palacios cortesanos, se acotan los espacios para las familias allí asentadas. Se multiplican los jardines versallescos. Me contaron que el rey gustaba de navegar por el río Tajo en su falúa, tocando el clave. Su hermano Carlos III, más práctico, ordenó levantar casas de empleados, hospicios, conventos y cuarteles.

Pasado el puente, vislumbramos una escultural fuente, coronada por una imagen muy lograda de la Diana cazadora. Giramos hacia la siniestra para internarnos en su parte menos noble, ordenada y con una limpieza que para sí la quisiera la capital del reino. Regresamos por la calle de San Antonio, para poner pie a tierra ante la iglesia del santo. Habían tenido la brillante idea de colocar a la sensual diosa en la explanada que conducía a la iglesia. Carlos III, no contento con lo que pude apreciar, engrandeció igualmente otros emplazamientos, para el paseo por la naturaleza y la caza. El Real Cortijo de San Isidro, por ejemplo, dotándolo de lagar, ermita y residencia de la realeza. Y, completando la gracia, elevó por último los impuestos, ahogando la economía de los colonos. Después llegaría Carlos IV a remachar el clavo, no deteniendo el despilfarro en fuentes, jardines y palacios.

Aranjuez fue una delicia en mis ojos. Una villa fulgente, donde no faltaba detalle, con una razón estética que prevalecía sobre cualquier

idea. Cautivaba, por su ostentación descarada y desconcertante. Así debían ser los sitios de recreo de los reyes de toda Europa, tan lejos de la realidad que se respiraba y olía en los barrios de sus capitales. Cualquiera que visitase Aranjuez caería de bruces, obnubilado.

—Cierra la boca, que te entrará una mosca o algo peor —dijo Amodeo para ponerme en evidencia—. Tan beligerante con los ungidos por Dios y mírate ahora.

—Abro la boca para escucharme decir de qué manera nos alzaremos contra la tiranía del que arruina a su país y a su pueblo —refunfuñé, mintiendo como un bellaco.

Dejando a un lado el frontispicio en rotonda de la capilla del santo, custodiada por unos arcos de armoniosa simetría, avanzamos hasta una puerta y giramos por una larga galería de bellos soportales. Estábamos en la Casa de Oficios y de Caballeros, donde se desarrollaba la intendencia de los desplazados desde Madrid para dar servicio a los reyes. Amodeo sabía dónde nos dirigíamos y a quién íbamos a ver. Y no fue otro que el mismo sujeto que nos esperó en el quinto pino, el mago Melchor. En esta oportunidad no se mostró receloso por mi presencia. Hasta llegó a ofrecerme la mano, estrechándola con vigor. Imagino que la confianza se debía a que no lo había delatado en la logia. Amodeo fue al grano, entrando en una conversación sobre parajes próximos. Don Melchor sacó unos planos y se entretuvieron en posar sus respectivos índices en aquella arquitectura cuadriculada. No parecían ponerse de acuerdo. Con las mismas, enrollaron los papeles y salimos hacia el Real Palacio.

El Palacio estaba unido a la Casa de Oficios por dos arcos de cantería. Eran un añadido funcional, útil para los que se pasaban el día yendo y viniendo de un edificio a otro. Don Melchor aclaró que llevaban ahí más de treinta años. Atravesándolos, ya estábamos oficialmente en terrenos del Palacio. De frente, los esmerados jardines de la Isla; a la izquierda, el llamado jardinito del Parterre.

—Ahí queda —señaló— la puerta de la escalera que conduce al cuarto de la reina. Y, como he dicho antes —volvió sobre el plano, dirigiendo su explicación a Amodeo—, el que llega hasta ese sitio, si es visto, no tiene escapatoria.

—Eso es cosa mía —replicó Amodeo, emprendiendo el camino de regreso.

Cuando abandonamos la Casa de Oficios, tomamos nuestras cabalgaduras y, sin mediar comentario ni ofrecimiento de un refrigerio, tiramos de vuelta hacia Madrid. No paramos hasta Valdemoro. No por nosotros, sino para que bebieran los caballos. Me dolía la cabeza. Mojé el pañuelo en la fuente y me lo planté en la

nuca.

—Tiene gracia eso del jardinito —mencioné para ver si le sonsacaba algo.

—Maldita gracia, tiene —contestó.

—Algo le habrás regalado a nuestro mago delator para que nos haya metido en Palacio —proseguí, tallando con la gubia.

—Sí, dejarlo con vida —el terco Amodeo no parecía con ganas de hablar.

—Algo más sería —pinché.

—Lo mismo que a ti, ni más ni menos —una respuesta, lo reconozco, que no esperaba.

—¿Tantas vidas perpetuas tienes en tu zurrón? —pregunté, extrañado.

—No, qué va. Le mentí.

XLIX

Ratas en las alcantarillas de Madrid

Cuando, a primeros de la década de los sesenta del pasado siglo, Carlos III aprobó el proyecto del arquitecto Sabatini para el nuevo empedrado y la limpieza de las calles de Madrid, no imaginaba que treinta años después la red de alcantarillado serviría de refugio a un sinfín de ratas.

Entonces se hablaba más de vierteaguas y canalones, albañales, pozos negros, letrinas o secretas; medidas, todas ellas, para paliar el problema de la suciedad del centro y la periferia. Esquilache, mano ejecutora del monarca, se volcó para satisfacer el deseo de salubridad de éste, asignando doscientos cincuenta mil reales cada año para tales obras. Las aceras adquirieron carta de naturaleza. Las que lindaban con las vías públicas fueron embaldosadas con piedra berroqueña, obligando a los propietarios a costear la parte correspondiente a sus casas. Se canalizaron las aguas residuales y se potenció la limpieza de plazas y pozos. Se suprimieron los festines callejeros de los cerdos de San Antonio Abad.

No será hasta 1766 cuando se impulse la creación de las alcantarillas. Para entonces se contabilizan casi diez mil pozos sépticos en un total de siete mil cuatrocientas casas, repartidas en unas quinientas calles. El número elevado de éstos se debe al hacinamiento en que se vivía entonces, pues una ciudad de apenas mil doscientas fanegas albergaba a ciento cincuenta mil personas. En ese momento, sólo existían cuatro tramos de alcantarillado en Madrid, correspondientes a la huerta de los monjes de San Francisco el Grande, los Caños del Peral, Leganitos y Cava Baja. A la muerte del rey, en diciembre de 1788, serán ya once las alcantarillas construidas, contando con numerosos ramales. Las minas y colectores seguían un laborioso proceso constructivo, pues había que situar el lecho de asentamiento a unos doce pies de profundidad. Se enrasaba con mampostería y se aplicaba un enlosado de piedra de medio pie de grosor, afirmándolo con una torta de cal. A ambos lados de éste se levantaban las paredes, hechas con ladrillos de la Rivera y una argamasa, dejando suficiente sección para que el conjunto fuese

visitable. El cerramiento se realizaba mediante una bóveda, de medio cañón o galápago, con idénticos materiales. Para finalizar, se terraplenaba con la arena que se había extraído de la propia excavación, dejando al menos media vara de tierra apisonada entre la parte superior de la bóveda y el nuevo empedrado de la calle.

Me hubiera venido bien conocer estos datos en la primavera de 1790, pero no era así. Ni siquiera sabía en qué consistía una alcantarilla cuando, el domingo 16 de mayo, hicimos los preparativos para no perdernos la algarabía de la pradera de San Isidro. Y, desde luego, no entraba en mi cabeza arruinarme el traje arrastrándome por una. Pero no adelantemos acontecimientos.

Para los madrileños, acercarse a la pradera que había a orillas del río Manzanares era todo un ritual, fuesen o no a misa, creyesen o no en los prodigios del santo patrón. Unos pasaban por el puente de barcas que conducía a la ermita; la mayoría lo hacía por el puente de Toledo. Desde lejos se observaba el amontonamiento de cabriolés, calesas y berlinas de los pudientes, mezclándose en el *totum revolutum* que formaban las carrozas y tartanas de las gentes del pueblo. Si alguien ha tenido la fortuna de ver uno de los cuadros costumbristas de don Francisco de Goya, entenderá lo que cuento. Allí se unían, sin especial distinción, las casacas y demás ropajes a la francesa con las prendas más llanas. Majos y majas, feriantes, vendedores y forasteros se daban cita, ocupando por entero el desnivel hasta la misma orilla. Las viandas quedaban esparcidas sobre los manteles que alfombraban el suelo. Corría el vino a raudales, como vaticinó Amodeo, y se dejaban admirar las jóvenes de mejillas sonrojadas, capaces de compartir el juego de la gallina ciega con unos cuantos desconocidos.

En medio de aquel bullicio, tan cómodo para los madrileños como desconcertante para mí, me pareció distinguir la figura de Soledad, que paseaba, parasol en mano, con alguien de apariencia apergaminada, mucho mayor que ella y juraría que hasta mayor que yo. Llevaba ropajes corrientes, de campesina, sin el boato que se le supone a la festividad. Quise desplazarme hasta donde se hallaba, pero Amodeo lo impidió, agarrándome por el brazo.

—Es doña Soledad —acerté a exclamar.

—Vaya, ha recuperado el tratamiento —disfrutaba, el muy ladino—. Dicen que la distancia hace el olvido.

—Debo hablar con ella —me impacientaba, a sabiendas de que no iba a superarlo en fuerza, ni tampoco en maña.

—Ahora no, ¿acaso no ves que está entregada a su labor? —me espetó, provocando mi enfado.

—No blasfemes, Amodeo, que no respondo.

No blasfemaba. Señaló con la cabeza a cuatro, cinco hombres que se movían en derredor. Todos habían estado en la reunión de la logia del Hospicio. Un enigma para mí, pues debía suponer que ninguno de ellos sabía que el caballero de nombre Jacobo y doña Soledad eran las dos caras de la misma moneda. Pero no quedó ahí la cosa. Siguió moviendo el cuello y la testa, identificando personajes por dos y tres nombres y sus muchos apellidos, algunos cortesanos, otros del Consejo de Castilla, extranjeros, espías de la reina, clérigos, nobles, damas disfrazadas de maja y meretrices de alcurnia vestidas de marquesa. Y, de no detenerse, podía haber seguido con editores, posaderos, hidalgos, médicos, miembros de la Superintendencia General de la Policía y hasta mis tres efes, que también fueron divisados por su ojo de lince. Podría afirmar, exagerando más bien poco, que Amodeo controlaba Madrid y, como el diablo cojuelo del relato, levantaba los tejados para observar lo que ocurría en cada casa y palacio.

—¿Qué se traen entre manos estos que deambulan con cara de fiesta? —no salía de mi estupor.

—La mayoría, la simple y saludable diversión —dijo Amodeo—. Sólo algunas decenas, quizá centenas, de peones, alfiles, torres y damas juegan en el gran tablero de escaques blancos y negros.

—¿Y qué ajedrez es ése?

—Los de un bando, mover trebejos, avanzando hasta poner España patas arriba. Los del otro, encastillarse en sus posiciones, para que el imperio no se mueva de su sitio.

—El imperio está a punto de derrumbarse como un castillo… de naipes —afirmé con convencimiento y deseo.

—Por eso no bastan dos bandos. Y surgen otros cuantos de distintos colores, que los hay rojos, verdes y azulones. Y, aún peor, algunos de los que ves ahí delante, tan vulnerables, conspiran en varios bandos a la vez.

—Y, mientras, tú defendiendo la vida de ese Floridablanca que no es santo de tu devoción, pintado de gris para confundirte con los paredones y de negro para mudar en sombra —aproveché para dejar caer mi anzuelo y su cebo, esperanzado en que el majestuoso barbo picara y largara algo.

—Tú lo has dicho. Y más nos vale que acertemos a salvarla, porque nos va mucho más que a él en el envite —elevó la vista por encima de todas aquellas cabezas, pensativo, dirigiendo la mirada hacia la basílica de San Francisco el Grande y más allá. Reaccionó al cabo de unos instantes—. ¿Has pensado que uno de esos conspiradores de ahí puede ser el hijo por el que tanto porfías?

—¿No sabrás su nombre, viejo diablo? —pregunté movido por un

resorte, alzando la voz.

—Quién sabe, Martintón, quién sabe.

En esas, una leve brisa vino a traer hasta nosotros la humareda y el inconfundible olor de unas sardinas que estaban asando. Vi cómo le cambiaba el rostro y su color, apartándose del lugar a toda prisa para trepar a un montículo que le devolviese el aire limpio. Si aún me quedasen dudas de que mi Amodeo era el mismo Amodeo que Torres tuvo por aliado, aquello acabó disipándolas. La realidad, por muy oscura e incomprensible que fuese, iba perdiendo su aspecto opaco para mudar en traslúcida. Nunca me gustó alargar el pie sin tener conciencia de dónde pisaba. Por eso no lo había metido en el río Manzanares, cuyas aguas a su paso por Madrid distaban de parecer cristalinas, pero mi racionalidad de tantos años había quedado en entredicho en menos de un trimestre. En algún momento me vería obligado a sumergirme en esa corriente turbia. Lo que no imaginaba es que sería justo entonces.

Desde donde nos encontrábamos, se divisaba casi todo el terreno. Me sentí capitán general de los ejércitos pacíficos del pueblo. Pero poco me duró la tontería. Amodeo me sacó del ensimismamiento de un codazo. Señalaba hacia el camino que unía la ermita con el puente de barcas. Una mujer corría hacia él, escapando de dos aguadores de cántaro que, a juzgar por la facilidad con que se deshicieron del instrumento de trabajo, no debían ser tales. Era Soledad. Los tipos, uno fornido y otro chaparro, arrollaban a cuantos trataban de impedirles el paso para protegerla. Emprendí la carrera, pobre de mí, comprobando al instante que mis piernas no estaban listas para seguirme. No cejé en el empeño, siendo adelantado por un Amodeo que, raro como siempre, se entretenía en tocar un extraño flautín de dos agujeros. Al llegar al puente, pude apreciar cómo Soledad ya lo había atravesado y se dirigía hacia una mula que reposaba entre los árboles, comiendo hierba. Sospeché que había previsto la necesidad de la huida. Los tipos aquellos no eran muy ágiles, pero contaban con aliados en la otra orilla. Amodeo con su flautín y yo con las flautas amargas de mis piernas cruzamos el puente, con tan mala fortuna que él fue a dar con el menudo de los dos rufianes y yo me topé con el más recio, cayendo al agua con ellos. Sabía nadar y nadé deprisa, dejándolos atrás. Mientras tanto, en la orilla, los tres secuaces de los náufragos no lograban calmar a sus monturas, encabritadas. A cambio, aparecieron las nuestras por arte de birlibirloque. Deduje que el silbo de Amodeo había causado tan dispar efecto.

Llegó la hora de galopar. Sin duda mejor oficio para mí el de jinete que el de andariego. Soledad se alejaba, camino de la Puerta de

Segovia. Detrás, como el viento, nosotros dos y, a unas nubes de polvo, vociferando para que nos detuviésemos, la pareja de malhechores. Oí la detonación de un arma y me apreté contra el caballo. Oí una segunda y vi cómo Amodeo rodaba con el suyo por el suelo. Me gritó que siguiera. Y seguí. Alcancé la calle de Segovia a tiempo para apreciar cómo dos tipos más prolongaban la persecución de la valiente amazona. Viendo que se le acercaban, descendió de la mula y se perdió en el suelo. Las ratas la imitaron, abandonando también las monturas y la calle. Pronto comprobé que se habían metido por una de las alcantarillas nuevas, si de nuevo puede calificarse algo de cuatro o cinco lustros. Me vi obligado a correr a oscuras, entre aguas sucias que me llegaban por la rodilla, agachado para no darme en la cabeza con la bóveda de aquel pasaje. Vislumbré a lo lejos una tenue luz que, por la distancia y por lo preparado de la fuga, debía ser portada por Soledad. En medio, cuchicheando como los roedores que tanto asco me daban, andaban aquellos dos esbirros de vete tú a saber quién. Avancé tan deprisa como pude, hasta que me estampé contra la piedra en un tramo en que la pared había cedido, dejando al aire un fragmento de la bóveda. Caí de espaldas, empapándome. Aturdido por el golpe, continué hasta llegar a una bifurcación. Una de las ramas tiraba hacia atrás, saliendo en ángulo; la otra mostraba un leve giro hacia la diestra, sin perder la trayectoria. Había desaparecido la lucecilla, de modo que elegí esta última al tuntún, recorriéndola hasta el final.

Cuando salí a la superficie, entre la admiración de los que por allí transitaban, mis ropas habían quedado arruinadas por completo, sangraba por la cabeza y mi rostro parecía más negro que blanco. Estaba junto a la plazuela del Cordón y no había ni rastro de Soledad. Caminé erguido, tratando de compensar la escasa dignidad de la situación, esquivando la plaza Mayor para alcanzar discretamente la posada. Todos se apartaban a mi paso, llevándose los dedos a la nariz. No digo más.

L

SILENCIO EN LA DESPEDIDA

Tras un suceso como el sufrido, sólo restaba lavarse y sentarse a esperar. No fue fácil, ni lo uno, ni lo otro. Necesité de un puñado de barreños de agua y jabón a espuertas para recuperar la compostura. No sabía nada de la suerte de Soledad, aunque confiaba en la bondad de su plan de escape y en la agilidad que había exhibido, a caballo y a pie. Si así se manejaba con faldas, cómo lo haría vistiendo de don Jacobo. Más temía, he de reconocerlo, por Amodeo. Había leído de sus habilidades, fuerza y resistencia en el manuscrito de Torres, pero lo había abandonado en una situación complicada para cualquiera, mortal o no. Sobre la mesa seguía el mamotreto, abierto por la página en que lo dejé. Las dos últimas jornadas habían sido agotadoras. Aranjuez y la pradera de San Isidro. Nadie en su sano juicio pensaría que son sitios para el peligro.

Volví sobre la conversación en que Amodeo descubre sus cartas, haciendo su ofrecimiento a Torres. Recordé, saltando de una idea a otra, que me puse en sus manos con la única condición de que Soledad y las tres efes contasen con nuestra protección. Su protección, en realidad, si se consumaba lo que acababa de releer. Amodeo afirmó con sorna que no me había propuesto trato alguno, luego no había negociación. Aun así, me pregunté qué le contestaría si la hipótesis llegara a formularse. Se necesita tiempo para una decisión de tal magnitud.

Tampoco fue inmediata, ni mucho menos, la respuesta de Torres. Era más fácil, para él, interpretar las estrellas y su movimiento que ese otro cosmos que habitaba en su interior, cargado de recuerdos, sensaciones y maneras de arrepentirse. Tras volver del molino con la rueda de la responsabilidad atada al cuello, se lo encontró Damián mientras desensillaba el caballo en las cuadras. Traía las ropas sucias, llenas de barro. Le preguntó si había salido a cabalgar muy de mañana y si había tenido algún percance. No respondió. Se limitó a saludarlo. Un saludo carente de afecto y de intención, nada comparable a las bromas que solía regalar. Tenía la impresión de que venía de muy lejos o de que aún permanecía allí.

En los meses siguientes, todos se percataron de sus altibajos. Caía con frecuencia en el ensimismamiento y salía de él como quien escapa del agua que le impide respirar. En ocasiones, en medio de una riña referente a la administración de la finca, preguntaba por aspectos del alma y la eternidad, por la pequeña muerte que representaba la polución voluntaria, por el olor de la santidad en los santos verdaderos. No esperaba, sin embargo, respuesta alguna y el escándalo que sus palabras producía se fue diluyendo, asumiendo los presentes que eran verbo de la ventolera. No se cansaba de aconsejar, a propios y extraños, la prudencia del conejo, siempre avizor, y de la alcahueta, atenta como ninguna a impedir que la cópula acabase en preñez. Hasta recetas de plantas y brebajes, proporcionaba, para impedir que un diablejo más viniese al mundo.

En ese tiempo reprimió las escapadas nocturnas, pendiente de asuntos que escondía con celo cuando alguien acudía a su alcoba a pedirle una cifra o una recomendación. Su despacho era un océano de papeles cuyo significado era inexpugnable para los profanos que lo visitaban. Polígonos y redondeles cargados de letras, espirales, columnas de diferentes proporciones… Y números, montañas de números en los que apenas su sobrino acertaba a apreciar la presencia de la afamada sucesión del apodado Fibonacci, nacido en Pisa en tiempos anteriores a los de Raimundo Lulio.

El 2 de agosto de aquel año crucial de 1758, festividad de Nuestra Señora de los Ángeles, volvió al molino. Cualquiera pensaría que eligió la fecha para agradar a Amodeo. Pero ese día también se cumplieron seis años justos desde mi caída en desgracia, y quiero creer que no fue mera coincidencia de números, seducidos por el azar. Quiero creer que se acordó del molino y de mí, de nosotros, y que por ello escogió el 2 de agosto. No se había olvidado de Martín Tadeo. Lloré lo indecible mientras era apartado de mi amada Blanca y lloré al despedirme de él. Como escribí al principio, no recibí su reproche. Te envidio, Martintón, repitió como si hablase solo. Ahora, sabiendo lo que sé, dudo que tal envidia fuese cierta.

Dio el sí a Amodeo sin entrar en detalles y sin que el diablo se los pidiera. Su corazón había determinado aceptar tan extraordinaria oferta y sólo impuso una condición.

—Yo ajustaré el momento en que nos pongamos manos a la obra con la bendita máquina. Aún queda alguna cosa por comprobar.

—Sea —admitió Amodeo.

De cuantos calendarios pergeñó Torres antes de tomar aquella decisión que no admitía vuelta atrás, el destinado a 1766 fue el que causó mayor revuelo. Se publicó con el título de *El santero de*

Majalahonda y el sopista perdulario. En su pronóstico para la semana del 11 al 18 de marzo, se dice: «Un juez se descuida en los procedimientos justos: levántase un motín en su pueblo». A las cuatro de la tarde del Domingo de Ramos, día 23 de ese mes y año, se desencadenó en Madrid una revuelta que tardaría cuatro jornadas en apaciguarse. Fue conocida como motín de Esquilache, provocando la caída del favorito del rey y de todos los italianos del Gobierno, que abandonarían España a primeros de abril.

El fiscal del Consejo de Castilla, don Pedro Rodríguez de Campomanes, recibió el encargo de abrir una pesquisa secreta para determinar quién o quiénes instigaron los movimientos populares en toda España. Se tomó su tiempo, pero encontró evidencias de la participación de jesuitas en diversas partes. Presentó su dictamen al Consejo en enero de 1767, acusando a la Compañía de Jesús de ser responsable de unos motines que tuvieron más que ver con el alza del coste del pan, tras la eliminación de los precios tasados, que con la supresión por decreto de las capas largas y los sombreros de grandes alas —prendas que servían para ocultar rostros, armas y productos de contrabando—. Los jesuitas pasaron por sediciosos que pretendían cambiar la forma de gobierno. El presidente del Consejo de Castilla, conde de Aranda, propuso su expulsión. Carlos III convocó una junta especial presidida por el duque de Alba e integrada por los cuatro secretarios de Estado y de Despacho. Grimaldi, De Muniain, Múzquiz y Roda ratificaron la propuesta y recomendaron al rey no dar explicaciones sobre los motivos de una decisión que nadie en Europa vería con malos ojos. Al amanecer del día 2 de abril, las casi ciento cincuenta casas de los jesuitas fueron cercadas por soldados prestos a aplicar la Pragmática Sanción que dictaba el destierro de éstos de los dominios de la Corona, incluyendo los de ultramar, y la incautación de todo su patrimonio. Salieron de España en un número superior a dos mil quinientos, embarcados con destino a la isla de Córcega, por aquel entonces perteneciente a la república de Génova.

En ese periodo, el duque de Alba tuvo pegado a su oreja a don Diego de Torres. Mucho le habían hecho padecer los implacables miembros de la Compañía. Llegaba la hora de saborear el dulce néctar de la venganza. Y aunque, en noviembre del año anterior, el fiscal Campomanes anduvo pidiéndole cuentas a causa de su predicción y su corolario, la sonrisa de Torres vaticinaba el final feliz a su larga vida. Madrid entero se había hecho eco nuevamente de las artes adivinatorias del salmantino, gracias a la reimpresión —en pleno levantamiento y sin permisos— efectuada por el librero Bartolomé de Ulloa, que acabaría en la cárcel por tan grueso delito. Campomanes

libera de toda sospecha a Torres y aplaude su escaso apego a unos jesuitas que fueron tachados de regicidas, relajados de moral, avaros del poder y la riqueza, manipuladores en América y querellantes en el Vaticano.

El año, sin embargo, trajo dos circunstancias que no esperaba y que demoraron la despedida de este valle de lágrimas: la prohibición, según Real Orden de julio, de los pronósticos, piscatores, romances de ciegos y coplas de ajusticiados, y la muerte de su sobrino, el catedrático Isidoro Ortiz de Villarroel. Una y otra, con distinta naturaleza y grado, provocaron su amargura. La primera, porque él —y su ascendiente sobre el pueblo llano— era el causante del recelo de los regidores y de la drástica medida. La segunda, porque se veía en la imagen de su sobrino, sintiendo que éste iba camino de ser lo que siempre deseó. Lo quiso tanto como se quiso a sí mismo. Bien sabe Dios, escribe, que Belcebú no quiere una muerte en paz, con un dibujo plácido en los labios.

Otorgó testamento en marzo de 1768, dejando por universal heredera a su hermana doña Manuela y por albaceas al duque de Alba, conde de Miranda, a don Pedro Rubalcaba, canónigo, y otros varios. Dispuso que su entierro fuese humilde, sin pompa, sin música ni lloronas, que lo amortajasen con los hábitos sacerdotales y que le colocasen un bonete de borla azul. Y así se cumplió en la pobre iglesia de los Padres Capuchinos, en la capilla de Jesús Nazareno erigida por el propio don Diego.

Murió en el palacio de Monterrey, propiedad del duque de Alba, cuyos estados administraba, el martes 19 de junio de 1770. Recibió el santo sacramento de la penitencia y la extremaunción del párroco de Santa María de los Caballeros, que escribió en la partida de defunción que perdió todo sentido antes de tomar la eucaristía. Tomaron su última enfermedad por una apoplejía, similar a la sufrida en el año 45, pues en ningún momento pudo hablar. Don José Iglesias de la Casa, Piscator Historial de Salamanca, le dedicó una copla que, sin ironía y con real ignorancia de la verdad, expresaba el sentir de la mayoría de sus paisanos.

Hoy tuvo ocaso en su Oriente
mi gran Torres salmantino,
por sus obras aclamado
el Quevedo de este siglo.

Su cadáver no fue objeto de veneración. Se colocó en su sepultura un modesto catafalco de piedra franca y se delineó su figura, pero ésta no tardaría en desaparecer. Nadie la repondría, cayendo en el olvido.

Se cumplió, pues, otra más de las predicciones de don Diego, que escribe en la introducción a su *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras del doctor don Diego de Torres Villarroel* un lúcido epitafio: «A mí sólo me toca morirme a oscuras, ser un difunto escondido y un muerto de montón, hacinado entre los demás que se desvanecen en los podrideros».

Tampoco su amada y odiada universidad se dio prisa para celebrar las honras fúnebres. Cuatro años tuvieron que pasar desde su tránsito a mejor vida antes de que las laudatorias fueran escuchadas. Se dijo entonces de él, entre carraspeos de los más viejos del lugar, que había sido grave por carácter, solitario por gusto y laborioso por inclinación. Don Cayetano Faylde, doctor teólogo del claustro, pronunció aquellas palabras con emoción sincera. Allí estuvo, con el sombrero en la mano y la cabeza gacha, pendiente de los cuchicheos y las muecas, sin perderse un elogio del sentido discurso, Niccolò Furio Hermes d'Amodeo.

Marcaba el calendario la fecha del 12 de febrero de 1774, y quedaba tanto por hacer.

No habrá miedo que duela más que la cobardía



LI

Ardiente flogisto

Hubo un tiempo, no hace tanto, en que la teoría del flogisto estaba en su apogeo. Johann Becher, en el último tercio del siglo XVII, formuló una tesis que reducía los cuatro elementos fundamentales a dos: agua y tierra. El aire y el fuego ya no serían, a entender del alemán, componentes de los seres de nuestro mundo, actuando como simples agentes de las transformaciones. Sostuvo que los cuerpos minerales están constituidos por tres tipos diferentes de tierras, que aportan propiedades específicas. Estas propiedades se resumían en el aspecto vítreo, la condición fluida o volátil, y el carácter combustible. Esta última tierra equivalía, en realidad, a lo que la alquimia tradicional ha venido llamando azufre y él denominaba, abundando en la idea y adoptando la palabra griega para el término «inflamable», azufre flogisto o flogisto a secas.

Hace apenas unos años, la Academia de Ciencias de París publicó el trabajo de Antoine Lavoisier que demostraba que, en el fenómeno material de la combustión, no interviene ninguna sustancia carente de peso con las virtudes del flogisto. Claro que, en la fecha de la muerte de Torres, esas ideas no habían sido suficientemente difundidas.

Algo similar al flogisto encendía el espíritu con el que el manuscrito de Torres había sido redactado. Algo así alentaba a un Amodeo que, en ocasiones, parecía de pedernal, para mudar en la llama etérea de un pensamiento en otras. Esto último no lo percibí cuando, tras el incidente del puente de barcas y la persecución posterior, apareció a las tantas del día siguiente como si nada hubiese sucedido. Limpio de polvo y de paja, hecho un san Luis y con ganas de broma. Declaró que abajo no paraban de buscar comparación entre el *ecce homo* que había entrado en la posada aquella tarde y el petimetre que ayer mismo había sido apaleado y arrojado al pilón por meterse en cama ajena y, de paso, equivocarse de alcoba. No iba a censurarle su ligereza, su escaso miramiento, dejándome tantas horas en la incertidumbre por saber qué le había sucedido. No serviría de nada. Olía a vino de pelea y a uno de esos perfumes que se ponen las mujeres para espantar la decencia. Encendió un cigarro, se quitó la ropa a trompicones y dejó

al descubierto un par de cardenales con aspiraciones a entrar en la curia romana. No había visto jamás un costillar y un hombro tan magullados.

—¿Qué fue de tu amiga? —preguntó finalmente.

—Ni rastro. La perseguían otros dos gañanes y se metió en la alcantarilla de la calle de Segovia. Me golpeé en la cabeza y los perdí —dije con un tono impersonal, como si la pifia no fuese conmigo—. ¿Y tú?, veo que has disfrutado de lo lindo.

—Esos gañanes, como tú los llamas, eran policías de incógnito —no abandonó su alegre semblante para dar tan mala nueva.

La Superintendencia General de la Policía sólo rendía cuentas a Floridablanca, su creador. Le había hurtado competencias muy relevantes a la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, dependiente del Consejo de Castilla, que era la institución que se encargaba de estos menesteres en el Madrid tradicional. Tampoco congeniaba con la figura del corregidor, don José Antonio de Armona y Murga, hombre con fama de incorruptible y escasa renta. Ni que decir tiene que aquello generó serias tensiones entre estamentos y cargos, ofreciendo a Aranda un motivo más de crítica a la gestión de Floridablanca. La participación de los policías en los hechos que tanto habían agitado nuestros corazones permitía pensar que doña Soledad se hallaba seriamente comprometida en una causa sembrada de cepos.

—¿Cómo lo averiguaste? —pregunté escamado.

—Se ofrecieron gentilmente a informarme —se señaló el puño, erosionado en los nudillos—. Tenían órdenes de capturarla y sabían lo que hacían y dónde pegaban. De modo que ahora somos cómplices de una fugitiva.

—No tiene ni pies ni cabeza. ¿Cómo van a actuar así con alguien de los de Liria? Conté hasta siete hombres. Medio ejército arrastrándose por el barro y la mierda, cuando lo único que habría que hacer es acercarse al palacio. A menos que…

Yo mismo me percaté de la fragilidad de mi razonamiento mientras hablaba. Amodeo inclinó la cabeza, condescendiente. A menos que, añadí para mis adentros, doña Soledad no fuera doña Soledad mientras paseaba por la pradera con aquel sarmiento andante. Eso explicaría su pobre vestimenta y la falta de decoro con que era buscada por los hombres del superintendente.

—¿Cómo es que doña Soledad vino hasta aquí? ¿Cómo supo de nuestro paradero? —pregunté en voz alta lo que debí preguntarme en voz queda cien veces.

—A mí no me mires. Como habrás visto, he sido exquisitamente discreto con ese asunto tuyo.

Realmente se complicaba la situación en torno a aquella mujer de mis afectos hasta dificultar cualquier teoría, por fantasiosa que fuese. De confirmarse lo que acabábamos de especular, tendría a una doña Soledad, un don Jacobo y una tercera persona, mujer por más señas, que seguramente carecía de rango y, en consecuencia, de tratamiento. La primera pasaba por familiar modélica en una casa que no le pertenecía; el segundo, por señorito con ganas de ilustrarse en algo parecido a una logia liderada por el conde de Aranda. La tercera, en cambio, era del interés de la seguridad del Estado por un delito que, indiscutiblemente, no respondía al hurto de una hogaza de pan ni de una ristra de chorizos. Deseaba con todas mis fuerzas dar con su paradero y aclarar aquel enigma. Sólo así podría abordar el asunto que de veras debía importarme: mi hijo.

A pesar de lo delicado del tema, Amodeo se mostró más interesado en el manuscrito de Torres, abierto sobre la mesa. No dejó de mirarlo mientras hablábamos. Parecía inquieto. Se movía de un lado para otro, toqueteaba aquí y allá. Inquieto, quizá, por conocer cuántas hojas me quedaban para concluirlo, por conocer mi actitud y disposición. Aunque no descarto que el vino contribuyese a aquel repentino mal de San Vito.

Esperé su oferta, el pacto sellado con nuestra sangre, pero no ocurrió. Lo que ocurrió, en cambio, fue que uno de los criados de la posada subió como un remolino, llamándonos con la rudeza y celeridad que traen consigo las noticias trascendentes. Un joven de buena pinta había dejado un caballo en la puerta con el encargo expreso de que se lo entregaran a don Martín. No podía ser otro que Voltaire. Corrí a la caza del jinete, sin fortuna. Se había esfumado. Examiné a Voltaire con detenimiento, comprobando que lo habían cuidado con esmero. Venía bien cepillado y bien comido, con los cascos limpios y la silla resplandeciente. Acerqué mis narices a las suyas. Resopló para mirarme con desapego, echándome en cara las jornadas que lo había apartado de mí. Le acaricié la frente y me respondió con un relincho aprobatorio, de perdón. Aquel caballo era mi amigo. Y mi vida no estaba tan plagada de ellos como para minusvalorar su aprecio.

Pasé la tarde con él, mimándolo. A Voltaire le gustaba la carrera, como le gustaba que los transeúntes se quedaran asombrados a su paso. Era presumido. Cuando le quité la silla, ya en las cuadras, pude observar que sobre el lomo guardaba una misiva firmada con un escueto nombre, sin títulos ni apellidos: Soledad, sin más. Comenzaba disculpándose por el retraso en la devolución del caballo, si bien juraba por su honor que lo había atendido con respeto al dueño y al

equino. Explicaba que las cosas se habían enredado hasta tal punto que debía actuar con singular cautela. Agradecía la protección que le habíamos brindado, pero no se perdonaría que nos viésemos en riesgo. De ahí que no hubiera vuelto a la posada. La despedida no aclaraba nada de lo acaecido. Un «hasta siempre» y la reiteración de su gratitud completaban aquellas cuantas líneas.

Al día siguiente, martes 18 de mayo, salí temprano a la búsqueda de mis efes. Llegué hasta la calle de San Bernardino, que debía su nombre al convento de franciscanos descalzos fundado extramuros, y bajé hasta la plaza de los Afligidos. No había rastro de ellos. Como habíamos convenido para tales casos, di el recado de que fueran a visitarme al viejo vendedor del *Correo de los Ciegos,* periódico que veía la luz dos veces por semana y se compraba gracias al trabajo de los privados del sentido de la vista. No conseguí, sin embargo, vencer la tentación de acercarme hasta el palacio de Liria y preguntar por doña Soledad. En la puerta, un criado que no recordaba me aseguró que doña Francisca y doña Soledad habían emprendido viaje, no quedando nadie en la casa que pudiera o quisiera recibirme. Esbocé la necesidad de verlas con el manido argumento del chocolate y se encogió de hombros, como si jamás hubiese oído mención alguna a aquel producto tan medicinal.

Cuando volví a la posada, mis tres efes ya estaban allí, charlando con Amodeo mientras me aguardaban. Empleé un insulto grueso a modo de saludo. No supieron reaccionar, poniéndose a la defensiva. Ofrecieron explicaciones que no pedí, y se delataron. Como dijo el sabio latino, e*xcusatio non petita, accusatio manifesta*.

—¿Quieres creerte, Amodeo, que estos tres ingratos me hayan traicionado?

—Cómo no, está en su condición. Venderse al mejor postor —Amodeo y su eterno cuestionamiento de la bondad del ser humano.

—Decidme, ¿desde cuándo estáis al servicio de doña Soledad? —levanté la mano, amenazante.

—¿Nosotros? Jamás —contestó el Toledano.

—¿Quién os paga, entonces? —mi enojo iba creciendo.

—Jimena —confesó el Hermoso.

—Pero eso fue antes de que visitáramos el Real Hospicio —puntualizó el Rubio, justificándose.

Miré a Amodeo pidiendo ayuda. Sonrió, condescendiente. Su mente compuesta, compleja, asimilaba más rápido que la mía, tan sencilla como simple. Quise interpretar su gesto y concluí que Jimena era el tercero de los personajes que doña Soledad ofrecía en su particular comedia, el perseguido por el superintendente y sus alguaciles.

—¿Llegasteis a hablar con esa Jimena anteayer, en la pradera?

—Yo no —respondió el Hermoso antes de que pusiera el signo de interrogación a mi pregunta—. ¿Y vosotros? —se dirigió a los pequeños.

—La saludamos en la distancia —aclaró el Rubio—. Iba con un vejestorio y no era cosa de arrimarse.

Hasta ahí llegaban. Con tanto gentío, enfrascados en ocupaciones que era preferible ignorar, no se habían percatado del revuelo en el puente de barcas. No sabían de Jimena más que debía vivir cerca de la Ancha de San Bernardo, en la cuesta de la Estrella o alrededores, que era mayor de lo que aparentaba y que la primera vez que hablaron con ella fue porque les preguntó educadamente por qué vigilaban a doña Soledad, siendo como era amiga de los pobres y los afligidos. Pagó en nombre de la señora, les sonsacó dónde parábamos y pidió su ayuda para mover a Voltaire sin llamar la atención. Prometió que sus actos no supondrían ningún mal para mí.

—Sois peores que un dolor de muelas. Peores que los bubones de la peste. Peores que…, que… —no me salía nada más.

—Peores que un cuesco en misa —añadió el Rubio en mi auxilio, para ganarse una patada del Hermoso.

Mi enojo fue menguando, hasta aplacarse. Era difícil no reír escuchándolos. A cambio, les hice prometer que no cejarían hasta localizar a cualquiera de las dos mujeres y que me darían inmediato aviso. Les expliqué que podían estar en peligro y que ahora nos tocaba a nosotros ayudarlas aunque se negaran, que había dinero y alguaciles de por medio. Lejos de amilanarse, adoptaron la cara de pícaros que solían emplear en las gestas. Al fin y al cabo, acababa de mencionar tres palabras mágicas en su vocabulario: peligro, la favorita del toledano Fernando; dinero, la preferida del rubio Francisco; y mujeres, el manjar que jamás empachaba a nuestro hermoso Felipe.

—A mí —dije adelantándome a la observación de Amodeo— me toca descubrir el paradero de don Jacobo. Mañana es miércoles y, con seguridad, la logia del Real Hospicio volverá a reunirse. Necesitaré el carruaje.

LII

SI TIENE ALAS, VUELA Y ESTÁ PRESTO

El domingo 17 de junio de 1770 un carruaje tirado por dos briosos corceles recogió a Torres en el portón que daba a las cuadras de Monterrey. Dentro lo aguardaba Amodeo, más joven si cabe que la última vez que se vieron. La decadencia de don Diego se hacía evidente en la torpeza de sus movimientos. Conversaron sobre cuestiones mundanas en el camino hasta la bifurcación que conducía al viejo molino. Allí se apearon y, ya solos, prosiguieron a pie. Torres se apoyaba en el antebrazo de Amodeo. Fue entonces cuando salió de su boca la pregunta que éste llevaba esperando desde el día que se conocieron.

—Dijiste que cada una de las almas que atesoras tiene conciencia de sí misma y de las demás, ¿no es cierto? —Amodeo asintió—. Y dijiste que es la última en llegar la que se alza sobre las restantes, aportando la personalidad al resultado —Amodeo asintió de nuevo—. Entonces, dime, ¿con quién he estado hablando mi vida entera?

—¿Realmente precisas de la respuesta? ¿No eres capaz de imaginarla? Ya sabes, si tiene alas, vuela y está presto a sacarte los ojos, buitre ha de ser.

Torres se detuvo entonces a examinar al amigo. Durante un instante perdió la noción de donde se encontraba, transportado hacia atrás, a los recovecos de la memoria. Asoció detalles, frases que nada tenían que ver entre sí, su excelsa pluma. Finalmente reaccionó, escandalizado.

—¡No puede ser! —gritó en su desafuero.

—¿Por qué? ¿Acaso lo piensas porque hace más de un siglo que se certificó mi muerte? Sabes lo que cuesta acceder a esa máquina, pero ignoras lo que cuesta salir de ella.

—Hubiese dado la vida por compartir la muerte con el maestro Quevedo, a quien siempre tuve por modelo, y lo sabes.

—La darás, seguro estoy, y tendrás todo el tiempo de lo visible y lo invisible para compartir y disputar conmigo —concluyó Amodeo asumiendo la voz del que fuera y es el mayor genio de nuestras letras, por encima de Rojas, Cervantes, Lope y Calderón.

Aquel diálogo trajo nuevos bríos al viejo, que manifestó su deseo de comenzar la faena cuanto antes. Entraron en el molino. Una a una, Amodeo fue encendiendo todas las lámparas que había dispuesto, iluminando la amplia estancia. Torres, absorto en la máquina y su tamaño, se limitó a preguntar.

—¿Veintiuna, treinta y cuatro… o cincuenta y cinco?

—Cincuenta y cinco —respondió Amodeo tras soltar una carcajada —. Veo que, por fin, el matemático ha perdido la prevención hacia los números.

Torres se percató de que la máquina había cambiado. Era más grande, y ahora el círculo se situaba en la altura intermedia, dejando el pie para el cuadrado y la boca para el triángulo. Se limitó a apuntar que ahora estaba bien, pero que convenía comprobar las dimensiones. Antes de emprender esa tarea, tomó una tiza, se arrimó a la plancha de pizarra que reposaba sobre un trípode y escribió sobre ella.

—0, 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34, 55, 89, 144 —pronunció en voz alta mientras trazaba, con buena caligrafía, aquellos números—. El cero que identifica la nada, anterior a la creación. El uno de Dios. El dos que anuncia la luz y la sombra, el reverso del bien. El tres de la santa Trinidad celestial y el trino de los principios naturales. El cinco que se asocia al pentáculo protector. El ocho, unido a la resurrección. El trece, a la mutación según la alquimia más oculta. El…

—Para ya, buen amigo, que echarás el día con tanta verbosidad —exclamó Amodeo—. El bueno de Fibonacci no podía sospechar que estaba conduciéndonos tan lejos —Torres lo miró, percibiendo cómo cambiaba su figura para dotar a su rostro del patrón que los retratos nos han dejado de Quevedo.

—Estoy hablando de matemáticas y alquimias con la mejor pluma que ha dado la lengua española —se maravilló el antiguo catedrático.

—Y el mejor espadachín —la proverbial vanidad del madrileño que escribiera las andanzas del Buscón.

Aquellos números, sobre todo, explicaban la divina proporción de la que hablaba el cantero don Santiago. Con ellos se obtenía la espiral que éste había dibujado. En ellos se ocultaba el saber para el invento de la máquina. Eran la pista que el Camino debía ofrecer a cuantos estudiaran el manuscrito de Lulio depositado en Rocamador.

Torres se entretuvo entonces en recapitular lo que habían deducido hacía más de tres décadas. El uso por parte de Lulio del cuadrivio y el trivio para encauzar el hallazgo. La astrología y el hilo del alma que está por desenrollar. La geometría, la aritmética y la figura plena constituida por el círculo, su cuadratura y triangulatura.

—El pie de la extraña máquina debe representar los cuatro

elementos que forman la naturaleza, el círculo intermedio contiene el área en que ha de producirse el contacto con Dios —o Satanás, puntualizó Amodeo—. La boca adquiere la forma del triángulo que acoge las potencias del alma, el lugar por donde habría de escapar ésta si el viaje de un cuerpo a otro acabara en fracaso.

Torres sacó entonces un flautín del bolsillo y arrancó de tan débil instrumento unas notas singularmente bellas. La música los había conducido al sentido de la armonía. La *trina harmoniae perfectio*, la superposición de una quinta justa y una octava. Allí estaban el cinco y el ocho que venían a refrendar los números escritos sobre la pizarra. El cuadrivio había ofrecido las huellas necesarias.

—Bien, vayamos con las características del interior de la máquina —continuó, entrando en la filosofía que soporta el llamado trivio—. La esfera que representa el universo ha de montarse en la vertical del eje de nuestro artefacto. Su armazón y el plato de su ecuador han de ser de la misma madera de roble que éste. Sería hermoso que contasen con un diámetro grande, pero cualquiera de estos números —señaló a la mesa— bastará.

El armazón de la esfera quedaría recubierto por una finísima piel de cordero, como símbolo de la ofrenda. El plato estaba llamado a contener azufre, mercurio y sal. Si la reacción finalmente se producía, se iniciaría una combustión espontánea que liberaría el flogisto interior, el alma, que se alzaría en la búsqueda de Dios si no fuese reconducida. Ardiente flogisto, dispuesto a escapar por la boca que constituye el triángulo equilátero de sus potencias. Memoria para recordar la esencia de Dios, entendimiento para asimilar la circunstancia y el camino a emprender, voluntad para recorrerlo.

Torres se acercó a la máquina, abrió la trampilla y comprobó que cuanto había expresado estaba allí. Regresó a la mesa de pizarra, desplegó una cinta ilustrada en varas, codos y palmos, y pidió ayuda a Amodeo para aplicarla. Entró con dificultad, arrodillándose. El diámetro del círculo medía ocho palmos y se situaba a los mismos ocho del suelo. Cinco palmos más había hasta la boca. La esfera interior, engranada con el eje de la máquina, se distanciaba del suelo ocho de las trece partes en que habían dividido el diámetro del círculo de ésta, siendo su tamaño de cinco para que el polo norte quedara enrasado con el círculo principal. Aún no estaba totalmente tapada, por lo que se veía el plato. Contaba con otro engranaje de madera y, sobre su superficie, dispuestos en forma de triángulo equilátero, reposaban tres pequeños morteros de vidrio de tres dedos de altura que contenían las sustancias previstas.

Todo estaba en orden. Pero faltaban las dos cuestiones mayores,

que habían provocado el fracaso de don Juan de Salazar. Antes de entrar de lleno en la fraseología contenida en la *Ars* de Lulio, quedaba el asunto de la rotación.

—Creo que la máquina que construyó don Juan no giraba a la velocidad adecuada, rompiendo la armonía —Torres recurrió ahora a un papel con anotaciones—. En mi caso, son veintisiete mil setecientas setenta vueltas, tantas como días hace que vine al mundo —Amodeo escuchaba expectante. No porque no lo supiera, sino porque era imprescindible que Torres no se equivocara—. Contando con los engranajes adecuados entre el rodezno del molino, la esfera y el plato, hemos de conseguir que la máquina dé una vuelta por cada ciento cuarenta y cuatro giros de este último.

—¿Ciento cuarenta y cuatro? —preguntó Amodeo.

—Ahí está escrito —señaló Torres.

—¿Y por qué no ochenta y nueve? O cincuenta y cinco. ¿Qué tiene ese número?

—Multiplica doce por doce. Ciento cuarenta y cuatro es el cuadrado de doce. Y el doce es la clave que faltaba para desenredar el hilo del alma. Doce son los meses y las lunas del año, doce forman el Zodiaco, doce más doce son las horas del día. ¿Tienes una Biblia? Me pareció verla en ese estante de ahí —Amodeo la cogió—. Ábrela por el Apocalipsis. Capítulo 21, versículo 15.

—El que hablaba conmigo tenía una medida, una caña de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro. La ciudad estaba asentada sobre una base cuadrangular y su longitud era tanta como su anchura. Midió con la caña la ciudad, y tenía doce mil estadios, siendo iguales su longitud, su latitud y su altura. Midió su muro, que tenía ciento cuarenta y cuatro codos, medida humana, que era la del ángel —Amodeo pronunció de corrido, sin siquiera abrir el voluminoso libro.

—Si la Nueva Jerusalén, el Tabernáculo de Dios, se construye con el doce que guía nuestras vidas, no he de dudar a la hora de asignarle un número de rotación. Divide veintisiete mil setecientos setenta entre ciento cuarenta y cuatro —prosiguió Torres.

—Ciento noventa y tres.

—Cuyas cifras suman trece. La quinta y la octava de la armonía musical. La cuenta perfecta para dejar mi alma en esa máquina. Pero vayamos al trivio cuanto antes y tomemos al pie de la letra lo que Lulio escribió. Si se lee con la cadencia de la misa el texto que hay en ese papel, cuánto calculas que se tarda en cantarlo cinco veces.

—En Dios no existe ni cantidad, ni tiempo ni ningún accidente. Ello es así porque su sustancia está separada y despojada de todo avatar, pues es infinita y eterna —era talmente un cura consagrado a la

recitación—. Del orden de un minuto —estimó.

—Recuerda que en tiempos de Lulio no se medía el minuto, luego el tiempo queda regulado por la cadencia que se debe aplicar al canto de una estrofa. Según lo dicho, cinco vueltas al minuto de la máquina, que equivalen a…

—Doce giros en un segundo para el plato interior —interrumpió Amodeo.

—Doce, precisamente, completando el razonamiento. Bastará con ajustar el caudal de agua embalsada en el exterior al giro indicado de la rueda del molino, acoplar una de esas estructuras con engranajes que permitan que la esfera rote sobre su eje a razón de una vuelta por segundo y repetir el proceso hasta lograr que el plato alcance los doce calculados.

La ristra de números no era especialmente compleja. En el medievo se ajustarían los tiempos por el ritmo de la voz, recordando siempre que doce son las falanges de los cuatro dedos de la mano que pueden señalarse con su pulgar y cinco son los dedos de la otra, multiplicando hasta sesenta. Listos fueron nuestros antepasados a la hora de contar.

—Pues manos a la obra —dijo Amodeo remangándose—, que lograr que las vueltas sean ciento noventa y tres no va a…

—Alguna menos —puntualizó Torres—, que la vuelta de la máquina también cuenta.

—No seré yo el que desprecie una vuelta, que la faena no va a ser cosa de coser y cantar. Bueno, de cantar sí va a ser, para qué engañarnos. Menos mal que tenemos un cura en la estancia.

Torres rio con ganas. El viejo humor del amigo Amodeo adquiría ahora toda la fuerza de la historia, admirándolo. Quevedo pasaba por ser el más ingenioso y sagaz de nuestros escritores. Ni el propio Torres se atrevería a compararse con él.

LIII
DIOS ES

Construir siempre conlleva un desafío. Es imitar el proceso de la creación. A través de las artes, el ser humano se eleva a la condición de demiurgo. De ahí que la edificación de las catedrales e iglesias vaya acompañada de ritos de sometimiento a Dios. Son muestras de la renuncia a la vanidad, para mayor grandeza de quien puede llamarse a sí mismo Creador. De lo contrario, la arquitectura y todo invento se convierten en una tarea que alimenta a Satanás en su esfuerzo por hacer sombra al Altísimo, compensando la luz con las potencias de la tiniebla.

La máquina de Lulio en modo alguno podría considerarse una excepción de lo expresado. Por eso éste antepuso siempre la verdad divina al éxito de la superación que representa la transmutación de un alma. No se trata de encontrar la perfección personal, sino que esa perfección, iluminada, contribuya a difundir la grandeza de Dios. Sin embargo, el razonamiento sería similar puesto del revés. La búsqueda del orgullo como salvoconducto para ocupar un sitio en la corte de Satanás. Difícil elección, la de Torres, sabiendo de las proezas de Amodeo, lujurioso, violento y malquistador. Sabiendo, en el otro plato de la balanza, de la nobleza de su compromiso cuando en verdad se comprometía, de su honor roqueño, a prueba de tentaciones, de su defensa del afligido, del menesteroso, del que sufre injusticia. Difícil elección, pero resuelta.

Tras diversos tanteos y el mismo número de recitaciones, el ocaso dominical vino a coincidir con el ajuste de la rotación de la máquina, la esfera y el plato. También, para infortunio de Torres, con la constatación de que su cuerpo, ajado, no sería capaz de soportar los casi cuarenta minutos dando vueltas dentro que eran necesarios para cubrir tanto giro. Quiso callarlo, pero sus tripas hablaron por él.

—No me mires así —dijo tras limpiarse el sudor de la frente y el vómito de los labios— porque de ninguna manera voy a renunciar. Sólo siento no haber sabido esto para precipitar el desenlace. Podría haberme ahorrado los últimos treinta años y un cuarto de hora de mareo.

—Hay solución para eso. Se llama láudano —contestó Amodeo.

—Ya lo probé cuando estuve a las puertas de la muerte y mi cuerpo, tan triste como mi espíritu, no lo toleró mejor que la triaca —Torres se mostró compungido.

—No habría sido preparado con la debida atención.

—¿Acaso es como el vino, que distingue el buen y el mal trato? —el salmantino nunca fue amigo del beber. Tomaba lo justo para compartir charla y diversión, ajeno a los excesos de Amodeo, que jamás se achispaba.

—Más. Como la buena medicina, que sabe de las manos que le dieron sustancia. Baste resaltar que el primer alquimista en elaborar láudano fue el insigne Paracelso. Pero el mejor láudano, el más eficaz, lo difundió el médico inglés Thomas Sydenham mediado el pasado siglo. El láudano de Sydenham contiene opio de Esmirna, azafrán cortado, canela de Ceilán y clavo en proporciones justas. El conjunto se macera durante quince días en vino de Málaga. Han de ingerirse treinta y tres gotas en cada dosis, por ser la edad de Cristo crucificado y equivaler a la pizca de opio que no crea afinidad.

—Pues a qué esperar a mañana. Dame esas gotas ahora y deje la estancia de seguir dando vueltas alrededor de mi cuerpo, que no soy ni astro ni veleta —demandó el afectado por el mareo.

Durmió a pierna suelta, gracias al brebaje, y habría seguido durmiendo más allá del alba de no ser por el estruendo. El lunes amaneció tormentoso. Las nubes descargaron con ira, avisando de la proximidad de un acontecimiento extraordinario. Los primeros rayos, lejanos, dieron paso a una sinfonía de tambores que tronaban cada vez más cerca. El agua se filtró por la cubierta del molino, desparramándose sobre el artefacto. El chapoteo en la madera de roble resultaba molesto e inquietante. Amodeo corrió a tapar la esfera de su interior. Maldisimulaba su nerviosismo. La destrucción de la máquina construida por don Juan de Salazar rondaba su mente. Torres sugirió no demorarse, pero se encontró con la opinión contraria del amigo. Éste, para explicarse, sacó el manuscrito de Lulio y buscó entre sus últimas páginas. Señaló un párrafo que hablaba del imperio del lobo, identificando ese periodo en que la noche ampara y desampara, donde la muerte campa a sus anchas y el sueño es más profundo. La hora del alquimista que no desea envanecerse ante su Creador. No era difícil interpretar lo que sugería.

—Si vamos a desafiar a la naturaleza visible e invisible, mejor será que actuemos con la modestia de quienes persiguen la superación en la escala del conocimiento sin pretender ocupar el sitio que únicamente corresponde asignar al Creador —comentó Amodeo.

—Larga será la jornada, entonces —refunfuñó Torres, cansado de tantas esperas.

Amodeo se dedicó, en las primeras horas, a revisar el curso y caudal del agua, engrasar los ejes, comprobar la fortaleza de los engranajes y verificar que las cifras no se habían visto alteradas. Pequeñas correcciones, comentó, al ser interrogado por Torres. Con el ángelus, la tormenta amainó, abriéndose un claro de luz en el cielo. Comieron y bebieron con frugalidad. Cayeron en el sopor de la siesta. Torres soñó lo que le aguardaba y despertó bañado en sudor. Había sido una pesadilla que acababa mal, vagando sin alma en un mundo que no lo reconocía. Tomó el *Ars Magna Generalis* de Lulio y se puso a leer.

—¿Alguna duda sobre la llave final? —preguntó Amodeo con más temor que curiosidad. Se notaba a la legua que no las tenía todas consigo. Torres había sido contundente al afirmar que sabía lo que había que decir, pero no había concretado nada.

—No. Mato el aburrimiento con un volumen aburrido —respondió.

—Nunca entendiste la grandeza de ese libro. Si Leibniz hubiese sido de la misma opinión que tú hoy no estaríamos aquí.

—Tu determinación y mi libre albedrío nos habrían conducido —Torres mostraba el aplomo que le faltaba a Amodeo. Los papeles, al final de sus días, estaban cambiados.

—¿Cómo estás tan seguro tras asistir al fracaso del señor de Salazar? —Amodeo quería sonsacarlo.

—Su error fue pensar que hay una sola sentencia para alcanzar ese don. Como nos demostró el cantero mayor, no se trata de acertar con las palabras como si de una magia se tratase, sino de ofrecer la coherencia que la situación exige. Don Juan siguió a Lulio tan de cerca que la sombra que éste proyectaba le quitó la luz imprescindible para entenderlo. La clave está y no está en el libro.

La sonrisa de Amodeo y el brillo en sus pupilas bastaron para comprender que se hallaba conforme. Más relajado, pasó la tarde preparando la soga que debía actuar sobre la compuerta del río y dibujando con minuciosidad los planos de todo aquel montaje. Lo había hecho toscamente en ocasiones anteriores, según dijo, pero no sirvió de nada porque, una vez superado el proceso, su memoria apenas guardaba recuerdo, siéndole imposible otorgar valor a aquellos garabatos si acababan deslucidos por el fuego. Un rato antes de la medianoche se quitó la ropa y, cual demonio que no se avergüenza de la desnudez, se entretuvo en ordenar diversos recipientes como Dios lo trajo al mundo. Una retorta quedó apartada de los demás cacharros. Estuvo examinándola a la luz de un velón mientras agitaba su

contenido. Finalmente se la acercó a Torres, que lo miraba con curiosidad.

—Ya es tiempo. Despójate de tus pertenencias y bebe las treinta y tres gotas de láudano. Te dará la calma para aguantar el esfuerzo.

La comparación entre ambos cuerpos resultaba grotesca. Torres era un viejo consumido; Amodeo, un caballero apolíneo, en plena madurez física. Se introdujeron en la máquina por la trampilla. Amodeo asomó la mano, tiró de una soga y accionó el aliviadero que liberaba el paso del agua. La máquina empezó a rotar con lentitud, acelerando entre la queja de las diversas piezas que componían el enrevesado conjunto. Se arrodillaron a ambos lados de la esfera y, en cuanto la velocidad fue la prevista, Torres tomó la palabra y Amodeo, según habían convenido, contó los giros. Uno, cantó Amodeo, y Torres pronunció un escueto mensaje con el tono de la misa: «Dios es Dios». La esfera hipnotizaba con su belleza, en pleno movimiento. Dos, y Torres se aplicó por dos veces con las tres palabras. A través de la finísima piel de cordero de aquella hermosa bola se distinguían los contornos del plato y una masa informe que correspondía a los cuencos con sus sustancias. Tres, y Torres repitió la maniobra igualando el número mientras acondicionaba el ritmo de su letanía a los requerimientos de la situación. Los cuencos comenzaron a chocar entre sí, uniendo su ruido al silbido de las rotaciones. Los gránulos empezaron a verterse, golpeando aquí y allá. Instintivamente, alejó la cabeza de la esfera. Cinco. Ocho. Trece. Veintiuno. Treinta y cuatro, completando igual número de oraciones sin desfallecer. Cincuenta y cinco. Ochenta y nueve. Ciento cuarenta y cuatro.

Fue entonces cuando algo se desató en el interior de la esfera. Se iluminó con un fogonazo, para dejar ver de inmediato lo que a todas luces era una llama. Vibró como si quisiese escapar del eje y su engranaje. Amodeo miró a Torres con ojos desencajados, indicándole mediante gestos que no se detuviese. Éste, víctima del láudano o de su propia certeza, permaneció imperturbable. Al rato, cuando debían ir por las ciento setenta vueltas, un humo denso, rojizo, escapó de la esfera. Era evidente que la combustión se había producido y cabía presuponer que el flogisto del alma estaba listo para ser liberado. No olía mal, pero irritaba los ojos de los tripulantes, hasta el punto de provocar la lágrima. Alcanzadas las ciento noventa vueltas, la esfera se desprendió de su atadura, elevándose en el aire como una bola de fuego que seguía su rotación sin perder la vertical. El plato trataba de zafarse de su armazón, generando un ruido ensordecedor al golpear contra éste a una velocidad de giro tan elevada. Amodeo y Torres, aún de rodillas, alzaron la vista y se dispusieron a vocear el último de los

números. El primero levantó la mano a la espera de completar la cuenta. La esfera chocó finalmente con la boca de la máquina, traspasando el fuego a la madera de ésta. El calafateado de las tablas actuó de combustible, extendiéndolo.

—Ciento noventa y… —gritó Amodeo llevándose la mano a la cabeza para protegerse de las astillas que caían ardiendo.

—Dios es Dios, Dios es Dios, Dios es… —Torres no llegó a completar la tercera de las oraciones, desvaneciéndose.

LIV
Si Quevedo levantara la cabeza

Torres se desvaneció y, con él, su manuscrito. Así acababa. Había estado leyendo una montaña de hojas, cumpliendo escrupulosamente el compromiso de no saltarme ninguna, y ahora me enfrentaba al desagradable descubrimiento de que estaba sin terminar. Torres entró en la máquina en la frontera de los días 17 y 18 de junio. Su defunción se registra el 19. ¿Qué sucedió? ¿Acaso falló el proceso al no alcanzar la cuenta?

No niego que este Amodeo que me había tocado en suerte era ingenioso. Me había embarcado en una travesía laboriosa, en una lectura que desvelaba una personalidad que jamás hubiera atribuido a Torres, para dejarme con la miel en los labios. Este sujeto malhumorado, irónico, agudo y, a ratos, con gracia parecía burlarse de mí y de mis convicciones. Quevedo y tantos otros dentro de él. Pero si, en aquel momento, hubiera tenido que asignarle una sola lengua, no era la serpentina de don Francisco de Quevedo y Villegas la que se me venía a la cabeza, sino la bífida de mi apreciado Diego de Torres Villarroel. Quizá la máquina sí cumplió su cometido.

Decidí no poner el grito en el cielo ni asediarlo con mis preguntas. Él disfrutaría jugando a despistarme con medias verdades y yo acabaría enojado, con los pies fríos y la cabeza caliente. Opté por cerrar el manuscrito de modo que se apreciara que lo había terminado y esperar al día siguiente. No me abordó. Mientras desayunábamos en un respetuoso silencio, solté de improviso una de las frases más llamativas.

—Entonces, dime, ¿con quién he estado hablando mi vida entera? —fue mano de santo.

—Ya sabes, si tiene alas, vuela y está presto a sacarte los ojos…

—Si he de hacer caso a lo que ahí se ha escrito, cabe la posibilidad de que nuestro catedrático fracasase en su intento. Pero, si he de hacer caso a mi corazón, tengo el pálpito de que la visión del espejo es tan real como tú. Y, entonces, tú has de ser mi maestro, don Diego de Torres Villarroel —me costaba asimilar las palabras que salían de mi boca.

—Nunca retiré de ti mi confianza, Martintón.

Me abrazó con fuerza. Pude percibir cómo una lágrima rodaba por su mejilla, afectuoso y emotivo como no se había mostrado desde que acudiese a mi encuentro en Salamanca. Aquel reconocimiento explicaba tantas cosas. Como en matemáticas y en filosofía, en ocasiones partir de un disparate lleva al descubrimiento de una verdad irrefutable. Me sentí pequeño. Orgulloso, pero pequeño. Había dedicado mi vida al rencor, a la razón pura, a otorgar valor a la justicia de los hombres, y ahora me enfrentaba a una experiencia que sobrepasaba con mucho todo lo admisible en mi particular decálogo de comportamiento. Había llegado a asumir que un ser de una naturaleza superior, un diablo por accidente, había puesto los ojos en mí. Ahora debía admitir la mutación del alma y, aún más, la relevancia del alma misma cuando de buscar a Dios o a Satán se trata. Debía admitir que, en el camino secreto de la sabiduría, no basta con sentarse a esperar la iluminación. El alma ha de allanar ese camino con esfuerzo y sacrificio. Debía admitir, en suma, que Torres se había ganado a pulso el derecho a habitar aquel cuerpo que, como los fantasmas de las viejas bromas, cambiaba de forma a su antojo. Esperé, ahora con más ilusión, su oferta de pacto a sellar con nuestra sangre, pero tampoco esta vez se produjo. Algo me faltaba, concluí, para hacerme merecedor de esa dádiva. Algo que tendría que atesorar en las próximas fechas. Una muestra de valentía, quizá. O de astucia. O, más aún, de bondad.

La mañana se completó de la mejor manera, penando por los viejos tiempos y los afectos que perduran, macerados por la nostalgia. Monterrey había sido nuestro hogar; Salamanca, nuestro imperio. Gracias a Torres conocí mujer, pagada con monedas suyas. Por él, y en su contra, estudié lo que demandaban las asignaturas de la universidad. Fui un poco más hombre, gracias a él. Di por concluida la charla y me dispuse a mejorar mi aspecto, vistiendo el traje que había empleado en las visitas al Real Hospicio. En esta oportunidad, no deseaba retrasarme.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Amodeo.

—Lo que haría aquel don Francisco Gómez que engañó a Torres si levantara la cabeza —Francisco Gómez de Quevedo Villegas y Santibáñez Cevallos era el nombre del insigne escritor miope.

—¿Acaso deseas que la levante?

—Dejémoslo para ocasión más tranquila, que no me perdonaría arruinar con mi prisa una charla que será provechosa —contesté.

Llegué con tiempo, en coche de caballos, siguiendo la trayectoria que yo mismo indiqué. Quería ahorrarme el sofoco de la vez pasada.

El padre Juan salió a recibirme y mi entrada fue bien acogida. Nadie me preguntó por mi ausencia de la semana anterior. En la puerta de la sala el conde de Aranda departía animadamente con tres de los miembros, contando una de sus andanzas militares o diplomáticas. Me saludó, con un leve titubeo, don Melchor, el espía de Floridablanca. Mi sorpresa fue tropezarme con don Jacobo, al que no esperaba ver ya. Alargué la mano y recibí un apretón intenso, varonil.

Hubo una discusión preliminar sobre el nombre y constitución del grupo, toda vez que se habían incorporado nuevos participantes en los últimos meses. El conde de Aranda rechazó el apelativo de logia, huyendo de significados que pudieran asociarse a la masonería de Francia, de Inglaterra y de ninguna otra parte. Aquello era una simple reunión de patriotas, subrayó. Después, sin solución de continuidad, se entró en materias de mayor enjundia. Fueron casi dos horas de repaso a la actualidad de la Corte y a unos pocos acontecimientos de allende los mares. Los anónimos contra Floridablanca coparon la primera parte. No se habló de las plumas de donde salieron, sino de las verdades que contenían, aplaudiendo que se difundieran. Como lo ignoraba todo de este asunto, asentí a cuanto dijeron los más afines a Aranda, don Jacobo entre ellos. El último tramo de la sesión se centró en los conflictos que se sucedían en Nutka. Nutka era un asentamiento muy al norte, en la costa del Pacífico. No imaginé que los españoles se apropiasen de tierras tan frías. El marino mallorquín Juan Pérez, al mando de la fragata Santiago, descubrió su bahía el 8 de agosto de 1774, bautizándola San Lorenzo. Por su importancia estratégica y comercial, los ingleses intentaban hacerse con esa posesión. Nada que me importase.

La mayor novedad se produjo tras la reunión, cuando me disponía a acercarme a don Jacobo. El conde de Aranda nos abordó, proponiendo tomar un jerez en su casa. Dos asistentes más, de su cuerda, se unieron a nosotros. Cruzamos la calle y entramos en una casona de grandes proporciones, tan diferente en su decoración y mobiliario al palacio de Liria que parecía que entrábamos en una época pretérita, más severa. Donde en Liria había luz aquí todo eran sombras, escatimando en candelabros y lámparas. Donde allí destacaban los ornamentos barrocos y los colores suaves, aquí todo era terciopelo y madera con barniz castellano, que se oscurece con el tiempo. Las estancias que recorrimos estaban limpias, desde luego, pero no lo parecían porque las paredes y los objetos rezumaban antigüedad y rancidez. Yo seguía admirándome de lo visto cuando los demás ya se habían sentado.

El conde de Aranda no pretendía una charla privada, amistosa, sobre asuntos intrascendentes. Quería ir un paso más allá de lo

hablado en la reunión del Hospicio. Sus informantes le habían asegurado que, en algún lugar de Madrid, agentes extranjeros con secuaces nacionales preparaban un atentado contra Floridablanca. No pensaba que fuera malo el magnicidio, pero le preocupaban las consecuencias.

—Si tal suceso se produce, tenga éxito o no, habrá una investigación exhaustiva por parte de la Superintendencia. Es preciso alejar la más leve sospecha de nuestro grupo blanco —así lo denominó—. Lo más sensato es remover el fango para que enturbie el agua.

—Denunciar a uno de los reunidos —apuntó don Jacobo, provocando mi estupor y la anuencia de todos los demás.

—Denunciar, con pruebas bien presentadas, al de Arcos —declaró Aranda.

Nadie puso en duda la idoneidad de la elección, lo que me hizo concluir que don Melchor había dejado cabos sueltos en su doble juego. Si Amodeo lo descubrió, por qué no podía haber hecho lo propio el conde de Aranda. Cierto que Amodeo era superior en astucia y recursos a cualquier hombre que yo hubiese conocido, pero no lo es menos que el de Arcos no daba la apariencia de espía solvente.

—¿Cuándo? —preguntó un militar de mediana edad que había servido a las órdenes del conde en la capitanía general de Castilla la Nueva, apuesto pero con el labio superior rebelde.

—Ahí está, hemos de ser cuidadosos. Lo ideal sería adelantarse en pocas horas al suceso. Visto el secreto con que se conducen los conspiradores, tendremos que abrir bien los oídos a cuantas noticias y rumores circulen. El tiempo correrá en nuestra contra de confirmarse el atentado. Entonces, la manera de mantener a salvo el grupo pasará por la acusación eficaz —levantó tres dedos de la mano siniestra—. Rápida, probada, irrebatible.

Don Jacobo remoloneó en la despedida del conde de Aranda, impidiendo que alcanzara la calle junto a él. Trataba de esquivarme. Por mi seguridad, si había de creer lo que escribió en su carta. No podía quedarme a esperarlo sin llamar la atención, de modo que me mordí la lengua y regresé a la posada del Peine. Relatándole a Amodeo la peripecia estaba cuando apareció la reina de Roma. Ni don Jacobo ni doña Soledad, era la fugitiva Jimena. Amodeo accionó el resorte del armario y la puerta de la alcoba secreta quedó al descubierto. Le rogó a nuestra invitada que pasase. Ésta empujó con naturalidad aquella superficie, inexpugnable para mí, logrando que cediera con un suave ronroneo de gato. El gesto de Amodeo lo dijo todo; el mío, por razones muy distintas, también.

—El combate entre el bien y el mal, Martintón, el combate —

susurró, recordándome lo dicho en nuestro desembarco en la posada.

Era obvio que doña Soledad se hallaba inmersa en aquel combate. Con el agua al cuello, afirmaría sin miedo a equivocarme. Pero eso no parecía importarle demasiado. En realidad, venía a cubrir una misión y, de paso, ponerme en guardia. La actitud del conde de Aranda no era una muestra de confianza, sino una prueba.

—Don Melchor ha caído en desgracia, víctima de sus malas artes, pero vuestras presencias en Madrid o en Aranjuez no pasan desapercibidas —dijo Jimena con la voz medio juvenil de don Jacobo.

—Imagino que hablamos con la reina de las alcantarillas, la escurridiza Jimena —interrumpí sin fruto alguno.

—Aranda —prosiguió tras asentir— piensa que la gente que aparece de la nada para frecuentar a los de Liria, para ser vista con el de Arcos en Aranjuez o enfrentarse a los alguaciles del superintendente a plena luz del día, delante de media Corte y del pueblo entero, es peligrosa.

—¿Por qué? No somos ni de unos ni de otros —pequé de inocente, una vez más.

—Precisamente por eso —intervino Amodeo—. Nada preocupa más a uno de estos próceres de la patria que lo imprevisible.

—¿Hay algo más imprevisible, con todos mis respetos —agaché la cabeza para reforzar mis palabras—, que esta señora?

—Yerras, Martintón. Nada en ella lo es. No lo es la fiel doña Soledad, desconsolada por la muerte de su protectora, que la ha alejado de Madrid en las últimas fechas. No lo es don Jacobo, fiel seguidor del conde que se ha ganado, con esfuerzo y tino, su confianza. Y, desde luego, no lo es Jimena, que cubre la misión más peligrosa —la lucidez habitual en Amodeo.

—Bien, lo comprendo, tres personas distintas para tres papeles en una farsa más compleja que las recitaciones de Góngora y Argote —volví la cabeza hacia ella mostrando mi rostro más afable—. Quizá a estas alturas nos hayamos hecho merecedores, por los inútiles servicios prestados, de una explicación de doña Soledad.

—Lo que se han ganado con su diestro o torpe proceder, que no acabo de tomar partido por una u otra conclusión, es la exigencia de contarme qué propósito persiguen. No he visto cosa igual en mi vida —replicó ella, penetrándome con su mirada.

—No me mire a mí... ¡Como si yo lo supiera! Yo sólo quería unos minutos de conversación con doña Teresa por un asunto particular —me sinceré—. Este caballero que me acompaña tiene sus propios planes, a los que soy ajeno por voluntad suya.

—No nos afanemos en desvelar el sexo de los ángeles ni la

naturaleza del más agraviado, que en tan singular combate todos tenemos las de perder —resolvió Amodeo a la gallega, dirigiéndose a mí—. No gastemos más saliva, que el tiempo apremia y no es recomendable impacientar al poderoso Aranda. Convengamos qué debe contarle don Jacobo y aclaremos si doña Soledad conserva su deseo de abandonar Madrid con nosotros cuando la ocasión se presente. Con eso bastará por ahora.

LV

Como una madeja

Aquella velada frustrante me había dejado exhausto y sin esperanzas. Doña Soledad era una mujer inteligente y terca, en una combinación difícil de asimilar. La figura frágil, desnuda, que tuve entre mis brazos adquiría los atributos de un espejismo al lado de esta otra, disfrazada de Jimena. Pocas cosas quedaron en claro, sin que a Amodeo pareciera importarle. Discutí con él tras la partida de nuestra visitante. Me explicó —¡bendita explicación!— que había eludido mencionar el nombre de Floridablanca porque nuestros intereses y los de doña Soledad podían ser contrarios. Era preferible mantener la natural prudencia por el momento.

—Ten calma, Martintón, calma y fe —dos de mis carencias más acusadas.

—Don Niccolò, ¿sabe lo que le digo?, que se vaya usted al infierno de donde no debieron dejarlo escapar.

Aquella salida airada surtió efecto. Había cumplido mi promesa de leer las memorias secretas de Torres, había demostrado tesón en mi brega, había defendido a aquella dama que jugaba al ajedrez en tres tableros. O, mejor dicho, en un solo tablero pero transfigurada en tres trebejos diferentes. Doña Soledad representaba la trinidad laica y, en consecuencia, la realidad de un país decadente en un periodo convulso. Tres personas distintas y una única Soledad verdadera.

—De acuerdo, te lo has ganado —exclamó Amodeo—. Carece ya de sentido que te mantenga al margen. Tu vida, como la de ella, está en riesgo y lo asumes. Vamos, siéntate y pregunta.

—Creo que sería justo empezar por la madrugada del día 18 de junio de 1770. Faltan hojas en el manuscrito. Hojas que, entiendo, nunca se escribieron.

Amodeo no se acomodó. Caminando de un extremo a otro del cuarto, con las manos a la espalda, fue desgranando el relato de lo acontecido. Aseguró que aquella noche la máquina giró y giró según los cálculos. Torres y él respetaron lo acordado. Se alcanzaron las vueltas entre cuentas y letanías, la esfera ascendió en el aire y el fuego se extendió a la máquina. El hilo del alma de Torres se liberó para ser

atrapado por un Amodeo que en ningún momento perdió la consciencia. Se abrió camino entre las tablas ardientes y sacó al generoso acompañante. Éste entró en un trance del que ya no se repondría. El renacido Amodeo recogió los papeles que consideró importantes y dejó que el molino se quemase por completo. Después trasladó el cuerpo de Torres al palacio de Monterrey, donde el médico diagnosticó una apoplejía, dándole poco tiempo de vida. En realidad, y aunque la partida de defunción quedó firmada el día 19, había muerto la jornada anterior.

—Imagino que escribiste las memorias más tarde y lo preparaste todo para una larga estancia en el desván de Monterrey.

—En realidad, el propio Torres tenía avanzada su escritura. Me limité a completar el texto y ponerlo allí —respondió sin concederle mayor relevancia a este hecho.

—Vayamos, pues, a lo escabroso. Floridablanca. ¿Qué estrecha cuerda nos ata a él? —pregunté con redoblado entusiasmo.

Aquí el relato perdió intensidad, para ganar en extensión. La madeja se iba enredando, como el hilo de la vida. Amodeo marchó de Salamanca con rumbo a Madrid. Su tarea consistía en comenzar un nuevo ciclo, buscando la siguiente alma que incorporar a la causa. Una tarea laboriosa, en la que se consumía un tiempo que no podía contabilizarse con la clepsidra del hombre. Los acontecimientos de la Corte, como ahora, no le eran ajenos y lo llevaron a fijarse en la figura de don José Moñino y Redondo, del que había oído alabanzas por su rectitud, amplitud de miras y sobrada inteligencia. Se daba la circunstancia de que su nombramiento como plenipotenciario ante la Santa Sede estuvo en boca de todos. Su misión principal, conocido era, se centraba en lograr del papa Clemente XIV la disolución de la Compañía de Jesús. Y ahí vuelve a intervenir un Torres mudado en Amodeo.

La inquina de Torres hacia los jesuitas venía de lejos. En distintos momentos de su larga biografía, no sólo se habían cruzado en su camino, sino que habían promovido calumnias contra él que acabaron en grave perjuicio. Desde el encarcelamiento injusto, padecido en sus primeros años en la universidad, hasta la condena del Santo Oficio a una de sus obras, pasando por aviesas zancadillas, impropias de religiosos, en su tarea de enseñante. Estaba convencido de la intervención de éstos en su doloroso destierro a Portugal. Sea como fuere, la posibilidad de venganza surgió en 1765, durante la maduración de su almanaque para el año siguiente. Aplicando el patrón proporcionado por Amodeo, dedujo que durante el mes de marzo el pueblo se amotinaría. Y en verdad se amotinó. A partir de

ahí entra en escena la razón de Estado que condena a los jesuitas a salir de España precipitadamente. Torres habla en su *Enseñanza, magisterio y epifanía* de la influencia que él mismo tuvo sobre el duque de Alba en aquellos días.

Don José Moñino y Redondo había participado directamente en la expulsión de los jesuitas. Llegó a Roma en la noche del sábado 4 de julio de 1772. Allí tendría por ayudante al agente de preces don José Nicolás de Azara, que remitía continuos correos a Madrid para informar de lo que iba aconteciendo. En las primeras jornadas el papa no lo recibe, alegando que anda mal de la garganta —*male alla gola*— y todos pensaron que lo llamaba, despectivamente, golilla. Eso creó en Amodeo, con Torres a la cabeza, la impresión de que debería ofrecer su ayuda a Moñino. Preparó un memorando lleno de solemnidad en el que se ponía a su disposición, en Madrid y en Roma, avalando el ofrecimiento con una relación de sus habilidades, un amplio listado de méritos y una muestra suprema de confianza: los planos de la máquina. Jamás Amodeo había actuado de forma tan vehemente, dando tanto a alguien que no conocía sin pedir nada a cambio. Ni siquiera previó que Moñino no apreciase o no creyese tan detallada argumentación. La astucia había mudado, dentro de la máquina, en fe ciega.

—Déjame que lo adivine —interrumpí su confesión—. No contestó.

—No contestó, y no devolvió los planos.

Amodeo se zambulló entonces en los años siguientes, los del ascenso de don José. El papa Clemente firmó el breve *Dominus ac Redemptor*, por el que se suprimía la Compañía de Jesús, el 21 de julio de 1773, convirtiéndolos en miembros del clero secular. El 7 de noviembre de ese mismo año es concedida a Moñino la merced nobiliaria de conde de Floridablanca. Había sido premiado por su eficaz gestión. Un trienio más anduvo entre cardenales, hasta que el 7 de noviembre de 1776 el secretario de Estado, Grimaldi, renuncia al cargo y propone el trueque de funciones con Floridablanca. Carlos III da el visto bueno y nuestro hombre deja Roma en diciembre, pero no arriba a Madrid hasta el 18 de febrero. En medio, se entretiene casi dos meses en Nápoles, donde se persona Amodeo. Esta vez no hay escapatoria posible para el conde. Rehúye el encuentro cuanto puede, pero se rinde cuando comprueba que la capacidad de Amodeo para sobornar conciencias es ilimitada. Conversan a solas, en los jardines del palacio de Capodimonte, y practican el juego del gato y el ratón hasta que el roedor encuentra una debilidad en el felino. Ninguna de sus amenazas hacen mella en las finas orejas de Floridablanca. Nada lo persuade. Ni siquiera las insinuaciones sobre efebos complacientes,

panaceas universales o riquezas en lejanos paraísos de África. El conde es insobornable, y sólo recurriendo a la violencia recuperaría los planos. Violencia que, por condición, únicamente puede emplear como favor a un pobre mortal y no para su propio beneficio.

—¿Y qué valor tiene que Floridablanca posea esos planos? Tú, en realidad, no los necesitas. Con el manuscrito puede ser construida la máquina —no acababa de ver la importancia del primer secretario de Estado en todo esto.

—No estamos solos en este mundo, Martintón. Hay otros como yo que, si lograsen tentar al empecinado conde y hacerse con los planos, no tardarían en repetir el proceso. Y, para general desgracia, el número de bienaventurados no es incontable. Si uno de ellos progresa, nosotros perdemos opciones. Como los vasos comunicantes. Hasta que, llegado el caso, el conjuro de la máquina deje de tener efecto en nosotros.

—Lo entiendo. Si Floridablanca muere, nuestras posibilidades de recuperar los planos serán escasas. De modo que lo que está en juego para nosotros es mucho más que la vida —todo adquiría meridiana claridad—. Lo que no entiendo es por qué me lo has ocultado hasta ahora.

—Porque no basta con que entiendas este embrollo. Has de creer. Y no te veo tan crédulo como para admitir, escuchándolo de mi boca, que soy Torres, que la máquina funciona de veras y que Floridablanca es un zorro que se apropió de la gallina de los huevos de oro.

En ese momento, tuve una percepción nítida del valor de aquella respuesta. El libre albedrío que tanto se preconiza en las memorias secretas de Torres. Amodeo no era omnipotente. Tenía limitaciones que cobraban importancia en situaciones extremas. No podía, por ejemplo, retener contra su voluntad a Floridablanca, ni robar así como así los papeles que fueron suyos. Pero yo..., yo sí podía. Y, sin embargo, en ningún momento hizo amago de proponerme la comisión de un delito. Delito menor, dadas las circunstancias, aunque altamente arriesgado. Seguí con mis preguntas, poniéndolo entre la espada y la pared.

—¿Y qué hubiera ocurrido si, al acabar la lectura de ese manuscrito, mi reacción hubiese sido otra? —pensaba en voz alta.

—Qué ha de importar ya.

—No, dime, ¿cómo torcerías mi conciencia? ¿Qué hubiera ocurrido? —la respuesta debía confirmar mi tesis.

—Que estarías camino de Sevilla a lomos de Voltaire —la desgana adornó lo que esperaba.

—¿Contra mi voluntad? ¿Sin haber localizado a mi hijo? —apreté

aún más.

—Por tu bien y el de los tuyos —contestó.

—Tú sabes su identidad y su paradero, ¿verdad? —se abría la última puerta.

—Sé lo que sé —como la más pobre de las tautologías—. Y, como antes, no importa lo que yo diga sino lo que tu corazón decida creer.

No era original su actitud, anteponiendo el esfuerzo al regalo. Por el momento, debía apañármelas solo en esa aventura sanadora. Pero, al menos, ya no me sentía al margen de sus indagaciones. Disponía, disponíamos, de los datos precisos sobre el palacio de Grimaldi que habitaba Floridablanca. Las rutinas de entrada y salida, casi siempre asociadas al Palacio Real o al de Santa Cruz, no tan vistoso pero más auténtico. Sus viajes a Aranjuez, donde se había desplazado la Corte. Conocíamos los horarios y ritos de la iglesia de la Encarnación. Contábamos con mi presencia en lo que Aranda llamaba el grupo blanco, con el descubrimiento de una Jimena que escapaba a nuestra comprensión. También con ese maremágnum de tipos de toda ralea con los que Amodeo negociaba sin que yo acertase a imaginar qué mercaderías entraban en juego. Imagino que un diablo tiene sus recursos.

Y así pasaron los días, con los ojos muy abiertos, como reclamaba el conde de Aranda, y mis tres efes siguiendo discretamente los pasos de Jimena. O eso creía yo. Todo se cocía alrededor de un atentado a Floridablanca que no acababa de perpetrarse. Llegó el 26 de aquel mayo florido y hermoso, y la reunión del Real Hospicio no ofreció más novedad digna de mención que la fecha del magnicidio. Se habló de varios personajes, comenzando por Francisco de Cabarrús, de quien dijo Aranda que estaba al caer. El antiguo amigo de Floridablanca, creador del Banco Nacional de San Carlos y de los vales reales, había perdido el prestigio y el crédito, derrotado en su enfrentamiento con Lerena, ministro de Hacienda.

—Según la *Gaceta de Madrid*, la dirección del banco ha fijado el viernes 28, a las cuatro de la tarde, para la continuación de las sesiones de la junta general. Toda una pista de lo que vuelve a cocerse —aseguró uno de los ilustres de Hacienda, más joven que don Jacobo.

Tras otros nombres y otras disquisiciones, se cerró la sesión con don Antonio Valladares de Sotomayor, editor del *Semanario Erudito*, del que no se puso en duda su compromiso con España y las fuerzas de bien. Había cumplido holgadamente en servicios a la Corona y a Aranda. Se dijo de él que había recibido un anónimo en el que se deslizaba que la semana del 14 de junio era la elegida para el atentado a Floridablanca.

—¿Es creíble? —don Melchor volvía a quedar en entredicho. Demasiado interés, habría reído Amodeo.

—Alguien que admira y publica al íntegro Quevedo no puede defraudar —apostilló el conde de Aranda. Si tú supieras, pensé yo.

—Me pregunto —era el militar con el que compartimos el jerez en casa del conde— si el secretario es el único en Madrid que ignora el asunto.

—Está al corriente —aquí Aranda fue rotundo—. Se lo he contado yo.

—De modo que en la semana del 14 —don Enrique, aragonés como el conde y decano del grupo, volvió sobre el importante tema de la fecha. No era de extrañar. Por su aspecto enfermizo, podría morir en cualquier instante y perderse la fiesta.

—Será el 18 —afirmó don Jacobo con una seguridad que me puso el vello de punta—. El 18 de junio de 1429, Juana de Arco derrotó a los ingleses en la batalla de Patay, cerrando la campaña del Loira. Es una fecha para ensalzar el patriotismo francés. Si el atentado viene de París, será la elegida. Si no, también, para achacarla a los gabachos.

El conde de Aranda sonrió, encantado con su pupilo.

LVI

La Superintendencia General de Policía

Llegué a la posada, me quité la casaca y la chupa, tomé una tiza y escribí sobre la mesa: 18 de junio. Ni siquiera tuve que pronunciar una palabra para hacerme entender. Amodeo cazó al vuelo la información y abandonó el libro que estaba leyendo para ponerse en pie, disparado por un resorte.

—¿Los muchachos siguen la pista de nuestra Jimena? —nada de lo que decía, nunca, era gratuito, de modo que logró escamarme.

—¿Y qué tiene que ver Jimena en todo esto?

—Localízala mañana y pregúntaselo —se dispuso a salir—. Pregúntale, de paso, por el extranjero con el que hablaba en la pradera de San Isidro —ya en la puerta, dejándome con la palabra en la boca.

Amodeo, como supe después, aquella misma noche remitió recado a don José Antonio de Armona y Murga, corregidor de Madrid. El Irreductible, lo llamaba. Era un hombre afable, con media sonrisa pegada al rostro, interesado en el bienestar de los ciudadanos. Llevaba en el cargo desde hacía trece años. Lo había visto todo. Había participado en todas las mejoras capitalinas. Desde las obras del Salón del Prado y del río Manzanares hasta la gestión del alcantarillado y los pósitos municipales, pasando por la rehabilitación del Coliseo de los Caños del Peral. Era querido por el pueblo, y él devolvía el cariño organizando festejos que agradaban a la mayoría.

Al parecer, también el Irreductible estaba en deuda con Amodeo, que le había conseguido una importante suma de dinero para sufragar unos gastos públicos. Nada pecaminoso, aclaró, pues nada pidió a cambio. Amodeo quedó con él lejos del mundanal ruido, en una venta camino de Alcalá, no demasiado distante de la plaza de toros. Uno de los lugares donde el corregidor era más alabado.

—Necesito un favor de usted. Pequeño —matizó ante la extrañeza de Armona.

—No cabía en mi cabeza que el señor D'Amodeo necesitara de nadie. Diga, diga, que con gusto devolveré un trocito de cuanto le debo, si está en mi mano —«si está en mi mano» era la fórmula

habitual que empleaba para recordar que sólo el bien cabía en su extremidad. Amodeo fue al grano.

—Se trata de la lista de alguaciles y demás asistentes de la Superintendencia General de la Policía.

Algunos de aquellos hombres eran conocidos por el corregidor a causa de las pesquisas para localizar a los autores de las sátiras anónimas contra Floridablanca. Un tema nada baladí, a juzgar por el interés que el conde de Aranda ponía en ellos. Armona estaba al corriente de lo acontecido. Todo comenzó con el decreto del 16 de mayo de 1788 por el que se disponía la concesión del título de «excelencia» a los grandes de España y consejeros de Estado, al arzobispo de Toledo, a los caballeros del Toisón y grandes cruces de Carlos III, a los capitanes generales del Ejército y Armada, y a los que fueran o hubiesen sido virreyes o embajadores, igualándolos de paso en honores militares. El conde de Aranda y otros ilustres mostraron su indignación en privado. A las pocas semanas, se propalaron los ataques a Floridablanca. Hubo purgas entre elevados cargos afines a Aranda y al partido aragonés.

—Fue cuando, indiscreto de mí, se me escapó la frase aquella de que había tres condes que no podían estar juntos en el mismo saco: Floridablanca, Aranda y O'Reilly —Alejandro O'Reilly era un irlandés al servicio de la Corona, gobernador español de la Luisiana, mariscal de campo y capitán general de Andalucía.

—Quizá indiscreta, pero más que acertada —reseñó Amodeo.

Llegado Carlos IV al poder, las sátiras no se detuvieron. El 12 de mayo de 1789 Manuel Godoy, guardia de Corps afín a la reina, y el jefe del guardarropa de Palacio, don Carlos Ruta, reciben sendas copias de otro papel contra Floridablanca, ridiculizándolo a más no poder. El superintendente de policía, Mariano Colón, cursa órdenes de indagar una semana después. Encarga una especial vigilancia de la oficina de Correos y, desde las ocho de la mañana, tres o cuatro alguaciles se dedican a observar a cuantos echan cartas por el agujero del parte. Había hasta uno disfrazado de ciego pedigüeño. La correspondencia caía sobre un artesón y allí un oficial tocaba una campanilla si apreciaba una escritura parecida a la de las sátiras enviadas a Palacio. La noche del 26, los alguaciles capturan varias cartas de interés. Eran las nueve y veinte, estando de servicio los oficiales administrativos don Francisco López y don José Catañazor, el escribano principal de la Superintendencia de Policía y don José Fernández de Villegas, contador de Sisas Reales y alcalde del barrio de las Vistillas. Van dirigidas a don Carlos Ruta, al señor Ciorla Amo —un fondista—, al marqués de Vallesantoro y a don Juan Bautista

Calagnini, en la Nunciatura. Villegas recoge las cartas y se las entrega al superintendente. En efecto, hay referencias a Floridablanca en dos de ellas. Se llama al perito calígrafo de la policía, don Jerónimo Rumeralo, que confirma la coincidencia de letra con los anónimos. La firma es de Vicente Salucci, íntimo amigo de un marqués genovés llamado Vialle. El 28, Salucci y sus dos criados, Pedro Méndez y Justo Viyao, son detenidos.

—Viyao confesó que Salucci había estado reunido con el marqués de Manca, escribiendo. Mencionó, igualmente, a don Juan del Turco y a Timoni —añadió el corregidor.

Vicente Salucci había sido el representante de la corte de Toscana para reclamar la restitución de la fragata Tetis, apresada por corsarios españoles durante la guerra con Inglaterra. Tenía fama de negociante en enredos. El marqués de Manca, aunque nacido en España, era oriundo de Cerdeña. Ejercía de segundo introductor de embajadores en el Ministerio de Estado y se le habían negado algunos adelantos que solicitó para pagar deudas contraídas en Copenhague. Timoni acompañaba al embajador turco Vassi Effendi. Juan del Turco era toscano y muy amigo de los citados, redondeando el círculo.

—Todos estaban relacionados, de una u otra forma, con influyentes adversarios de Floridablanca. Había más detrás de aquéllos —aseguró —. Para la causa, han elegido al licenciado Covarrubias, convencidos de que no defraudará. El plan quedó listo hará un par de meses, no mucho más. A cuantos han intervenido se les recompensa bien. Según he sabido, a los alguaciles, que en número de once hicieron guardia en la oficina de Correos, no menos de cinco mil reales. A los oficiales que estaban de servicio en el parte cuando cayeron las cartas, una suma no inferior a dos mil. Quince mil se le asignan a Covarrubias.

—¿Y qué hay de Fernández de Villegas?

—Villegas es el más inteligente de los sabuesos y el que cuenta con la confianza del superintendente —destaca el corregidor—. Es él quien se encarga de la vigilancia de los condes de Aranda y de la Cañada. Se dice que ha encontrado pruebas de la relación del marqués de Manca con Aranda, identificando de paso a otros adversarios de Floridablanca como Puente, Manzano, Fita, Cistué, Escolano y Pini. Recibe el nombramiento de comisario de policía. A su lado está Juan Antonio Relaño, encargado de las comisiones reservadas que mueven los espías por calles, cafés, tertulias y fondas.

—¿Largarán Salucci o Manca? —preguntó Amodeo.

—No creo.

Amodeo partió tras abrazar a don José Antonio de Armona y manifestarle su agradecimiento. Montó en su caballo y regresó hasta

Cibeles, para recorrer el Prado hasta Atocha. Subió esta última al trote. Tenía por destino la plazuela de la Provincia, junto a la plaza Mayor. Allí se encontraba el palacio de Santa Cruz, sede de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, y de otros tantos entes oficiales sometidos al control de Floridablanca. Allí debía localizarse a don José Fernández de Villegas. En realidad, no pensaba verlo. Su intención era dejarle recado. Abordó a unos alguaciles, preguntó por el susodicho y recibió la respuesta que esperaba.

—Se halla en comisión de servicio.

—Les ruego entonces que aprendan y transmitan este mensaje: don Niccolò Furio Hermes d'Amodeo, mamporrero de la Vega y agravante del Portillo de Gerimón, ha preguntado por él.

A su estilo, era un desafío en toda regla. Desenmascaraba su propio nombre, identificándose con el fortachón que había liquidado a medio pelotón de la policía frente a la pradera de San Isidro. Desde ese momento, Madrid se transformaría en un tablero en el que Villegas y Amodeo se moverían sin reglas, convertidos unas veces en caballos y otras en alfiles o torres. El primero, con su pequeño ejército de peones; el segundo, con un matemático de huesos quebradizos por escudero.

En los días siguientes, nuestro trabajo consistió en salir camino de Guadarrama, superando el puerto hasta la venta de Bubillos, y retroceder, llamando la atención con ropas de cortesanos y las alforjas tan atiborradas que pareciera que las costuras iban a estallar. A Voltaire, todo sea dicho, aquello de cargar como un mulo no le hacía gracia. El caballo bermellón que montaba Amodeo, en cambio, parecía un buey. Nada que no hubiésemos visto ya, Voltaire y yo, sin por ello provocar nuestra envidia. De aquella guisa, buscábamos —hete aquí la prueba de nuestra osadía— ser asaltados y que nos dieran señal de un tal Juan de Nieva, al que apodaban Cabeza Gorda. Habíamos elegido una luna llena, para hacer ostentación incluso después del ocaso. No lo conseguimos en la primera jornada, por lo que no quedó otra que pasar la noche en Galapagar, en un establecimiento en el que no éramos, ni mucho menos, los bichos más raros. Una nochecita más toledana que de serranía, tratando de olvidar en una letrina lo cenado y bebido.

—¿Averiguaste el paradero de Jimena? —preguntó Amodeo con el canto del gallo.

—No —contesté sobriamente mientras intentaba enrollar un papel con el que limpiar lo impronunciable.

El sábado hubo más suerte, entendiendo por ésta el deseado encuentro con los bandoleros. En una zona angosta del camino, volviendo a las rampas de la montaña, se nos pusieron delante dos

hombres con sus trabucos al hombro y unas grandes navajas en sus fajas coloridas. La estampa era digna de un grabado. No hablaron con rudeza, pero dejaron claro que su intención era no permitir nuestro paso hasta que pagásemos lo que demandaba la ley de la sierra.

—No queremos pasar —dijo Amodeo—, preferimos quedarnos con sus señorías —la risa de uno derivó en la carcajada del compañero.

—¿No serán ustedes de esos que se meten tabaco en la nariz para estornudar y buscan emociones lejos de las mujeres? —preguntó el risueño.

—Nuestra afición es otra —volvió a la carga Amodeo, sin perder la compostura—. Deseamos charlar con don Juan de Nieva por un asunto que tintinea.

—¿Llevan armas? —esta vez sí lo tomaron en serio.

Hubo que trepar por unos riscos antes de taparnos los ojos y ser conducidos a una cueva. No diré que aquella herida en la roca fuese el palacio de Liria, pero algunas comodidades sí tenía. La cama que se veía al fondo, principalmente, que más parecía de marqués que de bandolero. El tal Juan de Nieva se hallaba sentado a la mesa cuando llegamos. Leía la *Gaceta*, algo que nadie hubiera supuesto en su especie. No destacaba por su tronco ni sus extremidades, pero desde luego sí lo hacía por la cabeza. El apodo no honraba tal portento.

La conversación, a decir verdad, no tuvo desperdicio. Amodeo venía a proponerle que bajase con su cuadrilla hasta Madrid, a agitar las vigilancias y trabajos de los alguaciles, ganándose unos buenos reales a cambio. Con un par de jornadas de carreras y sustos sería suficiente.

—¿Desde cuándo uno de los nuestros se pone al servicio de un rico? —vino a preguntar el de Nieva tras dimes y diretes de cierto ingenio.

—Si no lo hace, es porque se ha quedado rancio. La esencia de la moda y lo moderno, mi amigo, consiste en quitar a los pobres para darlo a los ricos. El pobre que recibe dineros es imprevisible, y hasta peligroso. No hay más que miraros —Amodeo sabía alegrar el ánimo de cualquiera. No sólo por lo que decía o dejaba de decir, también por su tono sarcástico y sus aspavientos. No se detuvo—. Como alguien dijo, o debió decir, la pobreza proporciona seguridad; cuesta Dios y ayuda salir de ella. En cambio, la riqueza está llena de incertidumbre. En cuanto uno se descuida, se esfuman los capitales. Lógico resulta, por tanto, aplicarse en esta última.

LVII

Cada tejado guarda un secreto

Los bandoleros sabían acompañarse de guapas mujeres. Hubo festejo y hasta hubo bautizo, con vino, para el bandolero de honor Amodeo, que adquirió un nombre de guerra que le venía como anillo al dedo: el Deslenguado. Una ración de campechanía y diez mil hermosos reales sellaron un acuerdo que no dejaba de causarme estupor. Se negociaron los hombres que bajarían hasta Madrid y quedaron en que habrían de ser no menos de trece, para formar tres líneas de asalto y tumulto. Ninguno de ellos debía lucir sus aires de bandolero, vistiendo para la ocasión de señoritingos. Aquello del disfraz agradó, por la novedad que suponía, a los delincuentes. Amodeo se haría cargo de la intendencia.

El domingo, de regreso, el mentidero de San Felipe ya se hacía eco de la noticia. A Cabarrús le habían prohibido abandonar la capital. Era la confirmación de la bondad de los informes que recibía el conde de Aranda. No sería yo quien dudase de la fecha del 18 para poner fin al gobierno del Florido, como llamaba al primer secretario el recio militar aragonés. Había nuevos rumores de purga en la Corte y, mientras, los pasquines andaban de plaza en plaza, recorriendo los barrios con la rapidez de una centella.

Mi trabajo ahora consistía en atrapar una anguila escurridiza, ni carne ni pescado, de nombre Jimena. Mis tres ayudantes habían fracasado con estrépito, a pesar de que se turnaban día y noche para vigilar el triángulo de calles formado por la Ancha de San Bernardo, la del Pez, San Roque y Silva. Se había esfumado, y sólo quedaba aguardar al miércoles y abordar a don Jacobo a la salida de la reunión del Hospicio, que entre jotas andaba el juego.

Quiso el azar, ayudado por nuestras malas inclinaciones, que diéramos con una doña Soledad que creíamos completamente fuera de los cocimientos de Madrid. Ocurrió la noche en que Amodeo me llevó a lo que dio en llamar un festejo llano, que se celebraba en una casa de las proximidades del figón de la calle del Barquillo en que habíamos almorzado el día del encuentro con don Melchor. Me resistí, empachado por el recuerdo de la holganza con la familia de

bandoleros, pero no me negué. Tres toques de aldaba y una contraseña nos franquearon la entrada. Allí concurrían más de veinte personas, todos vestidos de majos y majas, bailando fandangos y restregando sus cuerpos sin las prevenciones de la alcurnia. Entre los asistentes, Amodeo quiso identificar a un secretario de la Corona, al torero José Delgado y a la conocida Cayetana, duquesa de Alba. Esta última se mostró revoltosa como ninguna, disfrutando de la velada más que los varones allí presentes. De ser cierto que era la duquesa, su mala fama estaría justificada.

Amodeo ingresó con celeridad en la bulla, mostrando dotes para el baile que no imaginaba en él. Por lo que a mí respecta, no me sentí cómodo entre aquellos madrileños que aparentaban ser lo que no eran, disfrazados de gente del pueblo para olvidarse de las reglas de la decencia. Conversé con una de las damas más tímidas e hice gala de mi encanto para hablar de las estrellas. El eclipse de Sol del pasado día 13 me ofreció ventaja. Y, entre el ánimo del aguardiente, las lisonjas y la comparación de sus ojos con los luceros del firmamento, comenzó a soltarse la lengua. Resultó que acompañaba a la de Alba como doncella fiel, pendiente de las necesidades de su dueña. No fue difícil sonsacarle algunas intimidades del palacio de Buenavista, que casi se hallaba a tiro de piedra. Pronto tuve en la cabeza una maraña de informaciones que no me servían de nada, como la distribución de sus salones, sus adornos, sus costumbres y visitas. Hasta la utilidad de las alcobas, que aquella parlanchina me describió una por una. Hube de esforzarme para no exteriorizar mi sorpresa al oír que doña Soledad, de los de Liria, pasaba unos días en palacio, reponiéndose del disgusto por el fallecimiento de su tía. La dibujó como una mujer amargada, que no participaba de los juegos y bromas de la duquesa, siempre encerrada leyendo.

—Jamás se interesa por los perfumes o los lazos, que más parece su comportamiento el de un hombre que el de una mujer —remató.

Ya tenía un estupendo motivo para entrarle al día siguiente. Pero el miércoles amaneció, como cada semana, y el grupo del Hospicio brilló por su ausencia. El padre Juan me explicó que la reunión se había aplazado por graves acontecimientos de la Corte, pero no supo relatarme ni los acontecimientos ni su gravedad. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea de visitar el palacio de Buenavista. Necesitaría el ingenio y la ayuda de Amodeo para franquear sus puertas, por lo que regresé a la posada a sugerirle mi plan. Al pasar por la Puerta del Sol, había revuelo junto a la Casa de Correos. Se debía a un nuevo pasquín, que fue retirado de la pared por un vendedor ambulante, causando un enfrentamiento con quienes deseaban enterarse de su

contenido. Pronto fue acusado de alguacil disfrazado, retirándose a toda prisa del lugar. Quise contarle a Amodeo lo acaecido y lo que decían del texto del anónimo, pero me pidió que me ahorrara la saliva. Lo había escrito él para retar a don Mariano Colón, el superintendente, y a su fiel Villegas. Cuando le conté la conveniencia de presentarnos en Buenavista, no compartió la idea.

—Compromete, sin motivo, el escondite de doña Soledad. No tenemos garantías de no estar siendo espiados —dijo con sensatez.

A cambio, me propuso una locura. Una locura que sólo podía realizarse si esperábamos a que aquel agitado día se diese la mano con el siguiente. Acepté sin rechistar, por supuesto. Sonaron las doce en nuestro reloj y abandonamos la habitación ciento veintiséis para encaminarnos a la Ancha de San Bernardo. Al principio pensé en Jimena y en mis tres efes, que no habían sido informados de lo estéril de su vigilancia. Allí estaba, agazapado en la esquina con la calle de la Estrella, el Toledano. Le dimos un puñado de monedas para una buena cama, citándolo con el ángelus. Los mejor vestidos nos miraban al paso, extrañados de nuestra familiaridad con el pillastre. No esperaba tantos transeúntes, si bien es cierto que San Bernardo había sido una zona agitada desde los tiempos de Torres, en la que se mezclaban almas cándidas, almas caritativas, almas descarriadas y desalmados de todas las nacionalidades.

Seguimos subiendo, comprobando cómo el gentío menguaba hasta casi desaparecer al acercarnos al barrio de Monserrate. Tres o cuatro almas sin calificar recibían la denostada sopa boba en un lateral del convento. La iglesia y el convento de Monserrate formaban parte de un edificio de amplia planta, fundado por Felipe IV para acoger a los monjes castellanos que, procedentes del monasterio de Montserrat, llegaban a Madrid huyendo de la insurrección en Cataluña. En lugar de meternos por la transversal de la Palma Alta, pasamos de largo hasta salir por la Puerta de Fuencarral. Giramos a la derecha antes de poner el pie en el camino de Alcobendas. Se me hizo pesado, la verdad, el tramo que llevaba a la Puerta de los Pozos de la Nieve. En todo el recorrido, Amodeo no dejó de vigilar nuestra espalda. Andábamos fuera de Madrid, dando un rodeo para tomar la calle de Fuencarral desde arriba y entrar por la Corredera Alta de San Pablo. Ya estábamos en ella cuando de la nada, en la oscuridad rota por un rayo de luna menguante, nos salió un perro que, por su fiereza, bien podría ser el can llamado Cerbero que guarda la puerta del hades. No te fíes nunca de uno que no trate de amedrentarte con sus ladridos, decía Torres. Éste sacaba de la garganta apenas un gruñido que ponía los pelos de punta. Amodeo, tranquilo siempre, tomó dos piedras y las

hizo chocar una contra otra, extrayendo un sonido seco y una chispa que bastaron para que huyera con el rabo entre las piernas. Más costó acallar los ladridos del dueño. Fueron precisos un puño cerrado y una voz desafiante, de acento italiano, que blasfemaba en arameo.

Llegamos finalmente a las traseras de la casa palacio de Aranda. Amodeo, sin venir a cuento, se puso a recitar la geometría y materiales del edificio. Que si comprendía una superficie de más de cuarenta mil pies cuadrados, que si disponía de planta baja, principal y una segunda con buhardillas, que si poseía un depósito de agua, noria y algunos solados de piedra a ras de calle…

—Las fábricas exteriores, como ves, son de ladrillo y cal. ¿A que no atinas con la longitud de esta fachada? —no era uno de sus alardes de conocimiento; me estaba demostrando que se había tomado verdadero interés por aquella casa y sus moradores.

—Seguro que cuadra con alguno de los números mágicos de la dichosa máquina de Lulio —respondí sin pensar.

—Veo que aprendes. Ciento noventa y tres pies.

—¿Y ahora? —no me refería a la división de los días de vida de Torres por el espesor de los muros de la Nueva Jerusalén, sino a qué hacíamos una vez allí.

—Ponte a mi espalda y agárrate fuerte a mi cuello.

—¿Estás seguro de lo que vamos a…?

No me dejó completar la frase. Miró a su diestra, luego a la siniestra, descartando que nos observaran, y trepó por la junta de unión de las dos fachadas llevándome de lastre. En un visto y no visto —no visto, porque preferí apretar los párpados antes que tomar conciencia del golpe que intuía—, estábamos sobre el tejado. Allí buscó una trampilla, la levantó y nos deslizamos hasta el interior del palacio. Se movía con la seguridad y el aplomo de quien sabe por dónde pisa. Aquello, cómo no, recordaba a las indiscreciones del diablo Asmodeo y de su descendiente cojuelo, familiarizados con la profanación de los hogares. Este otro diablejo se movía con la agilidad y ojos de un gato, esquivando obstáculos y advirtiéndome de su presencia. Pronto nos plantamos en la buhardilla que estaba encima de la alcoba de Aranda. Chistó para indicarme que me condujera con sigilo.

—Aquí el maestro de obra pecó de barato. La madera de este suelo es delgada como pocas y los albañiles escatimaron en la viguería, que es de calidad pero brilla por su escasez. Todo cruje, todo se escucha —explicó en voz queda.

A través de un agujero camuflado en el rosetón que ocupaba la lámpara, divisamos lo que se traía entre manos en ese momento. El

conde yacía repantigado en un sillón, desnudo como fue traído al mundo, y apretaba contra su vientre la cabeza de un varón arrodillado. Nadie hubiera creído lo que sucedía. Ni yo lo creí hasta que distinguí el rostro del ángel del pecado que había calmado la lascivia del viejo. Era don Jacobo.

—Eso explica lo encantado que se hallaba el de Aranda con su pupilo —exclamó Amodeo.

Don Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda, rebasaba los setenta años. Había perdido a sus dos hijos y a su primera esposa, que pasó a mejor vida en enero de 1784. Tardó únicamente tres meses en contraer nuevas nupcias con la sobrina nieta de su mujer, María del Pilar de Silva Fernández de Híjar y Palafox. Le llevaba más de nueve lustros. Con esos antecedentes, la lujuria desatada con don Jacobo resultaba extraña y repugnante. La sorpresa no acabó ahí. Don Jacobo se puso en pie y, sin mediar palabra, comenzó a desvestirse hasta dejar patente que no era don, sino doña. Amodeo me arreó un codazo que casi me tira al suelo. El viejo, sin embargo, no se alteró. Estaba al corriente de los cambios de personalidad y género a los que se había aficionado la de Liria. Y, a juzgar por su rostro relajado, disfrutaba con aquel juego de suplantaciones que suponía recibir la felación de un falso hombre.

—La culpa ha de tenerla el chocolate —susurró Amodeo, a punto de soltar una de sus risas nada discretas. Le tapé la boca.

—Para ya, que no tiene gracia. Tú sabías esto —sentí deseos de ahogarlo al percatarme de lo que estaba pasando.

—Sé lo que sé —a vueltas con la frasecita que venía a presumir no sólo de omnisciencia, sino también de una discreción que no le servía para ganar mi aprecio.

—Deberías haberme advertido antes de poner en juego mi vida.

—¿Qué cambiaría? ¿Acaso no merece tu atención? Te recuerdo que aún buscas a ese vástago tuyo y que te pusiste a seguir a esa hembra con cuerpo de Eva por puro interés. ¿Qué hay en sus actos que te aleje? —me tachaba de aprovechado y timorato. Quizá estuviese en lo cierto, pero había algo en aquella estampa que me revolvía las tripas.

—Dirás con cuerpo de Lilit, que no hace lo que hace por amor —repliqué—. ¿Qué extraña clase de ser actúa así? ¿Cómo vamos a ayudarla?

—¿Quién dijo que ayudar a un alma descarriada fuera fácil? Es hora de que Aranda sepa quiénes somos.

LVIII

Correrías por la ciudad

Lo que vino a continuación más parecería cosa de otra época, cuando nuestros soldados no respetaban ni la santa ciudad de Roma. Amodeo trepó a una viga del techo y, sin pensárselo dos veces, saltó como quien salta a un río o una laguna. Atravesó la frágil madera del suelo y fue a parar delante de Aranda, cubierto de polvo y cal. Más ancho que largo, parecía un fantasma, etéreo hasta mantenerse de pie a pesar de la caída y vengador para aplicarse en señalarlo con el dedo.

—Llegó la hora de tu confesión, conde —gritó con voz de trueno, añadiendo ruido al ya causado.

Soledad tomó sus ropas de hombre y salió de allí despavorida. Me vi obligado a deslizarme por el agujero y emprender su persecución. Noté un feo crujido en la rodilla, avisándome de lo que me esperaba. En caliente, no me amilané. Escuché cómo la puerta de la alcoba se cerraba tras de mí y me entregué a la caza de la liebre que corría hacia el patio interior, desnuda y descalza. Esquivé a los pocos sirvientes que se asomaron, sobresaltados. Alguna de las criadas debió pensar que me afanaba en atrapar a un súcubo, santiguándose a nuestro paso. El súcubo abandonó el palacio por un portillo que se abría a la calle de la Palma Alta, giró a la siniestra y huyó hasta internarse en el campo. Con la luna silenciada por una gruesa capa de nubes, era difícil averiguar dónde se escondía. Aproveché para inclinarme, apoyar las manos en los muslos y recuperar el resuello. Cuando emergió de la maleza, transcurridos unos instantes, ya era don Jacobo el que se alejaba. Un último esfuerzo sirvió para alcanzarlo, arrojarme sobre él y derribarlo sin miramiento. Lo rodeé con mis brazos y mis piernas.

—Cálmese, buen señor, que soy yo, Tadeo.

—No me dispensa el trato delicado que merece una dama —encima me venía con quejas.

—Le dispenso la rudeza que reservo a los hombres que se saltan los mandamientos —respondí sin aflojar un ápice pero con un dolor de mil demonios en la rodilla.

—¿Qué mandamientos son ésos? —replicó, enojada, sin renunciar a

zafarse de mi abrazo de oso.

—Los sagrados que, al parecer, su conciencia le permite ignorar y que refieren al amor al prójimo: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás testimonio falso, honrarás a tu padre y a tu madre…

—No he conocido padre ni madre a quien honrar —respondió con rabia mientras continuaba pujando—. No puede haber falsedad en quien no es, pues sólo el que es puede levantar testimonio. Jamás robé porque jamás tuve la necesidad, como no puede haber adulterio en mí cuando el adúltero es el otro. Por lo que respecta al oficio de matar, lo reservo para quien pese tanto en la balanza de la razón que su asesinato equivalga a la salvación de mil justos —una filosofía del ser y el no ser que hubiera hecho las delicias de Amodeo.

Nunca he tenido vocación para el sacerdocio. Me gustan en exceso las jóvenes que apenas superan la pubertad y detesto que me cuenten las penas de otros porque me sobra con las mías. Sin embargo, en aquel momento, anhelaba descubrir los secretos de aquella mujer. Sujeta de pies y manos por mis extremidades acalambradas, tumbados sobre los restos de una antigua siembra, con una luna débil por único testigo, no encontré mejor oportunidad para reclamarle su historia.

—Déjese de fanfarria, aparte de su vera al fino don Jacobo, tan habilidoso con la boca abierta como con la boca llena, y desembuche de una vez, que la verdad la aguarda.

Y entonces sucedió. Como una anguila, se escurrió de mi abrazo para ponerse de rodillas, sacar una navaja de ninguna parte e impulsar su mano, como un ariete, contra mi pecho. Ahí habría acabado mi vida de no ser por el cuaderno de notas del tamaño de un devocionario que llevaba siempre conmigo. Había sido fabricado expresamente para mí, en una imprenta de Lima, con pastas de cuero endurecido y hojas de papel para envolver el tabaco. Éste que ahora llevaba y una docena más, pues tuve la ocurrencia de pedir a mi buen amigo Luis Calderón, artesano de la cultura y de la libertad, que me entregara tantos como para cubrir el resto de mi existencia. La hoja metálica no siguió una trayectoria limpia, siendo escupida por el cuero.

—¿Qué especie de ángel sois? ¿Qué sabéis de mí? —preguntó Soledad, ofuscada por la situación y su resultado. Debió ver milagro donde no había fe que lo admitiese.

—Sé lo que sé —a falta de ingenio, respondí con el uso de Amodeo.

Fue suficiente, viniendo de un ángel de la guarda o espíritu semejante. Se derrumbó, convertida en la mujer que tuve entre mis brazos en la posada, frágil, triste, sin título ni tratamiento. Soledad,

haciendo de su nombre un emblema. Esta vez no se me escaparía. Cuerpo y mente habían quedado atrapados en la red de sus mentiras, y ya no podría abusar de mi candidez.

Su historia comienza como lo harían las muchas que tienen por personaje una doncella de buena familia venida a menos. Huérfana acogida en casa de los de Liria, siempre gozó de la simpatía de don Jacobo, el duque. Su nombre de varón se debía al recuerdo que guardaba de aquel hombre, fallecido hacía ya cinco años. Doña Teresa, en cambio, la mantuvo siempre en su sitio, a un paso de las estancias de la servidumbre. Su infancia transcurrió entre juegos, recados y una disciplina espartana a la hora de aprender. Pronto descubrió que lo que acontecía en los libros era más interesante que todo lo visto en casa de los duques. Nunca le estuvo vedado ningún espacio de la biblioteca ni ningún rincón del despacho de don Jacobo, excepción hecha de un cajón de su escritorio, cerrado con llave. Creció en las enseñanzas de las mentes privilegiadas de la Ilustración y, ya con edad para comprender lo que se cocía entre sus páginas, tuvo acceso a las lecturas esotéricas de la alquimia de Paracelso y de tantos otros. No había escritor español, sacro o seglar, historiado o fantasioso, que no hubiese leído. Podía recitar a Quevedo, sin ir más lejos, como podía explicar los principios combinatorios de la *Ars Magna* de Lulio siguiendo el razonamiento de Leibniz. Nada de la ciencia contenida en las memorias de Torres la hubiera sorprendido. Don Jacobo, don Jacobo Francisco Eduardo Fitz-James Stuart y Colón de Portugal si respetamos lo escrito en la partida de nacimiento, la instruyó asimismo en los propósitos de la masonería, y su mucho interés la había llevado a dominar los nombres y acciones de cuantas logias pulularon por Europa en los últimos cincuenta años. Ella no creía en Dios ni en ninguna cosa que rozase la mística o la teología. De ahí su primera reacción al apreciar que me salvaba de su ataque. El miedo a que algo rompiese su universo la había traicionado, impidiéndole buscar sentido a la respuesta de mi cuerpo. Creía en el poder de la inteligencia, en los principios de la revolución que triunfaba en Francia y en una ética de andar por casa que le permitía la desvergüenza carnal y el asesinato. Todo en aras de ese yo que había construido con los ladrillos del conocimiento y la argamasa de una vida próxima a la cautividad. En suma, Soledad era una bala en un cañón con la mecha encendida.

—¿No hay persona que aprecies? —volví a la familiaridad y ya no tenía intención de abandonarla.

—Francisca, quizá, por su inocencia. El conde de Aranda. Y un buen puñado de ese pueblo que los nobles desdeñan y usan para

divertirse —una respuesta que decía mucho de su carácter y afinidades.

La ayudé a levantarse. Ambos parecíamos dos cachorros que se habían revolcado por la mala hierba. Caminamos cuesta abajo, sin saber bien dónde estábamos hasta que, delante de nuestras narices, apareció un carruaje guiado por el mejor cochero posible: Amodeo. Nos gritó que subiéramos deprisa, que no faltaba tanto para el alba. Siendo interesante el relato de Soledad, por justificar muchas de las ideas y actitudes de aquella mujer extraordinaria, no explicaba su afición por el disfraz y el cambio de nombres y personalidades. Podría pensarse que lo hacía simplemente por alcanzar las sensaciones que le estaban vedadas, pero parecía una interpretación endeble para el riesgo que asumía en cada una de sus maniobras. Obedecía a algo de mayor enjundia, que aún escapaba a mi comprensión. De modo que seguí reclamando su historia más reciente, pidiendo detalles sobre el conde de Aranda. Lo que yo creía el abuso de éste, otorgado por la amenaza de descubrir los secretos de Soledad, era justo lo contrario.

—No puedo regresar a Buenavista con estas ropas —exclamó en respuesta a mi insistencia. Me asomé para llamar la atención de Amodeo, que frenó al escucharme.

—Habrá que pasar por la casa donde mudaba en caballero, pues sólo así volverá a ser dama —le indiqué.

—No es preciso, hay un arcón debajo del asiento. Ahí hallará lo necesario —lo de este hombre era más cosa de mago que de demonio.

Soledad removió el contenido y dejó escapar un gesto de aprobación. Comenzó a despojarse de lo puesto como si no hubiera nadie delante. Con la prisa, había obviado las prendas interiores, por lo que pronto se halló desnuda nuevamente. Empezaba a creer que era natural en ella, íncubo y súcubo al tiempo. No supe dónde colocar los ojos mientras desgranaba la continuación de su biografía.

Cumplida la treintena, como una Eva descontenta con su edén, centró su atención en el cajón vedado. En un descuido de don Jacobo, una noche en vela sirvió para ponerse al corriente de lo que allí había. La mayor parte de aquellos documentos eran títulos de propiedad o compromisos económicos. Sólo unos cuantos tenían el valor de la confidencialidad, incluida alguna carta amorosa que le devolvió la ternura a su mentor. Pero hubo un papel que captó verdaderamente su interés. Era la prueba de una conjura, acaecida en 1766, tras los motines contra Esquilache. Personajes influyentes de los llamados regalistas, defensores a ultranza del absolutismo de Carlos III frente al poder del papa, urden un plan para expulsar a los jesuitas y a todas las demás órdenes religiosas de las tierras bajo dominio español. Aranda,

a la sazón presidente del Consejo de Castilla, los dos fiscales, Campomanes y Moñino, el secretario de Gracia y Justicia Manuel de Roda, Azara desde Roma, el duque de Alba y otros portadores de títulos figuraban entre nombres muy llamativos. A la muerte de don Jacobo, Soledad empleó su hallazgo para mantener correspondencia secreta con el conde de Aranda, que ejercía de embajador en París desde 1773. Él pudo entenderlo como una manera de torcerle la voluntad, pero lo cierto es que ella apenas pidió libros y otras publicaciones, creando un vínculo que se vería reforzado al regreso de éste a España, hacía apenas tres años. Sin hijos, casado con una mujer jovencísima de la que no lograba la descendencia esperada, Soledad alimentaba las ganas de vivir del conde con su agudeza, su valentía y esa capacidad para pasar por hombre siendo una mujer de los pies a la cabeza. Como me contó a su manera, y me ratificó Amodeo más tarde, Aranda había sido herido por la flecha del angelote caprichoso que llaman Cupido.

Soledad había empleado todas las armas a su alcance, que no eran pocas, para ganarse el aprecio de Aranda. Quién lo diría, pasando por ser uno de los ogros de la política de la época, hombre que no se amilanaba ni ante el rey y gran enemigo del primer secretario de Estado. Aranda comía de la mano de la amiga, que podría manipularlo a su antojo si así lo quisiera.

Amodeo tardó lo justo en divisar la fuente de Cibeles como para permitir que Soledad me contara su vida. Puedo asegurar que, a esas horas de la madrugada, la distancia no era ni mucho menos equivalente al tiempo que invirtió, por lo que deduje que había escuchado cuanto se decía. ¿Cómo? Lo ignoré en ese momento, pero había más ciencia que magia en un artificio que se basaba en un conducto con dos embudos en sus extremos, dispuesto de tal modo que partía de un agujero practicado en el techo y terminaba junto a la oreja del cochero.

Como cabía esperar de nuestra desconfianza, la despedida no fue tan amistosa como en la posada del Peine. Impedí que descendiese del coche hasta no haber oído de sus labios el compromiso de vernos para rematar el enredo.

—Esperamos noticias tuyas mañana —dije asiéndola por la muñeca —. Y, de no saber de ti, todo Madrid se enterará de tu paradero. Incluyo, óyeme bien, a esos ágiles alguaciles que se entretienen en pisarte la sombra y los talones.

—Sigo sin saber qué queréis de mí —no mostró la altivez característica, todavía confusa.

—Tu protección, tu felicidad y… —Amodeo, asomado a la

ventanilla, recurrió a una de sus pausas, destinadas a dotar de intensidad el drama o la comedia— una visita sin tanto ajetreo al conde de Aranda.

—¿Lo dejaste con vida? —preguntó.

—Le arranqué el alma, pero lo dejé con vida y en paz.

LIX
Alboroto en la festividad del Corpus Christi

El Sol asomaba por la calle de Atocha cuando regresamos a nuestros lares. Amanecíamos a la festividad del Corpus Christi y, aunque el boato de otras épocas había ido perdiéndose con los Borbones, no dejaba de ser un día señalado en el almanaque de los madrileños. Ya se sabe, tres jueves hay en el año que relucen más que el Sol. La calle Mayor resplandecía, engalanada para la ocasión, a hora tan temprana. Había telones blancos y azules que la cubrían, tapices primorosos, brocados que colgaban de los balcones… Y flores, flores de colores que armonizaban con los adornos y otorgaban aromas maravillosos, flores de santidad. Era habitual que la solemne procesión saliera de la iglesia de Santa María, recorriera la calle Mayor y atravesara la plaza principal para acceder a la de Toledo, Puerta Cerrada y la plazuela del Cordón, retornando por la calle de la Almudena para cerrar el itinerario. Las mujeres solían estrenar el vestido de verano y se acicalaban como en una visita al teatro o a la plaza de toros. Artistas de la pluma y del pincel animaban la celebración, ofreciendo muestras de su buen oficio. Incontables alcaldes, alguaciles y subalternos vigilaban que nadie perdiese la compostura, pues si altercar y robar eran delitos siempre, en día tan destacado se agravaba la pena. De los festejos posteriores y de los autos sacramentales, poco puedo decir. Jamás estuve en ninguno.

Todo eso, o algo semejante, habría podido contemplar de no haberme hallado tan maltrecho después de la aventura nocturna. Regresé a mi brebaje curativo y calenté compresas para aplicármelas en la rodilla. Amodeo me consoló a su manera, prometiéndome que, tras terminar la procesión y hacer de las suyas, me escucharía cuanto tuviese que decir de Soledad y me respondería cuanto tuviese que preguntar de su amistosa charla con el conde de Aranda. Y allí me dejó, en el lecho del doliente, marchando muy tieso, con un traje cosido para la ocasión y perfumado como un francés.

La jornada se alargó hasta el aburrimiento. Esperaba el recado de Soledad, que no llegaría. En algún momento me percaté de mi error.

Le había exigido noticias para el día siguiente cuando la madrugada llegaba a su fin, con lo que la promesa no correspondía precisamente al jueves, sino al viernes. Tampoco supe nada de Amodeo hasta que cayó la tarde. Y, a juzgar por el relato de los hechos, hubiese preferido mantenerme en la ignorancia.

A medida que avanzaba la jornada, dos tipos de nuevas llegaron a la posada. Unas referían a la celebración, más deslucida que otros años, a decir de las gentes del lugar. Criticaban la indumentaria de quienes pensaron que eran las de Alba o de Osuna, la cornamenta de tal o cual marido, el paso de gamo o de caracol de la Custodia. Las otras, más relevantes, relataban sucesos que acontecían en distintos barrios de la ciudad, distantes entre sí. Todo comenzó en una zona concurrida a primera hora de la tarde, en la confluencia de las calles de la Luna y del Desengaño, cuando lo que parecían cuatro caballeros vestidos a la inglesa vinieron a detener un carruaje y, en una lengua que nadie acertó a adivinar, reclamaron las joyas y dineros de los que en él se hallaban. Ni que decir tiene que no hizo falta traductor, habida cuenta de que las pistolas hablaban un idioma que todo el mundo entendía. Recogieron el botín con presteza, dispararon por dos veces a la fachada de la iglesia de Portaceli y, mientras huían veloces, soltaron unas octavillas. Ninguno de los presentes se atrevió a seguirlos, convertidos en estatuas de sal. No habría pasado ni medio padrenuestro cuando, en la costanilla de San Andrés, en lugar próximo a la iglesia que frecuentaban san Isidro y santa María de la Cabeza, tres facinerosos vestidos de majos atacaban a una pareja de frailes. Los despojaron de sus ropas, dejándolos en cueros para entregarles en mano, con burlona reverencia, un puñado de pasquines. Ambos aseguraron que hablaban entre ellos con el frenillo de los franceses. Un rato más tarde, sin que la autoridad fuese capaz de evitarlo, un nuevo suceso acontecía en la esquina de la calle de Santa Isabel con la del Tinte, en las traseras de la iglesia del hospital de San Juan de Dios.

En ese tiempo, el palacio de Santa Cruz no cesó de recibir recados para el comisario Villegas. Eran monaguillos de cada una de las mencionadas parroquias, que habían sido generosamente recompensados por memorizar y recitar disparates que alteraban la templanza del comisario y de su superior. Alcaldes y alguaciles del Consejo se movieron por las áreas señaladas para interrogar a los testigos. La policía de la Superintendencia, mientras tanto, se encargó de amenazar a la prensa para que la noticia de los asaltos quedara silenciada. Había mucho en juego como para permitir que el pueblo se alarmase en la festividad del Corpus.

Recibí las nuevas directamente llegadas desde el mentidero de San

Felipe gracias a la amabilidad de uno de los criados de la posada, despierto pero ignorante. Insistió mucho en tres detalles que fueron muy comentados. El primero, que el ataque de aquellos extranjeros se había centrado en el clero y sus posesiones. El segundo, que disponían de muchos recursos, hasta de una imprenta, tirando pasquines al estilo de París. Pero el mejor, por su agudeza, era el tercero: había una relación entre aquel trío de sucesos, próximos en el tiempo. Señalados sobre el plano de las calles de Madrid, formaban un triángulo. A pesar del dolor de la rodilla y de la inquietud que despertaban en mí aquellos acontecimientos, reí con ganas el hallazgo popular de la geometría.

En cuanto vi entrar por la puerta a Amodeo y contemplé su apariencia y su rostro, supe que todo aquel artificio era invento suyo. Había urdido con tanto esmero la farsa que dejó a las autoridades confusas y con más temor del habitual. Tenía a Villegas y los suyos moviéndose como sombras, sin atinar con el enigma. Los mensajes amontonados en el palacio de Santa Cruz y los papeles que se repartieron por medio Madrid eran difíciles de interpretar, pero ofrecían pistas inquietantes sobre nuevos desmanes. Había provocado el caos y, para más inri, lo había hecho con la mayor de las irreverencias, atacando los valores cristianos. Cualquiera hubiera jurado que aquello tenía mucho que ver con la revolución del país vecino. O con una de esas logias de las que tan poco se sabía, siempre a la caza del religioso. En suma, con lo que más destemplaba al conde Florido.

—¿Cómo se portaron tus distinguidos bandoleros? —me intrigaban los disfraces y los acentos empleados.

—De maravilla. Parecían actores en un corral de comedias. Apenas habíamos ensayado, pero se divirtieron de lo lindo. Sobre todo con la ocurrencia de desnudar a esos frailes.

—¿No habrán hecho daño a nadie? —miedo me daban las risas de Amodeo.

—Los dolores serán mayores en el amor propio.

—¿Y ahora? —pregunté, expectante.

—Ahora túmbate a esperar a que Soledad dé el do de pecho, que será como pronto mañana —él sí se había percatado de mi error con la madrugada y la fecha.

Soledad cumplió, enviando recado para una cita. No sería a solas, sino en el palacio de Aranda. El domingo, a las cuatro. El dato satisfizo a Amodeo. El conde se había tomado en serio las amenazas del extraño que atravesó la techumbre de su alcoba. Aunque Amodeo, ágil como pocos a pesar de su apariencia, había atrancado la puerta de

la habitación, la insistencia de los criados impidió prolongar la charla. El diálogo se redujo a unas cuantas frases preparadas a conciencia por el asaltante y las respuestas improvisadas del sorprendido, y desnudo, estratega. En esencia, antes de volverse por donde entró, vino a decirle que contaba con la fuerza necesaria para poner en un brete a media Corte, incluyendo a Floridablanca, Godoy, Campomanes, unos cuantos nobles de ilustre cuna y a él.

—¿A qué llama brete? —preguntó el siempre pragmático Aranda.

—A lo que va de aquí a aquí —señaló con las manos, marcando en el aire la distancia de una vara—. Desde el deshonor y la ruina hasta la muerte.

—Fuerte juega con sus naipes —Aranda se mostró escéptico, pero no desdeñoso.

—Puedo ofrecerle una pequeña prueba. Algo que no sea definitivo, pero sí vistoso —asintió el conde al oírlo—. Algo que deje en ridículo a ese superintendente de policía que tanto aprecia y, de paso, a su protector.

—¿Cuándo? Bueno, cuándo y cuánto, porque imagino que me saldrá cara la apuesta —Aranda sonrió, aceptando el reto antes de recibirlo.

—Para que no subestime mi poder, no debo alargarme mucho en los preparativos. Digamos que... hoy mismo, día del Corpus.

—Encomiable. ¿Y el cuánto?

—Bastará con que se siente con doña Soledad, don Tadeo y conmigo, a charlar sobre Floridablanca y unos asuntos más. La decisión de colaborar o no en mis planes será enteramente suya —Amodeo acababa de ganárselo.

—Generosa oferta, sin duda, y más después de fustigar a ese Colón que jamás descubrirá nada —se refería, claro, al superintendente, don Mariano Colón de Larreátegui.

—Pero, recuerde, no me trate como a uno de esos pobres hombres que pululan por esta casa o se sientan con usted ahí enfrente, en el Hospicio, a jugar a la conjura. Si no respeta su palabra, el papel que firmó con esos que hoy son sus enemigos para echar de esta tierra a las órdenes religiosas será la ceniza de un cigarro comparado con las brasas que puedo avivar. Le arrancaré el alma de cuajo.

Amodeo había urdido una empresa complicada, que iba extendiéndose como las raíces de un ficus. Costaba pensar que improvisase. Costaba aún más pensar que Soledad, el conde o yo mismo formásemos parte de un plan estudiado con precisión, como si fuésemos astros que se mueven en el firmamento según una trayectoria previsible. Todo el ingenio y conocimiento de Quevedo,

Torres y otros cuantos al servicio de una causa. Por último, costaba pensar que tanto esfuerzo se debiese, exclusivamente, al deseo o la necesidad de arrebatar unos planos al primer secretario de Estado. Demasiada puesta en escena para un drama tan simple, que diría Molière.

Sin embargo, cuando más dominio parecía tener de la situación y del tablero de cuadros en que había convertido Madrid, un dato más o menos intrascendente —mi apuñalamiento— lo alteró. El discurso sobre los mandamientos que Soledad me soltó en medio de la noche, sin que nadie pudiera escucharnos, tintineó en sus oídos como una agradable campanilla. Como pronostiqué, para él era música todo aquello de la falsedad de quien es o no es, el hurto para subsistir o el adulterio considerado como un arte. Entendía que estuviese dispuesta a matar siguiendo su propia ley, pero no admitía que se la saltase sin más, clavando aquella hoja en mi pecho. Quedó consternado, a pesar de mi tono amable y carente de rencor. La cara de funeral lo acompañó el resto de la jornada.

El sábado, 5 de junio, se levantó muy temprano. Salió con prisa, por lo que me temí que tanta resolución se debiese a Soledad. Un arrebato podría echar todo a perder. Pero no era ése, ni mucho menos, su propósito. Antes del ángelus ya se había corrido la voz de que nuevos ataques se habían producido en otros tres puntos de la ciudad. Todo empezó a las puertas de la iglesia de San Cayetano, en la calle de los Embajadores, donde una misa se vio perturbada por la irrupción de siete hombres que llenaron de humo el espacio sagrado y quitaron sus pertenencias a los que participaban de la ceremonia desde los bancos traseros. El aire extático de la iglesia se vició con nuevas octavillas y hubo media docena de músicos que aseguraron haber escuchado unas notas del «Minueto de los mendigos ciegos», tercer movimiento de la *Música nocturna de las calles de Madrid*, de Boccherini, el compositor y violonchelista que llamó ignorante a Carlos IV cuando éste aún ejercía de príncipe. La elección del músico y del mendigo ciego representaba todo un desafío, por rozar la figura del rey y homenajear al tradicional vocero de las noticias, libre de censura.

Esta incursión fue considerada, a esas tempranas horas, la gota que rebosaba el vaso. Sin embargo, un rato después, el escándalo llegaba a la esquina de la calle de Greda con la de los Cedaceros. Se produjo el asalto a unas monjas comendadoras del convento de las Calatravas, situado justo enfrente, en la calle de Alcalá. Las pobres monjas acabaron como los frailes, pero los sátiros que las atacaron permitieron que se cubriesen con el velo. Aquí sí que hubo valentía en los que se asomaron al oír los gritos, encarándose con los

malhechores. Éstos empuñaron sus pistolas, prestos a usarlas, cuando un coche de caballos apareció de súbito y los retiró del lugar.

A esas alturas, los berridos en el palacio de Santa Cruz se escuchaban desde la plaza Mayor. Responsables del Consejo discutían acaloradamente con don Mariano Colón, al que aquello se le iba de las manos con cada hora que pasaba. Dos días antes había sudado para encontrar una explicación plausible que ofrecer al secretario. Ahora ya no había excusa. El escándalo se cernía sobre Madrid y ni el astuto Villegas, zaherido una y otra vez por los mensajes de Amodeo, era capaz de contener la marea que amenazaba con tragarse unos cuantos despachos y el edificio entero. Con todo, aún restaban el traque y su eco. Y el traque llegó delante mismo del Palacio Real, en la plaza de la Biblioteca, donde no menos de diez manolos pusieron en fuga, como si de palomas se trataran, a una veintena de congregados que formaban los corrillos de la nobleza, tan distantes y tan próximos al mentidero. La maniobra transcurrió tan deprisa que ni los alguaciles que se hallaban a las puertas del Coliseo tuvieron tiempo de acudir, viendo caer los pasquines cuando ya no quedaba ni rastro de los que los arrojaron. Las voces dispersas tomaron cuerpo, pasando de portal en portal para hacer crecer la bola de nieve. Finalmente, ya a las puertas del convento de San Felipe, convinieron que el suceso había sido un asedio feroz al Palacio Real, saldado con la muerte de un buen número de guardias de Corps y el secuestro de la reina María Luisa. Los vítores completaron la escena.

Faltaba sin embargo la última acción, la más osada, reservada para el domingo.

LX

San Agobardo y su espada vengadora

Resulta fácil, para alguien que no ha de morir, imaginar un enfrentamiento con cincuenta hombres armados. Hasta se siente capaz, llegado el caso, de acudir a la guarida de éstos a pecho descubierto. Nobleza obliga.

Antes, Amodeo se despidió de los salteadores de caminos en una venta próxima a Aravaca, en la misma noche del sábado. El Deslenguado no rechazó ninguna ronda, a sabiendas de que semejante feo no se le hace a un camarada. Bebió hasta tumbar a la mayoría, repartió abrazos, pidió que se portasen lo más cristianamente posible y agradeció a Cabeza Gorda su apoyo incondicional en un plan descabellado pero divertido. Hermano, lo llamó.

—Vuelve cuando quieras —sentenció el bandolero—, pero vuelve con una buena bolsa, que somos hermanos pero no primos.

Llegado el domingo, dedicado a Agobardo de Lyon en el santoral, Amodeo acumulaba no sé cuántas noches sin dormir más de un par de horas seguidas. La madrugada había sido calurosa y la mañana prometía hervor en las calles. Solo, sin más protección que su anticuada capa, se dirigió a la iglesia de la Santa Cruz. Al otro lado de la plazuela de la Provincia estaba el palacio del mismo nombre. Dentro, siendo el día que era, la Superintendencia de Policía y la Sala de Alcaldes de Casa y Corte contarían solamente con un retén de subalternos. Lo que vi, agazapado para que no se percatara de mi presencia, superaba con creces cuanto he contado. Amodeo se plantó, cuan ancho era, delante de la fachada principal de la iglesia y comenzó a vociferar imprecaciones en italiano. Repartió las dedicatorias entre el superintendente Colón y el comisario Villegas, con tanta saña y potencia que pronto debieron pitarles los oídos a ambos. Uno de los vendedores apostados en los soportales de acceso a la plaza Mayor se le acercó para advertirle. Los policías no eran gente de bromas. Amodeo agradeció el consejo y siguió como si tal cosa, ejerciendo a la vez de barítono y endemoniado. Dos hombres abandonaron el palacio, dirigiéndose hacia él. No se mostraron particularmente rudos, pero acabaron en el suelo, lamentándose de su

suerte. Fueron asistidos por un médico que entraba a misa y retirados en un carro. No tardaron en aparecer tres más, bravucones dispuestos a dar en un santiamén con los huesos del delincuente en la cárcel. No resultó como esperaban, a pesar de ser portadores de porras y machetes. La habilidad de Amodeo con la lengua no era nada comparada con el molinete de sus brazos y la coz de sus piernas. Uno tras otro fueron cayendo los defensores de la ley y el orden. Amodeo prosiguió su letanía contra Colón y Villegas como si tal cosa, con mayor chorro de voz si cabe. Aún estaban levantándose los magullados cuando aparecieron cinco. Fibonacci, pensé sin venir a cuento.

—Mejor sería saltarnos estos cinco y que vinieran ya los ocho —gritó Amodeo demostrándome que su cabeza estaba en todo, incluido Fibonacci.

Íbamos ya por los trece cuando surgió la respetada figura de Villegas, convertido en furia o criatura mitológica semejante por mor del revuelo. Los que se arremolinaban alrededor, que habían vaciado la plaza Mayor y los soportales contiguos, se apartaron para abrirle camino. Preguntó qué pasaba, se lo explicaron en cuatro palabras. Sacó una pistola, estiró el brazo, guiñó el ojo y, sin previo aviso, disparó. Amodeo, que acaba de golpear la rodilla de un alguacil —juro que me dolió sólo de verlo—, giró en redondo, provocando la ondulación de su capa. El proyectil fue a impactar en ésta y, cuando ya me temía lo peor, la prenda se fue al suelo y Amodeo, como en uno de los espectáculos de magia que estaban tan de moda en Londres, había desaparecido. Donde debía yacer su cuerpo quedaron unos pasquines que la gente y los policías se apresuraron a coger, formándose una nueva y desigual pelea. Llegué a tener uno en mi mano y su texto era concluyente: «Floridablanca será víctima del hierro de la luz y no habrá Colón ni Villegas que puedan impedirlo».

Resulta increíble, con la perspectiva que dan los años, que aquellos sucesos lograran ser escamoteados al pueblo. La tupida red de espías y lacayos que había tejido Floridablanca actuó con la habilidad de Amodeo, haciendo que fueran tenidos por una ilusión vana. Borrados de la historia. Pero yo sé que, al menos durante unas semanas, Madrid fue un polvorín a punto de estallar gracias a la habilidad del extraño personaje que ocupaba la habitación ciento veintiséis de la posada del Peine.

Aquella misma tarde compartimos merienda con el conde de Aranda y su fiel don Jacobo. Observamos al llegar que habían desplegado el plano geométrico de Madrid que dibujase el geógrafo don Tomás López hacía apenas cinco años. Un buen plano, muy fiel a

la realidad, si he de creer al conde. Los dos amigos y amantes se habían entretenido en marcar sobre él los puntos donde se habían producido los siete «golpes de efecto», que así los llamaron. La idea no había sido suya, sino del astuto Villegas, que siempre buscaba sobre el papel lo que la cuadrícula de la ciudad venía a decirle de los crímenes. Los alcaldes de la cuerda del conde no tardaron en informar al detalle. Fue entonces cuando me percaté de que había una ley de recurrencia en aquellos asaltos. La broma del triángulo no era tal. Los tres golpes de efecto del día del Corpus formaban un equilátero en la posición normal, mientras que los del sábado lo hacían en una invertida, de modo que ambos compartían las dimensiones y el centro. Y éste se situaba en la iglesia de la Santa Cruz, cerrando las tres jornadas de escarnio de la Superintendencia.

—En verdad es usted único, señor… —el conde halagaba con intención.

—Para usted, Niccolò Furio Hermes d'Amodeo.

—El porqué del centro lo puedo entender. La iglesia que encara el palacio de la desvergüenza. Pero, como diría el célebre y nunca bien ponderado escritor y astrólogo don Diego de Torres Villarroel, surge un firmamento de soluciones con una geometría equivalente —la frase hizo mella en Amodeo, que se tomó un instante para contestar.

—No son tantas, por fortuna, porque conviene no salirse del plano si se quiere lograr la atención de los madrileños. Las condiciones impuestas al plan acotan las posibles soluciones, reduciendo su número notablemente.

—Imagino que se refiere a las iglesias y a la Biblioteca Real —apuntó don Jacobo.

—Sí, por supuesto, entre otras condiciones. Mi compromiso con el conde —se dirigió a él entonces— exigía audacia, chanza que no causara daño irreparable y el ridículo de Colón. El resto era cosa nuestra —y me incluyó en una aventura de la que desconocía lo esencial—. Pero no olvidemos que esta ciudad está cuajada de iglesias y conventos.

—Háblenos entonces de la figura formada —don Jacobo volvía a la carga—. A nadie se le escapará que, sobre el plano, cada triángulo suma unos doce mil pies y que, así dispuestos, forman un hexágono que evoca otras cosas.

—Con seguridad conocen la respuesta, como conocen la causa de la elección de san Agobardo y el porqué de las voces proferidas y de los pasquines y libelos, de modo que lo único que importa es que está en nuestra mano dirigir el catalejos de la policía hacia ese Hospicio de ahí y hacia este hermoso palacio —Amodeo cobraba ventaja—. Nadie

habría de sorprenderse, teniendo en cuenta los antecedentes de don Pedro —el nombre de pila del conde— y todas esas pistas que hemos ido dejando, afines a la masonería más belicosa. Delito de sedición, magnicidio, quién sabe si deslealtad a la Corona.

—No parece patrimonio de la inteligencia amenazar entre estas paredes —don Jacobo trató de quebrar la flecha cuando ya se había clavado.

—No lo parece perder el tiempo en sonsacarnos cuando lo que está en juego es el destino de todos los presentes —*touché*—. Y métanse en la mollera que, a diferencia de alguno de ustedes dos, yo ya he abrazado a la parca.

El conde, astuto casi siempre, quitó hierro al diálogo, tachando a los dos contendientes de jóvenes fogosos. Remarcó que, como acordó con Amodeo, su decisión no admitiría coacciones y se dispuso a servir el chocolate y escuchar lo que tuviésemos que decirle. Habíamos convenido que sería yo el que hablase de la máquina, habida cuenta de las restricciones que el propio Amodeo debía cumplir, sometido a reglas superiores a las del común de los mortales. Sabedor de lo polémico que resultaría mi discurso, pedí que me escucharan sin interrupciones, comenzando por *El santero de Majalahonda y el sopista perdulario*, el almanaque que contenía el pronóstico del motín de Esquilache.

—Don Diego de Torres Villarroel —proseguí— constituyó el verdadero impulso a la conjura que sellaron un año después. Allí estaban los jóvenes golistas y manteístas, útiles para desarrollar un conjunto de medidas que quitarían los escollos que representaban los díscolos jesuitas y cualquier otra orden religiosa. Regalistas todos, al servicio de Carlos III, apoyados por un puñado de nobles afines a usted, presidente del Real Consejo de Castilla y, para mayor burla, amigo de un buen número de miembros de la Compañía de Jesús. El camino estaba trazado. A los jesuitas seguirían tomistas y agustinos, Grimaldi sería reemplazado por el señor conde de Aranda y España alcanzaría una época de esplendor, libre de lastres italianos y de clérigos intrigantes, basada en los principios de la razón y la equidad. Lo que no previó era la eficacia y ambición de su discípulo Moñino. Cuando desembarca en Roma no es nadie y, sin embargo, tarda poco en descollar. Es entonces cuando Torres..., debiera decir Amodeo, envía al futuro Floridablanca un paquete con valiosos documentos y un memorial en el que se pone a su servicio en la causa para la extinción de los jesuitas. Aquel paquete contenía los planos de un artefacto como no hay otro igual. La máquina de las almas, dieron en llamarla los discípulos del iluminado Raimundo Lulio. La máquina del

traslado o la transmutación de las almas, sería más preciso. Un objeto prodigioso si se emplea adecuadamente, al alcance de los elegidos. Moñino no sólo ignoró la generosa oferta, sino que se apropió de aquellos planos, negándose a devolverlos. Nuestra misión, ahora, consiste en evitar que caigan en manos imprevisibles o sigan en las suyas.

—¿Comprenden que todo esto suena a la fantasía de un perturbado? —preguntó Aranda tras escuchar con atención.

—Por supuesto —contesté—. De ahí que nos hayamos visto impelidos a mostrarle con la fuerza de los hechos que los dislates esconden verdades como puños.

—Puedo ir más lejos, si lo desea —Amodeo se adelantó al ver la fruta madura—. Puedo, repitiendo una de mis mayores aficiones hasta que Campomanes la prohibió, pronosticarle que tendrá una última oportunidad de gobernar España. Y que no será Floridablanca su rival, sino ese guardia de Corps que tanto complace a la reina. El mismo que sugerirá su nombramiento como primer secretario —todos entendimos que hablaba de don Manuel Godoy, otro de los que Aranda hubiese puesto en un barco con rumbo a ninguna parte. Don Jacobo se revolvió en su silla, conteniéndose a duras penas.

—¿Cuándo? —Aranda había caído en nuestra trama.

—Si se cumplen las condiciones de mi pronóstico, en no más de dos años.

—¿Qué necesitan de mí?

—Que el Florido, como usted lo llama, no muera. Para poder recuperar esos planos. Y, de paso, que nos ayude a conseguirlos.

—Pero qué clase de disparate es éste —don Jacobo no pudo callar por más tiempo—. ¿No irá a creer lo que estos embaucadores dicen? No es más que una capa de miel bajo la que se oculta un mendrugo —se puso en pie—. Vienen aquí, aseguran que hay una máquina que hace milagros y, no contentos con eso, insinúan que este extraño aventurero esconde dentro de sí al mismísimo Torres Villarroel, el mayor charlatán de cuantos haya visto esta España en la que tantos medran.

—¿De qué se sorprende? La ciencia no ha resuelto la mitad de las cuestiones que la alquimia plantea. Hay absurdos de muchas clases —aquí Aranda se puso de nuestro lado—. ¿O acaso no es un absurdo ser mujer, vestir de hombre y pretender acabar con la casa de los Alba? —la mirada de don Jacobo fue desafiante, cargada de ira—. No basta con quedarse en la superficie del pantano para saber lo que guardan sus aguas —suavizó el conde.

Desatado, don Jacobo iba y venía, buscando en su mente algo que

expresar. Y, desde luego, lo halló. Se acercó a una de las estanterías, abigarrada de textos de todas las épocas, sin orden. Murmuró algo que no oímos bien sobre un hombrecillo y el mentidero de San Felipe, mientras adquiría un libro. La voz, es la voz, dijo para sus adentros más que para sus afueras. Finalmente, se dirigió hacia una de las baldas para tomar un volumen que contenía los almanaques de Torres.

—¡Ya lo he hilvanado! —y sonó al «eureka» de Arquímedes—. Sabía que había oído esa voz. Uno de sus secuaces, de su mismo tono, quiso convencerme en las gradas de San Felipe de que hay fuerzas y conocimientos que escapan a la razón pura. Puso como ejemplo tres trabajos de Newton, Leibniz y Maupertuis, que justifiqué sin quebrarme la cabeza, y un par de pronósticos de Torres. El de Esquilache carecía de mérito. Resultaba evidente para quien estaba informado de cuanto se cocía, cercano como era Torres al duque de Alba. El de la asonada de París estaba por llegar, pues hablo de una charla de hace dos años. Argumentó que esperase a los acontecimientos y volviese por allí en la misma fecha y hora de 1790.

—El 5 de mayo, cuando el Sol esté más alto —puntualizó Amodeo.

—Sí, eso es lo que dijo —respondió don Jacobo.

—Pero no fue. Se olvidó —añadió Amodeo.

—El 5 de mayo falleció doña Teresa —algo vino a su pensamiento, para desecharlo de inmediato con una negación de su cabeza—. El caso es que la predicción debía estar en el almanaque para 1756, titulado *Los malos ingenios*. Y bueno era el nombre, porque no había rastro alguno de revolución en ese papel. Mire, aquí lo tiene. Busque si lo desea.

Me alargó con malos modos el volumen, pesado sin duda, y abandonó el salón. El conde de Aranda confesó que jamás lo había visto tan enojado. Diría que, en aquel preciso instante, era calcado a la mujer vestida de hombre que me apuñaló en el corazón.

LXI

LA FALSA MASONERÍA, COMO LA FALSA ALQUIMIA

El conde de Aranda no se alteró. Tenía otros intereses. Era un negociador astuto, con fama de sacar los pies del tiesto sólo cuando se rascaba en lo que suelen denominar «principios». Algo que, dicho sea de paso, no le atribuía a Floridablanca. Ahora su prioridad estaba en qué dar y recibir de Amodeo. El atentado previsto para el día 18 debía evitarse. No parecía descabellado, a su juicio, conseguirlo, si bien recalcó que no obedecía a un plan que llevase su firma. Respecto a los planos de la máquina, imaginaba que se hallarían a buen recaudo, en el palacio de Grimaldi. Tampoco veía imposible sacarlos de allí una vez localizado su paradero.

—Que yo sepa, en los aposentos privados del Florido hay dos sitios donde podrían estar esos papeles. Uno es un arcón de madera, con refuerzos de hierro, situado a los pies de su cama. Si están pensando en quemarlo, desistan. La madera está tratada y su revestimiento es una mezcla de arcilla, cal y mica. No arde —enfatizó—. El otro está detrás de una pesada cómoda, empotrado en el muro, con una portezuela de hierro, tres goznes y otros tantos candados. Difícil de abrir sin hacer mucho ruido.

El problema no era tanto profanar aquellas cajas como efectuar una operación rápida, limpia, sin escandalizar a media servidumbre. Recordó, con sorna, que perforar el techo para saltar sobre el arcón no valdría en este caso. Tampoco parecía aconsejable intentar llevárselas, pues su peso superaría con facilidad las veinte arrobas. La sensatez instaba a centrarse en el modo de hacerse con las llaves. Algo que, en el caso de Floridablanca, contaba con la dificultad añadida de su inveterada costumbre de cambiar las cosas de sitio cada cierto tiempo.

El conde volvió a llenar las tazas de chocolate, comentando que no sería tan salutífero como el que preparábamos nosotros, pero que carecía de peligro para los varones golosos. Aproveché el instante de pausa para llenarme la boca con una tajada gruesa del dulce de membrillo. Mi salida de tono no se debía al hambre, sino a la gula.

—De modo que, gracias a esa bendita máquina, usted se alimenta de almas nobles —volvió con naturalidad sobre el portento—. Qué

interesante. Y cuántos hay en usted, si puede saberse.

—No tantos, no crea que es fácil dar con el merecedor de una de esas migraciones del alma. Desde que Lulio ideara la máquina, siete.

—¿Me ve a mí dentro? —una pregunta cargada de astucia.

—No es mi misión ver, sino constatar —Amodeo no se descuidó.

—¿Y algún nombre que yo conozca?

—Únicamente dos son ilustres. Torres, como ya sabe, y el anterior: Quevedo.

La sola mención de aquel apellido equivalía a un premio. Aranda apreciaba los valores que concurrían en el personaje, considerándolo un ejemplo a seguir, como caballero, como espadachín y como español. Su lucha contra el conde duque de Olivares era la suya contra el Florido. Le rogó que le contara su historia al detalle, que siempre había tiempo para semejante placer. Y Amodeo, en su honor, adoptó el aspecto que de Quevedo se venera para explicar cómo llegó al trato con la mejor pluma de nuestras letras de oro.

Principia en diciembre de 1634, cuando empieza a sonar en la Corte un tal Vincenzo Lupati Massimi. Es un engolado italiano que presume de dotes para la seducción y de gran alquimista, capaz de mudar un verso en licor y el metal vil en oro. Se ganó la confianza de don Jerónimo Villanueva, protonotario de Aragón y amigo íntimo del de Olivares.

—¿Conoció de buena mano la historia de Villanueva y las monjas de San Plácido? —Aranda parecía un niño escuchando un cuento de hadas.

—Claro que la conocí, y a alguna de aquellas novicias. El protonotario fundó con doña Teresa Valle de la Zerda, de la que se dijo que había sido su prometida, el convento de San Plácido, reservándose el derecho de nombrar el confesor de las monjas. Eligió al fraile Francisco García Calderón, que era tenido por santo en Madrid e iluminado en Sevilla. Éste, de buena labia y peculiar manera de entender el ejercicio del sacerdocio, llegó a una intimidad escandalosa con su rebaño, derivando en comuniones informales, exorcismos sin venir a cuento, caricias y familiaridades mil. Las monjas padecieron episodios de histerismo colectivo, entregadas al fraile. El asunto acabó en el Santo Oficio, dando con los huesos del causante en prisión. El protomédico se libró de aquélla gracias a su cargo y a la protección del conde duque. Bastó la caída de éste para su destitución, siendo juzgado por los hechos anteriores. Habían pasado tres lustros, pero quien más y quien menos sabe que la Inquisición no olvida.

De vuelta al relato de Amodeo, Olivares, necesitado de oro por los

muchos gastos de las guerras emprendidas, quiso creer lo que Villanueva le contase de Lupati. Lo instala en la ermita de San Sebastián, en el Buen Retiro, donde vive a cuerpo de rey. Las seis ermitas del Buen Retiro eran entonces amables residencias dotadas de habitaciones lujosas y un entorno de agua y jardines, con grutas y estanques. Y su capilla, por supuesto. Lupati recibe cuanto solicita y, no contento con la condición otorgada o temiéndose lo peor, huye con los dos mil ducados que le adelantaron para su tarea. Fue perseguido y atrapado, acabando recluido en el Alcázar de Segovia.

Lo que no cuenta la historia oficial es que con Lupati viajaba, añadiendo espectáculo al espectáculo, Niccolò Furio Hermes d'Amodeo. O sea, nadie. Un diablo que facilitaba a Lupati los cambios de materia y que, al alejarse de él, lo dejó con las posaderas al aire. Amodeo había utilizado al farsante para acceder a la Corte española. Su búsqueda acabó pronto, pues se presentó la ocasión de saludar a don Francisco Gómez de Quevedo. Había llegado éste a Madrid desde Torre de Juan Abad en marzo de 1635, dejando atrás un aciago año que incluyó las nupcias con doña Esperanza de Mendoza, el pleito por la dote de ésta, la pérdida de los ochocientos ducados de renta que le había asignado la iglesia del Caballerato, el fracaso de su matrimonio y la venta de sus dos casas de la capital. A la tristeza se unía una acidez que afiló su lengua hasta límites insospechados. En una velada con asistencia de orejas prestas y bocas de fácil eco, vino a encontrarse con Lupati y sus aires de conquistador. Quevedo expuso un alegato contra la codicia del conde duque de Olivares y contra la afición a la alquimia que busca encontrar la mina de oro en una retorta. Sólo un majadero puede creer lo que un embaucador promete. Y, para terminar de callar al gallito italiano, improvisó unos versos.

—Oír de sus labios el terceto de cierre… —entornó los ojos para pronunciar, en un hilo de voz—. Doctrina ciega y ambiciosa fama: el oro miente en la ceniza fría y, cuando le promete, le derrama — estrofa que integraría el soneto *Pinta el engaño de los alquimistas*.

Amodeo, seducido por don Francisco, abandona a Lupati. Lee cuanto aquél escribe y comprueba su genio en *El sueño del Juicio Final*. Cuando, llegado el otoño, cae en sus manos el libelo titulado *El tribunal de la justa venganza,* se topa con aquello de que Quevedo era maestro de errores, doctor en desvergüenzas, licenciado en bufonerías, bachiller en suciedades, catedrático de vicios y protodiablo entre los hombres. La elección está hecha. Su brega por ganarlo para su causa acabaría una década después. Don Francisco, debilitado por los rigores carcelarios, sobrevivirá apenas dos años y unos meses a la gélida estancia en San Marcos, completando el ciclo de la máquina en la

madrugada del 7 al 8 de septiembre de 1645.

—Sabido es que la grandeza de uno se mide por la de sus enemigos, y él contó con el odio del conde duque, Luis Pacheco de Narváez, Juan de Jáuregui, Pérez de Montalbán y otros muchos —dijo Aranda—. Yo, en cambio, he de conformarme con un mediocre conde Florido, que marca la vara de mi corta talla.

—No se vuelva modesto hoy, don Pedro, que no está en su condición —replicó Amodeo.

—¿Qué le llevó hasta Torres Villarroel? —preguntó, intrigado.

—Torres era la perfecta mezcla de alquimia, porque tenía una parte del demonio que fui y dos del Quevedo que quise ser —Amodeo hablaba con una franqueza que rara vez le había visto en los tres meses que hacía ya que lo conocía.

—¿Y qué le hace pensar que don Florido no habrá encargado copias de esos planos que tanto ansía y las habrá repartido por el medio mundo que tiene negocios con él?

—Su carácter. Quien acapara no reparte —una rima sencilla pero inspirada, que provocó la risa de Aranda.

—Sospecho, mi amigo —concluyó tras estrechar su mano—, que es usted tan demonio como yo masón.

Amodeo había logrado una alianza razonablemente fiable y, en el camino, Soledad se había esfumado como hizo el fantasma de la capa frente al palacio de Santa Cruz. Lo del fantasma era cosa de mis efes, que aparecieron cuando menos se les esperaba, trayendo noticias de Jimena. El Toledano y el Rubio acudieron a la posada a la hora de mayor bullicio en la Puerta del Sol, cuando la Luna ganaba el cielo y las calles comenzaban a refrescarse un poco. La información valía una cena, y una buena cena recibieron. Habían seguido a Jimena aquella misma mañana, a la hora en que el fantasma de la capa repartía golpes en sitio tan señalado. Les fastidiaba haberse perdido un suceso único, pero el deber los llamaba y no estaban dispuestos a defraudarme —zalameros y listos como pocos eran mis chicos—. Jimena había entrado en el colegio de doña María de Aragón y había salido a primera hora de la tarde, convertida en don Jacobo. Desde ahí marchó a la casa que estaba frente al Hospicio. Al conde de Aranda, les dijeron que pertenecía.

El dato carecería de importancia, habida cuenta de los cambios de vestuario de nuestra amiga Soledad, de no ser porque el edificio lindante con el de doña María de Aragón figuraba en los mapas con el nombre de palacio de Grimaldi, residencia del conde de Floridablanca en su condición de primer secretario de Estado. Cómo no recordar el sueño del cuchillo entre sus faldas, ahora que sabía de lo que era

capaz. No pude por menos que pensar que la aproximación de Jimena a tan significado sitio se debía a su participación en el previsto atentado. Y eso explicaría la reacción de don Jacobo ante nuestra solicitud al conde de Aranda. Pedí a los muchachos que estableciesen la vigilancia alrededor del palacio de Buenavista y que mantuviesen la mayor discreción, pues todos hacían a doña Soledad fuera de Madrid.

Pronto complicamos la vigilancia, pues había que atender a las escapadas nocturnas de la de Alba y a las salidas de Soledad, disfrazada o no. Mi objetivo era introducirme en el palacio cuando no estuviese la duquesa, obligando a Soledad a compartir los últimos secretos de aquella fabulosa trama que había urdido con tanta paciencia, durante cinco años. Si de verdad quería el mal, el descrédito o la extinción de la casa de Alba, pensaba conseguirlo desde dentro, poniendo en práctica unas altas dosis de frialdad y cinismo. Cuanto más lo meditaba, más descabellado me parecía.

Sea como fuere, los pensamientos se fueron al traste cuando el Rubio entró jadeando, sin un ápice de fuerza pues la había derrochado corriendo desde la puerta del Hospital General y de la Pasión. Atocha arriba, hasta perder el resuello, para alertarnos.

—Han detenido a Jimena —y cayó de bruces.

—¿Cómo? ¿Estás seguro? —de humanos es dudar de las malas nuevas.

—Eran cuatro —acertó a decir antes de volver a llenar los pulmones de aire—. Se la han llevado delante de mí, que salí al paso para distraerlos. Me miró con ojos tiernos, dejándose hacer, y movió la cabeza mandándome que no me entrometiese. Para mí que es grave.

Siendo la Superintendencia de Policía un invento al servicio de Floridablanca, los trabajos de ésta se movían en los resbaladizos terrenos del espionaje y el manejo relajado de la ley, siempre por razones de Estado. Sus asuntos siempre eran elevados, sus redadas siempre conllevaban la cárcel. Se los veía actuar por Madrid, deteniendo con tanto sigilo que causaban más revuelo que los alcaldes de Casa y Corte. Por eso, lo primero que quiso averiguar el Toledano fue el quién y el dónde de la entrega de Jimena a las autoridades. Acudió a pedir ayuda al Hermoso y éste, con su eficaz estilo, averiguó que, si bien no era seguro, lo más probable es que hubiese sido apresada por policías, por orden de Colón o de Villegas, que, como sus católicas majestades, tanto montaban, montaban tanto.

Pronto pudimos saber que no se hallaba en ninguna de las prisiones oficiales y que nadie había llamado la atención sobre las casas de Alba o de Liria. Tampoco el conde de Aranda podía ofrecer su ayuda, maniatado al tratarse de alguien sin apellido. Peor aún, si se supiese

que aquella mujer de raída falda era el caballero que frecuentaba su palacio, el escándalo sería mayúsculo.

En suma, Jimena estaba sola.

LXII

El duelo

Si al comisario Villegas, acostumbrado a lidiar con anónimos injuriosos y delincuentes de medio pelo que se creían estrategas de la guerra sorda que se vivía en Madrid, le hubieran dicho que pasaría de la gloria y el respeto que otorgan la infalibilidad a la chacota de críos y mayores en unos cuantos meses, no lo habría creído. Era un hombre altivo, pagado de sí, fiel como un perro de pastoreo, férreo en la disciplina ajena y férreo en la exigencia propia. Para él no existía la jornada de trabajo porque ni siquiera podría asegurarse que sus días contaban veinticuatro horas y sus semanas, ciento sesenta y ocho.

Amodeo no lo dudó. Yo, tampoco. Jimena estaba en manos de Villegas y sus acólitos en aquella extraña religión que constituía la Superintendencia de Policía. Los mismos que la persiguieron por la pradera de San Isidro y por las alcantarillas de la calle de Segovia habían logrado ahora su propósito. Eran tenaces y, por razones que no alcanzaba, debían considerarla una pieza de caza mayor.

Como siempre, Amodeo no compartió conmigo ningún esbozo de plan, pero lo tenía. No había más que ver su rostro, cada día más afilado, para intuir que todas esas almas que se movían por su interior aunaban inteligencia y esfuerzo en aquel instante. Tanta reflexión desembocó en otra de sus acciones extraordinarias. Disponía del domicilio de Villegas y, aquella misma madrugada, se encaramó a su tejado con un regalo en una jaula que se amarró al cuello. Eligió bien, pues era la noche más calurosa de lo que se llevaba de año y las ventanas habían quedado abiertas para recibir el escaso aire que decidiera mudar en viento. Sofocado por la temperatura, no estaba tampoco el aire para muchos trotes. Amodeo hizo gala de la destreza y el sigilo que lo caracterizaban, entrando en la casa por el patio y metiéndose en la alcoba como si tal cosa. La esposa de Villegas roncaba a pierna suelta. Él, en cambio, brillaba en la penumbra por su ausencia. En un abrir y cerrar de ojos, Amodeo dejó atado, sobre el larguero del pie de la cama, un mochuelo de mirada penetrante y paciencia de Job. Junto a él destacaba una tarjeta que venía a confirmar lo ya expresado: «Floridablanca será víctima del hierro de la

luz y no habrá Villegas que pueda impedirlo». No era lo único que ponía. Debajo, con la misma letra, figuraba lo que parecía un punto de encuentro —«Real Observatorio, con el ocaso»— y una recomendación —«Demuestre lo listo que es y no desperdicie su empleo y el de sus hijos»—. No cabía mayor enjundia en menos palabras. Villegas había solicitado y conseguido trabajo para sus cachorros tras resolver el caso del anónimo difamatorio. Amodeo no sólo se identificaba como el mismo que lo había ridiculizado delante de la iglesia de la Santa Cruz y de medio Madrid, sino que además mostraba al comisario que no había nada en su vida ni en la de los suyos que escapase al control del fantasma de la capa.

El ocaso llegó y, como Amodeo había supuesto, Villegas apostó un pelotón de hombres a los pies del montículo donde se construía el futuro observatorio de Madrid. Esperó a que declinase el Sol para subir, solo y amenazante. A unos pasos de las obras, sin ver todavía la figura del fantasma, se puso a gritar.

—Entréguese y ahórrenos su muerte —lo dijo una vez y lo repitió al momento—. Está rodeado y no podrá escapar.

Era un derroche estéril, de saliva y de crédito. Cuando alcanzó la cima, lo que encontró no fue un fantasma, sino otro monaguillo. Uno que se identificó como de la iglesia de la Santa Cruz, recompensado por acudir a aquel sitio y darle a Villegas una carta perfumada, con un mochuelo por emblema: «No es tan listo como dicen. Esta noche se lo haré saber a...».

Aquella misma noche, Colón y Villegas visitaron el palacio de Grimaldi. Salieron de allí tarde y con cara de pocos amigos, según nos informaron. Para entonces, la bonachona mujer de Villegas había recibido la visita de un apuesto colaborador del conde de Floridablanca que le traía dos presentes, para su fiel marido y para ella. A él le correspondió un anillo de hierro con un mochuelo por sello; a ella, una perla de magnífico oriente, que brillaba como la luz. Amodeo, tras besarle la mano, le colocó la perla en el canal de los pechos y, delante del espejo de pared, ratificó su belleza.

—El conde no ha podido tener mejor elección. Una perla sobre las mejores joyas —vino a expresar.

—Por Dios, no acabo de admirarme de la generosidad del señor conde —exclamó la pobre mujer, encantada.

—Le ruego, por último, que ponga en manos de su esposo esta importante misiva —y, con las mismas, se marchó tras acariciar el mochuelo que se enseñoreaba en un rincón poco iluminado.

Amodeo citaba nuevamente a Villegas, esta vez en un viejo caserón de la calle de Fuencarral, próximo a aquél en que Torres vivió el

miedo de enfrentarse a un fantasma enojado. Eligió las diez campanadas de la noche como momento del encuentro y le recordó que sólo las personas de rudo entendimiento y los burros tropiezan en dos ocasiones con la misma piedra.

En aquel espacio, lleno de oscuridad, crujidos de la madera y recovecos mil, Amodeo era invencible. Y sospecho que Villegas lo sabía. Se demoró apenas unos minutos, llegando con la respiración agitada por la prisa y un paquete que resultó ser lo que parecía. Se situó en el centro del gran salón de entrada. Pocos muebles servirían para protegerlo de un hipotético ataque. En esta oportunidad, en guardia, no abrió la boca. Esperó a que las pisadas de Amodeo se acercasen.

—Disculpe el estado de la casa, don José, pero no he tenido tiempo de asearla —saludó desde la sombra—. Tome asiento, por favor. Todas las sillas están polvorientas, pero soportarán su peso.

—Prefiero, si no le incomoda, permanecer de pie y entregarle una de éstas para dirimir nuestra cuestión —Villegas alargó una espada, ofreciendo la empuñadura.

—¿Está seguro de querer arriesgar la vida? —preguntó Amodeo, aceptando el acero.

—No veo mejor manera de librarme de usted y los suyos —y se dispuso al ataque, no sin antes formular una pregunta que le raspaba la lengua—. ¿Hubo trato carnal con mi mujer? —Villegas empujó con vehemencia, demostrando arrojo y dominio de la espada.

—Soy la pesadilla del comisario. No pretendo serlo del padre de familia —contestó Amodeo, limitándose a cubrirse y constatar, con calma de maestro, las acciones prescritas por Pacheco de Narváez en sus tratados sobre la «verdadera destreza». En el colmo de la farsa, Amodeo recurría a uno de los más empecinados enemigos de Quevedo.

Villegas marchó hasta pegar a la pared a su oponente. Éste se zafó con agilidad, contraatacando con una furia que había ocultado hasta ese instante. El comisario se vio obligado a retroceder, con tanta urgencia que tropezó con una madera saliente del suelo y cayó de espaldas, perdiendo el arma. Amodeo permitió que se levantara y la recuperase, pero ya no cejó en su avance hasta volver a despojar de la espada a su adversario.

—Tome asiento, por favor —repitió entonces.

—Prefiero, si no le incomoda, permanecer de pie —contestó, de nuevo, Villegas—. Escucho lo que tenga que decirme —añadió, reconociendo su derrota.

Amodeo sí se sentó, a unos cinco pasos del comisario. Comenzó

elogiándolo a él, su familia y su hogar, sencillo pero con comodidades, para pasar a sus virtudes específicas y la dimensión del trabajo que realizaba. Habló de su incansable brega, de las muchas encomiendas que recibía, de la escasez de los recursos a su disposición, del encomiable espíritu por hacer con rigor y eficacia cuanto le ordenaban.

—Todo señor se enorgullecería de tenerlo a su vera —dijo sin el más mínimo retintín—. Lástima —añadió— que las causas a las que sirve no sean siempre justas.

—¿Acaso lo son las suyas? —preguntó Villegas entonces, sin amilanarse.

—En verdad espero que algún día conozca cuáles son mis causas, pero hoy no pretendo convencerle de nada. Estoy aquí con el propósito de ofrecerle un acuerdo, ventajoso para ambos.

Con la parsimonia que Amodeo solía derrochar, fue desgranando las razones de cada una de las extravagancias llevadas a cabo en los últimos días. Pronto comprobó que la perspicacia de Villegas no desmentía lo que se contaba de él. Había entendido el significado de cada paso y cada desmán. En palabras del propio Villegas, todo empieza el domingo 16 de mayo, cuando salimos en defensa de una mujer que forma parte de una trama para desestabilizar el buen gobierno de la nación. La que llaman Jimena. Resultó que uno de los nuestros era el mismo que el día 28 del mes anterior se juntaba con los conjurados del Real Hospicio. Luego, cuando nada esperaba ya de nosotros, la lengua de Amodeo se desata, dejándole un mensaje retador. Corría el 27 de mayo. Apenas cinco fechas más tarde, nos codeamos lúbricamente con esos vividores que encabeza la duquesa de Alba.

—Si hubiesen parado ahí —apuntó—, hasta tendría gracia. En especial lo de presentarse como don Niccolò Furio Hermes d'Amodeo, mamporrero de la Vega y agravante del Portillo de Gerimón, para preguntar por mí. Pero, no contentos con eso, me montan el teatrillo del Corpus, del sábado y del domingo, justo antes de visitar al conde de Aranda. ¿Qué clase de suicidio es éste?

La red de espías del comisario funcionaba, desde luego. Su capacidad de razonamiento, también. Entendió que los dos triángulos que dibujaban los ataques rememoraban el compás y la escuadra masónicos, al tiempo que formaban un singular hexágono, símbolo del sello de Salomón. Como entendió que la medida de doce mil pies para los sitios escogidos venía a recordar a la Nueva Jerusalén, abundando en el sabio rey Salomón, que la proximidad a las iglesias no era casual y que el centro de todo ello se debía no sólo a la presencia del palacio

de Santa Cruz, sino también a la ermita templaria que antes ocupaba los terrenos de la iglesia.

—En resumen, una forma grotesca de referir a la masonería o algo peor —dijo con firmeza—. ¿Qué faltaría? La interpretación de lo escrito por su ágil pluma en libelos, anónimos, tarjetas y cartas, con o sin búho. El hierro de la luz y el búho. La secta de los Iluminados.

—El mochuelo de Minerva, si me lo permite, y la Orden de los Iluminados, originaria de Baviera y extinta hace ya cinco años —puntualizó Amodeo.

—¡Qué más quisiéramos! —exclamó Villegas.

—Si de verdad lo quiere, yo le prometo conseguirlo —responde Amodeo, logrando que Villegas se siente.

—¿Cómo creer a un descreído que lidera a una caterva de extranjeros para atentar contra la Iglesia de distintas formas y maneras el día del Corpus y el domingo siguiente?

—No era un domingo cualquiera, que celebrábamos a san Agobardo de Lyon —rio Amodeo—. ¿Y sabe, don José, qué hizo el arzobispo Agobardo? Denunciar el culto desaforado a las imágenes, la consagración de los templos a los santos de aquí y de allá, y las falsas liturgias, ideadas sin el fundamento de la Biblia.

—Ya, una metáfora de la gobernación y, si me apura, de mi propio trabajo. Ahora no sé si es usted un alumbrado o un iluminado —alumbrados, como luego supe, fueron los miembros de una secta mística de nuestro siglo XVI. Practicaban el recogimiento, la unión pasiva del alma con Dios, ganándose la acusación de herejía.

—Tiene usted más talla, don José, que todos los que le proceden en la escalera que sólo conduce al Palacio Real. Eligió mal el peldaño de inicio. La otra escalera, la que conduce a la sabiduría, la que acerca a Dios, se adaptaba mejor a la huella de su nada pequeño pie —Amodeo hablaba, en ese momento, con el corazón. Algo en Villegas lo empujó a percatarse de ello.

—He de decirle, don Niccolò, que apenas tuve elección. Agradezco sus palabras y asumo que nos hemos citado aquí para encontrar la solución a este grueso nudo que nos ata. Le escucho.

La oferta de Amodeo era sencilla en la forma y compleja en el fondo, pues por encima de las aguas agitadas del conflicto volaba el águila de sus intenciones. Prometía que la dignidad y el prestigio de Villegas quedarían garantizados. Prometía, igualmente, que todos nosotros nos alejaríamos de Madrid antes de que el almanaque anunciase el estío. Prometía el fracaso de las conspiraciones iluminadas y prometía, por último, que el conde de Aranda no promovería un levantamiento contra el primer secretario de Estado a

la manera del de Esquilache. ¿A cambio de qué? A cambio de que dejara a Jimena bajo nuestra custodia y se desentendiera de la protección a Floridablanca por unos días.

—Quizá no sepa que esa Jimena no es quien usted cree ver en ella —aquí Amodeo se temió que Villegas verdaderamente la hubiese identificado como la Soledad de los de Liria—. Ha mantenido correspondencia y contactos con agentes extranjeros, algunos con apellidos conocidos por Aranda desde hace tiempo. Con la muerte de Carlos III, se desencadenan las intrigas. Hemos sabido de planes provenientes de la cobarde pluma del anónimo, de las armas mudas y de fuego, de la labia y el soborno. El círculo comienza a cerrarse, dentro y fuera de España. Da igual que el nombre que éstos se atribuyan sea uno u otro. Lo que importa es que las cancillerías de media Europa han informado de una secta que se infiltra en logias y gobiernos, en corralas y palacios, siempre con el mismo propósito: promover el caos que derive en revolución. No miente Floridablanca cuando dice que la mejor medida de estabilidad es el cierre de fronteras, porque tienen propiedades y dineros, compran voluntades, animan, convencen y saben contarle al pueblo lo que el pueblo quiere oír.

LXIII

UN ATENTADO SALVADOR

Jimena fue entregada en un intercambio entre carruajes al pie de un olivo, junto a la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, al alba del domingo 13 de junio. Las razones por las que Villegas cedió, aceptando el trato que le ofrecía Amodeo, son fáciles de comprender. Si Amodeo seguía con su campaña de ataques con extranjeros, burlando al clero, a las instituciones del Estado y al mismo Villegas, éste tenía todas las de perder. Floridablanca veía fantasmas por doquier y Amodeo lo era de verdad. No hacía falta ser un lince para entender que el crédito del comisario se acabaría en pocos días, un par de semanas como mucho. Como tampoco había que ser licenciado por Salamanca para fijarse en los destinos de los que caían en desgracia, desterrados de Madrid y abandonados a su suerte, o en una mazmorra de un frío castillo a no menos de setenta leguas de la capital.

—¿Pone su honor sobre esta espada a que el atentado al primer secretario no se producirá? —pidió finalmente Villegas como garantía.

—Todo lo contrario, lo pongo en que se producirá —afirmó, rotundo, Amodeo tras plantar su mano en la hoja de la espada—. Pero puedo asegurarle que se olvidará de los conspiradores de fuera y de dentro, siquiera por unos meses. Y, como lo aprecio con la sinceridad que me otorga mi condición, le daré un consejo. Arrímese a ese advenedizo Corps de nombre Manuel Godoy, porque ése y la reina son los mayores conspiradores. Floridablanca caerá más temprano que tarde.

De ser ciertas las cábalas y las murmuraciones, faltaban apenas cinco días para el gran suceso. Con Jimena en nuestro poder, debería darse por fracasado, pero jamás vi mentir a Amodeo en asuntos que pusieran su palabra en juego. Jimena se mostró desabrida cuando, tras quitarle la capucha que le habían colocado en la cabeza, se percató de que se hallaba con nosotros. Con las manos atadas a la espalda, y con nosotros. Diría que, en aquel preciso instante, nos detestaba.

El coche, guiado por el Hermoso, no se dirigió a la casa de Liria, ni a la de Alba, ni a la de Aranda. Tampoco a nuestra posada. Puso rumbo al caserón de la calle de Fuencarral, donde entramos por las

traseras para evitar ser vistos. Amodeo se desentendió de Soledad, partiendo con el Hermoso. Me quedé a solas con ella, en una estancia sin ventanas, alumbrada por unos velones, en la que había una única puerta suficientemente robusta y con llave. Quise comprender qué anidaba en su cabeza y en su corazón, provocando tanto resentimiento. Tras insistirle con las palabras más amables de que fui capaz, me dijo que respondería a mis preguntas, pues estaba en deuda conmigo, pero que antes la liberase de la atadura. Desoí la instrucción de Amodeo para escuchar de sus labios lo que, a esas alturas, tanto ansiaba. Con la lucidez que solía poner en práctica, fue al grano sobre los aspectos más influyentes de su personalidad y sobre las dudas que podían concitar en mí. Me explicó que no sólo era huérfana, sino que carecía de orígenes gracias a la malicia del duque de Alba, que los ocultó a los de Liria cuando la entregó a su cuidado. Lo más que llegó a saber, pasados los años y tras insistir a doña Teresa, es que su madre murió en el parto y su padre fue embarcado hacia las Américas.

—El nombre es lo único que tengo. Si fui bautizada o no, lo ignoro. En Liria no figuro; en Madrid, puedo asegurar que tampoco. Odio a la casa de Alba con todas mis fuerzas y no cejaré hasta que desaparezca el apellido de los Silva y Álvarez de Toledo. Que esa rama se extinga, como la mía, que la propiedad pase al pueblo o, como mal menor, a los Berwich de Liria.

—¿Tanto odio cabe en ese cuerpo? —pregunté sin imaginar la respuesta, conmovido por una historia que me resultaba tan afín como dolorosa.

—Lo has visto desnudo, dímelo tú —hablar con ella era puro desafío—. Y no acaba ahí mi odio. Odio a mi padre, que no regresó por mí. Odio al hombre, opresor de la mujer. Me odio a mí misma, por serlo. Odio a Floridablanca, por haber traicionado los principios de una ilustración que debía desembocar en el poder de los ciudadanos y no en esta pobreza moral. Odio este siglo, lleno de falsas expectativas, y deseo su final —se detuvo, para proseguir de inmediato—. Odio a ese Amodeo, mago y charlatán que pone en duda el imperio de la razón con sus pronósticos y milagros. Y te odio a ti, por esa bondad que no viene a cuento y que rompe mis ganas de odiarte.

—Ya sabes, me has llegado al corazón —bromeé, provocando una inesperada sonrisa en aquellos labios que rezumaban veneno.

—Sí, con mi afilado amor —susurró, abalanzándose sobre mí para abrazarme—. Jamás me arrepiento de lo que hago, pero no debí clavarte ese puñal. Primero porque, si en verdad reservo el asesinato para quien pese tanto en la balanza de la razón como la salvación de mil justos, no era el caso y arrastré por el barro mi palabra. Segundo,

y aún peor, porque mi actitud fue una desaforada reacción de defensa, huyendo de una inclinación hacia ti que no había conocido antes. Profesé cariño por don Jacobo, el único duque que mereció el título, en Liria y en Madrid. Lo profeso por don Pedro, porque es el único político en que percibo humana nobleza. Pude y puedo, sin embargo, causarles mal si la ocasión lo justifica. Pero, en tu caso, cuando el metal alcanzó tu pecho sentí que la hiel dominaba mis entrañas, que mi locura y mi dolor sólo menguarían con el desmayo o la muerte.

Tuve entonces una visión lúcida. Soledad, para mi desgracia, no se parecía a mí. Diría que tampoco a la Blanca que yo amé hasta la desesperación. Pero, tras escuchar su historia, bien podría pasar por el fruto de nuestro pecado. Y pensé, fugazmente, que nada importaría que lo fuese o no si de lo que se trataba era de cambiar su vida y la mía, cumpliendo de modo sorprendente, casi prodigioso, el propósito que me empujó a salir de Sevilla a lomos de Voltaire.

—¿Alguna vez doña Teresa te habló de una historia parecida a la tuya, acaecida en Salamanca allá por el año 1752?

—No, le costaba hablar de mí, de modo que de otros…

—¿En qué año te entregaron a los de Liria? —juro que, a día de hoy, todavía ignoro el porqué, pero los ojos se me inundaron de lágrimas por vez primera en toda mi vida. El destino, quizá.

—Si he de creer lo que me aseguró, en 1753 —su rostro cambió de color mientras veía las lágrimas correr por mis mejillas. Instintivamente, sin pronunciar palabra, la abracé con todas mis fuerzas—. No me digas que… —acertó a decir antes de echarse a llorar.

Acababa de ganar una hija y un porvenir, por corto que fuese. Una extraña mezcla alquímica de razón y sentimiento había hecho que se cumpliera el pronóstico de Torres. El anuncio de la revolución de París y de mi felicidad cambiaban al fin mi vida. O, al menos, eso pensé el tiempo que duró aquel abrazo. Porque bastó convertir en verbo lo que pasaba por mi mente para recibir un empellón de mi bastarda.

—¿Has tardado treinta y siete años en regresar por mí y me vienes con esas supercherías? —exclamó mientras seguía llorando a moco tendido.

—Cálmate y dime, ¿es miedo a que rompa tus creencias lo que te hace despreciar a Amodeo? Porque he de admitir que ya rompió las mías —me expresé con ternura, deseando facilitarle la rendición. Nada más lejos de sus intenciones.

Trató de que su respuesta se basase en hechos y no en la mera apreciación. Atribuyó los poderes de Amodeo a algo similar al mesmerismo y, de paso, me explicó qué significaba. Según Soledad,

Franz Anton Mesmer es un médico germano que curaba males de todo género mediante lo que llamó el magnetismo animal. Siempre rodeado de una teatralidad fuera de lo común, sus resultados eran sorprendentes. Sus pacientes entraban en trance, se disparaban sus pasiones, veían lo que Mesmer quería que viesen. Alcanzó fama y honores. En 1784, una comisión formada por miembros de la Facultad de Medicina de París y de la Academia Real de Ciencias estudió a fondo el fenómeno, concluyendo que no existía tal magnetismo y que los beneficios de su extraña medicina se debían a la sugestión.

—Y, recuerda, demostré que los pronósticos son una patraña. No hay cita alguna a la revolución de París en el almanaque para 1756.

Lo que ocurrió después no me enorgullece. Intenté dialogar con ella, exponiéndole mis experiencias, y desperté tirado en el suelo, con un fuerte dolor en la nuca. El único rastro que quedaba de Soledad estaba en la pared, empleando su propia sangre como tinta: «Perdona, padre, pero he de cumplir. Volveré contigo». Llevaba una firma, S. de S. Soledad de Salvatierra. Confuso, regresé a la posada, a asearme y cambiarme de ropa. En el camino, pude comprobar la volatilidad de mis convicciones. Fui hilando frases y acciones del último trimestre, plantando signos de interrogación donde antes había certezas, hasta vislumbrar que las razones que esgrimía mi hija y algunas otras que yo mismo reuní eran difíciles de echar por tierra. La duda me apartaba de Amodeo, hasta aceptar como una verdad irrefutable que no era más que otro de los agentes extranjeros, un perturbador con recursos y habilidades de mago. Llegué a la posada y pregunté si había algún recado para mí. Recibí un esperado «no» por respuesta. ¿Qué hacer, entonces? Me armé de paciencia y me senté a esperar en la habitación ciento veintiséis. No logré leer, porque las palabras bailaban en mi mente, transportándome a nuevas reservas sobre lo sucedido. Al rato, aburrido, accioné sin mayor pretensión la palanca que movía el armario. Me enfrenté a la puerta secreta. «La mujer huyó al desierto, en donde tenía un lugar preparado por Dios, para que allí la alimentasen durante mil doscientos sesenta días», rezaba el mensaje del Apocalipsis. Si en la casona destartalada había tenido un ataque de lucidez, ahora sentí lo que calificaría pomposamente como una iluminación. La mujer de ese texto nunca fue la madre del Mesías. Era Soledad. Conservaba mi agilidad con los números, que memorizo y olvido su porqué como olvido los nombres y los agravios. Amodeo manifestó a nuestra llegada a la posada del Peine que había arribado a Madrid en la festividad de Reyes de 1787. Puesto que el siguiente fue bisiesto, los mil doscientos sesenta días se cumplirían justamente el 18 del azaroso mes de junio en que nos hallábamos. No costaba asociar el

alimento en el desierto, por deseo divino, con la protección brindada en este erial de sentimientos que era Madrid para Soledad. Y, si la ayuda acabase en esa jornada justamente, todo se jugaba a una sola rotación de la Tierra que coincidiría con la fecha que la Iglesia dedica a santa Paula, mártir por no renunciar a sus creencias. Diáfano a mis ojos, insensato para cualquiera.

Con las mismas acaricié la puerta, que cedió como una pluma. Entré en el compartimento privado y removí los papeles de Amodeo, a la busca de algo que ratificara que no era un farsante dispuesto a cuadrar el círculo con tal de salirse con la suya. Cuanto más repasaba lo sucedido, más obvio era que había sido embaucado por aquel demonio de hombre. Pero, a un tiempo, iban aflorando detalles que me llevaban a pensar que sí, que había sido un simple instrumento en sus manos, pero por una causa superior que no tenía que ver conmigo, sino con Soledad.

Cuando entró, hecho una furia, vio mi rostro y se calmó de inmediato. La puerta estaba abierta y los músculos de mi cara expresaban que mi caída del caballo, camino de la Damasco de san Pablo, se había producido finalmente.

—Has tardado, pero lo has conseguido —dijo sin aguardar a que hablara—. Ya estás en el combate.

—Dime que el pronóstico de la revolución no fue una simple trampa para cazar al miedoso Tadeo. Sólo necesito eso para asumir de buena gana que no soy yo el elegido para tu dichosa máquina.

—Tardé en comprender que no era preciso empezar la sucesión de Fibonacci siempre desde cero. Bastaba con dejar escrito el largo proceso de creación del artefacto, tener la fortuna de que se salvara de la quema y lograr que alguien se convirtiera en el instrumento de transmisión. La rueda dentada que mueve la máquina. Tú fuiste y eres imprescindible, porque me está vedado facilitar la información crucial al elegido. Debe descubrirla y aceptarla por sí mismo.

—De modo que he sido el Lupati de este ciclo. Lupati para acercarte a Quevedo, don Juan de Salazar para enganchar a Torres y Tadeo para atraer a quien puso la razón por encima del prodigio. Aprovechaste cada resquicio de mi deseo, cada brizna de la hierba que crecía bajo mis pies, para conducirme hasta ella —no cabía el rencor en mí.

—No imaginas lo que Soledad significa para mi empresa. Tengo el pálpito de que, siendo la primera mujer, también ha de ser la última de las almas precisas para alcanzar el último peldaño de la escalera.

—La escalera de Jacob —dije, complacido.

—¿No me preguntas si en verdad es tu hija? —parecía sentirse en

deuda conmigo.

—Sé la respuesta —contesté, ufano.

No había mérito ni estímulo en su tardía confesión. Había abrazado a Soledad y, con ella, su causa. Sin embargo, se me escurrió entre los dedos, como el agua de la bahía de Lima. Manifesté mi pesar, temiéndome que el plan pudiese irse al traste por mi torpeza. Le quitó hierro al asunto.

—No hay nada en nuestra historia que un atentado no pueda salvar.

Si el peligro abre la puerta del cielo



De lo visible y lo invisible

A falta de mejor ocupación, dediqué el lunes a buscar a Soledad por todo Madrid. Mis tres efes me ayudaron con la habitual entrega. No visitó ninguno de los palacios que frecuentaba, ni ella ni ninguno de sus disfraces. Se la había tragado la tierra, y yo repetía para mis adentros su despedida sellada con sangre. «Perdona, padre, pero he de cumplir. Volveré contigo». Soledad de Salvatierra. S. de S., como la representación del tortuoso camino que nos había llevado hasta ese preciso momento.

En los días siguientes, Amodeo y yo apenas coincidimos en el desayuno y la cena. El martes le pregunté si tenía un plan para Floridablanca y los dichosos planos. Me dijo que todo caería por su peso y que me olvidase de Madrid porque el conde estaría en Aranjuez. Eso, indiscutiblemente, explicaba nuestra visita a tan hermosa población en plena festividad de san Isidro.

El miércoles me pidió que reuniera a los muchachos llegada la noche, en la cena. Lacónico casi siempre, se limitó a decirles que era hora de pensar en marcharse y que, si estaban dispuestos a emprender otra vida, no esperasen para recoger las pocas cosas de verdadero valor y despedirse discretamente de quienes quisieran, porque tardarían en retornar. Los citó en la salida de Aranjuez hacia Ocaña, en una posta que no tenía pérdida porque la llamaban, con sorna, la Limpia.

—Prestad atención porque el viernes, desde el alba hasta el ángelus, deberéis estar preparados a las puertas de ese lugar. Os recogeremos al paso, sin posibilidad de detenernos. ¿Conformes? —asintieron sin reservas—. Pues tomad estos ducados e id con Dios —fue generoso, una vez más.

El jueves abandonamos la posada a mediodía para hacer noche en Aranjuez. Estuvimos recogiendo lo imprescindible, pues Amodeo conservaría sus pertenencias en la cámara secreta. Era evidente que con el ánimo de regresar. Mientras llenaba mis alforjas y doblaba, para meterlos en un arcón, algunos de los trajes que Amodeo me había regalado durante mi estancia en Madrid, tropecé con el almanaque para 1756. Confieso que me cambió el semblante al cogerlo. No tardó en acercarse.

—¿Ése es el que te procuraste al otro lado del océano? —preguntó.

—Podría ser falso. ¿O es que acaso es sensato pensar que haya dos almanaques para el mismo año? —mi comentario era difícil de rebatir.

—Imagino que te fijaste, como te pidió Soledad, en el que guarda como oro en paño el conde de Aranda. Sabrás que el suyo es una reimpresión hecha en Barcelona, el 21 de noviembre. La dedicatoria de Torres lleva fecha de 15 de octubre. Mira ahora ese tuyo y dime si es anterior o posterior. Veo que asientes. 13 de noviembre, ¿verdad?, y contiene la misma dedicatoria. ¿Quieres más? Examina el nombre del impresor.

—O. Gil de Mateo y Forada, en Madrid —leí en voz alta.

—¿A qué atribuyes esa o? ¿A Onán, y no figura porque se avergüenza de su nombre? Coge un papel, escribe esas letras, recórtalas y ponlas sobre la mesa, una tras otra.

Seguí sus instrucciones sin decir ni pío. Intuí lo que pretendía con aquel juego y, mentalmente, comencé a mover las letras de sitio. No esperó a que yo tomara la iniciativa. Agarró la primera a y la puso delante. Continuó hasta completar «Amodeo», añadió la conjunción y agarró la de. «Diego» fue el resultado.

—¿Te animas a acabarlo? —sugirió. Apenas quedaban seis letras y dos de ellas eran aes. Con una te, una erre, una efe y una ele, las combinaciones no eran pocas. Pero, tratándose de don Diego, la memoria conducía a una sola.

—Tarfal.

—Don Eugenio Jiménez de la Tarfal, seudónimo de Torres para publicar el *Discurso del globo de luz* cuando se preparaba para ser catedrático. Amodeo y Diego Tarfal. Te reto a que encuentres una imprenta presente o pretérita regentada por semejante Gil.

—¿Y a qué obedeció tanta historia? —a esas alturas, no podía obviar la pregunta.

—Al insensato deseo de Torres por pasar a la posteridad gracias a la tontería de las predicciones. Nada más destacado que afirmar que, en 1790, a la mísera Francia le esperaría la calamidad de asistir a la ruina de su rey, su delfín y su gloria. Pero, pocos meses antes de la firma del almanaque, en julio de ese mismo año, las relaciones entre ambos países sufrieron un retroceso sustancial a cuenta de un ataque a unas fragatas francesas a la altura de Terranova. El imposible equilibrio de España entre Inglaterra y Francia se resintió. A pesar del riesgo, hubo un impresor que quiso satisfacer la inquietud de Torres, creando una remesa de almanaques que se repartió con celo, desapareciendo sin dejar más rastro que el ansia de muchos por conseguir un ejemplar. Ninguna otra imprenta publicaría ese fragmento.

—Déjame que lo adivine. El impresor, sin que Torres lo supiera, fuiste tú.

—Tú lo has dicho.

Llegados a Aranjuez, la noche se llenó de grillos, mosquitos y sudores. El calor era sofocante, pegajoso. Acababa de entornar los ojos, cuando me zarandeó Amodeo. No había ni rastro del Sol, pero ya era hora de comenzar la temida jornada del viernes, 18 de junio de 1790. Estuvimos apostados desde el primer resplandor en las cercanías de los arcos que comunicaban la Casa de Oficios con el Palacio. El jardinito del Parterre, a esas horas, estaba desierto. A medida que se caldeaba el ambiente en el cielo y en la tierra, iban acudiendo los responsables de los primeros servicios. Nervioso, agazapado, no sabía qué hacer con las manos y las piernas. La cabeza viajaba de un pensamiento a su contrario, las tripas comenzaron a rugir, víctimas de la tensión. No era momento para preguntar a Amodeo qué ocurriría. Y menos cuando oímos un chiflido que cualquiera hubiese interpretado como una señal. Amodeo, en respuesta, se llevó los dedos a los labios e hizo dos sonidos. El primero, idéntico al escuchado; el segundo, imitando la conversación de una urraca. Apareció en ese instante don José Moñino, conde de Floridablanca, con su andar tieso y su aire carente de reciedumbre. Parecía más un infante lánguido que un duro ministro. Se dirigía, enfrascado en sus cosas, hacia el jardinito. Amodeo repitió el sonido de la urraca y, poco antes de que el primer secretario llegase a la escalera, salió de la nada un sujeto mal vestido que portaba una herramienta punzante.

La historia recogida en los libros de Alcaldes de Casa y Corte vino a decir que, cuando Floridablanca salía del cuarto del infante don Antonio, en el callejón que iba hasta el patio principal, el francés Juan Pablo Peret lo acometió al grito de «¡Muera este pícaro!», y lo hirió con una lezna o instrumento muy afilado. Uno de los lacayos del primer secretario, Antonio Suárez, se abalanzó sobre el agresor, impidiendo que persistiera. Mientras, Floridablanca era recogido por don Ángel Babini de León, italiano que servía en la compañía de Caballeros Nobles de Nueva Orleans, y por el vizconde d'Ambly, oficial francés que casualmente se encontraba en el Real Sitio. Peret había intentado suicidarse, sin éxito; Floridablanca sólo padecía una leve lesión, por haber resbalado el arma sobre el cordón azul de Carlos III que llevaba sobre su pecho.

Hubo otras versiones, ninguna cierta, pero así lo habían convenido Amodeo y Villegas. En realidad, fue el primero el que frenó a Peret, mientras el segundo detenía a Soledad junto al puente de barcas. Peret no portaba una lezna, sino una almarada. Tuve a Floridablanca

recostado sobre mi brazo, mi mano se manchó de su sangre. Era del mismo color que la mía. El conde temblaba, asido a mi casaca como quien se agarra a su tabla de salvación. Me pareció un pobre hombre asustado, que pedía los santos óleos. Sin embargo, nunca peligró su vida. Peret atacó sin sorpresa porque, cinco pies antes de alcanzar a Floridablanca, ya gritaba «Ahora pagarás todas las maldades que has cometido». Una expresión inapropiada, que fue sustituida por la del pícaro, más creíble en un loco. Además, nunca tuvo la intención de matarlo. Toda la escena había sido preparada por Amodeo.

Con la celeridad del caso, nos retiramos, alejándonos del suceso. Enfilando hacia Ocaña, al cobijo de un enorme plátano de sombra, nos aguardaban Villegas y los suyos. Nos entregó a Soledad, atada y amordazada. Recomendó cuidado con sus mordiscos. Amodeo y él se estrecharon la mano.

—La próxima vez que lo vea, don Niccolò, me veré en la obligación de apresarlo —dijo Villegas, apartándose de sus hombres.

—La próxima vez que lo vea, don José, tendré que enseñarle el noble arte de la esgrima —respondió Amodeo.

Antes del ángelus, nuestro carruaje asomó por la recta que llevaba a la posta de la Limpia. Iba vacío de personas, pero cargado de bultos. Detrás, sobre el garañón de Amodeo, Soledad despotricaba a espaldas del jinete. Repitiendo sus pasos, con un ojo en Aranjuez y otro en Ocaña, mantenía una de mis charlas más animadas con Voltaire. Encaramados a un poyete, con sus hatos, esperaban el Toledano y el Rubio. A última hora, el Hermoso había decidido emborronar una nota de agradecimiento y regresar a Madrid.

No sería hasta el cuarto día, en el descanso de Bailén, cuando dejase de mirar atrás, desconfiado como siempre he sido. Para entonces, Soledad había hecho buenas migas con los chiquillos, departiendo animadamente con ellos. Seguía, sin embargo, empleando monosílabos para comunicarse con Amodeo y conmigo. Necesitaba tiempo y no sería yo el que provocara nuevamente su enojo. Allí mismo el Toledano y el Rubio fueron rebautizados. A partir de aquel instante volverían a llamarse, para los restos, Fernando y Francisco, borrando de sus bocas los respectivos apodos.

Amodeo había elegido un lugar aseado, lleno de flores. Se estaba bien allí, a salvo de los dimes y diretes de las últimas semanas. En medio de la calma que impone la naturaleza, contemplando un vasto olivar a la sombra de una parra tentadora, algo en mi cabeza disparó una salva de aviso. Nos habíamos olvidado por completo de los planos de la máquina. Derramé el vaso de vino al levantarme. Alerté a Amodeo, captando la atención de Soledad.

—¿Qué sucede? —dijo.

—¡Que nos hemos desentendido de los planos de la máquina! —exclamé con el corazón en la boca.

—Afloja, Martintón, que no hay motivo para el síncope —respondió Amodeo.

—No me digas que fuiste capaz de meterte en el palacio de Godoy y quebrar las cajas reforzadas —Soledad se animó a entrar en el parlamento.

—Mejor que eso, nunca le envié los planos a Moñino, ni a Roma ni a ninguna parte. Jamás hablé con él cuando estuvo de embajador en Italia y, si llegué a hacerlo en España, no fue como Niccolò Furio Hermes d’Amodeo.

—Eres… Eres… —las palabras no me salían de la boca—. ¡Cómo va a fiarse de ti Soledad si mientes más que hablas!

—Pues es la primera cosa sensata que le oigo al charlatán —comentó ella, divertida.

—Martintón, por favor, ¿acaso pondrías a un Moñino o un Aranda tras la pista del mayor de los secretos? Imaginando que hubiese cometido la torpeza de entregar esos papeles a uno de ellos, sería de necio desvelar a su enemigo más fiero dónde se guardan. ¿O no?

—Visto así… —acerté a responder con cara de bobo.

—Ya puestos —añadió Soledad—, y sin venir a cuento, ¿podríais explicarme lo de ese extranjero que ocupó mi sitio?

Amodeo no tuvo reparo en detallar la treta. Son muchos los favores que ha facilitado a personas de toda condición, aplicando un *quid pro quo* que en ocasiones no llega a producirse y, en cambio, en otras permite contar con apoyos oportunos o satisfacer una deuda. Los hay que piden riqueza, o una recomendación, o un filtro de amores. Los hay que se dejan seducir por una oferta generosa, como el chocolate vital. Pero también hay gentes que desean algo que contradice la naturaleza del hombre: que les quiten la vida porque no pueden quitársela ellos. Juan Pablo Peret era de estos últimos, y Amodeo le debía una compensación. Quería morir y no le importaba cómo. Amodeo le aseguró que podía darse por muerto y que, fuese como fuese, allí estaría él para que no sufriera mayor pena corporal.

—En cuanto a ti —añadió Amodeo—, he conocido en el pasado a alguno de los forasteros con los que entablaste relación. Tu manera de entender la luz y su significado no es la suya. Hasta me atrevo a decir que tampoco la tuya es acertada. La luz no se negocia, no admite tibiezas. No puede haber luz en el caos de quien destruye sin saber construir, de quien se ampara en la sombra, cobrando ventaja del sacrificio de otros como tú. El deseo de luz, si es puro, debe producir

luz. Y hay verdadero deseo cuando se nutre no sólo de la inteligencia y la tenacidad, sino también del respeto al prójimo. No existe el mal menor, y sé que con frecuencia parece imposible lograr el bien porque el poderoso se aferra a sus privilegios y carece de escrúpulo moral. Estás en desventaja. Pero, aunque los esfuerzos fuesen durante años aparentemente estériles, un día, una luz proporcional a esos esfuerzos inundará tu alma. Cada esfuerzo añade un poco más de oro, del oro de verdad, a un tesoro que ya nada en el mundo te puede sustraer.

Soledad no fue ajena a aquel mensaje, que constituía en realidad una declaración de principios. El charlatán le había salido respondón. Suspiró, despeinó a Francisco, que jugaba a su lado como el crío que siempre debió ser, y reconoció su fracaso sin pronunciar una sola palabra. La acritud se había borrado de su rostro.

—Me gustaría, si es posible, dar una vuelta con Voltaire por estos bonitos parajes. Volveré antes de que la luz decaiga —dirigió la frase a Amodeo, con ironía pero sin malicia. Éste me hizo una seña, expectante.

—Estoy seguro de que Voltaire estará encantado si no lo apuras mucho, que las leguas pesan —para añadir, mientras se alejaba, una muestra de afecto salida del corazón—. Ten cuidado, hija.

Aquélla fue la primera y la última vez que la llamé hija. Llegados a Écija, nos desviamos hacia Cádiz. Entramos por tierra, cruzando el puente sobre el río Guadalete. Evitamos Sevilla para no exponernos en demasía. En Cádiz no sería difícil, llegado el caso, escapar por mar. Fijamos la residencia en una casa solariega de la Isla de León, con vistas al indómito océano, e inventamos en una noche el que sería a partir de ese momento nuestro linaje. Los dineros los puso Amodeo, que no mintió cuando dijo que, en su tiempo, alimentó la codicia de Lupati. Ignoro de qué alquimia salían, pero jamás nos faltó de nada. Aconsejado por él, vi la manera de establecernos con discreción y decoro. Propuse a Soledad consumar un matrimonio de la más alta conveniencia. Puesto que ella carecía de vínculos y no había partida de bautismo que relacionara nuestra sangre, a nadie podría extrañar que un viejo maestro de matemáticas tuviese la lucidez y la fortuna de desposar con una señora de buena apariencia y mejor labia. Su gesto de aprobación me hizo dichoso. Sólo pidió una cosa por ajuar.

—Háblame de mi madre.

—No sólo te hablaré, sino que te llevaré a que la conozcas —respondí, regalándole la mayor de las sorpresas. Se llevó las manos a la cara—. Sí, Soledad, vive.

Terminado mi relato, doloroso pero emotivo, aproveché su debilidad para pedirle, como singular dote, que leyera las memorias

secretas de Torres Villarroel. Nuestra ceremonia fue modesta, íntima hasta la exageración, pero sirvió para reconocer en el mismo acto a mis dos hijos putativos, formando la más original de las familias cuando menos cabía esperarlo.

Soledad, Francisco, Fernando y Tadeo, durante las primeras semanas, disfrutaron de la compañía de nuestro pariente italiano. Nos acompañó en el viaje a Alba de Tormes, imagino que por el deseo de protegernos. Soledad tuvo la oportunidad de conversar con sor Guiomar, su añorada madre. Le rogué que se comportara con mucho tacto, pues hay alegrías que, como la pena más honda, abaten el corazón. No quise alterar el encuentro con mi presencia. Por Soledad supe que le había mostrado toda la ternura de que es capaz una madre, feliz al constatar que el fruto de un amor tan inocente reunía todas las cualidades que imaginaba en una mujer.

—Me habló —dijo Soledad entre lágrimas— de la angustia de ver cómo me apartaron de su pecho, trémula, aún sin limpiar. Del dolor de saber que no había pasado de aquella noche, aunque su corazón se negase a creerlo. Nada, me susurró al oído, poniéndome el vello de punta, iguala la dicha de tenerte hoy aquí, a mi lado. No he malgastado mi vida.

Volvió a visitarla una vez al año, siempre por primavera, hasta que se extinguió su llama, en el invierno que inauguraba la nueva centuria. Era la manera elegida por Soledad para rendir homenaje a su venida al mundo y a la joven que dio su vida en pago para que así fuera. Todo el amor que no pudo entregar a su madre lo vertió, generosa, sobre mí. Me ha cuidado como nadie podría haberlo hecho. Y, del mismo modo, ha proporcionado la mejor educación a esos hijos que le nacieron con dientes. Francisco y Fernando completaron los estudios y hoy son hombres de provecho. Uno, médico —para escarnio del Torres que vive en Amodeo—, y el otro, geógrafo y astrónomo —para su complacencia—. Siempre jovial y con la misma energía de antaño, al segundo lo moteja de cal y, al primero, de arena.

Se separó de nosotros a la vuelta de Alba de Tormes, para viajar a Madrid. Las investigaciones no revelaron conexión alguna de Peret con iluminados, revolucionarios, advenedizos, traidores ni antiguos jesuitas, según lo prometido. Se atuvo a su papel durante el juicio y condena, recibiendo el auxilio de Amodeo para evitar el sufrimiento del cuerpo, pues el del alma no tenía remedio. Murió en la horca el 18 de agosto. Dos días antes, la plaza Mayor, donde debía ser ajusticiado públicamente, ardía en un pavoroso incendio. No supe de aquella siniestra pira, pero cierto es que Amodeo anduvo cerca de todos los acontecimientos relevantes de la capital y del reino. Estuvo con

Aranda cuando reemplazó a su odiado Florido, en 1792, y cuando fue reemplazado por Godoy, pocos meses más tarde. Lo acompañó en su destierro a Jaén, tras la muerte en la guillotina del rey gafado por Torres. Desaconsejó a Malaspina su conspiración contra el mal llamado Príncipe de la Paz, porque aún no era fruta madura. Y, ya en marzo de este mismo año, no quiso perderse el motín de Aranjuez, que acabó con el reinado de Carlos IV y con un miedoso Godoy, zarandeado por el pueblo para regocijo de quien siempre vio en él al verdadero enemigo de España. Llevaba años prediciendo la tragedia.

Con el tiempo, sus visitas se fueron espaciando, siempre entregado a los turbios negocios del espíritu. Volvía para pregonar acontecimientos dignos de debate, pero en realidad eran excusas para pisarle la sombra a Soledad, que se afanaba en reclamarle libros y prepararse para la gran batalla que por fin lidiarían el día que se tuvo noticia del fallecimiento, allá por enero del 98, del conde de Aranda. Me malicio que Soledad estaba derrotada de antemano, pues la tranquilidad de espíritu había atemperado su ira, cobrando conciencia del valor de esa parte del alma que no es simple raciocinio. La filosofía, la alquimia, la ciencia siempre han estado plagadas de supercheros, nadie lo puede negar. Como no he de negar que muchos de los fenómenos que parecen milagros hoy tendrán una ley que los explique mañana. Habrá otro Lulio, como habrá otro Newton y un nuevo Leibniz, más sabios que los anteriores. Pero nada de eso entra en contradicción con lo que Amodeo representa, pues posee la mayor cantidad de conocimiento que cabe en una persona. Y, a fuer de ser justo, diré que no fue el manuscrito de Torres lo que sedujo a Soledad, sino la manera de actuar del propio Amodeo, en quien pensamiento, palabra y hecho armonizan hasta ser la misma cosa, sin grietas ni chirridos. Tampoco ella se quedó atrás, pues Amodeo jamás dudaría del acierto de su elección. La única vez que lo vi flaquear fue tras mi relato de la herida en el corazón resguardado. Aún recuerdo sus quejas como si las hubiese pronunciado hoy mismo. Entendía que aquella Soledad estuviese dispuesta a morir o matar siguiendo su propio decálogo basado en el bien común, lo entendía como la tesis de una filosofía inmadura, pero no admitía que se lo saltase sin más, clavando aquel puñal en mi pecho. Esta Soledad no es aquélla, pues la vida y este océano que tenemos delante pulieron la piedra para extraer de su entraña el diamante que es, que siempre fue.

Por mi parte, he pasado todos estos años sin echar de menos nada. Cambié la ilusión de la concupiscencia juvenil por el afecto de una mujer íntegra, a salvo de la tentación por la fuerza del parentesco, verdadero o no. Leí, mucho, seguí con pasión los avances hacia la

independencia de las tierras americanas y, sobre todo, estudié hasta la exasperación lo relacionado con la máquina de Lulio. Desmenucé, uno tras otro, los fundamentos de aquel vehículo para la migración de las almas. Por más vueltas que le di, siempre me topé con algún misterio para la física conocida. Especialmente, en lo que concierne a la mística final, cuando las teorías de la *Ars Magna* se reducen a una sola frase que el elegido ha de descubrir por sí solo. He visto muchas clases de llaves para distintos candados. Ésta que abre la puerta del divino conocimiento es, con diferencia, la más simple y compleja, pues la entiende cualquiera y nadie es capaz de demostrarla. Pasa tan de tarde en tarde como algún astro de ese cielo, se constata según los principios empíricos y nada más.

La máquina espera desde hace meses. Se completó a comienzos de noviembre, tras saber de la firma del Tratado de Fontainebleau por el que el pérfido Godoy permitía el tránsito por España de las tropas francesas que habrían de invadir Portugal. Soledad había previsto entrar en ella solamente si la situación del país la obligaba a actuar en defensa de sus convicciones. Amodeo dio por sentado que eso ocurriría y firmaron el pacto de sangre. Yo también lo di por hecho y, desde ese instante, comencé a descontar hojas de mi propio calendario. Juntos trabajamos sobre esa frase última, suprema, que activa el proceso de liberación del alma. Torres empleó aquel excelso «Dios es Dios». Yo ofrecí a Soledad, tras una vejez estudiando a Lulio, una gama de opciones. Ella no lo dudó.

Ayer tarde, sería la hora en que la siesta se hacía más rotunda, Soledad acudió a despertarme. Soñaba, por vez primera, con esa escalera de Jacob de la que tanto había oído y leído. Yo mismo subía, renqueante, por sus peldaños.

—¿Sabes en qué día duermes? —me preguntó, cariñosa.

—6 de mayo del año bisiesto de 1808, viernes por más señas, si no se me ha echado el día siguiente encima con esto de tanto dormir. Luna creciente, que no será llena hasta dentro de cuatro… —me tapó la boca para besarme en la frente.

—El lunes Madrid se levantó en armas contra el francés. Dicen que hay muchas víctimas y que hemos sido sometidos —anunció en voz queda.

—Ya entiendo —respondí—. Veo que ha llegado la hora.

—¿Qué te hace sos…? —la escamó mi perspicacia. No paso por ser el más listo del lugar.

—El cabrón de Amodeo, que asoma por la curva —con los años, he relajado mi vocabulario y mi humor, asumiendo las costumbres de la tierra gaditana.

Al caer la noche del sábado, los acompañé hasta el cobertizo donde habíamos construido nuestro ingenio. Todo estaba listo, obteniendo la rotación precisa con el caudal del agua embalsada previamente. Ayudé a Amodeo a repasar los engranajes. Vi lágrimas en los ojos de ambos y me decidí a animar la despedida con un viejo chiste castellano.

—Acompañaba Quevedo al rey subiendo las escaleras de Palacio cuando se percató de que llevaba un zapato rebelde. Se detuvo y, meticuloso siempre, tardó lo suyo en atárselo. Con el culo en pompa, recibió una regia palmada que lo instaba a continuar. Se le escapó entonces una flatulencia inoportuna al siempre flatulento genio. ¡Hombre, don Francisco!, exclamó el monarca. ¡Hombre, majestad!, ¿a qué puerta llamará el rey que no le abran?, contestó Quevedo.

Como es habitual en mí, me eché a reír antes de acabarlo, deshonrando su gracia. Amodeo me empujó con falso enojo, para refunfuñar con la voz del inigualable don Francisco. Soledad… Soledad me regaló el más cálido de los abrazos en la más hermosa despedida. Me retiré en silencio, presto a acudir cuando el fuego se propagase. Desde fuera, escuché el ritual de voces. «Dios es Luz», recitó ella según la pauta establecida. Velé con Amodeo su cadáver cuando aún no estaba enteramente muerta. Besé su mano y cerré sus ojos. No estuvo en el entierro. Pensé que ya había emprendido el siguiente ciclo, que esperaba que fuese el último. No fue así. Al día siguiente, cuando ya había despedido a Francisco y a Fernando, siempre afectuosos, distinguí su figura a lomos de un precioso caballo que, por su aspecto, diría que era la viva imagen de mi querido Voltaire.

—Ya nunca más te llamaré Martintón. Te llamaré don Tadeo, como ella —dijo al descabalgar.

—Jamás te pedí cuentas por la vida perpetua que me ofreciste —lo había guardado para este momento—. Sé que no sellaste esa promesa, no te ofendas.

—Tomé nota de lo que en verdad querías. ¿Recuerdas tus palabras? La felicidad que pronosticó Torres o, en su defecto, la vida eterna.

—No fue lo que dije —y él lo sabía.

—Qué más da. Has tenido lo primero, y a raudales. Cuántas veces te envidié. Y tendrás lo segundo, porque te lo has ganado con tu aire de no haber roto nunca un plato y tu inquebrantable fe en el ser humano.

Me besó en la frente. Me estrechó con fuerza y, erizado desde el cabello hasta los dedos de los pies, sentí lo mismo que en el último abrazo de Soledad. Era ella quien me lo daba. Montó en el corcel y

levantó la mano para despedirse.

—Ya no te veré más —grité.

—Sí que me verás, pero en otro sitio —en otro mejor.

—¿Cómo le has puesto a ese hermoso caballo?

—Qué había de ponerle, si ya tiene nombre. Voltaire.

Picó espuelas, alejándose para siempre entre la nube de polvo del camino. Entré en la casa, encendí una vela y me dispuse a terminar estas modestas memorias que llevo escribiendo una vida y media. Como bien expresó mi añorado Torres, muchos siglos de mundo son fugitivos instantes considerados con lo indefectible de la eternidad. El presente es un átomo minutísimo e igualmente lo respira el viejo y el joven. La vida no se mide por duraciones determinadas. Es una locura creer que hay mocedad y decrepitud. Decrépito acaba el párvulo, que llega con su vida hasta el término que pudo llegar.

La mía ha sido larga y fructífera. He conocido prodigios que os costará creer cuando los leáis. Naves, cargadas de oro, doblegadas por los ciclones de los Sargazos, cimas del virreinato del Perú desde las que se toca la cúpula del cielo. He conocido niños, hombres y monstruos, hallazgos de la naturaleza y del espíritu. He conocido el resplandor que guía a Amodeo en su descomunal empresa. Hoy me atrevo a jurar que todas esas cosas no son más que gotas de lluvia que mojan nuestras ilusiones, convertidas en falsas lágrimas. Nada de lo que hay ahí fuera importa. Sólo importa ese juego de la oca en que cada cual invierte su vida.

Puedo permitirme creer, sin sospecha de vanidad, que he alcanzado la casilla sesenta y tres del tablero, la que termina de perfilar la espiral de la existencia, y estoy preparado para poner el pie en la última. Mi senda ha llegado a su fin. Ya no temo la pregunta crucial: «Y tú, ¿quién eres?».

No habrá mayor paz que saber quién he sido, quién soy

Reconocimientos

Una novela de estas características siempre supone un esfuerzo documental que, inexcusablemente, ha de quedar diluido entre sus páginas, al servicio de los únicos propósitos que persigue: entretener, emocionar y, a lo sumo, provocar la reflexión.

De lo visible y lo invisible es deudora natural de los textos de Diego de Torres Villarroel y de Francisco de Quevedo, personajes que me acompañaron en mis tiempos estudiantiles, regalándome sus gracias e ingenios. No habría existido, no obstante, sin la ambición intelectual y el legado de Raimundo Lulio y de Gottfried Wilhelm Leibniz.

Siendo inviable detallar su bibliografía, subrayaré aquellas fuentes que, más allá de los datos aportados, han contribuido a crear el caldo de cultivo en que maduró esta aventura. Obligado es citar la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España y la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, verdaderos tesoros documentales, el Museo de Historia de Madrid, la prensa del año 1790 —singularmente los ejemplares de *Mercurio de España y Gaceta de Madrid*— y las guías de caminos y de postas de la época. Por lo que a la vida y obra de Torres Villarroel respecta, he de aplaudir los trabajos de Antonio García Boiza, Emilio Martínez Mata, Manuel María Pérez López y Jesús María Galech Amillano —cuya tesis doctoral sobre las disputas entre Feijoo, Torres y Martín Martínez tanto me ilustró—.

Destacar, asimismo, la ayuda brindada por tres personas de distinto origen y formación académica, que han tenido una participación especial en mi trayectoria literaria y en esta obra: Miguel Ángel Matellanes, mi editor en Algaida, José Gayo, matemático vocacional y mente afín, y Eulalia Banda, abnegada compañera, lectora de tantas páginas repetidas.

Reservo la despedida para Simone Weil, filósofa ejemplar que inspiró un párrafo decisivo y el trasfondo de la novela. Ella puso luz en un momento de dominio de las sombras, asaltado por esas inquietudes que, a la postre, se desvanecen en la memoria como lágrimas en la lluvia.

Edición en formato digital: junio de 2018

Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9067-978-4

Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es